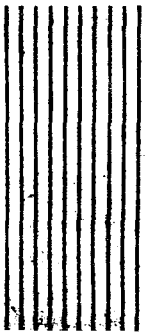
Jorge R. Ritter

El pecho y la espalda



Ediciones Nizza - 1962

BUENOS AIRES

Jorge R. Ritter

El Pecho y la Espalda

NOVELA

EDICIÓN DEL AUTOR
1962

Advertencia:

Tanto los personajes como los lugares y los hechos que se narran pertenecen a la categoría de las cosas imaginadas. Cualquier coincidencia con nombres propios de personas, de lugares o de hechos es mera casualidad.

© Todos los Derechos Reservados por el Autor
Peña 2257 - 1º B. — Buenos Aires.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

a Viola, mi abnegada compañera,
a mi padre doctor Rodolfo Ritter, un
gringo que amó mucho al Paraguay, y
a todos los agricultores paraguayos

—Sí señora. ¿Qué le duele? ¿Dónde? ¿Qué parte del cuerpo?

—Jhasy cheve che pytiá jha che lomo. (Me duele el pecho y la espalda).

Casi todos consultaban por dolor del pecho y de la espalda. Era un misterioso mal que atacaba a la mayoría, especialmente a las mujeres. Se trataba de un dolor indefinido, ubicado en un también indefinido lugar entre el pecho y la espalda. Al principio de su actuación en el hospital, Reyes auscultaba cuidadosamente el corazón y los pulmones, sin hallar la causa que motivara ese raro dolor. Los pulmones estaban sanos, lo mismo que el corazón. Había diagnosticado tuberculosis pulmonar muchas veces, pero el motivo de la consulta además de ese dolor de pecho y la espalda tenía un cortejo de rica sintomatología, porque se trataba de casos de tuberculosis muy avanzados. Necesitó de minuciosos exámenes para descubrir que se trataba de un dolor reflejo que venía de diversos focos que se hallaban fuera de la cavidad torácica. También que era una mezcla de dolor, de cansancio, de agotamiento. ¿Era el peso de un fardo de una existencia cargada de trabajos y agravada por una alimentación deficiente?

—¡Con qué dolor del pecho y de la espalda! —le contestó Reyes sonriendo. Un nuevo sindrome que no conocí en la Facultad de Medicina.

La enferma le mira desconcertada.

—Ahora se va a desvestir y a subirse sobre la mesa.

De nuevo había que armarse de paciencia, porque se desvestían con tan pachorrentos gestos que consumían preciosos minutos en encontrar un botón y desprenderlo, desataban con torpeza un nudo y se mostraban remilgados en deslizar una saya o un pantalón para no verse expuesto a la vergüenza de exhibir interiores sucios o rotosos. La mayoría de las mujeres no llevaban bombachas. Vacilantes y desmañados subían a la mesa. El viento que jugueteaba por la pieza, se complacía en desparramar el olor a sudor, a grasa rancia, a tabaco, a humo; mezcla confusa de todos esos olores. Pero sobre todo la catinga castigaba las pituitarias con todo el rigor de sus irritantes efluvios haciéndole estornudar a Reyes.

—El olor de la pobreza— se decía Reyes que no podía inmunizarse a la irrisión que siempre le provocaba aquella mezcla de olores.

La paciente, además de su "olor de pobre" despedía un vaho inconfundible de entrepiernas.

—Olerás todos los malos olores— decía Patricito en el Hos-

pital de Clínicas. —Y olerás y no protestarás por siempre jamás.

Torpemente la paciente subió a la mesa. Temía manchar la albura de la sábana de lienzo barato. Restregó sus descalzos pies para sacudir el polvo y el barro de los caminos que llegan al hospital. Con sumo cuidado, como si estuviera imposibilitada se sienta sobre la mesa. Reyes le baja por las mangas su typoi modesto y después de aplicarle una toalla le ausculta los pulmones. No halla nada patológico. Tampoco en el corazón. La acuesta, la cubre con una sábana hasta el bajo vientre, y suavemente, venciendo una pasiva resistencia, le deja el vientre al descubierto. Vientre fláccido, rugoso, exhibe una hernia umbilical. Hunde la mano en aquel estropajo, palpa con dulzura, sintiendo el bulto escurridizo de los espasmódicos segmentos colónicos; choca con la dureza de la columna vertebral excepcionalmente accesible, palpa el borde hepático descendido y por un instante atrapó el riñón derecho que luego bruscamente escapó a su celda. Reyes "veía" con la punta de los dedos; y mientras exploraba aquel pequeño mundo abdominal su mente como una visión cinematográfica, reconstruyó su penoso recorrido en este valle de los sufrimientos prolongados y de las breves alegrías. Como muchas veces, soliloquió:

—"Mujercita valerosa, que pagaste tributo a la especie con tus hijos vivos, muertos y abortados; cansada y desnutrida que padeces una hipotonía generalizada; con el hígado descendido, con los riñones caídos y, caídos, desprendidos de sus sitios, todos los órganos abdominales. Por eso, dulce campesinita, la de las dieciseis gestaciones, te duelen el pecho y la espalda. Realmente deben dolerte, porque te estironean desde abajo. Naciste debilucha por herencia, y la vida y las exigencias biológicas agotaron poco a poco tus energías y tus órganos abdominales cansados quieren echarse a reposar; por eso te estironean. ¡Ah! y este dolor en el hipogastrio, esta resistencia! También tienes inflamados los parametrios; seguro, una parametritis por cervicitis. Sí, no hay duda, lo siento por ese olor de entrepiernas, idéntico al que olíamos en el servicio de Ginecología, no precisamente en pacientes sanas del útero". Es costumbre en Reyes, adquirida en su soledad profesional, conversarse, autoconsultarse, criticarse y algunas veces, raras veces, felicitarse. Sus soliloquios son mentales y largos mientras, como ávido cosechero, busca signos y construye sindromes.

Reyes termina la inspección. Conoce a su paciente, conoce su enfermedad; ha sido en realidad fácil penetrar en el secreto de sus padecimientos. En pocas palabras anotó el diagnóstico. Ahora se pone a cavilar sobre la terapéutica. La enferma necesita

reposo, buena comida, tónicos vitaminados ricos en minerales. El hospital no puede dar todo eso. Necesita también un tratamiento especializado de su cervicitis; radiografía de sus órganos ptosados, exámenes de laboratorio para investigar sus parásitos intestinales y para el recuento de sus glóbulos rojos disminuidos. Pero el modesto Hospital Regional no puede satisfacer esos reclamos técnicos.

—Señora, ¿puede comprar algunos medicamentos que necesita? —le pregunta, hablando siempre en guaraní.

—¿Ché picó? pregunta a su vez con tono de sorpresa.

—Sí señora.

—Pero caraí doctor, yo por pobre y por no tener dinero para comprar remedios, he venido al hospital.

Y hubiera podido agregar: para obtener ese remedio, muy a pesar mío, hube de someterme a la humillación de desvestirme, exhibiendo mis pobres ropas interiores, de ser manoseada; de ser olida; de ser, en fin hurgada en mis miserables secretos íntimos; y ahora, para completar mi amargura, debo comprar los remedios. ¡Por cuántas humillaciones debe pasar una pobre para obtener un poco de alivio! Porque para el campesino, extraño aun a las familiaridades médicas, era un sacrificio someterse a una inspección médica. Además consideraban al hospital como una fuente inagotable de productos farmacéuticos, que debía en todo momento proveer generosamente a su clientela. Esta creencia provenía de un rumor malicioso, propalado por los enemigos del hospital y de Reyes, quienes hacían correr la voz de que había abundante medicamento en el parque sanitario y, que si no entregaban al enfermo era por especulación del director. El rumor creaba un estado de tensión entre médico y paciente. Pero la triste realidad imponía una estantería vacía en la farmacia, que solamente poseía las drogas más imprescindibles y no precisamente las de uso más frecuente.

En su fuero íntimo Reyes estaba descontento; deseaba aliviar a aquella silvestre mujercita, valiente madre y fiel compañera de quién sabe qué rudo campesino. Había que calmar su sordo dolor; porque el dolor es el síntoma y la enfermedad en sí capaz de alarmar al desaprensivo agricultor, indiferente a una tuberculosis o a un cáncer que no duele, pero que reacciona hasta la desesperación ante una cefalalgia o un dolor reumático. Reyes escribió su receta después de pensar brevemente; optó por la tintura de opio y belladona y un tónico ferruginoso. Luego que fue hecha la receta explicó una y repetidas veces, para que no confundiera, la forma de usar los dos medicamentos. Sabía de la confusión que

ocasionaba la dosis y el horario de los remedios. Escribir la prescripción era inútil, porque la mayoría no sabía leer, y si sabían, interpretaban mal. Por eso insistía en sus explicaciones y hasta saberla, como a los niños que están aprendiendo una lección, hasta retener, la forma de aplicar la muy sobria terapéutica hospitalaria. La mujer, más despierta que muchas otras, aprendió su lección y prometió aplicarla ajustadamente. Por último, con unas palmaditas sobre el hombro la despidió. La mujer fue a la puerta para abrirla, pero no atinó con el procedimiento. Forcejeó de todas las maneras, menos con la apropiada, porque desconocía en absoluto el uso de un picaporte. La lucha con la puerta cerrada del consultorio ocurría con todos. Para el campesino, el picaporte y en general todas las cerraduras eran un complicado mecanismo, lleno de enigmas cuya solución les resultaba imposible. Para salir, todos forcejeaban hasta que Reyes les indicaba el procedimiento. En una oportunidad, durante el primer mes de su llegada al pueblo, Reyes llevado por un espíritu juguetón dejó sin indicaciones a un robusto mocetón que luchó bravamente con la puerta cerrada. Manoseó la cerradura torpemente sin hallar, desde luego, el sentido adecuado para girar la nariz del picaporte; por el contrario, con las vueltas que dio a la llave cerró más herméticamente aun la cerradura. Ante la imposibilidad de abrir la puerta por la cerradura, movió desatinadamente los pasadores, introdujo las uñas en los intersticios y, por último, sacudió la puerta para arrancarla de su quicio. Pero todo fue inútil; entonces, como un desatinado, desesperado se lanzó por la ventana abierta, sin decir abur y mostrando al trasponerla, los fundillos emparchado con remiendos de colores. Reyes rio de la mejor gana, pero no repitió la experiencia. Como no disponía de un ayudante de consultorio, la enfermera acudía al conjuro de un timbrazo desde el salón donde hacía las inyecciones, situado al lado del consultorio, para introducir al siguiente enfermo. Para que pudiera escuchar era indispensable que la puerta estuviera abierta; por eso, para ahorrarse pasos inútiles el paciente se encargaba de abrir y dejar la puerta abierta. Además, de paso, conocían el uso de la cerradura. Reyes con un dedo en el timbre daba las directivas para hacer posible la apertura de la puerta.

La paciente después de luchar bravamente con la puerta, se declaró impotente y quedó mirando patéticamente a Reyes quien, entre divertido y apenado acudió a franquearle el paso, enseñándole el funcionamiento de aquel artefacto desconocido en el campo. De paso le gritó a la enfermera:

—Adela, el que sigue.

Sale Adela, una joven morena, casi bonita, pachorrenta hasta la desesperación, de su sala de inyecciones y, dirigiéndose al grupo de pacientes que espera dice:

—¿Maapa oguerecó la número 37? (¿Quién tiene el número 37?).

Cada quisque del grupo baja sus ojos a sus respectivos cartoncitos, luego se miran, se consultan, se agitan inútilmente; pero el número 37 no aparece. Entonces Adela con su tranquilidad inmutable rebusca el número perdido. Lo halló en la mano de una joven madre, con su chico escondido entre envolturas.

—Nde. (Usted)— le dice.

Presurosa se introduce por la puerta abierta la moza, como de 20 años, morena robusta. Cubre su cabeza, sus hombros y al niño una blanca sábana. Mece al bulto maquinalmente para disimular su inquietud.

Reyes calcula que el interrogatorio será toda una escaramuza. La interroga con precisión:

—¿Quién es el enfermo? ¿Usted o su hijo?

—Ché memby (Mi hijo)— contesta.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le duele?

—Ndai cuaai. (No sé).

—Vamos a ver al chico.

La madre deslía un bulto; del arrebujado montón sale un animalito arrugado, sucio, hediondo hasta la repugnancia. De entre los trapos surge primero la carita, arrugada como la de un viejo, pero más parecida a un monito entristecido. Sigue desnudando el cuerpo; los brazos, hueso y piel arrugada; las costillas en estrías salientes; la piel del abdomen invisible bajo el emplasto; emergen piernas y pies flaquísimos cubiertos por costras negras que al desprenderse por partes muestran la piel plegada. El infante debe tener seis meses. De su boca negra, con labios resecos, sale un vagido quejumbroso, apenas audible. Reyes siente asco. ¡Ese olor insoportable! ¡Esas costras asquerosas! Con un esfuerzo se sobrepone a su repugnancia y, para disimularla, interroga:

—¿Cuántos meses tiene?

—Seis meses.

—¿Desde cuándo comenzó a enfermarse?

—Hace un mes tuvo vómitos y diarrea. Nuestra médica le dio un remedio y casi le pasó la diarrea. Hace quince días volvió a vomitar y ya no le dejó la diarrea. Ña Polí, la médica, le dio infusión de raíz de hinojo y ladrillo calentado. Paró el vómito, pero la diarrea

seguía y no paró ni con té de hojas de guayabo y cáscara de granada. Vomita poco, pero desde hace dos días no puede tragar nada.

Habla volublemente con los músculos de la cara tensos. Su mirada es desconfiada y su actitud defensiva. No le agrada la actitud del médico; demasiado expeditivo en sus gestos y en su tono. No le agradó que le recordará a Ña Polí. Ese médico es un enemigo de sus tradiciones campesinas, enemigo de su médica, enemigo de sus remedios caseros y sus ritos supersticiosos. Ese doctor la va acosar; la va a acusar. Pero ella no se siente culpable, hizo por su hijito todo lo que la larga tradición enseñó bajo el cielo azul de aquella zona alejada de la civilización. Está arrepentida de haber venido. Cedió a un fuerte impulso maternal porque comprendía que su hijo se moría. Pero estaba arrepentida porque debía enfrentar al doctor que no aprueba los métodos de Ña Polí, su buena vecina, tan desinteresada como capaz, que no se asquea a la vista de tanta miseria.

Reyes entretanto miraba al niño. Suspira hondamente. Es un caso más entre los centenares, los miles de niños enfermos del país; víctimas de la ignorancia, de la pobreza. El pobre infante tenía muy pocas probabilidades de salvar su vida en agraz. Era un caso de toxicosis, otro de los muchos que, desahuciados, venían a morir en el hospital. Pero Reyes se propuso luchar; para el médico cada enfermedad es un desafío, un eterno desafío entre el hombre y la muerte que ya comenzó en la edad de piedra y que seguirá mientras la especie humana subsista sobre la tierra.

Había que obrar de inmediato. En primer término, había que bañarlo, liberarlo de aquella suciedad espantosa.

—Ante todo, hay que bañar al chico— le dijo Reyes a la madre.

—¡No, doctor, no quiero qué le bañe a mi hijo! —exclamó la madre—. ¡Le van a matar si le bañan!

En su mirada hay firmeza. Solamente una argumentación especial puede demoler su voluntad. Reyes conoce el procedimiento. Por eso, dulcificando la voz para lanzar la frase cruel, dice:

—¿Quiere qué viva su hijo o quiere que muera?

—¡No quiero que muera!

—Entonces hay que bañarlo. Hay que hacerle muchas inyecciones y si le aplicamos con la suciedad que tiene, se le infectarán, ¿comprende?

—Ña Polí dice que si se le baña se le pasmarán los pulmones— contesta.

—No es cierto —le dice Reyes—. Aquí bañamos a todos los

chicos. Puede preguntar a la enfermera y a los hospitalizados. Y algunos estuvieron muy malitos.

La mujer suspira, duda; momento que aprovecha Reyes para llamar a la enfermera. Esta acude.

—Vamos a bañar a este chico— le dice.

Adela, con rara premura, preparó los implementos necesarios: agua tibia, jabón, compresas esterilizadas a falta de toallas.

—¡No quiero qué bañen a mi hijo!— insiste la mujer y lo envuelve en sus pañales sucios.

Pero interviene Adela; ella conoce a su gente, porque nació entre ellos; conoce a todo el mundo; recuerda los nombres, los apodos y la ubicación de sus domicilios. También conoce a la rebelde.

—El baño tibio nunca perjudicó a los niños —le dice— ¿Recuerdas al hijito de Ña Camé, tu vecina, que estuvo hace poco en el hospital? ¿No te contó que para bajarle la fiebre le bañábamos dos y hasta tres veces al día? El señor doctor sabe lo que hace. ¿No ves que quiere salvar a tu hijito que está tan enfermo? ¡Dame tu hijo!

La madre se desprende de su hijo como una rama que se descuaja lentamente del tronco. Se retira a un rincón, y desde allí, impotente, angustiada, inmóvil, mira hacer. Mientras tanto Reyes torpemente toma al niño, luchando con su repugnancia, pero Adela le arrebata el niño, lo desviste rápidamente y lo mete en el agua tibia. Reyes sostiene al niño de las axilas, mientras Adela, sin asco, con diligencia, enjabona y friega el diminuto cuerpo infantil. El agua al rato queda negra; mientras Reyes sostiene al niño al aire, Adela la renueva; y lo hace varias veces hasta que la piel queda limpia, sin manchas sospechosas. Entonces lo secan y lo envuelven en blancas compresas esterilizadas. El chico ha dejado de gemir.

—¿Omanó? (Murió)— pregunta temblorosa la madre.

Adela ríe y dice con ternura.

—No tonta; duerme. Pasa el bulto a la madre que recibe como si temiera tocarlo; luego lo mece y le canturrea.

Actúa Reyes con premura.

—Dame el chico que voy a examinarlo— le dice a la madre.

Vuelve a desnudar al niño y lo examina cuidadosamente. Pulmones, normales; el corazón alienta un soplo de vida en su taquicárdico ritmo. La piel pegada a los huesos. La mucosa bucal tapizada por la costra blanca de ¿aftas? ¿muguet? Reyes no sabe

a que categoría pertenecían aquellos hongos que viven en las materias muertas. Su fuerte no es precisamente la Pediatría.

—¡Qué carajo!— se dice para aliviarse, porque las palabras gruesas que usaban tan desaprensivamente en el Hospital de Clínicas, aun no se borraron de su mente y pugnan por salir en los momentos de apremios. —¿Quién me manda meterme en estos líos?

Y a Adela en voz alta:

—Vamos a inyectarle suero fisiológico, coramina, sulfa por boca si no vomita, tópicos bucales, agua de Vichy y tetadas controladas.

Escribe las indicaciones y queda un rato pensativo: ¿habrá pensado en todo? ¿no quedará más qué hacer?

—Proceda inmediatamente Adela— le dice a la enfermera.

Adela toma el niño en brazos y se aleja hacia la sala de internados; de paso grita a los que esperaban:

—El número 38, que pase.

Entra al consultorio un mozo moreno de 20 años más o menos; robusto, de sonrisa fácil y dentadura picada. Viste ropas nuevas que lleva con garbo. Reyes lo juzga inteligente y dado a las bromas. Sin embargo, no escapa al ¿ché picó?

—Su nombre y apellido.

—¿Ché picó?

Y Reyes, algo impaciente, porque faltaban aun muchos qué examinar en la larga lista de consultantes:

—Nde, nde, añá ray.

—Jacinto Maldonado— contestó rápidamente.

—Bueno, Maldonado, quiero saber su edad, cuántos años tiene. Mire que le pregunto a usted y no a la pared —siguió Reyes con tono de broma.

El otro contestó con picardía:

—Veinte años, doctor.

—Y... ¿Qué enfermedad le trajo aquí?

—Enfermedad de mujer, doctor.

—Ajá. ¿Y de dónde la trajo?

—Estuve en Asunción con una moza muy limpia. ¡Quién iba a creer que me enfermaría!

—Bueno, veamos el pájaro herido— le ordena Reyes, manteniendo un tono humorístico para no acobardar al enfermo. Este no se decide; siente pudor, mas por Reyes que por él, porque es grosero desnudarse ante un caraí y más aun, mostrar sus lacras mal adquiridas.

Reyes que comprende lo que pasa por el ánimo del otro, le dice:

—No tenga vergüenza hombre; no me va asustar lo que va a mostrarme. Estoy acostumbrado a ver cosas peores.

Se deja ver. Blenorragia y chancro sifilítico. Binomio frecuente en estos incautos que se lanzaron a los encantos de la capital.

Había que evitar nuevos contagios a partir de este tremendo foco infeccioso. Decidió asustarle; en cuestiones sexuales los campesinos son crédulos y, por lo tanto, obedientes.

—Le voy a curar, pero con la condición que me va a hacer todo lo que le indique.

—Sí, doctor.

—Se hará poner, sin fallar una sola vez las inyecciones que le voy a recetar y que le darán y le aplicarán aquí. No se acostará con ninguna mujer mientras no esté bien, pero bien curado. De lo contrario se le hincharán los compañones, o la verga se le caerá a pedazos. Sé lo que digo, porque eso le sucedió a otros descuidados.

El otro se vuelve serio; una sombra de preocupación cruza su atezado rostro.

—¿Me curaré doctor?

—Si chamigo. Desde luego si hace lo que le estoy diciendo.

—Ayapone doctor. (Lo haré doctor).

—Bueno, bueno. —Le prescribe sulfa e inyecciones de mercurio y bismuto. El arsenal terapéutico del hospital no tenía mejores remedios. Se hace lo que se puede. Escribe la receta y las indicaciones. Al levantar la mirada para entregarle la receta, lo encuentra inmóvil, con el sexo al aire. Rie Reyes y le dice:

—Hoy no quería mostrarme y ahora lo tiene en exposición permanente; vístase hombre.

El otro se apresura a vestirse, como si quisiera huir; arrebata de las manos del doctor las dos hojas. Reyes se precipita a la puerta para abrirle e impedir que la tocara y el otro sale sin decir nada.

—El número 39— grita Reyes, porque supone a Adela ocupada con el niño enfermo.

Mientras esperaba el siguiente paciente, se lava cuidadosamente las manos como si hubiera tocado al anterior.

Los pacientes se suceden hasta llenar el 63. El sol estaba en el cénit cuando el último enfermo se retiró. Cerró su libro de

anotaciones; se desperezó con un largo bostezo. Sentía apetito, cansancio, un cansancio más mental que físico, algo parecido al hastío.

Fue a ver al chico recién hospitalizado. La salita donde aislaba los casos graves estaba llena de parientes: la abuela, las tías, las primas, además del marido que se mantenía apartado como diciendo: "a mí no me concierne todo este batifondo". También estaba el infaltable perro, en este caso dos, flacos y pulgosos. A Reyes no le agradaba esta costumbre campesina de rodearse de toda la parentela, ascendientes y descendientes, a quienes se los despedía con buenos o malos modos, pero que volvían al poco rato a rondar alrededor del enfermo, como moscas que espantadas vuelven al estercolero. El guarda sanitario Irala los describía como caraduras, como burro en celo.

Reyes tuvo que despedir a los inútiles visitantes que rodeaban la cama del enfermito. Este, más que nunca parecía un monillo.

—Parece mejor después del suero— bisbiseó Adela, mientras con un cuentagotas le echaba agua de Vichy en la boca.

Reyes asintió, pero en su fuero interno no le agradaba el aspecto del chico.

—Siga las indicaciones al pie de la letra —contestó—. Quizá salve, porque estos campesinos tienen la piel dura. Y, sobre todo cuide que no le den alguna porquería.

—Eso me temo —dijo Adela en voz baja— oí que hablaban de candial.

El ánimo de Reyes se sublevó.

—¡Qué no le den, por Dios! —exclamó y, dirigiéndose a la madre, como si la viera ya con el candial en la mano, le dijo: —Si le da candial a su hijo se muere. ¿Me oye? ¡Se muere! Nada de candial ni otra cosa que yo no haya indicado.

La madre calla; pero por dentro le ardía su pena y su disgusto, descontenta con el tratamiento que le hacían a su hijo.

Pensaba:

—Al fin y al cabo se trata de mi hijo, ¿qué les importa si se muere? No tiene por qué preocuparse tanto y amenazarme. Si Dios quiere que se muera, paciencia. El doctor ha arriesgado la vida de mi hijo porque le ha bañado. Ña Polí no quiere que se bañen a los chicos enfermos. Y ella debe saberlo porque tiene mucha práctica.

Miraba a Reyes sin decir nada; con la boca fruncida en ric-

tus amargo, expresa su disgusto y su repulsa. Pero no se atrevía a retirar su hijo del hospital. Está presa entre aquellas cuatro paredes y no podrá huir. Una duda le mordisquea el alma: quizá en el hospital su hijo salve su vida.

—Desde este momento —prosiguió Reyes— solamente los padres entrarán en la pieza.

—¿Has oído? —dijo Adela— el doctor no quiere, fuera de tí o tu marido, que entren aquí porque los otros le pueden agregar otra enfermedad a la que tiene.

Ella piensa: "también me secuestran a mi hijo; me va a privar del cariño de la tierna abuelita, de la solicitud de sus tías, del apoyo moral del abuelo. No basta con matar de hambre al chico, dándole cada tres horas el pecho; le privan de sus serviciales parientes". Una profunda tristeza agobia su atribulado corazón de madre. ¡Si pudiera llorar a gritos en los brazos de su madre, retorcerse de dolor del alma en brazos de sus tías, aullar por los corredores del hospital para que acudiera la gente y viera su dolor...!

Reyes no piensa en ella; sólo en el niño y, por lo tanto, ignora las torturas de un corazón de madre. Quiere que salve el niño porque así le enseñó la Facultad de Medicina. La preocupación del momento es que ese tierno infante no se convierta en materia inerte porque le anima un soplo de vida. Quizá por los misteriosos y complejos mecanismos que rigen las leyes vitales, bajo la acción de los materiales de reparación que le entrega dosificados, la vida rebrote como las yemas de los árboles en los días primaverales. Pero duda. También la madre duda y está arrepentida de haberse alejado de su ranchito donde puede entregarse al consuelo de sus costumbres ancestrales.

—Quedaré con ellos toda la noche —dijo Adela— porque temo que hagan algún disparate.

—Gracias Adela —le contestó Reyes—. De modo que ya sabe lo que tiene que hacer. Hasta luego.

—Hasta luego doctor.

Se alejó Reyes hacia su casa. Al hospital, situado casi en las afueras del pueblo, le rodean casitas humildes, con techos de paja y patios arbolados. El silencio domina la hora de la siesta, con los moradores ocultos, dominados por la modorra post prandial; sólo los perros se espulgaban bajo los árboles. Uno de ellos, flaco, sarnoso, le persiguió largo rato con sus ladridos.

Ya en su casa se alivianó para la comida. Mientras se secaba

las manos su mirada chocó con el calendario: 16 de abril del año 1942. Suspiró.

—Tres meses vividos en este alejado pueblo —pensó—. Es como si hubiera vivido siempre aquí.

Timó le trajo la comida y, mientras comía, su memoría volvió hacia atrás, hacia lo acaecido hacía mucho, mucho tiempo... menos de un año.

II

Leonardo Reyes, huérfano de padre y de madre desde su más tierna infancia, perteneciente a una antigua familia paraguaya, fue criado por una su tía materna, a quién debía todo cuanto era él. Amelita, como la llamaban, soltera, de modesto pasar, crió a su sobrino con amor maternal, con todo ese cariño de que es capaz una mujer paraguaya, sin tasas ni intereses; eso sí, con firmeza, imprimiéndole en su educación el claro concepto del bien y del mal cristiano, no exento de cierta mojigatería de fin de siglo XIX. ¡Amelita... buena solterona de cuerpo frágil, corazón inmenso! Con temor y ansiedad vio ir a su sobrino a la guerra del Chaco para cumplir con sus deberes de soldado. Reyes volvió con las presillas de Teniente 1º que conquistó con su valor sereno. La tía Amelia suspiró aliviada cuando terminó la guerra; vio con inmensa dicha ingresar a su sobrino a la Facultad de Medicina. Lo veía ya médico, amparándola en su vejez.

Reyes, si no descolló como el primero, tampoco fue de los últimos entre sus compañeros de la Facultad. Pasó la vida estudiantil lleno de afanes de la vida hospitalaria, pero despreocupado por otro lado, porque la tía Amelita no le negaba todo cuanto estaba en sus manos para derramarlo a las de Reyes. En su trayectoria estudiantil dejó huellas de estudiante correcto, responsable y rasgos de generosidad de alma que no escatima el sacrificio espontáneo en pro del prójimo. Sus amigos le llamaban Quijote en tono de mofa; pero le apreciaban extraordinariamente. ¡Largos días de encierro hospitalario absorbidos por la intensa práctica médica; pero felices! Fue practicante externo, interno y jefe de clínicas del Servicio de Clínica Quirúrgica del profesor Escobar, quien, como premio a sus méritos le brindó el cargo.

La vida, como una obra de arte, puede ser buena, mediocre o mala, según los ambientes, las oportunidades, las lecciones aprendidas o desechadas. Uno mismo es su propio artista, quien traza su propio bosquejo, añade o quita detalles, quien enriquece o empobrece, según su talento, la propia obra maestra de la vida. Pero, y esto es tan vulgar y tan frecuente que uno ya no quisiera citarlo, el azar con sus caprichosas intervenciones impone rasgos indelebles que aumentan o disminuyen el mérito de la obra. Leonardo Reyes, guiado por la mano cariñosa de su tía, bosquejó con natural talento su vida para terminar en el dorado marco de los que llegaron a una meta. Pero si los azares no hubieran intervenido, Reyes no hubiera terminado en el alejado pueblo de Tacuary, porque nació y se crió para la vida capitalina. Pero el destino desvió de su curso aquella vida cuya trayectoria cumplíase en una parábola perfecta. El azar comenzó su juego con la sonrisa de una mujer: Rosa Elisa.

Era el cumpleaños de Ana María, la hermanita de Patricio Sanabria, uno de los amigos íntimos de Reyes. Estaban en los finales del sexto curso. Los apremios de las obligaciones estudiantiles y del internado se habían atenuado, alivianado, permitiéndoles un respiro en el encierro conventual de los estudiantes de medicina laboriosos. La invitación vino como caída del cielo porque hacía días que la sangre, en sus cuerpos de animales jóvenes, rebullía el deseo de una expansión que hiciera un paréntesis en la labor hospitalaria. Como escolares en vacaciones entraron a la fiesta, donde fueron recibidos con alborozos por los padres de Patricio, quienes veían poco a su hijo. Recibieron a Reyes como a miembro de la familia. Ana María, radiante de felicidad, recibió el beso fraternal y el cálido apretón de manos de Reyes.

—Gracias por los augurios Reyes —le dijo toda sonrisa—. Por fin se hacen ver estos monjes del templo de Esculapio. ¿Tan exigente es ese dios que les impide mostrarnos siquiera la nariz?

La referencia a la nariz la dedicaba a su hermano que la tenía prominente y alargada.

—Además del deseo de felicitarte por tu día —contestó Reyes— venimos por el ambigú y por cierta picazón en los pies.

—Entonces necesitas una compañía para tratarlos. Voy a presentarte una amiga que no conoces. ¡Rosa Elisa! ¡Rosa Elisa! —gritó.

De un grupo de jóvenes que, en un rincón alborotaban, se destacó una joven de vaporoso vestido blanco, sonriente.

—¿Qué pasa? —dijo, pero al ver a Sanabria, le pasó la mano— ¿qué tal matasano?

—Dichosos los ojos que te ven —le contestó Sanabria, estrechándole calurosamente la mano—. Te presento al amigo Reyes. Reyes, ésta es Rosa Elisa, la sin par.

Reyes apretó una manito murmurando un "mucho gusto", que no le salió con la fluidez que hubiera deseado; tanto quedó impresionado por la belleza juvenil y radiante de Rosa Elisa.

—Rosa Elisa —decía Ana María— te recomiendo al amigo Reyes, que acaba de salir de una prisión y tiene sed de diversiones.

—Yo seré la buena samaritana— contestó riendo deliciosamente.

—Gracias —repuso Reyes.

—Les dejo —dijo Ana María tomando el brazo de su hermano—. Debo cumplir con aquéllos que llegan.

—¿Vamos al grupo?— preguntó Rosa Elisa.

Reyes asintió. Fueron al grupo, donde Reyes saludó a viejos amigos y fue presentado a los que no lo eran. Todos eran jóvenes, alegres, con esa alegría fácil y comunicativa de la juventud. Reían de las ocurrencias de un mozo que tiraba a la obesidad, cuyos ojos se cerraban al reír y cuyos cabellos lacios, al menor gesto, caían sobre la frente y que el gordito, mecánicamente, retiraba a su lugar.

—Mucho gusto matasano, nieto de Asclepios y servidor de Caronte —le gritó a Reyes, mientras le estrechaba vigorosamente la mano—. ¡Líbreme Dios de caer en tus manos!

—No te apures que caerás, pero a manos de un veterinario— le dijo alguien y todo el mundo festejó estas palabras como si fuera un gran chiste. Rosa Elisa fue quien más festejó, riendo con risa fácil y con ese tono de quien ríe sinceramente. Mientras los otros estaban pendientes de los chistes del gordito, Reyes se puso a estudiar a Rosa Elisa. Tenía ésta un cuerpo delgado, pero bien formado; cuerpo ágil, de deportista; sus movimientos daban la sensación de elasticidad, una elasticidad felina, si se quiere. Sus brazos pendían a lo largo del cuerpo con gracia, con naturalidad; sus manos de niña mimada y desocupada, bellas, con afilados dedos y uñas teñidas con colores naturales. La cabecita, graciosa, delicada, de cutis blanco sonrosado, de persona sana. La cabellera de un castaño claro, peinada con gusto, caía en suaves ondas sobre la nuca. La naricita respingona descansaba sobre labios carnosos, como golosos de besos y que reían fácilmente para mostrar dientes menudos, bien formados. Sus ojos sin ser grandes,

eran expresivos y picarescos; cuando reía, despedían chiribitas, dándole un esplendor de aurora. Era una mujer deseable en la gallardía de sus veinte años. El corazón de Reyes retenía sus latidos al mirarla y sus ojos no podían apartarse de ella. Bruscamente sintió ese deseo de apagar la sed en la profundidad de sus ojos claros; beber la luminosidad que despedían. ¡Vivir contemplando aquelos ojos, besar sus carnosos labios! En una palabra, Reyes se enamoró perdidamente a la primera vista, rindiéndose a los encantos de Rosa Elisa de modo absoluto. Jamás le ocurriera esto; como cualquier joven tuvo sus amoríos, que florecieron y se marchitaron entre dos exámenes y durante las breves fugas de los grillos de los mamotretos de patología. Pero Rosa Elisa era la mujer deseada; allí estaba al alcance de sus manos, sonriente, exquisita en su vaporoso vestido blanco, tentadora y apetitosa como un jugoso fruto. Con esfuerzo reaccionó a su extraña parálisis, sonrió tontamente a los chistes del gordito, y en vano se esforzaba en decir algo, en mostrarse desenvuelto. No era timidez; nunca fue tímido porque en su haber de macho joven figuraba la larga lista de plazas rendidas, ante la admiración de sus compañeros y amigos. Jamás se sintió ligado por mucho tiempo, ni sintió la rendición que experimentaba ahora, porque allí, con la brusquedad que interviene el azar, estaba la mujer soñada.

La llegada de la orquesta, un poco retrasada, provocó una alegre exitación, conmoviendo a los grupos, agitando a los jóvenes con risas y empujones. Esta distracción le permitió a Reyes salir de su marasmo, y supo, con habilidad de volatinero mantenerse al lado de Rosa Elisa. Pero ésta, con esa intuición femenina, habíase dado cuenta de la admiración de Reyes y picada de curiosidad, no hizo ningún esfuerzo para alejarse de él. Pronto los acordes de un bailable llenó los ámbitos con un ritmo excitante. Estaba por invitarla a bailar, cuando surgió ante ellos, de brazo de su novio, Ana María, chorreando alegría.

—Rosa Elisa —le dijo— vuelvo a recomendarte al amigo Reyes; pero cuidado, porque es un conocido don Juan.

—No, Ana María —protestó Reyes— me está perjudicado con un mote inmerecido. Pero Ana María se había alejado.

—No le crea a Ana María —le dijo a Rosa Elisa—. ¿No me ve usted tal cual soy; un inocente cordero?

—No me parece muy inocente su aspecto. Además me encargaron que tuviera cuidado de los estudiantes de medicina —respondió ella riendo deliciosamente.

—No puede juzgarme sin conocerme mejor. ¿Qué le parece si bailamos?

—Aceptado —contestó.

Ciñó su cuerpo al de ella, le temblaban un poco las rodillas, rodeó al comienzo blandamente su fino talle, pero luego, al influjo de la música, como si ajustara el lazo que le atara a Rosa Elisa, apretó contra su cuerpo el de su compañera que dócilmente se dejó atraer y sujetar por su vigoroso abrazo. No decían nada, sus cuerpos se balanceaban al conjuro del ritmo y bailaban como si flotaran. Reyes no sabía que en esos instantes vivía los momentos más bellos de su juventud. Ese amor, que en vano se pretende definir, había invadido los huecos de su corazón, llenándolos a estallar.

Despertó de su ensueño cuando se apagaron los últimos acordes. Rio Rosa Elisa al desprenderse de sus brazos, avaros de su talle.

—Baila muy bien —le dijo— y lo hizo con todas las ganas.

—¡Ah, terminó la pieza! ¡Qué lástima!

—Bailó como si fuera su último baile. Eso le pasa por vivir encerrado.

—Pero ¿bailaba? Yo no bailaba, estaba en un éxtasis.

—Se está volviendo galante. Ahora recuerdo la recomendación de Ana María.

—Señorita, por favor...

—Llámeme Rosa Elisa, como todo el mundo.

—Rosa Elisa. Un nombre poético.

—Pues, a mi no me gusta —coquetó— Sobre todo después de verlo en un acróstico que me hizo un pobre poeta.

—Pues dígame quien es él para matarlo por estropear su hermoso nombre.

Rosa Elisa hizo estallar su cascabeleante risa. Volvieron a zambullirse en el ritmo de la música y bailaban como si la música sólo sonara para ellos. Reyes aspiraba el perfume de su cabellera y como mareado giraba como si bailara entre nubes. De su parte Rosa Elisa se dejaba llevar contagiada por el vigor de su compañero y por la precisión con que seguía la música.

—Así me gusta; honrando a la Facultad— oyó decir a Patricito en un breve intervalo.

—¿Sabes Patricito? Encontré a Terpsícore.

—Pues, cuidado con las musas— bromeó Patricito y desapareció.

—Con las musas se tiene sueños maravillosos.

—Pero ¿sueñan los médicos? Yo los creía tan prácticos, tan realistas que no sueñan.

—Pues, ahora por ejemplo, estoy en un sueño del que no querría despertar.

—Estará soñando con algún enfermo o con alguna horrible operación— comentó Rosa Elisa, cayendo en la vulgaridad corriente de hablar a médicos y estudiantes de medicina de temas de su especialidad.

—No, no; sueño con un baile interminable con usted.

—Con poca cosa sueña usted. Si tanto le gusta, el próximo sábado tenemos otro en lo Chichí Gutiérrez.

—Hace dos siglos que no aparezco por allí. Chichí no me recibirá.

—Yo intercederé por usted. Véngase lo mismo.

—Gracias. No me perderé este don de Dios.

Rosa Elisa rió. Coqueteaba, como con todo el mundo, con Reyes. Le agradaban los cumplidos y toda rendida admiración y, como coqueta que era, sabía estimularlos. Pero también lo encontraba interesante; bailaba bien y sabía galantear. Entre risas y bromas lo estudiaba. Espigado, con una cabeza interesante —calculaba— Rosa Elisa. Frente amplia, con grandes entradas, insinuando una calvicie de su ondulada cabellera, castaño claro; sus ojos ensoñadores, con largas pestañas; boca firme con barbilla algo saliente, dando en conjunto una sensación de firmeza, determinación y franqueza al mismo tiempo. Se desprendía de él esa mezcla de virilidad y ensoñamiento de un héroe de cine. A Rosa Elisa, que se sabía hermosa, interesante, le encantaba ser cortejada, pero sin compromisos; pero coqueteaba porque se placía con los cortejantes detrás. Sus insinuaciones para un próximo baile no obedecían sino a un calculado método para estar siempre acompañada, demostrar a los demás cuán admirada era, halagar su vanidad de coqueta con un largo cortejo de galanes rendidos a sus pies.

Mientras tanto, la gente joven gritaba, bailaba, reía, producto de la fácil alegría de la juventud con sobradas energías que gastar.

—Lástima grande, —quejábase Reyes— la fiesta va terminando.

—Consuélese —reía Rosa Elisa— Tiene para el sábado asegurado otro baile.

—No faltaré. Será la semana más larga de mi vida —suspiró.

—¿Tanto es su deseo de bailar?

—Lo que deseo es verla siempre, Rosa Elisa.

—Le obsequiaré una foto; así me verá las veces que desee.

—No, Rosa Elisa, no esquive la cuestión. Demasiado sabe a qué me refiero. Usted, no sé por qué misterioso designio, penetró en mí muy hondo, muy hondo...

—¡Ah! Entonces lo fleché, pero usted ve, no tengo arco y flecha.

Y reía con gozo de niña traviesa.

—Sí, Rosa Elisa, bendito sea su bello nombre, me flechó.

Vio en el rostro de Reyes, apremio, sinceridad, entusiasmo. A Rosa Elisa no le agradó del todo la prisa con que iban las cosas. Ella estaba dispuesta para un flirt intrascendente, pero no a ningún compromiso que la atara. Por eso se evadió con sus bromas habituales.

—Ustedes, los estudiantes de medicina están acorazados contra los flechazos.

—¿No me cree?

Pero Rosa Elisa soslayaba el tema.

—Debo irme, me llaman.

—¿Cuándo volvemos a vernos?

—No se. En el baile de Chichí.

—No, antes. ¿Puedo llamarla por teléfono?

—Sí... si. Adiós, doctor.

Le pasó la mano, que Reyes retuvo todo el tiempo posible. Rosa Elisa la retiró suavemente y corrió a despedirse de los dueños de casa.

Al poco rato Reyes y Sanabria se dirigían a su alojamiento, una casita, cerca del Hospital de Clínicas.

—Quieres anotarte con Rosa Elisa otro triunfo —decía Patricito.

—¿Con Rosa Elisa? Te equivocas; esta vez me he enamorado realmente.

—¡Bah! La historia de siempre. Pero te aseguro que la pendeja vale.

—Mirá Patricito; te pido más respeto para con ella.

—¿Pero que bicho te ha picado?

—Me ha picado el bicho del amor. Créeme estúpido, estoy enamorado de verdad. ¡Con letras mayúsculas!

—Te miro y no te creo. ¡El imbatible conquistador! Déjame reir.

Y se puso a reir como un loco alborotando la silenciosa calle.

—Ríete, yo te acompaño. Esta noche me siento feliz, como nunca lo estuve. Como dice aquel verso: hoy me ha mirado...

—Poesía, uy yu yuy, ja ja ja... —y reía hasta las lágrimas.
—Has perdido el juicio .
—¿Yo? ¡No! ¡Tú!

Llegaron a su alojamiento estudiantil. El bulín. Una casita recatada, dentro de un muro pintado de blanco. Los estudiantes de medicina, sobre todo de los cursos superiores, para no perder tiempo trasladándose a sus domicilios, vivían en esas casitas, baratas y discretas que les permitía vivir cerca del hospital, estudiar y distraer sus espíritus agobiados por la lectura y las obligaciones del internado con aventurillas que descargaban la tensión a que permanentemente estaban sometidos. En dos piezas vivían entre cuatro, en medio de un desorden indescriptible, expresión de la vida bohemia que llevaban. En vano una pobre mujer que les cuidaba intentaba poner orden en aquel caos de ropas tiradas por todas partes con libros y cuadernos de apuntes cubriendo las mesas, las sillas y las camas. En medio de aquel desquicio se desvistieron; Patricio muerto de sueño, pero Reyes desvelado. En su estrecha cama soñaba despierto, lo que suelen soñar los enamorados en todas partes y en todas las épocas. Sintió la necesidad de compartir su estado de ánimo, de comentar...

—Patricito, che Patricito...
—¿Quéee...?
—¿Verdad que Rosa Elisa es fenomenal?
—Déjame dormir, bestia— fue la contestación.

A partir de la noche de baile, la vida de Reyes varió. Como siempre, intensa vida de hospital: enfermos, historias clínicas, operaciones. Pero, lo que otrora hacía raramente, ahora lo hacía como una rutina, enviciado por la necesidad de hablar con Rosa Elisa; acudía a los teléfonos entre los breves resquicios del laboreo diario. Varias veces fue sorprendido por el profesor Escobar usando el teléfono de su pequeño despacho particular del pabellón de operaciones. El profesor, siempre bondadoso, volvía a salir por cualquier pretexto para darle tiempo de despedirse y, al volver, encontraba a Reyes sonriente y atento al menor requerimiento del profesor. Este apreciaba a su alumno y colaborador; de su parte Reyes respetábale y lo demostraba sin ese servilismo frecuente entre los colaboradores de los poguasú de la Facultad. A veces el profesor lo miraba después de esas conversaciones con picardía. Reyes se sonrojaba, mientras sus compañeros al tanto de su "metejón" reprimían la risa.

Pero Reyes vivía felíz, con alas en los pies. Naturalmente

que no perdió el baile en lo de Chichí, donde bailó y galanteó a sus anchas a Rosa Elisa que, sino enamorada, curiosa y orgullosa, se mostró condescendiente y acaparable por Reyes. Este se puso a investigar sobre su amada, buscando afanosamente cualquier dato. Como decía Patricito: hacía la historia clínica de Rosa Elisa. Así supo que vivió los dos últimos años en Buenos Aires, por cuya razón era poco recordada en Asunción. Hija de un acaudalado estanciero, don Froilán Ayala, se permitía todos los lujos y satisfacciones que proporciona el dinero y que puede apetecer una hija mimada, favorita de su padre, a quien dominaba con su carácter retozón y una gracia picante. Excesivamente mimada, se hizo dueña de su voluntad, imponiéndole a sus padres sus caprichos, que eran numerosos y variados. Pero Reyes, cegado por su entusiasmo, sólo veía el lado bueno de su amada y no daba pábulo a los comentarios que pusieran sombra al carácter de Rosa Elisa. De esta manera, vivía en una especie de limbo, entre los preparativos de los exámenes finales, los llamados telefónicos y las citas cada vez más anheladas.

Sus compañeros hacían picadillo de su entusiasmo y de su atuendo cuando concurría a las fiestas, de las que era poco entusiasta hasta entonces.

—Estás listo— le decía Salcedito, otro amigo íntimo de Reyes y compañero también del "bulín".

—Si esto te agarraba en un curso inferior, no terminabas tu carrera en veinte años —comentaba Oscar Smidt, a quien llamaban Otto Sulfa y que completaba el cuarteto.

En su egoista dicha hasta olvidó a su tía Amelia, cuyo hogar era también el suyo. Con cierto remordimiento, después de quince días de ausencia, demasiado larga para la buena solterona, acudió a verla. Amelita le recibió alborozada y sin ningún reproche, porque comprendía que su sobrino debía hacer su vida propia y no iba ser ella quien pusiera obstáculos, para satisfacer sus egoistas sentimientos.

—¿Cómo estás hijo? —le dijo— te agradezco que te recuerdes de esta vieja. Supongo que no te pasó nada.

Lo dijo sin ninguna ironía, sino que manifestaba sínceramente lo que sentía. Reyes sintióse culpable.

—Estuve ocupado, tía. Por eso no aparecí durante estos días.

La abraza, la besa, la alza y gira con ella en paso de vals.

—¡Que me mareo! ¡Que me mareo! —cloqueaba Amelita, pero en el fondo feliz.

Reyes la depositó en el sillón.

—Sabes tía —y reía— soy feliz, tan feliz.

—Claro hijo; terminas tus estudios.

—No, no es eso. Hay otra cosa.

—Entonces, sinverguenza, tienes novia. Y lo tenías callado. Y mientras tanto todo el mundo se entera y esta vieja tonta...

Reyes le besó las mejillas y se arrodilló sobre el piso.

—¡Tu pantalón! Cuidado con tu pantalón.

Reyes arrastró una silla para ponerla junto al sillón de su tía.

—¡La vieja tonta! ¡La vieja pilla! Bueno, vengo a contarte que estoy enamorado, perdidamente enamorado.

—¿Quién es ella? —preguntó ansiosa— ¿La conozco?

—Sí claro. Es Rosa Elisa Ayala.

—¡La hija de Froilán! ¿Te corresponde?

—Parece que sí.

—Buena gente. A Rosa Elisa la veía cuando pequeña. Era muy bonita.

—¿Bonita? Bellísima tía, bellísima.

La alegría del sobrino se contagió a la tía. Le agradaba la elección de su sobrino. Novia rica, futuros suegros generosos. Veía a su sobrino casado, bien instalado, numerosa clientela...

Reyes adivinó los sueños a que se entregaba su tía.

—Ya estás calculando, viejita interesada —le dijo riendo— quien sabe que cosas horriblemente prácticas.

—Hijo, las viejas no terminamos nunca de calcular.

—Ahora, a tomar la presión. Quizá la noticia te la elevó. Además, quien sabe lo que estuviste comiendo, sin mi control.

Trajo el tensiómetro y con toda seriedad y reserva le puso el brazal, porque en el fondo estaba preocupado por la tensión arterial algo elevada de su tía. Esta le miraba hacer, feliz por la solicitud que demostraba y ese aire doctoral que le quería imponer.

—No has seguido el régimen, tía. Tu tensión está alta. Tendré que vigilarte más.

—¡Si yo me siento perfectamente bien!

—Precisamente por eso me preocupo. Eso te hace descuidada. Te voy a escribir el régimen que seguirás y no permitiré descuidos.

—No te hagas el doctor conmigo, que te conozco quien eres.

—No tía, hablo en serio. Es menester que te cuides. Voy a vigilarte de cerca y te traeré a Salcedito para que te imponga lo que debes hacerte.

—Bueno, bueno; déjate de quejas de viejo. Ahora vas a contarme como se vino eso de Rosa Elisa.

—Te contaré todo si me prometes hacer todo lo que Salcedo dice.

—Aceptado.

Reyes se resignó a contar todo, todito; porque bien lo sabía, Amelita le irá sacando, como quien saca agua del pozo, poco a poco, con un cubo, los detalles de su noviazgo. Ya estaba Amelita atenta, para no perder datos.

* * *

El tiempo pasaba veloz. Grandes acontecimientos sacudían al mundo; la guerra mundial asolaba la madre tierra y los seres humanos sufrían allí donde les alcanzaban los trágicos acontecimientos, mezcla de muerte y de dolor. También el Paraguay era asiento de transformaciones sociales, económicas y políticas, sobre todo políticas. Pero Reyes vivía un mundo solo exclusivo de él, un mundo donde imperaba el amor a Rosa Elisa. Cerró los ojos a toda realidad y se dedicó a su mundo encantado de los enamorados perdidos.

Apenas volvió a la realidad con los exámenes finales llenos de apremios, no tanto por un posible fracaso, sino por el temor a un papel desairado. Sin embargo, robaba tiempo a sus horas de estudios para un golpe de teléfono o para una escapadita para encontrarse con Rosa Elisa durante unas compras de cosas inútiles o charlas con un grupo de amigas en un bar de moda. Rosa Elisa se hacía pagar con tiránicas exigencias su condescendencia de ser galanteada por Reyes.

Entre citas y llamados telefónicos, llegaron los exámenes y como todo llega a un final, así la vida estudiantil, despreocupada y feliz, culminó con la obtención del ansiado título de médico. ¡Adiós mamotretos! ¡Adiós bulín! Farra monumental en éste. Delirios del bautismo. Felicitaciones y alegría de los familiares. Oportunidad para robar un beso a una novia remisa. Horas dichosas durante las cuales el espíritu se remonta a las alturas antes de posarse de nuevo sobre la tierra. Trozos de juventud definitivamente dejados hacia atrás.

Amelita lloró como una boba en los brazos del flamante doctor; lloraba de alegría porque habíase cumplido el anhelo de toda su vida. Se sentía pagada con creces por sus desvelos.

Con el título cambiaron muchas cosas. Se acabó la vida bohemia. Con cierta tristeza dejaron la casita.

—En realidad esto es muy triste— comentó Patricito a la hora de comida en común en el comedor del hospital, donde comían por última vez.

—De mi parte esperaba algo más emocionante —dijo Salcedo— Ahora, adiós vida despreocupada. Mi viejo ya me habló de responsabilidades, de asentar cabeza y otras zarandajas.

—Yo, en cambio —dijo Reyes—, tendré más tiempo para dedicarme a mi novia.

—Cásate, bestia —contestó Patricito— Ya me tienes harto tú y tu novia. No se cuenta más contigo para una farrita, so estúpido.

Terminaron tirándose trozos de pan y otros residuos.

Realmente, sobre todo para Reyes, muchas cosas cambiaron. Fue nombrado por el profesor Escobar jefe de clínica de su Servicio, premio del profesor a su dedicación y a su capacidad. En casa de Rosa Elisa, adonde concurría como un simple amigo, fue recibido con los honores debidos a su flamante título y pasó a ser el festejante reconocido de Rosa Elisa. A don Froilán le agradaba el candidato de su hija hasta el punto de hacer proyecto con su esposa, la plácida doña Consolación, que a su vez estaba encantada de tener a alguien que quisiera escuchar la larga lista de sus achaques. De tal manera iban las cosas que todo el mundo veía como final y remate un sonado enlace. La misma Amelita que vivía recogida, sin asomarse mas allá de sus puertas, reanudó una vieja amistad con los Ayala.

Pero para un médico flamante no todo se presenta con color de rosas. Le faltaba práctica suficiente para pisar con aplomo el piso de los consultorios de éxito. Necesitaba aun una práctica del arte de la medicina que sólo se adquiere con la dedicación en los centros de estudios. Tenía dos o tres años por delante antes de arrojarse a la vida profesional sin temor a un fracaso fatal. Dedicóse de llenc a su sala y al trabajo, a veces agobiador, del que quiere progresar. Todo se auguraba promisor. Así pasó un año y se inició otro que encontró a un Reyes más aplomado, más capacitado, más maduro para la vida profesional.

Pequeños nubarrones empañaron el cielo sereno en que vivía. Rosa Elisa se mostraba remisa a formalizar el compromiso matrimonial. No se decidía porque no estaba lo suficientemente enamorada. Le gustaba Reyes, le halagaba su título, pero le apenaba dejar la vida regalada de intensa actividad social que comprendía que no iba a llevar al lado de Reyes. Fluctuaba entre la duda y la

decisión. A su lado se sentía cómoda; era gentil, considerado. Relataba su vida profesional hospitalaria con toques dramáticos que la enternecían unas veces y entusiasmaban otras. Reyes le confiaba sus sueños, sus aspiraciones y sus proyectos. Pero al lado de Reyes había placidez y sacrificio al mismo tiempo. Reyes, dedicado al estudio, no era muy amigo de fiestas y paseos y, frecuentemente, esto era lo peor para Rosa Elisa, debía abandonarla para acudir presuroso a un llamado profesional. Demasiado absorbente y egoista no se resignaba al sacrificio de una fiesta o de cualquier programa trazado por la asistencia a un desconocido; y lo que es peor, de un cliente hospitalario que no daba nada. Frecuentemente se sentía irritada. Le reprochaba.

—Dime Leonardo —le decía— ¿quién es más importante para tí, yo o tus enfermos?

—¿Qué hay en esa cabecita? ¿No te expliqué una y mil veces que mi obligación es acudir al lado de un enfermo que me llama? Para eso he dedicado mi vida.

—Pero que me dejes plantada toda una noche por uno de ellos...

—¿Cómo no acudir a un llamado urgente, a un pedido de auxilio? Suponte madre de un niñito muy bonito... aunque no hace falta que sea bonito para una madre; suponte que es tu hijo y está muy, pero muy malito. Hay que llamar a un médico y lo haces desesperadamente. El está con su novia, una hermosa novia. Esta no quiere que su novio se vaya, que es aun muy temprano y, toda mimosa lo retiene hasta la hora de despedirse. El médico preocupado va corriendo a ver a su enfermito; pero como tardó demasiado, se había muerto.

—¡Oh! ¡Como sabes dramatizar! No puede uno morirse tan pronto.

—¿Cómo que nó? Te puedo citar cien casos. La profesión médica es algo especial; vive de lo imprevisto, y lo imprevisto viene a cualquier hora. La enfermedad nadie la previene, es un accidente imprevisto.

Pero Rosa Elisa no comprendía, ni quería comprender ese sacrificio por el prójimo, porque atentaba contra su egoismo. Se veía, al lado de Reyes, arrinconada en la noche, esperando al amado, consumida de impaciencias, de dudas...

—Realmente ¿me quieres Leonardo? ¿Más que a tus enfermos? —suspiró— Yo esperaba que dedicarías tu vida a mi y no a tus enfermos.

—¿Pero no comprendes que mi vida es para tí, solo para tí? La medicina es solo mi trabajo, mi medio de vida.

Pero Rosa Elisa estaba mohina, con un gesto torcido en su boca sensual y los ojos brillantes de enojo. Estaba más bonita que nunca con la expresión de una niñita que se enojara porque no le dieron la muñeca pedida. El corazón de Reyes rebosaba de amor y de deseos; en un impulso súbito, como una fiera que atrapa su presa, estrujó a Rosa Elisa en un violento abrazo y su boca buscó la de ella. Gimió Rosa Elisa de dolor; quiso rechazarlo, gritar, pero aquellos labios devoraban los suyos, se hundían en su boca, se aplastaban por las encías. El fuego de aquel beso le devoró, y como incendio en el pajar, ambos ardieron en la fogata que la química del amor enciende con la yesca de dos labios ansiosos. Los cuerpos, tensos, se unieron como cuerpo imantado se pega a un imán. Durará aquel beso una eternidad, pero cuerpos aerobios al fin, requerían oxígeno, tuvieron que separarse para respirar, pausa que aprovechó Rosa Elisa para rechazarlo bruscamente y escapó corriendo hacia los interiores. Ya no salió. Reyes se sintió despedido por esa noche. Se retiró algo preocupado, aunque no era la primera vez que la trataba con rudeza, pero la impresión de aquel beso ardía en sus labios y su cuerpo se tensaba de ansias insatisfechas.

Reyes había idealizado excesivamente a su novia, la trataba como a un delicado biscuí y bajo la influencia de su educación algo mojigata, a pesar del vigor de su virilidad, trataba a Rosa Elisa como a las princesitas delicadas de los cuentos románticos. Pero Rosa Elisa no era ninguna princesa tierna y debilucha; era una niña moderna, influenciada por el cine y por su educación independiente. Le agradaba la acción en el amor y no la devoción respetuosa de Reyes. Este se había equivocado en su procedimiento; por eso al día siguiente Rosa Elisa lo recibió como si nada hubiera ocurrido, y hasta sumisa. Reyes mantuvo su actitud beligerante, inyectando savia en su noviazgo, y a partir de entonces Rosa Elisa fue cediendo hasta rendirse y conceder el ansiado sí. Un acontecimiento apresuró el compromiso matrimonial: le otorgaron a Reyes el beneficio de una beca de tres meses en Río de Janeiro; y como no quiso ausentarse sin asegurar su noviazgo, a sus insistencias, Rosa Elisa cedió, con gran beneplácito de sus padres y de una numerosa parentela. Ausentóse Reyes llevando la visión algo convencional de una noviecita deshecha en lágrimas, ansiosa de su rápido regreso.

Esta ausencia cambió muchas cosas, inclusive el rumbo de la

vida de Reyes. Al desaparecer el influjo de su presencia, Rosa Elisa a los pocos días abandonó su encierro de novia recatada, para concurrir a las fiestas con el pretexto de despedirse de su vida anterior, antes de entregarse a las exigencias de una vida de casada. Dióse a coquetear como en los viejos tiempos, recuperando su largo cortejo de admiradores, entre los cuales había más interesados en su herencia que en su belleza. Mientras tanto Reyes, dedicado a un intenso régimen de estudio y trabajo práctico, suspiraba por ella y le dedicaba largas y tiernas cartas que Rosa Elisa apenas contestaba con deshilvanadas líneas que Reyes devoraba sin notar la frialdad de sus expresiones y la vacuidad de su contenido. En su enceguecimiento ni siquiera notó que hacía los finales de los tres meses, Rosa Elisa ya no se molestó en enviarle unas pocas líneas. Entretanto, olvidada de su calidad de novia se dejó acaparar por un joven abogado, buen mozo y muy prometedor en su profesión porque tenía más artes que aquel doctor de Intereses Creados. Enredó a la linda y rica heredera en sus artilugios y Rosa Elisa perdió el interés en Reyes y entregóse al goce de ser galanteada con nuevo estilo y muy a su gusto. Disimuló sus andanzas a sus padres porque los sabía admiradores de Reyes, sobre todo doña Consolación, que tenía un verdadero cariño por el sobrino de Amelita.

Escondió sus amores a sus padres, pero no a los amigos, sobre todo a Patricito que andaba sobre ascuas, con más celos que si fuera el propio novio. Buscó la oportunidad de encontrarse con la novia de su amigo y le enrostró su imprudencia. Pero Rosa Elisa le contestó:

—¿Y quién la da a usted vela en este entierro?

Le dolió al otro el usted.

—Pero Rosa Elisa, si le hablo así es por su buen nombre y el de Reyes.

—Bueno Patricito, si quiere saber la verdad la va a oír. Me di cuenta que ya no le quiero a su amigo. En realidad creo que nunca estuve enamorada de él, confundí amistad y admiración con amor. Esto es una cuestión entre él y yo y no voy a permitir que nadie se entremeta en este asunto.

Patricito quedó anonadado. Sabía que Rosa Elisa temía a su padre que, a pesar de sus debilidades para con ella, no iba a transigir con un procedimiento desleal. Fue a consulta con Amelita, pero la encontró tan desmejorada que optó por no decir nada y esperar la vuelta de Reyes. Habló a Salcedo que le dijo que Amelita requería una rígida atención si Reyes no la quería perder. Feliz-

mente los tres meses fueron devorados por el tiempo y Reyes se aprestaba a volver. Decidieron callar las desagradables novedades.

Tres meses no son nada, pero a Reyes le parecieron tres años. Sin embargo terminaron y pudo volver a la patria, donde fue recibido por sus amigos con alegría y muy fingida satisfacción por Rosa Elisa. El placer de la vuelta le impidió ver el desapego de su novia porque la sincera recepción de los padres de ésta borraron todo rastro de recelo que pudiera existir.

Reyes volvió a su vida hospitalaria con renovados bríos, compartiendo su tiempo entre su novia y sus enfermos. Rosa Elisa seguía titubeando, deshojando la margarita de la duda de: le digo, no le digo, pero no se atrevía enfrentar la nobleza de Reyes y la autoridad paterna, que forjaban proyectos, irritándola aun más.

Por un tiempo volvió a ser la novia recatada y casera; pero ahogábase encerrada; entonces reanudó con el abogado sus furtivos encuentros, encontrando muy cómodo engañar a Reyes sin tener que pasar por los desabridos momentos de una explicación. Veíase con su galán por las calles o en alguna confitería acompañada por alguna amiga cómplice o sencillamente sola, por las mañanas. Reyes, encerrado en el hospital ignoraba totalmente lo que ocurría, pero no sus amigos, que seguían la pista de Rosa Elisa, hasta que encontraron la situación insostenible e hicieron una consulta para terminar con aquella vil traición, con aquella mofa intolerable. Patricito como más íntimo fue el encargado de ponerle el cascabel al tigre, como decía. Aceptó de malas ganas y, dolido y palpitante, buscó la ocasión propicia para hablarle. Una mañana en que el trabajo habitual había terminado temprano y pudieron los viejos amigos compartir la mesa de un bar, decidióse. Pero antes hizo un misterioso llamado telefónico y se bebió una buena dosis de cerveza.

—Che Leo —le dijo como al descuido— tengo algo que decirte, pero no hallo el modo de hacerlo.

—Pues dilo, sencillamente.

—No es nada sencillo, al contrario, me es tremendamente difícil.

—No me vengas con remilgos. ¿Algún desacierto clínico, algún lío femenino?

Suspiró Sanabria mientras hacía círculos con el trasudado de su vaso. Su larga nariz se tendía como si fuera a caer transformada en gota. Reyes se alarmó.

—¡Qué te pasa! No puedo creer que tienes algo tan difícil de decirme.

—Si Leo, y no quiere pasar de aquí —y señalaba su abultada nuez— Perdóname... tu novia... no te quiere y te traiciona...

—¡No digas tonterías!

—Lo que oyes, Leo. Rosa Elisa no te quiere y lo demuestra viéndose, a solas o acompañada, con el tipo. En este momento está con él en el Vertúa.

Una intensa palidez fue cubriendo la cara de Reyes y gotas de sudor, gordas y brillantes, corrieron por su frente.

Patricito parecía sentado sobre espinas.

—Perdóname Reyes... pero había que decirte... Si quieres cerciorarte, vamos al Vertúa.

Reyes que había tomado su cabeza con las dos manos y con los codos sobre la mesa, se desmadejó, hundiendo los hombros.

—Debo creerte Patricito, pero créeme, esto duele como una puñalada.

—Lo comprendo. También lo sabíamos, por eso los amigos me delegaron para que te la diera.

—¡Ah...! ¡Los amigos! ¡No estoy soñando entonces!

Quedaron silenciosos un rato, ambos sin saber qué decir. Sanabria miraba a su amigo y veía que el color retornaba.

—Vamos al Vertúa —decidió Reyes.

En silencio se retiraron del bar, buscaron un auto y al poco rato bajaban en la vereda de la confitería. Reyes iba como si arrastrara pesados grillos; subieron las gradas que conducen al salón con dolores en las articulaciones y sudores en las manos. Sonaba una suave música. Se detuvieron bajo el arco de la entrada; desde allí se dominaba todo el salón, semivacío a esa hora. En un rincón, sentada, sin más compañía que su galán, frente a una mesita y con las manos entre las de su compañero, Rosa Elisa hacía sonar su risa cascabelante. De pronto vio ante ella el rostro pálido y noble de Reyes, retiró su manos como si quemaran las del otro y se echó contra el respaldo de la silla. Se veía bella, magnífica, con aquellos ojos brillantes, desafiantes.

—¿Qué haces aquí sola en compañía de este gomoso? —interrogó Reyes con voz ronca.

Iba a contestar el otro, pero Rosa Elisa con un gesto lo detuvo:

—No soy esclava —contestó—, al contrario soy libre de ir adonde me da la gana.

—Tengo el derecho de pedirte cuentas, porque eres mi prometida.

—Desde este momento ya no lo soy —contestó Rosa Elisa de-

safiante siempre—. Considera nuestro compromiso roto. No te amo, ni te amé nunca. De modo que ya lo sabes.

Su tono despreciativo hería como puñaladas, pero relucía su grosería al descascararse su barniz social. Allí donde la lealtad consigo misma exigía el tacto suave, ya que no era fatal y definitiva la unión con Reyes, Rosa Elisa ponía de relieve su deficiente educación, llegando a la penosa escena que debió evitar.

Contrájose el rostro de Reyes como si fuera a escupirla; pero dijo:

—Eres una...

Antes que saliera el adjetivo, cualesquiera que sea, se levantó el acompañante de Rosa Elisa con aire de gallito peleador. Reyes observó, en un relampagueante segundo, el rostro de su rival cuidadosamente afeitado, con su boca deformada por un rictus despreciativo y una cabellera engominada, destilando insolencia.

—No le permitiré señor... —decía el otro.

Reyes sintió la necesidad de golpear aquella cara, y lo hizo con todos sus deseos de matar. El otro quedó tumbado, sin habla. Patricito lo arrastró hacia la puerta, mientras oía como un sueño, la voz de Rosa Elisa que gritaba:

—¡Cobarde!

Reyes se encerró dos días realmente enfermo, incapaz de reaccionar. Tuvo, sin embargo, la precaución de callarle a Amelita lo ocurrido porque su estado no lo permitía. En la salita de su tía, amueblada con ese estilo de veinte años atrás, rumiaba su pena. Aquellos versos de "Pórtico de Melpómenes", que tanto gustara recitar, martillaban su mente, hallándolo tan a tono con el momento:

...Me acuerdo de aquella cacería...
El bosque a media noche, y la mujer que huía...
Yo en pos, con ambos brazos hambrientos extendidos,
allá por los más agrios senderos escondidos;
y ella delante siempre, jadeando de congojas,
mientras su fuga hacía crujir las muertas hojas.
¿Recuerdas? A su lumbre lunar, apenas era
como un fantasma aquella mujer de mi quimera,
que yo amaba y odioba desesperadamente.

Con sumo tacto Salcedo y Sanabria le arrancaron de su encierro y le devolvieron a la grata esclavitud hospitalaria, donde

encontró rostros familiares, acogedores, llenos de comprensión, que le hicieron olvidar siquiera por algunas horas su drama íntimo. Poco a poco la herida fue mejorando con el retorno del interés por sus enfermos, por los problemas clínicos, por las intervenciones quirúrgicas. Pero fuera del hospital se sentía indiferente a todo, atormentado por el recuerdo, cada vez más doloroso de la imagen amada y perdida.

Amelita, ignorante de lo ocurrido, veía a su sobrino enfermo a consecuencia del excesivo trabajo hospitalario. Pero callaba para no irritar a Reyes a quien encontraba quisquilloso y malhumorado.

A pesar de la distracción del laboreo hospitalario, Reyes de tanto en tanto, poseído de su abatimiento, deambulaba como un autómata. Decía Salcedito:

—Véanlo, sufre las penas del amor, como un viejo la parálisis agitante.

Quisiera o no, debía, cumpliendo con sus obligaciones, enfrentar los problemas profesionales que se le planteaban. Había ascendido a la elevada categoría de los cirujanos del Servicio que volaban con alas propias y emprendían intervenciones quirúrgicas delicadas. A los quince días de su rompimiento con Rosa Elisa, que pasaron llenos de tedio, tocóle intervenir un bocio hipertiroideo. Se trataba de una operación delicada, minuciosa y traidora, sobre todo en aquella época de experimentos aún. La paciente era una mujer joven, de mirar entre trágico y patético. El equipo, encabezado por Reyes, se dispuso a la operación. Desde el comienzo las cosas no marcharon bien; falló la anestesia, que hubo de ser reforzada, y cuando dio el corte, seguro, neto, la intervención se perfilaba como difícil. En efecto, el adenoma se resistía a la extirpación, con múltiples adherencias y súbitas hemorragias. El anestesista de pronto exclamó:

—¡Doctor Reyes, la enferma entró en colapso!

Suspendióse la operación para la reanimación de la paciente, quien bruscamente, con la fatalidad de los destinos ineludibles, se deslizaba hacia la muerte. Todo fue en vano, pese al esfuerzo de todos y de los medios al alcance para salvar la vida de aquella desconocida; la fatalidad se opuso. Cuando ya no hubo nada que hacer, el silencio se adueñó de la sala. Reyes, el responsable directo de la intervención quirúrgica, cayó en un vacío, ese vacío que vuelve incorpóreo al individuo y todo se vuelve espíritu. Al vacío se sucede un modo de dolor que no hiere las fibras sensiti-

vas del cuerpo, sino ese dolor de alma que rompe las barreras del cuerpo y estalla en mil pedazos.

Agobiado por aquella fatalidad, salió de la sala de operaciones pasando al lavatorio. Allí miróse en el espejo que pendía de la pared encima de los grifos; vio su faz empalidecida y esculpida en una máscara patética de pena.

—Doctor —le dijo el practicante Faressi— ¿desea usted que me encargue de avisar a los familiares?

—Sí, gracias Faressi —contestó— hágame ese favor.

¡Los parientes! ¡El marido! ¡Los hijos! Los que quedan son los que sufren. Como un criminal, perseguido por las furias de la venganza, huyó cobárdemente por los pasillos excusados, para no enfrentarlos.

En su historial de cirujano aún no había probado el amargo sabor de la derrota en la mesa de operaciones, esa derrota que sume al cirujano en una inquietud de corazón que perdura como una profunda herida y que dura hasta una nueva victoria.

Pero ese aciago día aún no había terminado. Cuando huía, doña Digna, la enfermera jefe del pabellón de operaciones lo detuvo.

—Doctor —le dijo— le llaman urgentemente de su casa. Quieren que llame en cuanto termine.

Poseído de un súbito pánico se precipitó al teléfono. Oyó la voz de Salcedo que le decía:

—Ven en seguida, porque tu tía está muy mal.

Sin preguntar más se precipitó en el primer auto que encontró, dando su dirección con voz temblorosa.

¡Su tía Amelia! ¡La buena solterona, su segunda madre! Pensó cuán egoista era con ella; sumido en su dolor se olvidó de la buena mujer, cuyo frágil cuerpecillo se tambaleaba con la edad.

Rió amargamente con la ironía del momento; acababa de dejar un cadáver sobre la mesa de operaciones y seguramente iba a encontrar otro en su casa. De pronto sintió una ráfaga de pánico; una verdad se abrió en la bruma de sus acosados pensamientos: iba a quedar solo.

Cuando llegó pagó al chofer con manos temblorosas y con las rodillas flojas entró en su casa. Le recibieron Patricito y Salcedito. Ambos lo abrazaron y oyó como entre nieblas que le decían:

—Tu tía ha muerto.

Penetró en la alcoba de la muerta. Vecinos piadosos rodeaban la cama. Allí, la que fuera la buena tía, libre su espíritu de ataduras, con las manos juntas y su arrugada faz con palidez ce-

rúlea, le recordaba que, a pesar de vivir frecuentemente el drama de la vida y de la muerte, no conocía en carne propia ese desgarro de la partida definitiva. Sentóse junto a la cama, con torpes manos acarició aquella vieja y querida cabeza. Las lágrimas fluyeron fáciles y abundantes; con ellas descargó sus penas y lloró en su tía su perdido amor, la muerta que quedara sobre la mesa de operaciones, su abandono, su soledad:

Deja que llore, deja correr mi amargo lloro
Unos tenemos llanto, como otros tienen oro.

Siguieron días vacuos cuyas oquedades solamente llenaba la soledad, pesada, pegajosa, tenaz, que le perseguía implacablemente. Sus amigos no le abandonaron y pronto le obligaron a volver al trabajo salvador que le condujo a reaccionar y a alzarse con ese su espíritu altivo que desafío las balas del Chaco, contra las penas y sus fúnebres cortejos de fantasmales recuerdos.

Nuevas y amargas realidades le enfrentaron; con la muerte de Amelita se fueron sus escasos bienes, hipotecados y mal vendidos para afrontar el largo estudio de su sobrino. Sólo entonces Reyes conoció en toda su anchura y profundidad, el sacrificio de Amelita. Sólo entonces pudo medir ese sublime desinterés de que es capaz una mujer paraguaya, que todo lo da, sin pedir nada.

Fue a vivir con los Sanabria que lo trataban como a pariente. Se entregó a su trabajo hospitalario con ardor hasta el punto de serenar su espíritu y reemplazar sus tormentos por una suave melancolía.

¡Los inescrutables designios del destino! Un día, durante una reunión científica en la Facultad de Medicina, se halló al lado del Ministro de Salud Pública.

—¡Caramba, doctor Reyes! —le dijo éste—. Me parece que usted es mi candidato.

—¿Cómo es eso señor Ministro?

—Verá usted —y lo llevó a un aparte—. Tengo un Hospital Regional recién terminado con el equipo ya completado. Sólo me falta un buen director, que debe ser, no sólo director, sino práctico clínico y buen cirujano. No debe ser viejo, sino joven, pero no un recién recibido, sino uno ya formado. Usted es mi candidato ideal. Además, no tiene consultorio abierto, ni problemas familiares según tengo entendido. Le digo seriamente ¿quiere usted aceptar?

El pueblo es Tacuary, un pueblo de economía elevada y numerosa población.

—Me toma tan de sorpresa...

—¡Oh! Tiene usted todo el tiempo para pensar. Pase por la secretaría para informarse ampliamente. Estará a su disposición.

Y fue así que el azar jugó con Reyes una vez más. Dióse a reflexionar sobre la palabra del Ministro, acudió a conversar con el secretario y casi sin darse cuenta se halló con que había aceptado la propuesta. En esos días, su espíritu impregnado de tranquila tristeza, le inclinó hacia un alejamiento de Asunción.

Cuando sus amigos supieron su compromiso con el Ministro, pusieron el grito al cielo. El más desesperado fue Patricito que le rogó, le insultó, le amenazó; pero todo en vano.

—Si querías alejarte de Asunción te hubiéramos obtenido otra beca —le dijo Salcedo— ¡Pero ir a enterarte en ese pueblito, es un crimen contigo mismo!

—Todo por culpa de Rosa Elisa —gimió Sanabria— todo por culpa de esa estúpida.

—Sacrificas tu carrera universitaria —insistió Salcedo.

—Lo se. Para obtener una beca tendré que mendigar, humillarme. Si tan siquiera hubiese concurso de oposición; pero no hay. Además, conoces muy bien como estoy de bolsillo. En realidad deseo ausentarme de aquí por un tiempo. Un poco de tranquilidad campesina me vendrá muy bien.

Sus amigos ya no insistieron; lo conocían: recto en sus intenciones, firme en sus decisiones. Entonces se pusieron a ayudarle en todo para facilitar su traslado y su estada en el pueblo de Tacuary.

III

Todos los miembros de la familia Sanabria se levantaron a las dos de la madrugada para despedirle. El "camión", una especie de ómnibus adaptado a los malos caminos de la campaña, a la hora exacta hizo sonar sus ásperos bocinazos en el silencio de esa madrugada. Reyes sonrió divertido al ver a Patricito tratar sus valijas a golpes para demostrar su desdén por el viaje de su amigo. Después de los últimos abrazos subió al camión, ubicándose sobre el duro asiento al lado de gentes desconocidas que se corrieron para darle un lugar. Apenas distinguía, borrosas en las sombras, las caras de sus compañeros de viaje. Un olor nuevo excitó sus pituitarias; una mezcla confusa de olor a tabaco fumado, a sudor, a perfume barato...

—El olor del campo, quizá —pensó.

Las ruedas giraron sobre el empedrado asunceno, agitando al pasaje como en una coctelera y, con una parada aquí, otra más allá, para alzar nuevos pasajeros, velozmente dejaron la ciudad por las Dos Bocas. El aire tibio de la ciudad se hizo fresco en el camino que llevaba a San Lorenzo. El sueño interrumpido volvió imperioso. Reyes apoyó la cabeza contra el respaldo y se durmió con la facilidad de aquellos que se adaptan fácilmente a las circunstancias.

Lo despertaron los movimientos descompasados del camión. La ruta se había vuelto arenosa, con pequeños montículos y depresiones que hacían bambolear el vehículo, que rugía en primera para vencer la dificultad del camino. La claridad del amanecer, al esfumar las sombras, mostró las caras somnolientas de sus compañeros de viaje. Al parecer habían respetado su sueño, porque

al verlo despierto, la conversación se entabló animadamente: comentaban noticias; las mujeres hablaban de trapos, de hijos, de noviazgos, de escándalos. Reyes callaba, pero escuchaba mientras examinaba. Los hombres eran rudos campesinos y alguno que otro con aire de obrero o de modesto funcionario público. Las mujeres, parlanchinas, eran vendedoras que mercachifleaban con frutos agropecuarios. Se trataban con llaneza y echaban a reír a todo trapo por cualquier cosa. Reyes estaba totalmente desambientado. Veía gentes en quienes pocas veces había parado atención, gentes que le eran totalmente desconocidas, más aún, ignoraba que existieran, como ocurre con aquellos que sólo frecuentan un solo tipo de sociedad. Conocía es cierto, a obreros, a humildes campesinos y a modestos empleados, pero como enfermos hospitalarios, humildes, temerosos y no como seres libres, moviéndose en una atmósfera propia, sin inhibiciones.

Sobre todo las mujeres le comían con los ojos; la curiosidad les excitaba:

—¿Quién sería aquel caraí guasú?

Entretanto el sol había ascendido y calentaba con todo su ardor de aquel mes de enero. El vehículo, rumbo hacia el sur, cruzaba puentes, vadeaba arroyos cantarines y gredosos, se hundía en arenas espesas, o cruzaba valles salpicados de casitas de blancas paredes, con amplios campos donde pacía el ganado. De tanto en tanto pasaba veloz y fugaz por pueblitos para volver a hundirse en el horizonte con fondo azuloso de la ondulante serranía.

En un parador hicieron alto para un frugal desayuno. Reyes bebió un desabrido café con leche, sin ningún apetito. Cuando reiniciaron el viaje, el paisaje fue cambiando progresivamente. El espacio se dilataba con los campos verdiamarillentos y con los oscuros boscajes que cubrían el campo como manchas. El terreno se hizo blando; las ruedas del camión se hundían en la tierra anegadiza y salían con dificultad con ayuda del motor.

—Llegamos a la zona de la tierra blanda —le dijo a Reyes su vecino, un campesino moreno, flaco, de rala barba y con eterno cigarrito entre los dedos—. Hasta ahora marchamos bien, pero no tardaremos en atascarnos.

—¿Cuándo llegaremos a Tacuary?

—Si tenemos suerte, a mediodía.

—Hace un mes, después de las lluvias, quedamos toda una noche en el campo —dijo una mujer que escuchaba lo que decían—. Venía una señora con su hijo enfermo que lloró toda la noche. Le aseguro que la pasamos muy mal.

El del cigarrito asintió.

—¡Líbrenos Dios, entonces de empantarnos! —dijo Reyes tan gravemente que varios se echaron a reír.

—¿Va a Tacuary? —preguntó una mujer gorda, morena y simpática, vendedora de quesos y huevos, porque no hablaba de otra cosa.

—Sí señora —contestó Reyes.

La otra quedó evidentemente oronda por el trato.

—Yo soy de ahí y si puedo serle útil, estoy a su disposición.

En ese momento el camión rugía tratando de salir de un atolladero; pero, pese a sus esfuerzos, allí nomás quedó.

—Abajo todo el mundo —dijo el chófer.

Todo el mundo bajó, la increíble cantidad de una treintena de individuos.

—Hay que ayudar —dijo el del cigarrito a Reyes, quien de malas ganas se puso a empujar con los otros.

Alivianado y empujado el vehículo zafó del profundo hoyo donde se había hundido. Todo el mundo se reubicó en su lugar y continuaron la marcha. Pero no tardaron en hundirse de nuevo; esta vez de nada valieron los empujones; el camión se había hundido hasta el eje.

—Traiga el macaco —dijo en guaraní el chófer a su ayudante, un gañán voluntarioso, que trajo un gato alto forrado de madera.

Giraba la manivela, rechinando y el eje subía. El elemento masculino del pasaje tiraba ramas y hojas de yuyo para rellenar el agujero que dejó la rueda. Luego con motor y a empujones se zafó de su prisión el camión.

—¿Por qué tienen así el camino? —preguntó Reyes.

—El camino cuesta plata, y plata no hay —le contestó un individuo de bombachas, con aire de ganadero. —Y las comisiones de Fomento y Trabajo no trabajan— terminó riendo sarcásticamente.

En charlas tontas siguieron el viaje mientras el sol verticalizaba sus rayos. El campo abierto que cruzaban fue cediendo a zonas boscosas y tierra roja.

—Pronto llegaremos a Carrizal, un pueblo grande —dijo a Reyes el del cigarrito. Después de ese pueblo viene Tacuary. Estamos de suerte porque llegaremos a las doce más o menos.

Suspiró Reyes de alivio y su interés se despertó, porque hasta entonces se distraía con los accidentes del viaje; pero el acercamiento de su destino acicateó su atención.

Se detuvieron en Carrizal para dejar pasaje y dar lugar a nuevos, que iban a Tacuary. Pronto dejaron sus calles desiguales y arenosas envueltas en el polvo que levantaron las ruedas del camión. Las últimas casitas que iban raleándose murieron ante un arroyito plateado bajo el sol, bordeado de cañas y piríes, con pecesillos moviéndose en sus claras aguas. Desde allí, rumbo ya a Tacuary, movíanse en un campo rojizo y ondulante, mostrando a lo lejos el oscuro follaje de los bosques. En el dilatado campo yacía remolón el ganado. El aire tibio del casi medio día, azotaba los rostros y dilataba las aletas nasales, estiraba la piel de la cara que se ponía tensa. Los párpados caían de sueños y las bocas se deformaban por el bostezo disimulado, mientras el estómago gemía de hambre. El paisaje cambiaba a menudo; después del campo dilatado, dejaron atrás lomas boscosas, salpicadas de casitas de techo de paja, otra vez campo, cruzado por arroyuelos y pirizales. Siempre arremetían contra el horizonte lejano, donde las crestas de la serranía dibujaban contra el cielo azul sus zigzagueantes líneas.

—Después de este campo entraremos en aquel bosque, cuya picada de una legua desemboca en Tacuary —explicó el del cigarrito.

—Menos mal —suspiró Reyes.

—Tacuary está sobre una loma, rodeado de bosques y campos.

—Está "entre valles y collados", entonces —comentó sonriendo Reyes.

En esos momentos el camino se empina sobre tierra dura, roja, con huellas profundas, marcando una interminable paralela. El bosque se precipita sobre el camión.

—La picada —dice alguien.

Los arbustos se agrandan y el caraguatá domina, abundante y vigoroso los bordes del camino rojo. Pasan raudos los primeros árboles y bruscamente la luz del día pierde fuerza, porque el camión penetró en una larga galería cuyas pilastras son árboles y cuyo techo es el follaje, con grandes aberturas a través de los cuales se ve el cielo azul; los rayos solares filtrados por las hojas, manchan el suelo con grandes e inquietos arabescos. El motor rompe el silencio que se despedaza en ecos. Arboles gigantescos se yerguen a los lados del camino, algunos sosteniendo bejucos que, como cuerdas de columpios, penden de las ramas a lo largo de los altos troncos.

—Hermoso bosque —comenta Reyes a su informante.

—Era —contesta el otro—. Es un bosque casi agotado. En

parte es fiscal. Estos árboles se salvaron porque un intendente gringo, que tuvimos en el pueblo, pidió para que quedara como adorno. ¿Ve ese lapacho? Más de uno quisiera tumbarlo; pero como está en el camino, y podrían pillarlo, nadie se animó hasta ahora.

De pronto el bosque se ralea, el sol domina de nuevo la ruta, a los lados reaparece el caraguatá y los arbustos reemplazan a los árboles.

—Allá se ve Tacuary —dice una viajera.

Reyes tiende su mirada; allí, hacia adelante del camión, moteada de casas y de árboles, la lomada de Tacuary lucía bajo el ardiente sol, techos rojos y blancas paredes.

Los pasajeros comenzaron a inquietarse ante la inminencia de la llegada. El pueblo se anunció con los primeros ranchos que bordeaban el camino. Niños desnudos, con enormes panzas; mujeres casi andrajosas, campesinos con sucias camisas sueltas y en calzoncillos, se asomaron al escuchar el ruido del motor del camión.

La población se muestra sensible a estas llegadas, pues uno de los acontecimientos que rompen la monotonía de la existencia gris de los pueblos del interior, es la llegada del camión, con sus pasajeros siempre renovados. Se abren puertas y se asoman caras curiosas, que sonríen y saludan; niños que saltan de alegría y echan a correr tras el vehículo, lanzando alaridos; no faltan los perros ladradores.

A medida que el camión se adentraba en la población, el tumulto aumentaba. Reyes miraba curioso. Pararon frente a una casa para que bajaran unos pasajeros. Una multitud ávida rodeó el vehículo cruzándose saludos, preguntas, alegres comentarios.

El chófer aprovechó el rato para entregar cartas. El ayudante seleccionaba el equipaje. Risas, llamados a grito pelado, viejas reprochando algo a los chicos que cargaban las maletas, curiosos, pazguatos, elevaron el climax de la llegada a un caos alegre y pintoresco. El personaje principal era el chófer. Este, muy solícito le preguntaba a Reyes:

—¿A dónde para, señor?

—Pues, a un hotel. Supongo que habrá un hotel aquí.

—Sí, ¡cómo no! El hotel de don Teodoro Ramírez.

—Lléveme allí entonces.

Después de recorrer algunas calles, muy empinadas algunas, llegaron al hotel. Un letrero, en ingenua simulación de letra de imprenta, decía: "Hotel Primabera". Estaba clavado en un poste grueso y alto, sin otro objetivo, al parecer, que sostener el ridícu-

lo letrero. Ya estaba a la expectativa el dueño, don Teodoro, conocido por don Teó simplemente, a la puerta de su casa. Frisaba don Teó la cincuentena; obeso, con bombachas, que le hacían más gordo, lucía una ancha frente que se perdía en la calvicie; con canas en las sienes, ojillos de cerdo, bigotes caídos, de un gris amarillento sobre una boca que, al sonreír mostraba dos colmillos largos, dándole el aspecto de una morsa. Desprendía un aire faunesco, de un fauno alegre y glotón.

Don Teó recibió al chofer con gritos de amable advertencia, pero con el rabillo de los ojos no perdía detalles de sus posibles clientes. Caló de inmediato a Reyes como un huésped importante. Acudió muy solícito a ayudar; se apoderó de una pequeña maleta y mientras la remecía, pensaba:

—Estanciero no es, ni tampoco un viajante de comercio. Además parece que viene a quedarse, porque trae un baúl y cajones. ¿Quién diablos será?

Terminaron de bajar el equipaje de Reyes. Por el momento era el único que se alojaba en el hotel. Vino un gañán para conducir adentro los bultos.

—Si es posible, deseo —dijo Reyes, que se había enterado que los dormitorios eran comunes— una pieza aparte.

—Tenemos una. Aquí viene mi señora. Felicia, el señor quiere la pieza.

Doña Felicia, gruesa, simpaticona, mira embobada a Reyes; pero buena ama de casa reacciona:

—Jesú, che Dió, esa pieza está llena de cachivaches.

Se precipitó hacia los interiores con la falda levantada, mostrando sus tobillos gruesos y sus piernas varicosas.

—Pocos pasajeros ocupan pieza aparte, por eso la patrona la llena de cosas —explica don Teó—. Pronto va a estar lista. ¿Cómo se llama el señor? —terminó por preguntar, porque ya no aguantaba más.

Reyes, sin saber por qué, decidió callar su profesión.

—Leonardo Reyes —dijo sencillamente.

—El señor se ocupa...

—Soy empleado público.

—¡Ah...! —exclamó don Teodoro, algo desilusionado, y pensó: "un empleadillo y con parada de doctor".

Reyes se sentía divertido.

—En realidad no le mentí —pensó.

—Pase adelante señor Reyes —invitó don Teodoro.

Cruzaron el bar que ocupaba la pieza de la esquina y llegaron a una galería ancha, ocupada con mesas para comer.

—Quisiera lavarme —dijo Reyes— y también quiero algo de mi valija.

—Esta es su pieza —indicó el hotelero.

La pieza era pequeñita, como de dos por tres, que salía del cuerpo de la casa como un apéndice, con puerta grande y ventana pequeña, solada con ladrillos. Despedía un olor suave a moho y a tabaco almacenado. El baúl y la maleta estaban en un rincón. Reyes retiró un necesaire de cuero de cocodrilo, regalo de Rosa Elisa, y una toalla. Don Teó abrió mucho los ojos cuando vio el brillante plateado y los ricos adornos.

—Por aquí hay que ir al lavatorio —indicó el camino.

Torcieron la pieza apéndice y le condujo al otro lado, donde el mojinete daba a otra galería que pertenecía a un inmenso dormitorio dividido por tabiques de arpillera pintados a la cal. En la galería estaba contra la pared mohosa el lavatorio que consistía en una palanganera de hierro pintada de azul con la palangana enlosada, llena de cicatrices y una jarra abollada, llena de agua rojiza del pozo de la casa. De la pared, sujeta de un clavo, pendía una cola de vaca que hacía de peinero con un peine desdentado. A un costado de la cola colgaba el espejo, quizá avergonzado de sus lagunas opacas. De otro clavo, la toalla de aó poí completaba el equipo de ablución.

Lavóse Reyes manos y cara, sintiéndose algo más refrescado. Mientras tanto, como doblado hacia atrás por la panza, le miraba hacer don Teó.

—Ahora comeremos —dijo Reyes, secándose—. Además tengo ganas de beber cerveza.

—¡Cómo no! —exclamó don Teó—. Vamos al comedor.

Mientras volvían al corredor-comedor, don Teó gritó con el vozarrón de un cíclope:

—¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

Y desde los fondos del patio, lleno de granados y jazmineros en flor, oyóse un:

—¡Señor, señor! —y al rato se presenta una robusta maritornes con los senos saltando bajo una blusa ajustada.

—Prepara la comida —ordena don Teó como si dijera: prepara el banquete. Y luego atronó de nuevo:

—¡Isidoro, Isidorooo...!

—¡Señor, señor! —contesta una voz juvenil que estaba cerca y se presenta un muchachón de robustas pantorrillas.

—Sacá una cerveza del pozo —ordena don Teó.

El pozo estaba frente al comedor. Luce un ancho brocal con arco pintado de azul. En medio del arco pende la roldana con la cadena tirante al fondo del pozo. El gandul tracciona del extremo de la cadena y comienza a recogerla con esfuerzo. Chirría la polea hasta que aflora el cubo chorreante de agua, lo hace descansar sobre el brocal y saca de las entrañas una botella de cerveza. Aprovecha el esfuerzo para beber agua fresca, inclina el cubo y bebe a grandes tragos sorbiendo entre el cuello de otras botellas; cuando se hartó, hace unos gargaritos con el último trago, escupiendo luego entre las plantas. Vuelve a bajar el cubo para que las botellas no se calentaran. Muy orondo depositó la botella sobre la mesa. Don Teó, que había traído un vaso del bar, se arrellanó sobre un destartalado sillón de mimbre, al parecer su asiento favorito, mirando complacido la diligencia de Isidoro. Reyes mientras tanto, se prometía beber sólo agua embotellada en Asunción.

Reyes comenzó a paladear su cerveza. Don Teó repantingado en su sillón lo miraba con bonhomía. Gertrudis con mucho ruido de entrechocar de platos preparó la mesa y, por último sirvió un comistrajo lardoso que Reyes comió más por voluntad que por ganas, a pesar del hambre que le punzaba el estómago.

—¿Tardará el señor en Tacuary? —comenzó a sonsacar don Teó.

—Creo que sí —contestó ambiguamente Reyes.

—Podría instalarse aquí. Le trataremos bien.

—No sé aun como se presentarán las cosas, por eso no quisiera comprometerme —contestó Reyes de buen humor, porque le divertía la curiosidad de su anfitrión.

Mientras don Teó suspiraba, terminó la comida con un dulce de mamón que no le sacó el gusto de la grasa de la boca.

—Me muero de sueño —bostezó— haré la siesta.

—Su pieza está lista —le dijo don Teó.

La cama era dura y parecía empedrada de guijarros. Pero como se hallaba fatigado y con sueño, se durmió enseguida.

Se despertó alarmado por el kirikikí de un gallo que lanzaba sus notas agudas en pleno dormitorio. Espantó al gallo, que dio un respingo asustando a una gallina que había entrado a poner huevo en un rincón. La gallina salió armando un alboroto de mil demonios. Acudió Gertrudis muy diligente para acallar el barullo de las gallinas. Armada con una escoba dio unas espantadas aquí, otras por allá, con tanta inteligencia que puso en conmoción al

resto de las gallinas del hotel que no terminaron más con sus cacareos.

Reyes se levantó malhumorado, miró su reloj y, asombrado comprobó que había dormido más de tres horas. Se levantó y, viendo a Gertrudis, le preguntó donde podía bañarse.

—Allí, detrás de la cocina —le dijo— está el baño.

—Gracias Gertrudis, eres muy buena y muy guapa. Y de paso ¿son las tacuaryenses tan lindas y excitantes como vos?

Rióse a todo trapo Gertrudis y salió disparada hacia la cocina con gran exhibición de nalgas. Reyes en pijama y armado de jabón y toalla, fuese al baño. Encontró un espacio cuadrado, cercado de tablas hasta la altura del hombro. Se entraba por una hendija que cubría una cortina de arpillera que ondeaba con la suave brisa. En el suelo, una tabla puesta de través, servía de piso. De una especie de horca pendía un recipiente de latón con un florón para ducha.

—Bueno —se dijo Reyes—, no está del todo mal.

Se desvistió usando como percha la cresta del vallado. Tiró del piolín del depósito, cayó un chorro de agua que le hizo dar un respingo. El agua escaldaba calentada por el sol de todo el día. Como oyera trajinar a Gertrudis, a gritos, le pidió agua fresca. Gertrudis trajo un cubo de agua del pozo, levantó la cortina del baño y entró tranquilamente, sorprendiendo a Reyes desnudo. Subió a una silla que había traído ex profeso, arrojó el agua al depósito, le sonrió a Reyes que, en cuero le miraba hacer y, fuese.

De nuevo en la intimidad del baño, probó el agua y la encontró buena. Se duchó y se complació en enjabonarse con aquella agua que espumaba el jabón en grandes burbujas. De pronto vio, y con el sobresalto consiguiente, por las rendijas de las tablas, dos pares de ojos que controlaban todos sus gestos.

—¡Eh! ¡Qué quieren! — les gritó en guaraní.

Los ojos desaparecieron con rumor de risas. Eran dos mitaí de la casa.

—Por lo visto, aquí uno se baña en público —se dijo, más divertido que disgustado.

Una vez bañado, se afeitó cuidadosamente frente al espejo del lavatorio público, y luego en su dormitorio se vistió cuidadosamente de traje de brin blanco. Cuando don Teó lo vio así abrió todo lo que daba sus cerdosos ojos.

—Ni que fuera a un casamiento —dijo.

—Voy a recorrer el pueblo. También debo visitar a la viuda

de Trujillo —le contestó—. ¿Tiene a alguien que puede acompañarme?

—Sí, como no.

Y gritó para que le oyeran a dos cuadras a la redonda:

—Cecilio, Ceciliooo...

Prestamente apareció un mitaí.

—Va a llevar al señor a la casa de la viuda de Trujillo —le dijo en guaraní.

—Gracias don Teodoro —le dijo Reyes.

—No hay de qué hombre —le constestó—. Y llámeme Teó porque estoy acostumbrado así.

—Muy bien don Teó. Y hasta luego.

IV

Tacuary es un pueblo grande, municipio de primera categoría, lo cual expresa su importancia. Simple aldea en mil setecientos y tantos, fue creciendo hasta convertirse en un centro agropecuario lo suficientemente importante para atraer a los comerciantes y a los acopiadores de frutos del país, quienes, según el decir general, trajeron el progreso al pueblo.

El trazado de las calles es recto, aunque de anchura variable, pero como está asentado sobre una lomada describe una parábola. La calle principal, ancha, es arenosa con manchones de pastos pisoteados y moteada con boñigas de vacas y de caballos; sobre ella se abren los negocios principales, eleva sus toscos torreones la iglesia y salpica de puestos de ventas el mercado con sus carnicerías con carne colgada de ganchos y sus rejas de madera. Las otras calles, igualmente parabólicas, van enverdeciéndose a medida que se alejan del centro con césped invadido de typychajhú y adornadas por rojos y serpenteantes caminitos y huellas de carretas. Las manzanas son grandes, manchadas por los baldíos cubiertos de yuyos o árboles corpulentos. Las casas se alinean en dos monótonos estilos: las de dos aguas y galerías y, las azoteas.

Las casas de dos aguas son más antiguas, muestran sus tejados envejecidos, manchados de un color verde pardo. Muchas de estas casas tienen techos de pajas y no es raro verlos con grandes agujeros, mostrando la trama interna; son casitas abandonadas que se derrumbaban solas. El estilo de las casas de dos aguas se ciñó a un molde y de allí no salió; todas tenían su galería sobre la calle, algunas con pilastras de madera y otras de material cocido;

sus paredes, algunas de adobe, pintadas de rosa, perforadas por puertas bajas y macizas y ventanas con rejas de hierro o de madera, adornadas por arcos. Discretas variantes distinguían la casa de dos aguas de sus similares, algunas se hacían notables por sus tiestos colgantes con helechos u otras por sus paredes de tabla o sus pilastras demasiado gruesas.

Las casas de azotea, de indudable origen italiano, elevan su fachada vertical perforada por puertas y ventanas enrejadas, algunas artísticas y pintadas de colores alegres. Las paredes son ricas en cornisas, molduras y capiteles, como se ven muchas en Asunción. Sobre la cornisa se eleva un antepecho con o sin balaustrada con un sobresaliente barandal, detalles que dan el nombre de azotea al estilo. El techo parte en violento declive de este antepecho, cubriendo enormes salones de piso de ladrillo. Este techo termina generalmente sobre un corredor interno. Llama la atención la rareza de cristales en las ventanas; pero la mayoría lucen visillos de crochet.

Los amplios patios se encierran entre pesados muros cuyas crestas se cubren de rosas trepadoras, de madreselvas o de jazmineros florecidos. Vense elevarse sobre ellos los árboles frutales con las ramas entrelazadas, entre los cuales los granados en flor derraman de sus copitas festoneadas, espumas de pétalos rojos.

Las veredas que protegen las casas, de simple tierra apisonada o enladrillada son de altura variable, ondulando irregularmente a lo largo de la cuadra. Las casas comerciales defienden sus veredas con palenques. Como no es fácil caminar por las veredas, la gente prefería andar por la calzada.

Serían más o menos las seis de la tarde. El sol se iba inclinando lentamente hacia el ocaso; los árboles alargaban sus sombras; el aroma volvía embalsamando el ambiente con perfumes de jazmines o de madreselva. Poca gente transitaba por la calle silenciosa. En los negocios los dependientes se echaban languidecidos sobre el mostrador. Hacia la parte sombreada de la calle los dueños de casa se paseaban en pantuflas y se hacían vientos con pantallas de pirí. Algunos niños arreaban vacas con sus crias, tirándoles terrones de tierra. Las vacas, mansas y pachorrentas, con las mamas oscilantes, levantaban fino polvo rojo con sus patas. La tarde, cálida, luminosa, llamaba al descanso, a la calma, al agua fresca.

Reyes, seguido por el mitaí, caminaba sudoroso, sin perder detalle de lo que sus ojos veían. Sus pituitarias se irritaban con

nuevos olores: percibía el suave perfume de los jazmineros en flor, que como blancas estrellas en su cielo verde, se asomaban sobre los muros; un montón de ramas y hojas a medio secar lanzaban su olor de plantas moribundas; el apetitoso olor de chipá desde el cesto de una vendedora penetraba por el olfato y salía por las glándulas salivales. Un olfato nuevo percibe nuevos olores. Esto sucedió a Reyes. Aspiraba con placer las vaharadas de olores de los negocios o de los floridos patios.

—Tacuary huele bien —se dijo, mientras esquivaba una bosta de vaca con un salto, gesto que hizo sonreir al mitaí.

—Aquí a la vuelta es la casa —le dijo éste de pronto.

Torcieron una esquina, y a media cuadra una clásica casa de dos aguas con pilastras de madera y con planteras colgando de la viga, solitaria en la cuadra, era la casa de doña Felipa viuda de Trujillo.

—Cova la oga. (Esta es la casa) —dice el mitaí y se aleja corriendo.

Reyes bate sus palmas ante la puerta entreabierta. Se asoma una niña como de ocho años, que al verle alborota:

—Abuela, un señor de Asunción viene.

Sale la abuela, doña Felipa. Alta, erecta, de perfil aquilino, pelo entrecano, de aire digno, mayestático, pero amable.

—Buenas tardes, señor —dice, mientras examina con rápidas ojeadas a Reyes—, ¿en qué puedo serle útil?

—Señora, le traigo una carta de su hijo Alberto.

Le pasa la carta que la otra toma y examina sin atinar a abrirla.

—En realidad es una carta de presentación —le dice Reyes.

Reacciona doña Felipa.

—Pase adelante, señor —dice mientras abría de par en par la puerta— tome asiento.

Reyes entró a la sala que lucía, además de un gran espejo, sillas y sillones vieneses, algunos con almohadones y tejidos de crochet en los respaldos. Una mesita de patas torneadas, soportando una plantera con palmera sobre una carpetita de crochet. Algunos bibelots y almanaques ilustrados con santos completan el conjunto de la sobria sala de recibo.

Reyes se sienta, mientras doña Felipa leía la carta rápidamente.

—¡Es usted el doctor Reyes! —exclamó—. Mi hijo lo recomienda calurosamente. Demás está decir que desde este momento debe considerarse como miembro de la familia.

Alberto Trujillo, aventajado estudiante de farmacia, sabedor del traslado de Reyes a Tacuary y ferviente tacuaryense acudió, con la espontaneidad de los campesinos hospitalarios, a ofrecer su casa. Reyes lo conocía un poco, pero la amistad que le demostró Trujillo le conquistó desde el primer momento.

—Muchas gracias, señora —le contestó Reyes.

La niñita no se apartaba de la abuela y miraba a Reyes con sus ojos azules. Reyes le sonrió.

—Es mi nieta —dijo la dueña de casa—. Tengo muchas nietas, pero esta es mi compañera de soledad.

—Es muy linda. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo ocho años, pero aparento nueve. Y me llamo Micaela.

—¡Qué nena adelantada! —alabó Reyes con gran satisfacción de Micaela—. Vamos a ser grandes amigos.

—¿Qué puedo hacer por usted doctor? —pregunta doña Felipa.

—¡Oh! Muchas cosas. En primer lugar necesito una casa para instalar mi consultorio.

—Las casas escasean —contestó pensativa— pero tengo una idea; quizá le pueda dar mi respuesta mañana.

—Gracias. Pero ¿por qué escasean casas?

—Porque es una tontería construir aquí si se puede. Es mejor hacerlo en Asunción. Hace años que se hizo la última casa importante en Tacuary.

La tarde declinaba lentamente. Los últimos rayos solares penetraron por una puerta entreabierta, dorando las paredes y las patas de las sillas.

Doña Felipa y Reyes conversaron animadamente. La dueña de casa, a pesar de su aire imponente, era sencilla, pero curiosa como mujer y como mujer de edad que vive aislada. Reyes poco a poco fue cayendo en la confidencia y le contó a grandes rasgos su vida. Le parecía conversar con su tía Amelia, y sonreía interiormente de su interlocutora que hábilmente le iba sacando los datos que, Reyes por otro lado, daba con el mayor placer porque doña Felipa le fue simpática y sincera.

Ya cerrada la noche se separaron atados por una amistad, hija de mutua simpatía.

—Vuelvo a mi hotel —dijo Reyes.

—Se va aburrir allí —le contestó doña Felipa.

—No lo crea. Don Teó es muy simpático y hablador. Me di-

vierte mantenerlo curioso sobre mi personalidad. Usted es la primera en saber que soy el nuevo director del hospital. Por otro lado quiero mantener mi incógnito para sorprender a los funcionarios del hospital. Hasta luego, señora.

—Hasta mañana, si Dios quiere, doctor.

La luz de la lámpara que encendiera doña Felipa lo había encandilado. En la noche no veía casi nada. Caminó por las calles tanteando el suelo que pisaba.

—Mis ojos atrofiados por la luz eléctrica no ven —rumiaba—. Además, para andar por estas calles benditas por las noches se requiere ser nictálope. ¡Epa! ¡Cuidado con las bostas de vaca!

Las luces brillaban en las casas con parpadeos. En las cocinas las fogatas iluminaban techos y hacían danzar sombras fantasmagóricas. Cruzaba con gentes que miraban curiosas a aquel individuo tan paquete, en día de semana. Sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad; pudo distinguir a los dueños de casa sentados en la sombra de la noche en cómodos asientos, en ropa liviana, abanicándose y bebiendo algún refresco. También las señoras descansaban mientras vigilaban a sus hijas encarameladas con sus novios. Los niños jugaban en la calzada y los perros le perseguían con sus ladridos persistentes. Por las puertas y ventanas abiertas, las piezas iluminadas con lámparas a kerosén, dejaban ver los sencillos muebles de los salones de recibo o los enormes mosquiteros de los dormitorios. Una oscuridad impenetrable marcaba los terrenos vacíos de edificación e invadidos de arbustos y yuyos. El cielo se había encapotado con pesadas nubes, pero dejaba ver las estrellas por amplias desgarraduras. Frente a los portones las vacas lecheras rumiaban, echadas en tierra. Mansas, pero testarudas, no se movían ante los viandantes; éstos tenían que desviarse para no caerse encima. Más de una vez Reyes retrocedió rápidamente porque estuvo a punto de caer entre los cuernos de una vaca invisible a pocos pasos para sus ojos asuncenos. En una esquina se orientó; a la vuelta estaba su hotel. En efecto, don Teó, que encendiera una lámpara a gas de kerosén que iluminaba gran extensión, le sonreía en medio de la luz que al parecer no le molestaba en absoluto.

—Le estoy esperando —le dijo— con una rica cerveza.

—Tomaré dos —contestó Reyes mientras se aflojaba la corbata.

—Muy bien —exclamó don Teó—. Pero hombre de Dios, ali-

viánese. La ocurrencia de estos asuncenos que no pueden andar sin cuello y corbata.

—Tiene razón —dijo Reyes—. Voy a mi pieza a cambiarme. Con permiso.

—Mozo muy correcto —comentó Teó a un acompañante perdido en las sombras, a quien Reyes, encandilado no viera.

—¿Quién es? —curioseó el invisible.

—Se llama Reyes. No dice de qué se ocupa, pero parece que va a tardar aquí porque trajo mucho equipaje.

En su pieza, a la luz de una lamparita, Reyes se despojó de saco, cuello, corbata y camisa. Quedó con una camisa de mangas cortas, liviana. Examinó su pantalón cuyas perneras estaban manchadas de polvo y boñiga fresca.

—Ahora recuerdo —dijo en voz casi alta— pisé algo blanduzco. También el zapato estaba sucio. Fue al lavatorio a echarse agua sobre los zapatos, pero tuvo que recurrir a un palito para desprender la masa pastosa y pegajosa. También lavóse las manos y la cara porque se sentía arder.

Cuando volvió junto a don Teó ya le esperaba la cerveza enfriada en el pozo.

—Le presento al señor Manuel Saucedo —dijo Teó.

Reyes vio una mano que venía de la parte oscura y le estrechaba la suya. Le pareció que era un hombretón, flaco y cabezón. Paladeó su cerveza, mientras decía:

—¡Qué calles don Teó! ¿Por qué no ponen luz en las calles? Varias veces estuve a punto de descalabrarme entre los cuernos de una vaca. Y no hablemos de los agujeros que casi me rompen los tobillos. Y esas bostas que le acechan a uno disimuladas en la sombra para ensuciar los zapatos y el pantalón.

Estalló en alegres carcajadas don Teó.

—¡Ocurrencia de asuncenos! Dentro de poco se acostumbrará. Verá las vacas en las noches más negras, presentirá las bostas y conocerá uno por uno cada hoyo de la calle. Por ahora ármese de una linterna. Supongo que trajo.

—Sí, está en el baúl.

De nuevo estalló en carcajadas, porque le pareció gracioso tener encerrada la linterna, mientras se elude en la noche los obstáculos normales de la calle sin luz.

Charlaron un rato hasta que Reyes terminó su cerveza. Entonces fueron a cenar mientras Saucedo les esperaba. La comida

era grasienta, se pegaba al paladar y no salió ni con otra botella de cerveza y un café aguachento.

Volvieron a la paz de la calle, donde silencioso y misterioso continuaba Saucedo.

—Pero don Teó —dijo Reyes impresionado por el silencio y la tranquilidad— ¡qué vida triste deben llevar aquí! Nadie se mueve en esta oscuridad. Y todo tan callado.

—Le parece nomás —le contestó el otro—. Piensa así porque no conoce a nadie. Ya verá cuando las chicas le apuran. ¿Es usted soltero?

—Sí.

—Pues, aquí hay chicas a elegir: bonitas, simpáticas y algunas platudas.

—¿No hay algún club dónde matar el rato?

—¿Club? Hubo uno, que no duró porque pelearon los socios a matarse.

Siguieron charlando los dos sin que Saucedo despegara la boca. Reyes cansado por el día ajetreado se retiró a dormir al poco rato.

Se echó en su cama protegido por un mosquitero espeso. El calor le agobiaba en el camastrón hundido; de las sábanas fluia un olor a pacholí que mezclado con el olor a humedad de pieza largamente cerrada, le impidieron dormir por largo rato. Pero el sueño y la fatiga le vencieron aliados con el silencio de la noche y el chirriar de los grillos.

Mañanita fresca como lechuga tierna. Le despertó el canto de un gallo cuyos agudos kirikikíes penetraron por la ventana abierta. Ya no durmió, desvelado por el rumor que dominaba la casa; pero no tardó en reconocer entre la confusión de ruidos la charla y la risa reprimida de Gertrudis, el chirriar de la polea del pozo, el acompasado tum tum de los pisones que batían en los morteros el maíz, el berrido de los terneros en los corrales, el mugido quejumbroso de las vacas, que añoran a sus crias. La dureza de la cama terminó con sus titubeos, se levantó y fue a hacer sus abluciones en el lavatorio. Allí lo encontró don Teó que le invitó a tomar mate en la calle. Reyes, que no mateaba, le acompañó con la promesa de una tacita de café, que sabía iba a ser pésima.

La luz del día despejó el claroscuro de la madrugada. Sentados plácidamente en sendos sillones, mientras don Teó chupa-

ba el mate que le servía Cecilio, miraban pasar a los pueblerinos que iban al mercado. Don Teó saludaba a todo el mundo, rociando a muchos con andanadas de bromas, que el mismo festejaba con contagiosas risotadas.

Estuvieron así hasta que le sirvieron a Reyes el desayuno. Desayunó de prisa porque deseaba visitar el hospital.

V

Reyes se orientó hacia el norte porque le dijeron que el hospital se hallaba hacia ese lado. Recorrió calles tapizadas por un pastizal crecido con typychájhu que se hacía más tupido a medida que se alejaba del centro del pueblo. Las casas se volvían cada vez más modestas; se acabaron las azoteas y los techos de tejas se convertían en de paja; finalmente llegó a una zona de ranchos en cuyos patios no era raro ver extensos cultivos de maíz y de mandioca. Bruscamente se encontró frente al hospital que se alzaba sobre una porción elevada del terreno; lucía un frontispicio liso, de cincuenta metros, perforado por las ventanas, cuyas hojas eran tableros sin orificios para los vidrios. En los extremos, amplios ventanalas de vidrios pintados de blanco, correspondían a sendas salas de operaciones. En medio del frontispicio un gran arco daba entrada al zaguán. A la fachada le enfrentaba un terreno amplio, cubierto de verde pasto con canteros con margaritas invadidos por el yuyo y bordeado por una valla de alambres de púas y árboles de paraíso, cuyas sombras manchaban el suelo de un verde esmeralda oscuro. Un caminito serpenteante conducía al zaguán, por donde transitaban los pacientes que entraban y salían como hormigas de un hormiguero.

Reyes siguió la sendita serpenteante, sin desviarse, como si temiera pisar el pasto. El zaguán estaba solado con baldosas gris y negro, el único lujo que se permitía el edificio. A los lados del zaguán se abrían sendas puertas; al fondo un arco vacío daba entrada al interior. Reyes siguió adelante, llegó al interior orlado por una galería con pilastras cuadradas cuyos cúbicos pedestales estaban pintados de azul y que se extendía en U. Numero-

sas puertas se abrían sobre la galería, dando entrada a salitas y salones, correspondiendo éstos a la sala de internados y que se hallaban en los brazos de la U. Las paredes de blanco, con zócalo azul y el piso de baldosones de tierra cocida. El solar era grande, con arboleda en el fondo. El patiecito interior, con escombros entre granados, que ofrecían agobiados, sus frutas coronadas. Un jazminero derrumbado, florecía en medio de aquella desolación.

Un grupo de individuos se agolpaba a la puerta de una de las piezas. Un funcionario moreno, sentado ante una mesa, anotaba y repartía paquetitos. Reyes se abrió paso y entró en la pieza; el moreno le miró con aire de reproche.

—Buenos días —le dijo Reyes—. Usted es, supongo, el guarda Irala.

—Sí señor —respondió, levantándose. Presintió a un personaje.

—Soy el doctor Reyes, el director del hospital —le pasó la mano que el otro estrechó calurosamente.

—Por fin vino, doctor —dijo—. Hacía mucha falta su presencia.

—¿Qué reparte?

—Comprimidos antidiarreicos. Hay al parecer, una epidemia de disentería. Corrió la voz que teníamos un remedio maravilloso y desde hace tres días acuden en tropel.

—Hizo bien en repartir el remedio. Pero vamos a suspender este expendio, porque quiero ver como estamos, para comenzar desde mañana el consultorio.

Irala se dirigió a los pacientes, diciéndoles en guaraní:

—Por hoy se suspende la atención. Vengan mañana.

El gentío, sumisamente se dispersó.

Reyes siguió:

—Vamos a recorrer el hospital y de paso iré conociendo a los otros funcionarios.

Fueron a recorrer las dependencias. El hospital, modestamente construido, mostraba la mano de un constructor más voluntarioso que capaz, con ingenuas interpretaciones del plano, con marcadas deficiencias en el detalle y poco acierto en la elección de los colores de las paredes. Encontraron a Benítez, el idóneo de farmacia, luchando con los sunchos de unos cajones recién llegados, con medicamentos e instrumentos que el mismo Reyes eligiera en el parque sanitario del Ministerio de Salud Pública. Benítez, rubio, simpático, con alegres ojos azules, de porte mili-

tar, pues era salido de ejército, saludó entusiastamente a Reyes.

Al poco rato llegó Sosa, el otro guarda sanitario que se ocupaba de la parte administrativa. Alto, huesudo y tranquilo, de piel morena y ojos azules, se movía calmosamente. Le presentó a Reyes el último empleado, la mucama Fermina, flaca, narigona, longilínea, de ojos llorosos.

Reyes rápidamente organizó los distintos servicios. Una dirección, sala de consultas, sala de inyecciones y curaciones, ubicación de la farmacia y el pequeño parque sanitario, la sala de los guardas para la lucha contra los gusanos intestinales. Dedicó largo tiempo a su sala de operaciones, que dejó con su mesa de operaciones cubierta de blanca sábana y los tambores niquelados, vacíos aun, en orden.

Hizo un largo inventario de las cosas que necesitaba para completar el equipo hospitalario. Se rascó la cabeza preocupado.

—¿De dónde sacamos todo esto, Sosa?

Sosa sonrió.

—Hay una comisión de damas pro-hospital —dijo— cuya presidenta, doña María de Zorrilla, es muy activa y voluntariosa.

—Le visitaré esta misma tarde. ¿Hay otros?

—Sí, los otros miembros de la comisión, como don José Casero y don Marciano Barbadillo.

—Necesitamos una enfermera. Me dijo el ministro que formara a una de aquí. ¿Tiene idea de alguien? Debe ser una buena chica, de cierta cultura y algo beatona.

—Quizá el señor cura le de una idea.

—¡Excelente! Le veré también hoy mismo.

La campana de la iglesia repicaba el medio día cuando fueron, cada uno a sus casas. Reyes, sin sombrero, sudaba, ardía bajo el sol. Cuando llegó al hotel, don Teó le recibió con amplia sonrisa.

—Caramba, doctor —dijo— que es usted pícaro. Pero le descubrí cuando se dirigió hacia el hospital. Algo gordo sospechaba.

—Quise mantener el incógnito para sorprender al personal del hospital. Son buena gente. Y usted don Teó, perdóneme.

—¡Oh! Está perdonado. La patrona le preparó una gallina que va a chuparse los dedos.

—Lo regaré con media docena de botellas de cerveza, porque me muero de sed.

Después de una siesta ligera, a las tres más o menos, Reyes, en mangas de camisa, pues no se animó a vestirse y, por otro

lado encontraba ridícula tanta parada, como decía don Teó, comenzó su recorrido yéndose a la casa del cura, don Antonio Belmonte. Vivía frente a la iglesia, en una casita de dos aguas, de techo de roja teja, con antiguas puertas cinceladas. Por su apellido, Reyes, lo imaginaba muy español, hasta con porte de torero; pero quedó sorprendido al encontrarlo muy paraguayo, cariredondo, naríz chata, pómulos algo salientes, cejas raleadas en la cola y el pelo cortado casi al rape.

Le recibió en una salita con sillas y una mesa. Como adorno una gran imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

—Padre —le dijo— soy el doctor Reyes, director del hospital. He llegado ayer.

—Bienvenido doctor —contestó con tono y dicción nada española—. Estoy a sus órdenes. Tome asiento.

Sentáronse en sendos sillones de madera.

—Deseo sus consejos, padre —dijo Reyes—. No conozco a nadie y hay mucho que hacer y muchas son las cosas que necesito.

—Pues, diga nomás.

—En cuanto a personal, necesito una enfermera. El ministro me dijo que formara a una de aquí, porque en Asunción escasean. Pensé que una muchacha de espíritu monjil, como habrá muchas, me servirá. Debe tener cierta instrucción y desde luego una buena conducta.

Pensó un rato el cura.

—Creo que tengo lo que usted necesita. Es hija única de un zapatero remendón, hizo hasta el sexto grado y sueña con ser monja, pero no puede dejar a sus padres porque es hija única y viven pobremente.

—¡Estupendo, padre! Ahora quiero saber si puedo contar con la colaboración del pueblo para adquirir muebles y ropa.

—Desde luego. Dispone de la comisión de damas. La presidenta, la señora de Zorrilla, le ayudará en todo.

—Ya me lo dijeron. Supongo que si voy ahora no la molestaré.

—Le recibirá encantada. Vive a dos cuadras de aquí.

—Voy entonces. Gracias. Esperaré a la muchacha. Hasta luego.

—Hasta luego y buena suerte.

Un mitaí le señaló la casa del señor Zorrilla. Su fachada vertical, de azotea con ricas rejas de hierro en las ventanas, con profusión de capiteles y molduras, indicaba la categoría del dueño. El negocio ocupaba un amplio salón, uno de esos negocios campesinos que venden de todo. A un extremo de la casa se abría

un enorme zaguán. Reyes penetró hasta la puerta cancel que golpeó. A su llamado acudió el propio dueño, como coligió.

—¿El señor Ernesto Zorrilla?

—Servidor. —Pequeño de talla, de sesenta años más o menos, su cara surcada de profundas arrugas, con grandes cejas, espesas y levantadas belicosamente. Su cutis, casi moreno, afeitado cuidadosamente. Al hablar proclamaba su patria española.

—Soy el doctor Reyes, director del hospital. Me indicaron que usted y su señora...

—¡Hombre! —interrumpió, y dando grandes gritos— ¡María! ¡María! ¡Aquí está el señor doctor para el hospital! Perdone usted, pero me dio una sorpresa y un alegrón, Pase, pase...

Entró Reyes en una galería que daba a un patio arbolado y con plantas en macetas y pájaros en grandes jaulas. Mecedoras entre palmeras. Un perro enorme, gordo, regalón, recibió a Reyes con gruñidos.

A los gritos apareció doña María, dama inmensa, blanca, de rollizos brazos, sonriente, hospitalaria.

—¡Qué alegría doctor! —Le estrechó la mano con efusión—. Siéntese doctor.

Y apenas Reyes se sentó, le ametralló:

—¿Cuándo llegó? ¿Está en el hotel? ¡Pobre, lo mal que estará allí! ¿Vio el hospital? ¿Le gustó? ¿Cuándo empieza a operar? —Agitada y agotada por aquel borboteo de palabras, terminó por echarse en otra mecedora, se calló y se puso a contemplar a Reyes a sus anchas, como a un raro animal, con sus ojos saltones y los labios sonrientes. Pero al rato, no pudo con su genio de mujer hacendosa y saltó de su asiento, diciendo:

—Hace calor. ¿Le agrada un refresco?

—Acepto con gusto, señora.

Salió disparada, con revolar de faldas. Mientras tanto el señor Zorrilla con las manos en el mentón que golpeteaba suavemente, dijo.

—¿El doctor vino a radicarse definitivamente aquí?

—No sé. Por ahora he venido por unos meses.

—Me alegra muchísimo su presencia en Tacuary —pronunciaba Tacuarí—. El pueblo es grande y necesita un profesional médico. Sólo espero que su estancia aquí le sea cómoda.

—Si todos son como su señora y usted, será un placer vivir aquí.

—Gracias por el requiebro, pero no se haga ilusiones. Va usted a luchar contra muchas cosas.

—A luchar he venido.

Sonrió Zorrilla, mostrando una perfecta dentadura.

—Tengo un hijo en España, de su edad más o menos. Estudia derecho. No sé por qué lo recordé cuando le ví. Seguramente porque veo pocos jóvenes. Decidido, arremetedor y con algo de quijote. También terco como una mula. Tienen a primera vista algo de común; pero lo de terco no va con usted —terminó sonriendo.

—Quizá lo sea —contestó Reyes.

—Volviendo a Tacuary, este pueblo es virgen de toda asistencia médica; entendámonos, de la asistencia de un médico universitario, y no curanderos como los que tenemos aquí.

—¿Hay muchos? —preguntó Reyes.

—Abundan de todos los tipos. Y le aseguro que le harán guerra.

—No vine a pelearme con curanderos. Ni siquiera los tenía en cuenta. Yo haré mi trabajo sin preocuparme de ellos. En el hospital, para comenzar, tendré material de sobra.

—Me alegro que piense así. De nuestra parte, le ayudaremos en todo.

—Muchas gracias.

—No me agradezca. Es obligación. Y lo hacemos con gusto.

Volvió doña María con una inmensa bandeja con frascos y vasos. Sirvió un refresco helado que sorprendió a Reyes.

—No creí tomar bebidas heladas aquí.

—En realidad somos los únicos que tenemos una refrigeradora aquí —contestó Zorrilla—. En nuestra soledad procuramos pasar lo mejor posible. Pero hablemos de usted. ¿En qué podemos servirle?

—Estamos a sus órdenes doctor —terció doña María.

—Gracias. Necesito muebles, ropa blanca, utensilios de toda clase y otras cosas que en este momento no se me ocurre.

—Prepáreme una lista —dijo doña María—. Dispongo de un poco de dinero de la comisión. Nos reuniremos para trabajar firme.

—Aquí está una lista que podríamos llamar provisoria. No quisiera asustarla.

Le pasó la larga lista. Doña María le recibió sonriente.

—No se preocupe. Le daremos lo que está a nuestro alcance.

—Tiene razón; y gracias.

Al cabo de un rato se despidió de los amables dueños de casa. De allí se fue al domicilio de doña Felipa que parecía esperarle, porque abrió la puerta al primer llamado.

—Tengo buenas noticias para usted —le dijo doña Felipa mientras le franqueaba la entrada y le ofrecía una silla—. Una mi pariente, ya anciana y que vive sola, está dispuesta a dejarle la casa, porque puede vivir con la hija casada.

—Yo no quiero echar a nadie de su casa —contestó Reyes.

—Al contrario, le hará un favor. Le va a dejar muebles que ella no necesita. Si quiere ver la casa, vamos ahora mismo.

Reyes aceptó y, ambos seguidos por Micaela, a pocas cuadras y sobre una calle transversal a la principal, llegaron a una típica casona de Tacuary. La casa se levantaba maciza, con una estrecha galería sobre la calle, sostenida por robustos pilares y protegida por un palenque que daba acceso a la casa por medio de un rechinante portoncito. Les recibió la dueña de casa, una anciana frágil, vestida de negro, con un minúsculo rodete en lo alto de la cabeza y ojos legañosos. Parecía muy tímida; contestaba con monosílabos y parpadeaba como si la luz la encandilara. Doña Felipa hizo los gastos de la visita.

Penetraron, seguidos por la viejecita, en dos inmensos salones que abrían sobre la calle sendas puertas y ventanas. Las puertas eran macizas, pesadas, con agresivos tableros en diamantes y que se cerraban sobre arcos adintelados. Las ventanas, desproporcionalmente pequeñas, con hojas enterizas, sin abertura para cristales, se defendían con rejas de barras y barrotes de madera, puestos muy juntos. Las piezas frontales daban a trascuartos, enanas piecitas comparadas con aquellas. Los pisos de ladrillos cuadrados estaban gastados por el uso, como también los umbrales, altos y con enormes agujeros para los pasadores. Las paredes limpias, pintadas de rosa. Los techos altos sostenidos por parhileras gruesas de las que partían tirantillos de tronco de palmas. En vez de tejuela, las tacuarillas partidas, cementadas por barro que se escurriera por las hendijas, lucían sus nudos con yemas de brotes. Hacia el patio, otra galería, más ancha, protegía la casa. La cocina separada de la casa, amplia, pero oscura. En el enorme patio, bajo los árboles, el pozo con su arco de hierro. Una arbolada ocupaba la mitad del patio, cubriendo un suelo rojo y pelado. Se veía por doquier macizos con margaritas y violetas, entre rosales floreciidos. Un viejo emparrado sostenía un jazminero que competía con sus flores estrelladas con la madreselva. Un enorme portón de madera, protegía la finca encerrada entre gruesos muros. A Reyes le encantó el jardín luminoso y umbroso al mismo tiempo, con abejas zumbantes y nidos en los árboles.

—Me agrada la casa —le dijo a doña Felipa.

—Le aseguro doctor —le contestó— que no le será fácil encontrar casa. Y esta no es mala; ni mejor, ni peor, que muchas otras de aquí.

—Si la dueña me cede, la aceptaré con gusto.

La viejecita, siempre parpadeando, murmuró:

—Me pierdo en esta casa demasiado grande para mí.

Volvieron a entrar en la casa. Reyes miraba y remiraba mientras acudía a su mente la familiar estrofa:

> Caserón de añejos tiempos, el de sólidos sillares,
> con enormes hamaqueros en paredes y pilares,
> el de arcaicas alacenas esculpidas, qué de amores,
> qué de amores vio este hogar...

Los pesados goznes estaban empotrados en el muro con aberturas sin marcos y recordaban seguramente al hábil herrero del pueblo que los hiciera con el cariño de un artista. En uno de los trascuartos encontró la típica alacena. Gruesos anillos de hierro, colgantes de las paredes, eran los hamaqueros.

Los muebles de la casa eran enormes, sólidos. Las torneadas cabeceras de la cama parecían ristras de gordas longanizas. El guardarropas monumental ocupaba un rincón, enfrentado al lavatorio de mármol con palanganas y jarra de loza floreada. El caramegúa de altas patas y la hamaca de largos flecos arrollada y suspendida de la argolla, completaban aquel clásico hogar paraguayo, de pueblerino acomodado y, hablaban de viejos tiempos, amables pero idos. Lucían arcaicos y entristecidos.

—Hay un cierto simbolismo con el desalojo de la viejecita —pensó Reyes—. Lo joven reemplaza a lo viejo, que no tiene otro remedio que mandarse a mudar.

La viejecita parecía triste pero resignada al anticipo de su partida. Con las manos juntas, apretadas sobre su estómago, seguía como una sombra a sus visitantes.

—Me quedo con la casa —decidió Reyes.

—Bueno —contestó la dueña con su voz cascada.

De este modo cerraron el trato.

VI

A las seis y media de la mañana Reyes se presentó al hospital para comenzar el trabajo. Se sentía con ganas de trabajar, ansioso de dar comienzo a su labor.

Después de saludar al personal entró a ver su consultorio donde iba a vivir su vida profesional. El equipo era modesto. Una mesa para inspeccionar, ilógicamente alta, cubierta de blanca sábana, con un cajón de embalar a un costado para subir a la mesa. Como escritorio, una simple mesa sin lustre y con un cajón. Encima, un enorme libro de contabilidad que nadie sabía de dónde salió, para anotar las consultas; un tintero común, pluma y lápiz y un timbre completaban lo indispensable para trabajar. Una silla para él y un taburete para el enfermo... En el rincón un lavatorio con grifo que se movía con el pie... y suficiente. El aire tibio se colaba por la ventana sin cristales... y sin posibilidad de ponerlos. Si no la cambiaba tendría que tenerla abierta con calor o con frío, tanto en el verano como en el invierno. Tendría que cambiarla...

Entró el guarda Irala.

—Ocurre algo raro, doctor —dijo— acude la gente a pedir medicamentos, pero cuando les digo que para obtenerlos deben consultar con el doctor, se mandan a mudar calladamente.

—¿No quieren consultar conmigo?

—Así parece. Le dije a uno: ¡pero hombre: ahí está el doctor que le dirá lo que mejor le conviene!, me contestó: voy a pensarlo; pero se fue.

—Quizá no comprendan la razón de la consulta.

—El campesino es desconfiado y coyguá (pajueriano).

—Hay que armarse de paciencia. Hágales comprender bien que para obtener cualquier medicamento deben pedirme a mí. Costará quizá un poco, pero ya se acostumbrarán.

Como no había consulta, Reyes repasó las dependencias; ayudó a Benítez en el arreglo de la farmacia para informarse bien del arsenal medicamentoso. Controló el descombramiento del patio interior que dos peones ponían en orden. La fisonomía del hospital, con el orden, estaba cambiando.

—Pobre, pero decente —pensó Reyes.

A la media mañana se presentó Sosa con una muchacha cubierta recatadamente, a pesar del calor, con un manto negro, bajo el cual apenas asomaba la nariz.

—La envía el padre Belmonte —dijo Sosa.

—¡Ah! —exclamó Reyes— ¡Debe ser la candidata a enfermera!

—Sí, doctor —contestó con voz clara la otra.

—Sáquese el manto que me da calor verla así —le dijo Reyes.

Dejó caer el manto sobre los hombros dejando al aire una cara de luna llena, con ojos negros muy bonitos, algo juntos sobre la nariz ancha y grasienta. Su boca grande presta a la sonrisa que mostraba dientes cariados. El cuerpo robusto sin ser obeso. Se movía con cierta pachorra. Vestido de tela ordinaria, muy cerrado en el pecho, como corresponde a la candidata para un convento. Sus pies calzaban feos zapatones en los extremos de robustas pantorrillas. Su aire, entre severo e ingenuo, tenía mucho de maternal.

—¿Le agrada ser enfermera? —le preguntó.

—Sí, doctor.

—¿Pero se ha decidido?

—Sí, doctor.

—¿Puede comenzar desde ahora?

—Sí, doctor.

—Le voy a prevenir que la enfermería no es fácil; es un trabajo penoso, ingrato muchas veces; requiere espíritu de sacrificio y mucha responsabilidad. ¿No teme usted a la carga pesada de la enfermería?

—Yo solo temo al pecado —contestó con tono tranquilo, sin pizca de suficiencia.

—¿Usted quiso ser monja?

—Sí, pero como soy la única hija de mis padres viejos y enfermos, el padre Belmonte se opuso y me dijo que la caridad de-

be comenzar por casa. También me dijo que Dios va a premiar mi sacrificio porque ahora voy a tener un trabajo para ayudar a mis padres.

A Reyes le agradó su aire austero y decidido.

—¿Cómo se llama?

—Adela González, para servir a usted.

—Muy bien Adela —sonrió Reyes—. Ahora se va a poner un guardapolvo que reemplazará muy bien a un hábito monjil y le iré enseñando algunas cosas.

El resto de la mañana, hasta medio día, se pasó Reyes enseñando a Adela. Había mucho que aprender y que hacer. Adela demostró capacidad y voluntad. Asimilaba con tal facilidad que agradó a Reyes.

—Muy bien, Adela, ya irá aprendiendo a medida que practiquemos.

—En el camino se hacen bueyes, como dice mi papá...

—Pues, eso mismo.

Luego todos fueron a sus casas, menos Sosa que vivía en el hospital y era cuidador de los intereses hospitalarios.

Después de una larga siesta y un baño refrescador, Reyes, aburrido fue a casa de doña Felipa. Siguió la calle principal, lentamente, por la acera sombreada. Observó de pronto que era objeto de la curiosidad general. Los dependientes desocupados se asomaban a la puerta de las tiendas para verlo mejor; pero de las casas, como si recibieran un misterioso mensaje, salían caras curiosas por las puertas abiertas apresuradamente, o a través de un visillo discreto, que le examinaban de pies a cabeza. Sonaba a sus espaldas el cuchicheo comentador. De paso frente a los zaguanes o a las puertas de las salas de recibo, saludaba gravemente a los buenos tacuaryenses que le comían con los ojos, entre los cuales no faltaban las dueñas de casa acompañadas de sus hijas que contestaban el saludo con mucha seriedad y circunspección como corresponde a la mejor tradición campesina.

En realidad la noticia de la llegada de un doctor para el hospital había corrido como un reguero de pólvora al que se prendió fuego. El pueblo estaba pobre de motivos de comentarios; la llegada del doctor dio material para la comidilla que se extendió por el pueblo como las ondas sobre la tranquila superficie de un estanque.

Algo incómodo por tanta curiosidad, llegó a la casa de doña Felipa que le preparó un refresco.

—Sus compueblanos —le dijo Reyes— casi me comen vivo en la calle.

—Ya se hartarán —contestó sonriente la dueña de casa—. Además debe tener en cuenta que usted es el primer médico que ven. Hay muchos que no han pisado Asunción. Por otro lado le conviene que le recuerden, porque usted viene a vivir con nosotros y, cuanto antes le conozcan, mejor.

—Bueno, por ahora haré de bicho raro —contestó sonriente.

—Pronto va tener la casa. Ya se está mudando la dueña. Le deja muebles que ella no necesita y son pesados para mudar. Así se va a evitar el adquirirlos.

—Encantado, doña Felipa.

—También hice trato, si le agrada, con una señora, casi vecina, para la vianda. Le recomiendo porque es buena cocinera, le hará lo que usted le pida y es limpia. Supongo que no pensará tener una cocinera en casa.

—Claro que no. Pero voy a estar muy solo; necesitaré alguien que me ayude.

—También lo pensé. Si quiere un chico de doce años, muy bueno, que le barrerá la casa y hará los mandatos. Se llama Timoteo.

—¿Pero no es muy chico?

—Es robusto. Además le hará un favor: con la comida y la ropa que reciba se considerará con suerte.

—¡Pero señora, eso sería la explotación de la niñez!

—Aquí es lo más natural tener así a los chicos. Si le trae le hace un favor a sus padres, al sacarles una boca de la casa.

—Bueno, si las cosas se presentan así, acepto; pero le daré ropa y sueldo.

—Eso es ya cosa suya. Si no lo tiene muy ocupado, en marzo, envíelo a la escuela.

—Lo haré con mucho gusto. Y gracias por todo doña Felipa.

—Mire doctor; no me agradezca tanto que voy a ponerme incómoda. Usted es amigo de mi hijo y me gustaría tratarlo como a él. De modo que nada de cumplidos.

—Entonces, por última vez, gracias —le dijo Reyes, mientras la abrazaba.

La noche se aproximaba cuando se dirigió a casa de Zorrilla, que le había invitado a cenar, por intermedio de un mitaí. La casa ya estaba iluminada por la luz intensa de las lámparas de querosene gasificado. Había visitas; damas y señores tomando refres-

cos y helado entre las palmeras. Se levantaron ceremoniosamente a la llegada de Reyes. Don Ernesto hizo las presentaciones:

—Señoras y señores, el doctor Reyes, nuestro director de hospital. Doctor Reyes, la señora de Barbadillo, la señora de Casero y su hermana Leandra de González, los señores Casero y Barbadillo, paisanos.

Reyes se ubicó en un cómodo asiento después de saludar. La conversación se generalizó animada y chispeante con las salidas de Zorrilla. Reyes, al principio asombrado por aquella sociabilidad y aquel ambiente superior a lo que esperaba, al rato se sintió cómodo y alegre.

—El doctor ¿es soltero? —preguntó de pronto doña Leandra.

—Soltero y sin compromiso —contestó Reyes sonriendo.

—¡No es posible que un joven como usted no esté comprometido! —exclamó la buena señora, con tono de tanta sorpresa que su ingenuidad hizo reir a los caballeros.

—Así es señora —contestó gravemente Reyes.

—Cuídese de Leandra, doctor; se muestra muy interesada porque tiene dos hijas muy bonitas. Las hijas le recomiendo, pero la madre será una suegra tremenda.

—Calumniador —exclamó Leandra, mientras los otros reían— María, tu marido es un deslenguado.

—Pues, hija, ya no tiene remedio con la edad que carga —le contestó doña María.

La conversación giró sobre el hospital local. Reyes explicó sus proyectos y su programa. Y contó su perplejidad ante los enfermos que no quisieron consultar con él.

—El campesino es muy apegado a sus costumbres —dijo Casero—. No van a abandonar así nomás a sus médicos.

—¿Qué médicos? —preguntó Reyes.

—Bueno, si usted quiere, los curanderos.

—Hay muy buenos —agregó Barbadillo—. Hasta ahora ellos nos han cuidado, y le aseguro que muy bien. Por ejemplo, Falcón ha hecho verdaderos milagros. Es, con justa razón, muy apreciado.

—Vamos Barbadillo —exclamó doña María— no digas disparates. Ese Falcón es un ignorante embaucador.

—Como mujer eres apasionada y no ves lo razonable. No vas a negarme que tanto Falcón como Añón son personas agradables y muy capaces en su profesión. Tacuary les debe mucho.

—Pero María —dijo Casero— te has olvidado de las buenas obras de Falcón.

—El cementerio está lleno de sus buenas obras. ¡El angelito!

—Mira Ernesto, tu mujer no sabe lo que dice.

—Pues yo por comodidad siempre doy la razón a mi mujer —contestó Zorrilla en broma para calmar la exitación de su mujer y de sus amigos.

—Falcón es mi amigo, perdone joven, pero yo quedo con él.

—Cuando quiera morir, llámelo —contestó doña María implacable.

—Calma, calma señora mía y señores —dijo Zorrilla—. Recuerden que tenemos un invitado.

Todos callaron ante el asombrado Reyes que oía defender a los curanderos en su presencia.

—No estamos aquí para defender méritos de nadie —siguió Zorrilla—. Estamos aquí para buscar medios de ayuda eficazmente al hospital.

Los ánimos se calmaron y la conversación giró desde entonces exclusivamente sobre el problema hospitalario y sobre el modo de recaudar fondos. Por último, hacia las ocho de la noche, se retiraron.

Quedó Reyes con los dueños de casa. Doña María se alejó para servir la cena. Sentáronse a la mesa que lucía su mejor mantel donde brillaban los cubiertos y tintineaban las copas. El menú, después de los platos de don Teó, le pareció exquisito a Reyes, que no quedó corto en alabanzas, con gran satisfacción de doña María.

El estómago satisfecho vuelve conciliador los ánimos y predispone a las confidencias. Don Ernesto recordó a su hijo ausente, que era único, y doña María se quejó de su soledad. Reyes por su parte habló de su tía Amelia por quien guardaba luto riguroso, muerta antes de que le retribuyera de algún modo su sacrificio. Luego hablaron de Barbadillo y Casero.

—Esos dos paisanos —dijo Zorrilla— son bastante brutos, buenos, pero brutos.

—Me extrañó que alabaran a los curanderos en mi presencia.

—Pues no se extrañe. Hasta ahora no han conocido otra clase de médico. ¡Eso es! Para ellos y otros muchos de aquí representan la medicina y se han adaptado con ese cándido espíritu campesino, mezcla de ignorancia y de puerilidad. Estos mis paisanos son también campesinos que le aseguro, son a veces más brutos que sus compatriotas.

—El curanderismo está muy arraigado en el Paraguay. Co-

mo para no creer, pero cierto ciento por ciento, en plena capital, los curanderos trabajan tranquilamente ante la indiferencia y aún la protección de las autoridades. El verdadero gremio médico no hace sino callar.

—¡Pero eso no está bien! —exclamó doña María con calor.

—El curanderismo va a seguir por mucho tiempo, doña María. Es un resabio que viene de la edad de piedra. Entonces se achacaba a los malos espíritus todos los males, contra quienes se luchaba con exorcismos y amuletos. El sacerdote o chamán era también curandero, que curaba expulsando los malos espíritus. El curandero actual no es sino ese mago-médico-sacerdote que trataba de aliviar de sus males a nuestros antepasados paleolíticos. En Asunción tenemos un mano-santa que cura con rezos y reparte fetiches. Como ve, en cierto aspecto vivimos como en la edad de piedra.

—Caramba doctor, no nos creíamos tan atrasados —comentó sonriendo doña María.

—Con toda seguridad muchos preferirán sufrir con los curanderos que conmigo.

—¿Cómo va a luchar contra ellos? —preguntó Zorrilla.

Reyes se encogió d ehombros.

—Cuando vine —dijo— ni siquiera pensé en ellos. Mi lucha consistirá en demostrar que soy mejor que ellos y nada más.

—Todo el mundo sabe que usted está aquí —dijo doña María— y no lo llamaron aun. Tenemos un amigo, Cayetano Alonso, muy enfermo del corazón a quien le dije que consultará con usted. Creo que va a morir. Y mientras tanto Falcón le está comiendo todo lo que tiene.

—Pues es culpa de él —dijo terminante Zorrilla.

Como se hacía tarde, Reyes se despidió.

Al día siguiente, en el hospital se reprodujo el mismo fenómeno; los pacientes aparecieron, pidieron medicamentos, pero no quisieron consultar con el médico. Reyes se encogió de hombros, pensando:

—Volverán, tontos.

Siguió ocupándose en la instrucción de Adela un rato y luego ayudó en el arreglo del patiecito interior que deseaba convertir en un jardín, aprovechando el jazminero y las bonitas plantas de granada.

El farmacéutico Benítez que le acompañaba, le dijo:

—Esos que ahora no quieren consultar, después no le dejarán

en paz. Lo hacen de puro tímidos porque nunca vieron un doctor. Además, de eso estoy seguro, fueron a consultar con sus curanderos favoritos.

—¿Hay muchos curanderos? —preguntó Reyes, súbitamente interesado.

—¡Qué si hay! En cada compañía hay uno, y a veces dos. Y aquí tenemos dos médicos autorizados, curanderos de marca mayor. Uno hace de clínico y el otro es el cirujano.

—¡Caramba! Me gustaría saber qué operaciones hacen.

—El cirujano, que se llama Cándido Añón, llamado vulgarmente Cándido Añá (diablo) es también partero. Ahí va un ejemplo de sus actividades: hace unos meses una parturienta que no podía parir, en vez de tomar el camión e irse a Asunción, llamó a Añón. Este no pudo sacar el chico, entonces lo fue despedazando en el vientre de la madre y lo extrajo a pedacitos.

—¡Tiene decisión el tipo! —exclamó Reyes—. Desde luego, ¿qué otra cosa le restaba hacer?

—Espere doctor. Desmenuzó el cuerpo del chico, pero la cabeza no. Se le quedó nomás adentro y con ella la enterraron a la enferma después de seis días de infierno.

—Pero... ¡qué barbaridad!

—Ya tiene una muestra de sus hazañas. Le puedo contar muchas. A mi me gusta averiguar para comparar con lo que he visto en el hospital militar, donde se opera de verdad. Cuando me contaron las operaciones que hacían aquí, al principio no quería creer. Pero yo he visto a la parturienta que murió. ¡Y pensar que podía ir a Asunción!

—¿Y qué dicen los parientes? ¿No protestan?

—¿Los parientes? ¡Je...! se quedan muy agradecidos por el sacrificio y el valor del señor doctor (i valé eterei la caraí doctor). Achacan la muerte como obra del destino.

—¡Pobre gente!

—Mire doctor; yo soy hijo de campesino. Nací en San Juan Nepomuceno donde no hay médico y donde desde chico he visto morir de cualquier cosa. El curandero no tiene más remedio que hacer cualquier cosa más o menos buena. Esto siempre sucedió y seguirá sucediendo si los médicos de verdad no salen a la campaña. Felizmente el campesino se resigna fácilmente: si se muere el paciente, mala suerte. Se cumplió el destino.

—Usted, Benítez, me pone carne de gallina.

—Porque es de Asunción; ignora estas cosas. Se acostumbrará pronto. Además, con usted, las cosas van a mejorar.

El medio día se acercaba.

—Por hoy basta —dijo Reyes—. Llegó la hora del morfi.

Entonces cada quisque se fue a su casa.

* * *

A media tarde (hacía largas siestas porque no tenía otra cosa que hacer) se despertó a los acordes del cacareo de la gallinita que ponía huevo en su pieza. A la puerta, un mitaí esperaba pacientemente que despertara.

—¿Qué quieres hijo? —le dijo en guaraní.

—Yo soy Timoteo —le contestó, también en guaraní, el chico.

—¡Mi secretario, entonces!

El mitaí estaba tostado por el sol, tenía hermosos ojos con largas pestañas y un simpático repingamiento de la nariz. Vestía un pantaloncito remendado, sujeto con un torzal y una camisita que otrora fuera blanca. Para que impresionara mejor le habían cortado el pelo. Sus pómulos salientes y sus finas piernas hablaban a las claras de una alimentación deficiente.

—¿No tienes otra cosa que ponerte?

—Najhaniri caraí (No señor).

El chico le fue simpático.

—¿Te gustaría una camisa, un pantalón y zapatos, todos nuevos?

Timoteo bajó los ojos, pero un rubor subió del cuello a la cara, el dedo grueso de uno de sus descalzos pies trazó semicírculos en el suelo.

—Parece que no te gusta —le dijo Reyes, que le miraba y simuló no comprenderlo.

Alzó entonces sus ojazos y, dijo con voz apenas audible:

—Aipotá (Sí quiero).

—Entonces le encargaremos a doña Felipa que te compre, porque yo chamigo, de esas cosas no entiendo mucho.

Los ojos del mataí brillaban de alegría, pero no dijo nada.

—¡Pobre pibe! —pensó Reyes— tan contento con tan poca cosa.

—Dice doña Felipa que mañana puede mudarse —recordó Timoteo.

—Muy bien, che ray. Pero te quedas desde ahora conmigo.

Muy contento, Timoteo se metió hacia la cocina.

La tarde iba lenta. Reyes intentó leer algo, pero el calor y la desazón que le ocasionaba aquella rara situación en que se encontraba, le impidieron. Le extrañaba la indiferencia de los tacuaryenses. De sobra sabían que estaba allí, porque según don Teó, en el pueblo las noticias volaban de casa en casa, de cercado en cercado. Le habían hablado de la clásica hospitalidad campesina. Además, no era ningún quídam; sino el ansiado director del hospital que se levantó con el beneplácito del pueblo. El ministró le aseguró que le esperaban con los brazos abiertos. Todo esto lo comentó con don Teó que vino a acompañarle. Le escuchaba con su mirada socarrona, pero no dijo nada. Al final pasó la tarde en charla insustancial con algunos pasajeros.

Al día siguiente se repetió el silencio del consultorio. Ya ni siquiera acudieron los curiosos que habitualmente merodeaban por las galerías. Reyes se cansó de recorrer las dependencias en busca de algún detalle indispensable. Adela, con sus manos femeninas dio tono a la limpieza y al arreglo. Reyes le alabó su labor.

A medio día volvió al hotel. Don Teó le recibió con su bulla de siempre, pero le siguió al dormitorio y le miraba desnudarse con esa naturalidad con que el campesino ve la anatomía humana. Se ubicó en la única silla.

—¿Cómo le fue, doctor? —dijo friccionándose la panza.

—Ni bien ni mal. Como siempre, ni una consulta. Hay cosas que no comprendo. Si no iban a consultar, ¿por qué se molestaron ayer en acudir al hospital?

Don Teó no le contestó de inmediato, enlazó las manos sobre la panza e hizo girar los pulgares.

—Le contaré algo —dijo en voz tan baja y misteriosa que Reyes le miró intrigado— Pero que se quede entre nosotros.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—Muy sencillo; los médicos de aquí...

—¡Pero qué médicos!

—Falcón y Añón.

—¡Ah, sí! Mis colegas, mis ilustres colegas.

—Sí, ellos... Hicieron correr la amenaza de rechazar cuando acudan en demanda de atención médica a todos aquellos que concurran al consultorio del hospital, aun cuando estén en trance de muerte. Ya actúan por la campaña por intermedio de paí Rei-

naldo, el médico-santo de la compañía Isla Guasú, para quien usted es un masón de la peor especie.

—¿Con que esas tenemos? ¿Creen acaso que así me iré pronto?

—Sí.

—Pues, se equivocan don Teó. No pienso volver muy pronto y, menos derrotado por dos ignorante. Además, si dejo esto, alguien debe reemplaarme. No se dan cuenta que el hospital, si no de la muerte, es la declinación del curanderismo.

—Ellos piensan y, no tan mal, que si no tiene ambiente, se irá y nadie querrá venir.

—Pero no será así. En primer lugar no voy a irme. Es una tonta conspiración que no hace sino poner de manifiesto la debilidad de esos brutos.

—Tienen prestigio aquí y en Asunción. Por ejemplo; Falcón tiene un sobrino en la Caballería que pega fuerte.

—Y entonces, ¿por qué diablos hicieron el hospital aquí?

—El hospital se hizo porque don Miguel Palma, un rico estanciero amigo del ministro, quiso hacer algo por su pueblo. Ayudó al ministro con mucha plata y con la colaboración de don Ernesto Zorrilla lo levantaron. Parece que la idea no agradó a muchos, pero don Miguel tiene prestigio, es bueno, aunque cuando quiere ser bruto nadie puede con él. Por eso se callaron. Ahora se ponen contra usted porque don Miguel anda enfermo por Buenos Aires. Si estaba él, nadie chistaba.

—Entonces la gente bien, de la llamada fuerzas vivas, ¿están con los curanderos?

—No sé con seguridad. Sólo sé que son muy amigos, compadres y están atados por intereses comunes. Hablo desde luego de los señores que tienen la sartén por el mango. Aquí Falcón es un gran señor y con sus parientes de la capital ha influido sobre muchas cosas.

—Anteanoche, en lo de Zorrilla, dos señores, Casero y Barbadillo se pusieron a ponderar a los curanderos en mi presencia. Me pregunto; si no están con el hospital, ¿por qué diablos figuran en la comisión pro-hospital?

—Porque viven de las migajas de Zorrilla, quien además de facilitarles capital, les asesora.

Reyes suspiró, pero no le preocupó mucho lo que le decía don Teó. Tarde o temprano acudirían a él. De pronto se le ocurrió una idea y dijo sonriendo:

—También usted don Teó está en mi contra.

—¡Yo...! —Puso una cara tan de sorpresa que Reyes echó a reir a carcajadas.

—Sí, usted —le dijo cuando la crisis de risa pasó—. Vi a su pobre señora, y digo pobre, porque es la que trabaja, tomando yuyos teniéndome a mi, no digo sobre sus narices, sino sobre esa prominente panza.

Don Teó, turulato, fijó su cara con una sonrisa estereotipada del pescado infraganti. Reyes no pudo menos que volver a reir con toda sus ganas.

—Bueno —contestó después de un rato don Teó— es cierto que no quise mostrarle mi señora; pero esos jodidos pueden entramparme.

—De mi parte no tema don Teó. Yo le aprecio mucho y además le agradezco sus confidencias. Para su tranquilidad le aviso que me mudo esta tarde.

—Si ya lo sé. Aquí todo se sabe, incluso que la dueña le deja el orinal de loza, porque teme que sus nietos lo rompan.

—Eso si que es conocer detalles —dijo Reyes y se puso a reir acompañado por las estruendosas carcajadas de don Teó que sentía alivianado el pecho del reproche de Reyes.

Más tarde, mientras comía, recordó la conversación que mantuvo con don Teó. Al comienzo se sintió indignado y defraudado, y luego se preocupó porque todas esas tonterías le iban acarrear molestias, inútiles trabas y, quizá disgustos. Sintió ganas de mandar al diablo al pueblo y volver a Asunción, pero se excitó su espíritu combativo y la incitación a la lucha se presentaba tentadora. Por otro lado su situación económica, no muy brillante, no le permitía el lujo de pasear por los pueblos de campaña.

—Estoy en el baile —se dijo— y debo bailar. No voy a correr porque dos curanderos se me ponen en el camino con aire batallador. —Y cuando don Teó le sirvió el café, alzó la taza como brindando.

—¡Viva la extensión universitaria! —exclamó.

Don Teó no comprendió nada, pero sonrió de oreja a oreja.

VII

Después de una mañana inactiva y una breve siesta se mudó a su flamante casa. Le llevaron sus cosas en una rechinante carretilla, seguido de Timoteo que lucía ropas nuevas. En la casona, doña Felipa con dos muchachas, daba los últimos toques al arreglo de la casa.

—De verdad, doña Felipa, me duele todo el trabajo que le doy.

—¿Otra vez con los cumplidos? Sino quiere darme más trabajo, cásese con una linda tacuaryense.

—Apenas llego y ya quieren casarme —dijo Reyes riendo.

—Venga a ver la casa.

Reyes la siguió. El dormitorio era una de las piezas grandes y el trascuarto, el comedor, donde había un enorme aparador, la "arcaica alacena esculpida" y una mesa con sillas. En el dormitorio, doña Felipa le había puesto una cama con colchón y mosquitero que trajo de su casa. El mosquitero se balanceaba, colgado de la alta cumbrera. La dueña de casa le había dejado el lavatorio de marmol, donde lucía blanca y llena de agua la jarra enlozada junto a la palangana nuevecita manchada por la etiqueta de fábrica.

—Quedan las otras piezas para la sala de espera y el consultorio. Hay sillas de sobra. Le traje una mesita para adornar el centro.

El resto de la tarde pasaron en arreglos finales. Reyes que trajera cuadritos, los colgó de las paredes.

—Es un poco pobre, pero ya lo mejorará —dijo doña Felipa.

—Está estupenda. Me recuerda un poco a mi vida de estu-

diante. Entonces no tenía tantas comodidades. Me arreglaré perfectamente.

—No olvide sus lámparas. Necesita kerosén.

Reyes extrajo del cajón una hermosa lámpara de petróleo gasificado. Timoteo fue en busca del kerosén, dando brincos y gritos con la botella en la mano.

—Hasta completar el menaje seguiré comiendo en el hotel. Será por unos días —dijo Reyes que temía que doña Felipa le obligara a comer en su casa. Ya bastante trabajo le había dado.

Caía la noche cuando doña Felipa se retiró después de una última inspección. Reyes encendió, después de una larga lucha, su nueva lámpara y la colgó de un trozo de alambre que colgaba ex profeso del techo.

—Bueno che ray (hijo) —le dijo a Timoteo— tenemos casa; pero por esta noche vas a dormir en el suelo. Mañana ya tendrás un catre.

—No me importa si duermo en el suelo; en casa duermo sobre el banco pelado.

—Eso es muy duro. Mañana te traen el catre.

Timoteo que no sabía decir gracias, inclinó la cabeza.

Cerraron la casa y fueron a cenar en el hotel.

* * *

Esa quinta mañana de su estada en Tacuary se produjo el primer acontecimiento profesional: se produjo la primera consulta. Espectacularmente, acompañada de parientes, amigos y curiosos, llegó, conducida en una parihuela improvisada, entre ayes, gemidos y súplicas, la enferma. A indicación de Reyes, que saliera alarmado por tanta bulla, la pusieron sobre la virgen mesa de inspección. Reyes sólo permitió la permanencia de los más allegados y cerró la puerta, que se había llenado de curiosos.

La paciente tenía esa edad indefinida de las campesinas; dijo tener cuarenta años. Era magra de carnes, de dientes cariados y mejillas hundidas. No fue difícil diagnosticar su enfermedad: una crisis aguda de cólico hepático. Adela preparó una jeringa y ante la mirada impasible de Reyes, con manos temblorosas, aplicó su primera inyección, que consistía en la morfina. Luego preparó la cama en una de las grandes salas y seguida por un cortejo frondoso de curiosos, la acostaron en su lecho. Las puertas

y las ventanas abiertas se llenaron de los curiosos que se mostraron inconmovibles a los ruegos de Irala para que despejaran. Por un rato se retiraban, pero volvían a agolparse en los vanos de las puertas y de las ventanas, con la tozudez de las vacas mansas que quieren estar con sus crias. Reyes entre divertido y encocorado, ordenó que cerraran puertas y ventanas. Quedaron en la penumbra, pues, como no había cristales, la única luz era la que entraba por los resquicios de las puertas. Los curiosos quedaron sin espectáculo pero oían los ayes y lamentos de la paciente. Esta se revolcaba en su lecho y exclamaba, desde luego, en guaraní.

—¡Voy a morir mi Dios, Jesús mío, mi criador! ¡Esta inyección me remata! ¡Por qué me han traído aquí! ¡Llamen rápido al sacerdote para salvar mi alma pecadora! ¡Señor mío, ayúdame en este último trance!

Los parientes lloraban a moco tendido. Uno de ellos salió en volandas a buscar al paí. Reyes con los brazos cruzados, miraba impotente tanta comedia en espera del efecto del calmante.

Adela reaccionó con el gesto ancestral de los campesinos: friccionó suavemente los brazos, el tórax y el vientre de la paciente, mientras sus labios murmuraban palabras de consuelo. Como al conjuro de mágicas palabras, el dolor fue cediendo, la paciente dejó de gemir y sus ojos fueron cerrándose vencidos por el sueño, mientras lanzaba largos bostezos.

—Se va a dormir, Adela. Déjela tranquila y que nadie entre salvo algún familiar —le dijo Reyes y se retiró. A la puerta se encontró con el padre Belmonte chorreando sudor.

—¿Vive aun la paciente? —preguntó mientras secaba con un pañuelo a grandes cuadros, la frente y el resto de la ancha cara.

Reyes contuvo la risa y dijo muy serio:

—Está durmiendo bajo los efectos de un calmante.

—Pero a mí me dijeron que estaba moribunda.

Como la gente se agolpara para escucharles, llevó al paí al consultorio.

—En realidad, padre, no está grave.

—¿Qué tiene entonces?

—Un cólico hepático muy violento. Suele ser una crisis muy dolorosa, atrozmente dolorosa. Pero ha cedido muy fácilmente al calmante.

—Bueno, me alegro —y de pronto se echó a reir—. Usted no

se imagina las disparadas inútiles que me hacen dar mis feligreses. Esta es la madre del peón que me cuida la casa; el muy burro me dijo que se moría. Me voy entonces tranquilo.

Salieron afuera. El gentío, que aumentara, les rodeó.

—Queden tranquilos —dijo el padre Belmonte—. El doctor me garantizó el alivio de la enferma.

Fuese apurado, echando la bendición a diestra y siniestra.

Los curiosos se arremolineaban por los corredores, murmuraban, lanzaban miradas a las puertas cerradas. Cuando salió un familiar de la paciente, le acosaron y le asetearon con preguntas. Debió ser tranquilizador lo que oyeron, porque hacían gestos de asentimientos, de aprobación. A su vez Benítez los acechaba desde su puerta enrejada y sonrió con aire divertido cuando Reyes recorría el pasillo y era devorado por las miradas.

—Si pudieran le comerían al doctor —le dijo a Sosa que pasaba por allí.

Reyes entró de puntillas en la sala. Adela se adelantó diciendo:

—La pobre duerme. Me enteré que hace dos días y dos noches que sufre.

—¿Por qué no vino antes?

—Le atendía el médico Falcón.

—¡Qué estúpido! —pensó Reyes—. Con una morfina le aliviaba.

La enferma dormía plácidamente. Reyes dio algunas indicaciones y volvió a salir. A la puerta se encontró con Irala que le dijo que varios pacientes querían consultar.

Reyes, sin darse cuenta, se friccionó vigorosamente las manos.

—Muy bien, Irala. Voy al consultorio y que pasen por turno.

El primero que entró era un individuo cetrino, de bigotes erectos como púas, de inquietos ojillos de rata que husmeaba por todos los lados. Entró de rondón, como si afrontara un serio peligro y diera fieramente el pecho. A través de la puerta que se iba cerrando, Reyes vio avisores pares de ojos. Le dijo en guaraní:

—Siéntese. —El otro se sentó en el borde del taburete. Reyes enristró la pluma para desvirgar la blanca página de su libro de apuntes con los datos del enfermo.

—¿Cómo se llama? —le preguntó en guaraní siempre.

—¿Ché picó? (¿Yo?) —contestó el otro.

—Jhee, ndé. (Sí, usted).

—Santiago.

—Nde apellido (Su apellido).
—¿Ché picó?
—Jhee, ndé.
—González.
—Edad.
—¿Mbaé eré (¿Qué dice?)
—Le pregunto cuántos años tiene.
—¿Ché picó?
—Es claro. Le pre-gunto cuán-tos a-ños tie-ne.
—Treinta y cinco.
—¿Qué le duele?
—¿Ché picó?

Reyes sintió una ráfaga de impaciencia. ¿Le tomaba del pelo? Pero se serenó. Pacientemente siguió:

—Quiero saber que le duele.
—Me duele el pecho y la espalda.
—Muy bien. Ahora se va a desnudar.
—¿Ché picó?
—Si chamigo. Sáquese esa camisa.

El otro se saca la camisa con gesto parsimonioso mientras el olor a sudor y a suciedad atufaba la pieza. Por fin dejó al descubierto su torso oseoso, con ralos pelos en el esternón hundido. Percutió y auscultó el tórax sin hallar nada anormal. Entonces lo acostó, no sin dificultades, sobre la mesa de inspección. Palpó cuidadosamente el vientre, rebuscó los riñones, pero sólo encontró una discreta sensibilidad en el epigastrio. Le miró las mucosas que halló pálidas; los dientes cariados y convertidos la mayoría en muñones.

—Anemia por anquilostomiasis —decía Reyes mientras anotaba en el libro.

El paciente mientras tanto se vestía sin ningún apuro.

—Tiene bichos, muchos bichos, seboí (lombrices) en las tripas —le dijo Reyes—. Le daré remedios para echarlos, pero debe tomar aquí.

—Está bien, patrón —contestó el otro.

—Yo no soy su patrón, Acuña, sino un médico amigo que desea curarle echando afuera esos seboí que le chupan la sangre.

El otro asintió gravemente. Reyes dio un timbrazo que atrajo a Irala.

—Tratamiento antihelmíntico y tónico ferruginoso —le ordenó.

—Muy bien doctor —contestó—. Vamos chamigo.

De paso hizo entrar al siguiente paciente. Entró una viejecita, de marcha titubeante, vestida con andrajos y oliendo no a ambrosía precisamente. Pero era una viejecita hermosa, de cutis blanco, con pocas arrugas en la ajustada piel de la cara, pero sucias por las manchas de la vejez; el cuerpo erecto y las manos deformadas por la artritis. Toda temblorosa se ubicó sobre el asiento que le ofrecía Reyes.

—¿Mbaeicha ndé rera? (¿Cómo se llama?) —le preguntó Reyes.

—¿Ché picó?

—Sí, señora.

—María del Pilar.

—Su apellido.

—¿Ché picó?

—Sí señora.

—Alcaráz.

—¿Reicuaá la ndé año? (¿Sabe su edad?

—Najhaniri. (No)

—¿Qué le duele?

—¿Ché picó?

—Sí, señora.

—Me duele mucho mi pecho y mi espalda.

Reyes la examinó con todo cuidado. No halló, al simple examen clínico, nada que explicara el dolor entre el pecho y la espalda. El corazón de acuerdo a su edad, marchaba muy bien. Los pulmones sanos. Eso sí, anémica. Miraba con sus ojos legañosos con insistencia.

—¿No estoy cerca de la muerte, che caraí mí? (Mi señorcito)

—Najhaniri che sy (No madre). ¿Por qué dice eso?

—Porque ya quiero descansar; ya no puedo trabajar y sólo soy un estorbo en la casa de mi hijo. Todos somos muy pobres.

—Voy a darle un remedio que le hará mucho bien.

Llamó a Irala a quien dio instrucciones. En el libro anotó: anquilostomosis, y agregó: hambre crónica.

A la viejecita siguió una mujer joven, de ancha frente y mirada franca e inteligente, con ropas limpias. Se quejó también de dolor del pecho y de la espalda. También examinó su flaco tórax sin hallar ninguna enfermedad grave. Anemia por anquilostomosis fue el diagnóstico. Quiso proponerle un examen ginecológico,

pero era forzar demasiado. Le recetó tónicos y tratamiento de sus parásitos.

Con los tres pacientes terminó la consulta del día. Reyes salió del consultorio desperezándose; tanto le fatigó esos tres pacientes.

La paciente internada dormía mientras sus familiares vigilaban alertas. La mayoría de los curiosos se habían ido, pero no faltaron los más pertinaces que se mantenían merodeando por los corredores. Sosa quiso despedirlos, pero Reyes le dijo:

—Déjelos, que se acostumbren al hospital. Ya iremos metiendo disciplina poco a poco.

Y, ya que no había más qué hacer, se retiró satisfecho de la labor de la mañana.

Por la tarde volvió para controlar el estado de su paciente. La encontró en amena charla con sus familiares y numerosos curiosos que la miraban como si fuera una resucitada. Tuvo que despedir a casi todos, permitiendo que quedara el marido y sus dos hermanas. Cerró las puertas y ventanas porque le molestaban los curiosos. En la semi oscuridad la interrogó y la examinó cuidadosamente. Se halló ante un cuadro vesicular, quizá calculoso, agravado por una alimentación descuidada. De todos modos, un control del régimen alimenticio y ciertos medicamentos la mantendrían sin dolores. Más adelante se vería lo que podría hacerse.

Reyes arriesgó la pregunta:

—¿Por qué no vino a verme antes? Se hubiera ahorrado dos días de sufrimientos.

Miráronse paciente y familiares con evidente titubeo. El marido como forzado, dijo, como si confesara un grave pecado:

—La cuidaba don Falcón, y no es la primera vez. Ayer nos dijo que tenía cáncer y que ya no había remedio para ella. Un vecino nos aconsejó que le viéramos a usted. Dios quiso que se aliviara.

—Pedazos de bruto —se dijo Reyes, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Roto el sortilegio que impedía las consultas hospitalarias, comenzó el desfile diario de los pacientes. A los tres primeros siguieron diez, luego veinte y tantos. Los consultantes eran en la mayoría mujeres y niños. Aquellas flacas, anémicas, exprimidas por los partos repetidos, por la lactancia y las infecciones uterinas. La mayoría se quejaban de dolor del pecho y la espalda. Los chicos más grandecitos eran pálidos, panzones y sucios, y

los más pequeños distróficos y a veces piel y huesos. La diarrea y las infecciones de la piel les atacaba. Los mayores eran torpes y bradipsíquicos hasta la desesperación. Reyes extraía los datos como con tirabuzón y luego había que resignarse a escuchar los detalles inútiles. Los chicos, ariscos, armaban un berrinche, pateaban a sus padres y se arrastraban por el suelo, con sus ojazos pintados de terror. Los padres frecuentemente dejaban, dominados por la timidez o simplemente, por incapacidad, que los pobres chicos se maltrataran sangrándoles sus llagas o que se descostraran sus granos durante sus pataleos.

De esta manera el servicio hospitalario cayó en la rutina habitual de todos los hospitales. Pero se hizo de modo progresivo, lentamente progresivo, porque había que luchar con la desconfianza y con una larga tradición de medicina campesina.

La vida de Reyes era forzosamente retirada. Los señores del pueblo no demostraron muchos deseos de sociabilizar con él. Por otro lado le agradaba su aislamiento, sintiendo que sus penas se iban a medida que se sumergía en su cada vez más intenso trabajo hospitalario. Iba a menudo a lo de Zorrilla con quien charlaba largas horas mientras consumían los dulces y los helados que preparaba doña María que se pirraba por ellos. También frecuentaba la casa de doña Felipa quien soñaba con la venida de su hijo para ponerse al frente de una farmacia. Reyes escuchaba los anhelos de aquella madre que se mostraba con él cariñosa como una pariente.

En cuanto a don Teó, no dejaba día sin verle porque estaba encariñado con él.

Una mañana al mirar el almanaque suspiró:

—¡Quince días aquí! ¡Qué rápido pasa el tiempo! —Le parecían lejanos sus días asuncenos, lejanos los días inolvidables con Rosa Elisa, lejano el día en que su tía Amelia se fue.

Timoteo entró trayendo agua para afeitar. El chico lucía su pantalón largo, que le quedaba algo grande, y una camisa nueva con cuello volcado. Al pararse frente al espejo admiró su propia figura, muy orondo de su traje nuevo. Reyes le dio un acá peté cariñoso para apartarlo del espejo.

—Che pibe —le dijo— vas a gastarme el espejo de tanto mirarte.

Timoteo se alejó sonriente. Reyes se afeitó cuidadosamente. Veía su figura mejorada; seguramente que el aire puro, el sueño prolongado y la comida de doña Amanda, su viandera, re-

llenaron los huecos de la cara y esfumaron ese aire de cansancio que tenía. El sol había tostado su cutis, dándole un matiz moreno. Se desperezó largamente, mientras pensaba que no le vendría mal un poco de ejercicio.

Después de la afeitada, desayunó, mientras Timoteo servía y le miraba comer.

—Doctor —le dijo—. Te hace falta un caballo lindo. Si compra uno, yo le cuidaré. Sé mucho de caballo.

—¿Te gustaría, eh? A mí también, pero no hay plata chamigo.

—Va a ganar mucha plata.

—¿Cómo lo sabes mitaí byro?

—Porque la gente dice que usted es un buen médico.

—¡Ah! ¿Sí? —y pensó—. Menos mal, así quizá caiga alguien en el consultorio porque hasta ahora amigo Reyes, el brillo de tu prestigio, no trajo gente a tu modesto consultorio.

El consultorio que Patricito se apresurara en enviarle, esperaba aún su estreno.

Camino del hospital fue saludando a los vecinos asomados a sus puertas. Ya no despertaba la curiosidad de los primeros días. Estaba por entrar al patio del hospital, cuando le alcanzó una mujer corriendo, desmelenada, sollozando, con un bulto en los brazos.

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Che caraí mi, mi hijo se muere! ¡Sálvelo!

—Vamos rápido al hospital —le dijo.

Apresuradamente le llevó al consultorio. A los llantos de la madre acudió Adela. Ayudada por ella desliaron al chico: sucio, mal oliente, miembros esqueléticos, piel arrugada en grandes pliegues, la cabeza pendiente, inerte, muy grande en contraste con el flaco cuerpecillo. Después del rápido interrogatorio hizo el diagnóstico, por otro lado fácil:

—Chico con toxicosis en distrófico. Rápido le va a hacer esto, Adela. E indicó suero fisiológico inyectable, agua de Vichy, dieta controlada, tónicos cardíacos y sobre todo un buen baño previo.

—¿Por qué me trajo a su hijito en este estado? —le preguntó a la madre.

—Le atendía don Cándido —contestó bajando la cabeza.

Cerró con fuerza los puños Reyes, pero fiel a su consigna, no dijo nada.

Fuera los curiosos miraban con los ojos brillantes de expectación.

En quince días la concurrencia al hospital aumentó en proporción geométrica. Algunos éxitos en el tratamiento de niños enfermos conquistó la confianza de las madres, al comienzo tan desconfiadas. También acudieron los incurables que imploraban un alivio: artríticos, paralíticos, ciegos, muchos de ellos curables en manos de un especialista; úlceras gigantes de piernas y toda laya de lacras, productos de la ignorancia, de la incuria y de la pobreza. Reyes intentaba aliviarles, pero no les hospitalizó, porque comprendía que si caía en esa debilidad, iba a convertir el hospital en un asilo.

Pero no todo andaba sobre rieles. La gente se mostraba retobada al tratamiento antihelmíntico y torcía el gesto cuando Reyes le exigía un mejoramiento de su higiene personal o de los niños que llegaban desgreñados, pringosos y malolientes.

—¿Por qué no le baña a su hijo? —le decía Reyes a una madre.

—Paí Reinaldo, nuestro médico, me dijo que se le puede pasmar la piel.

—Yo le aseguro que no le pasará nada.

Pero la otra callaba, bajando la cabeza, con un esbozo de incrédula sonrisa.

—Usted, amigo, tiene una apendicitis crónica —le decía a un mozo de veinte años, robusto, de expresión despierta. Debe operarse.

—Todavía no quiero morir, doctor —fue la respuesta.

—Si no se opera —le dijo Reyes— tiene más probabilidades de morir. Si teme a mi mano, le daré una recomendación para el Hospital de Clínicas de Asunción.

—Voy a pensarlo.

—Piense rápido —le contestó Reyes.

Otro paciente, de voluminosa hernia, hombre sano en otros aspectos, de cuarenta años, estaba invalidado para el trabajo campero.

—No me animo doctor. A lo mejor quedo peor después de la operación.

—Si se opera volverá a ser hombre útil. Podrá arar, montar a caballo...

—No, doctor. Es más seguro vivir así. Puedo morir de la operación. Me lo dijo ya don Amancio Falcón.

—¿Le cree más a él que a mí? —preguntó impulsivamente Reyes.

El hombre se rascó la cabeza y dijo titubeando:

—Yo se lo que vale Falcón, pero no se lo que usted vale.

—Tiene mucha razón —le contestó Reyes.

El otro siguió vistiéndose con estudiada lentitud. Con manos torpes terminó de ponerse el tirador de cuero que le disimulaba el bulto de las regiones pudendas. La respuesta de Reyes le había confundido.

—Ndé arandú caraí (Es usted sabio, señor) —dijo y fuese.

Una paciente con úlcera varicosa, que olía atrozmente, de entrada dijo que no se bañaría, porque los médicos de Tacuary le dijeron que si se bañaba, la úlcera se pasmaría y quedaría inválida, como si ya no lo estuviera. Reyes que miraba y olía, le dijo:

—No voy a contradecir a médicos tan capaces. Lo que le hace daño es el agua pura; pero si usted se baña con agua con medicamento, será otra cosa. Si quiere le voy a dar la receta.

—¡Ah! Si es agua de remedio quizá, pero no de remedio de botica.

—¡No! ¡Remedio de botica, no! Hasta le puede matar.

—¡Virgen Santísima! Paí Olmedo, médico de Isla carapá, quiso hacerme baño con agua de yordo.

Reyes, muy serio, meneó la cabeza, horrorizado por tanta barbaridad.

—Entonces doctor ¿cree que agua de yuyo es mejor?

Reyes dijo sí con la cabeza.

—¿Me va a dar la receta? —dijo interesada.

—Desde luego.

—Dame entonces.

Reyes, muy solemne, abrió cualquier libro que sacó del cajón de su mesa escritorio, lo hojeó fingiendo buscar la receta.

—Aquí está —dijo de pronto—. Escuche señora: se hace una infusión de hoja tierna de naranjo agrio, con un puñado de romero, otro puñado de fruto de hinojo y dos o tres raíces de salvia y se echa en agua hervida, muy bien hervida, pero enserenada. Debe bañarse al caer la tarde y no saldrá después al sol para no hacer sombra.

La otra le miraba embobada. Se hizo repetir la receta para no olvidar los detalles. De su parte Reyes casi se confundió con los disparates que se habían ocurrido.

—Si quiere que la receta le haga bien, no debe compartir el secreto con nadie.

—Anichene (jamás) —prometió con energía.

—Si le es posible debe bañarse no sólo la pierna, sino todo el cuerpo. Y vuelva dentro de quince días.

La pobre mujer se fue muy contenta y Reyes quedó riendo entre dientes. Pensó:

—Quizá se alivie, pero de todas maneras, tendrá mejor olor.

La yuyera receta no fue producto de una ocurrencia o un capricho momentáneo. La noche antes había cenado con los Zorrilla. Como sobremesa comentaron las dificultades del consultorio, la ignorancia de las gentes y la influencia de los curanderos.

—Debe tener en cuenta doctor Reyes —decía don Ernesto— que el pueblo campesino es ignorante, ingenuo pero desconfiado. No conocieron otra clase de médico que los curanderos quienes, al fin y al cabo, hacen lo que pueden. Los curanderos comprenden mejor que ustedes los médicos capitalinos la psicología del pueblo y les sirven la medicina en la salsa picante del fetichismo, del exorcismo, de ridículas ceremonias, de complicadas recetas de yuyos ¡y qué sé yo! que se adapta y agrada al paladar campesino. Háblele usted en un lenguaje sencillo que pueda penetrar esa dura capa de atraso que cubre las entendederas de sus clientes. Si usted es capaz, a fuerza de buenos modales y de espíritu comprensivo, de atravesar esa coraza, los llevará hacia el rumbo que desea. Debe comprender que su presencia aquí es un choque muy violento, un cambio muy brusco para sus costumbres; usted habla un lenguaje muy extraño, compuesto de nombres raros de enfermedades, de drogas, de inyecciones y de operaciones que ellos jamás han imaginado. Adáptese un poco, sin salir de sus normas, a este simple espíritu campesino; haga un poco de curanderismo adoptando la terminología de sus males y use de vez en cuando yuyos, que algunos conocerá. Dígame, cuando se sufre de paludismo, algo se hincha en el vientre.

—El bazo y el hígado se agrandan.

—Bueno, ellos dicen que es el estómago el que se hincha, y cuando ellos dicen: tengo hinchado el estómago, acépteles que sea el estómago, si al final les va a dar el medicamento para el paludismo.

—También se rayan sobre el py-á rurú (parte hinchada).

—Ráyele usted más hondo y le aplica encima lo que la facultad le enseñó.

—Me parece buena idea —dijo Reyes riendo—. Haré un poco de curanderismo.

—Usando esta inocente estratagema usted no se rebaja, sino sencillamente se hace accesible y vencerá al receloso ánimo campesino...

—Pasando a otro tema, don Ernesto, me temo que le doy mucho trabajo a doña María. Esta indiferencia de los señores del pueblo hacia los problemas hospitalarios, harán muy desagradable la labor de su señora esposa.

—De María no se preocupe; le distrae enormemente ese trabajo. Pero ahí tiene usted otro ejemplo, en otro plano, de la ignorancia campesina: ¡los benditos señores del pueblo! Otro hato de estúpidos, entre ellos mis paisanos. No crea usted que porque tienen el piso enladrillado o comen con manteles en la mesa, están muy arriba del agricultor; son, como dicen, los mismos perros pero con collares distintos. Barbadillo es admirador de Falcón porque le curó una ciática. Yo se que la ciática puede curar con reposo y aplicación de calor; pero el muy tonto se sentía morir y Falcón le salvó la vida. Desde entonces Falcón es infalible. Le aseguro que la gente de aquí no se ha dado cuenta aún que los tiempos han cambiado. Mientras tanto, la mayoría por amistad, por ignorancia o simplemente por estupidez, no llega a apreciar el beneficio de su presencia. Tenga paciencia, tolerancia y mantenga su caridad. Usted irá lejos.

—Gracias por sus consejos, los tendré en cuenta.

Algunos incidentes de la rutina diaria elevaron su prestigio. Un nieto de tres años de su primera paciente había tomado medicamento para expulsar sus lombrices intestinales. Una mañana llegó la abuela al hospital excitada y pidió hablar urgentemente con el doctor. Mientras tanto los curiosos la rodearon expectantes; presentían algo gordo. En efecto, apenas salió Reyes de la dirección, la buena mujer le dijo:

—Mire doctor lo que su remedio le echó a un chico de tres años —y extrajo de la envoltura que llevaba, un canastillo lleno de gusanos intestinales, vivos, contorsionantes. Una exclamación de asombro se elevó.

—El doctor le dio un remedio a mi nieto: me dijo que estaba lleno de seboí, y efectivamente, ya ven lo que cayó.

Irala que se había agregado a los curiosos tomó la cestita.

—Voy a contar cuántas lombrices cayeron.

Y ubicándose en un extremo de la galería, rodeado de los

curiosos que controlaban, hizo la contabilidad. Un rato después, volvía, triunfante:

—Entre chicos y grandes son ciento cuarenta y cinco lombrices. Con razón que era un chico rabioso. Cuando le di el remedio me dio un mordisco.

Y la multitud, comentaba:

—¡Pobre chico! Pero ivalé la doctor.

Reyes molesto se encerró con un paciente.

VIII

Esa tarde de sábado Reyes comía una sandía de roja pulpa y sanguaza chorreante con Micaela en lo de doña Felipa. Esta le dijo:

—Mañana es domingo, le esperamos para la misa de las siete. Usted no cumple con el primer precepto de la Iglesia.

—Pues... mañana, le prometo, no faltaré.

—Vive muy alejado de todos —continuó doña Felipa—. No se junta con nadie. La gente creerá que los desprecia.

—Nada de eso señora. Mi espíritu necesitaba este retiro, este aislamiento. He sufrido algunos reveses, como la muerte de mi tía y otros. Por eso me aislé, relativamente, porque usted ve que con los amigos cumplo. Debe tener también en cuenta que los de aquí no han demostrado muchos deseos de conocerme mejor.

—Somos coyguá (pajueriano) —dijo doña Felipa—. Mañana después de la misa verá a mucha gente; lo mejor que tenemos.

—No faltaré —contestó Reyes.

* * *

El soy ya alto, picaba fuerte y el sudor presto a manar en abundancia. Reyes miró su reloj: cerca de las siete. La campana de la iglesia llamaba a misa, apremiaba a los remisos feligreses con sus límpidos sones que se difundían en ondas interminables por el eter. Reyes se apresuró a terminar de vestirse acuciado por las campanadas. En impecable traje de brin blanco, corbata

negra, luto por su tía Amelia, echóse a la calle siguiendo a la corriente humana, camino de la iglesia. El feriado daba cierta solemnidad al pueblo; las casas de negocios cerradas, algunas embanderadas; los puebleros endomingados. Las jóvenes, con sus mejores galas, con prisa inútil, reían y lanzaban miradas rápidas a los galanes con quienes se encontraban no muy casualmente. La visión de estas niñas de ondulante cadera hacía dar brincos al corazón de Reyes y su sangre rebullía cuando algunas, más decididas, le obsequiaban con una sonrisa y una expresión picaresca en los ojos. Siguiendo a un grupo de jóvenes que marchaban como meneadas porque se sentían examinadas por Reyes por la espalda, llegó a la iglesia que daba las últimas campanadas. Su mirada se elevó por el frontispicio de la iglesia: clásico frente colonial, simplificado, empobrecido, con dos torres pesadas, rematadas en cupulillas, con tres puertas bajas y simétricas enquisiadas en la fachada lisa, pintada de amarillo, pero atemperada por la pátina, mezcla de polvo, moho y desconchado. Un vallado de alambre encerraba un patiecito que protegía la iglesia con plantas de rosales florecientes, con jazmineros sobre arcos de madera y con rústicos banquitos desparramados al azar. Un alegre multicolor, moviente y solemne desaparecía tragado por las fauces de la puerta principal. Chirrió el torniquete del patio cuando Reyes lo empujó y se hundió a su vez en las entrañas de la iglesia. Las tres naves estaban llenas; después de persignarse optó por quedarse en el propíleo debajo del órgano que entonó en lo alto esa música sacra que desprende del suelo y eleva a regiones celestiales. La voz de la cantante era bien timbrada, llenaba las naves de vibraciones sonoras, como aletear de palomas. El altar mayor con titilantes velas, el brillar del dorado de los ornamentos, la dulzura de la música y el raro encanto de la voz que cantaba transportaron a Reyes, predispuesto por una apacible melancolía, a un mundo de sueños y fantasías. Después su espíritu volvió a tierra y de pronto le acosaron los recuerdos que acudieron en tropel. Perdido y absorto en ellos no se daba cuenta que muchas cabezas giraban para examinarle furtivamente a través de una mantilla o de cejas hirsutas de feligreses desperdigados entre las columnas. El sermón del padre Belmonte fue pobre, insulso, pero felizmente, corto. El final de la misa se anunció por el arrastre de los pies sobre el piso. Reyes se apresuró a salir para colocarse fuera del recinto de la iglesia y del patiecito, a un costado del torniquete que no cesaba de chirriar. Desde allí pudo observar a su gusto a la gente que salía.

Abandonaban los fieles la iglesia, sin prisa, mientras cruzaban saludos, breves comentarios. Las jóvenes se arreglaban coquetonamente las mantillas, ya inútiles, fuera del templo; lanzaban rápidas miradas hacia los galanes que ya esperaban afuera; sonreían y se codeaban entre sí. Los chicos corrían atropelladamente, liberados de los grillos de la solemnidad misal. Algunas viejecitas, cubiertas con manto negro o de hábitos franciscanos, seguían mascullando oraciones. Se formaban grupos familiares o amistosos que se desparramaron por la plazoleta. Y los perros husmeaban, buscando a sus dueños y se amenazaban con gruñidos o tarasconazos.

Reyes miraba dispersarse a la gente y sus ojos se iban detrás de las chicas que pasaban a su lado con estudiada indiferencia. No vio venir a doña María que de pronto le dijo:

—Muy buenos días, doctor.

—¡Hola! ¡Hola! —decía a su vez Zorrilla.

Reyes les estrechó las manos.

—Veo que quiere ver a la gente —dijo Zorrilla—. Vamos a hacerle compañía. Le presentaremos a algunos, aunque no es el lugar.

—Buenos días, doctor —saludó con su voz sonora doña Leandra, a quien Reyes tratara muchas veces en la comisión pro-hospital—. Le presento a mis hijas Angelita y Petronita.

Dos jóvenes, bonitas, morenas de ojazos negros y pestañudos, saludaron con cierta cortedad. Pero la madre suplió por ellas con su labia campechana. No sabía que era usted tan religioso —exclamó—. Le vimos cuando escuchaba misa con una unción que querría para mis hijas.

—También usted necesita unción, porque si se pasó la misa mirando al señor doctor como cualquier solterita... —le contestó Zorrilla que gustaba chacotear con ella.

—Cállese malhablado.

—Ahí viene Murieta —interrumpió la discusión doña María.

—Buenos días a todos —dijo Murieta con voz agradable, pasando de bracete con su hija, una rubia muy bonita, de andar ondulante.

—Vamos andando, porque este sol me derrite —dijo doña Leandra.

—Un momento, por favor —dijo Zorrilla, y gritó a alguien—. ¡Roque, Roque Cabrera, venga aquí!

Del gentío que ya se alejaba, salió un joven moreno, robus-

to, de veinte y tantos años, simpático, con paquetería dominical.

—Doctor Reyes —dijo Zorrilla— quiero que conozca a este bandido.

Reyes estrechó con fuerza la mano que le ofrecía el otro con una agradable sonrisa.

—Encantado, doctor —dijo Cabrera y, a las hijas de doña Leandra—. ¡Hola chicas! ¿Siempre tan esquivas,

—Es usted quien corre de nosotras. ¿Qué le hicimos? ¿Se puede saber? —contestó Angela.

—No discutan en la calle —dijo doña Leandra que era todo oídos.

—Adiós doctor —sonó la vozarrón de don Teó de bracete con su mujer.

Micaela surgió de la muchedumbre y se colgó del brazo de Reyes.

—Buenos días —dijo doña Felipa—. Micaela, no seas cargosa.

—No molesta señora —dijo Reyes, y a todos—. Les presento a mi novia Micaela.

—¡Ah! Picarona —dijo Zorrilla acariciando la cabeza de la chiquilina que sonreía satisfecha.

Los feligreses fueron dispersándose y la plazoleta se silenciaba. Sólo los chicos corrían entre los bancos. El sol había ahuyentado a la gente. El grupo se alejó a su vez, en animada charla, sobre todo las mujeres que competían en quien decía más. Angela y Petrona caminaban orondas por la compañía de dos galanes de la categoría de Cabrera y de Reyes. Sonreían y saludaban a todo el mundo con una amabilidad artificial. Llegaron hasta la casa de Zorrilla que les invitó a entrar. Reyes se excusó porque debía ir al hospital y Cabrera, con pesar de Petronita, se ofreció acompañarle. Los dos se fueron hacia la casa de Reyes.

—Usted doctor —dijo Cabrera— vive como un ermitaño.

—Sí, vivo algo aislado —contestó Reyes— porque conozco a poca gente. Pero le aseguro que la soledad me está pesando.

—Entonces ¿qué le parece si salimos a caballo esta tarde? Vendré con un montado para usted e iremos a recorrer el pueblo y veremos a las chicas. Supongo que sabe montar.

—Encantado. Monto algo porque durante mis vacaciones he practicado en alguna estancia.

—Perfecto. De modo que de acuerdo.

Cabrera se retiró después de estrechar la mano de Reyes.

A partir de ese día aumentó su actividad social con nuevos

amigos. Se hizo íntimo de la familia González, cuya cabeza, don Celedonio, era un modesto tendero, hombretón de estrecha frente, con el pelo cortado como un cepillo, jovial, ruidoso, que hablaba con un ceceo pintoresco. Doña Leandra, morenota, cargadita de carnes, era muy amiga de las reuniones sociales, de los pastelillos calientes y de licores caseros. Siempre la casa tenía visitantes, todos bien recibidos. Reyes al poco tiempo se hizo íntimo de la familia, donde ensanchó el número de sus amistades que incluian bonitas chicas y mozos de su edad más o menos. Se convirtió en el benjamín de la casa, porque habiendo hecho una estrecha amistad con Cabrera, lo devolvió, con beneplácito de doña Leandra, a la afectuosidad de Petronita. Cabrera, hijo del dueño de una gran curtiduría, era un mozo cotizado entre las niñas de la sociedad tacuaryense. Simpático, de virilidad exuberante, galante y trabajador, se acaparó la amistad de Reyes, a quien hizo agradable su estancia en Tacuary. Hacían largos paseos a caballo por las compañías, visitando mozas y concurriendo a bailes, dando pábulo a comentarios que murmuraban de líos polleriles y otros escandalosos motivos que no pasaron de un murmureo que se apagó solo.

La clientela hospitalaria ya estaba asegurada con una afluencia cada vez mayor de enfermos. La tercera semana de su estada pasó velozmente y ya iba por la cuarta. Muchos enfermos fueron internados, en su mayoría niños que padecían gastroenteritis y que caían en la toxicosis, muchos de los cuales morían en horas sin que nada pudiera hacerse para detener la vida que se iba en vómitos y diarreas. Pero Reyes tuvo la suerte de salvar a varios niños que escaparon de la muerte a última instancia. Los adultos hospitalizados eran palúdicos crónicos y cardíacos graves. Los primeros con grandes hipertrofias del bazo y del hígado, ingresaban anémicos, enflaquecidos y achuchados. Un buen régimen medicamentoso y alimenticiio devolvía las fuerzas a los pocos días. Los cardíacos anasárquicos orinaban todos sus líquidos retenidos y respondían admirablemente al tratamiento digitálico. Algunos de ellos llegaban moribundos, pero a los pocos días, con gran sorpresa de todos, deseaban volver a sus ranchos.

—Vírgenes de drogas —pensaba Reyes —responden admirablemente al tratamiento.

Doña María de Zorrilla había cumplido su promesa; no sólo adquirió toda la lista sino que agregó otras cosas de que el modesto menaje del hospital carecía. También se encargó de ali-

mentar, de acuerdo con otras familias, por turno, ya que el hospital carecía de emolumentos para la manducación diaria, a los enfermos demasiado pobres y, que eran la mayoría.

La muerte cosechó en la vida de tres niños desahuciados por la gastroenteritis y en dos ancianos cardíacos con los corazones reventados, como decía Irala, por la anasarca y la falta de tratamiento adecuado. Reyes hizo lo que pudo en colaboración con Adela que demostró su abnegación agotándose en veladas interminables con los niños enfermos y con los ancianos cargosos. No bastaba el esfuerzo; se requería el éxito constante en aquel mundo de descreídos, de mal intencionados. De una fuente que Reyes conocía muy bien surgió el acre comentario que al hospital sólo se venía para morir, debido a la incapacidad del médico-director y, que nunca hubo tanta muerte en Tacuary en tan poco tiempo. El causante de la mortandad era el doctor Reyes que aplicaba técnica nueva experimentando en los inocentes campesinos, cual fueran conejillos de la India.

Los colaboradores de Reyes recogían los desabridos comentarios, y le repetían indignados, las atroces calumnias.

—Ruego a Dios —decía el impaciente Benítez— que no se haga esperar la oportunidad de una gran operación para cerrar la boca a estos desgraciados.

—Es mejor que se calle Benítez. Déjese de protestar, que es eso justamente lo que quieren escuchar. No quiero darles el gusto de hacerles saber que los impactos de sus flechazos me duelen.

Los campesinos tenían reacciones raras que Reyes no podía explicar. Por ejemplo: Benítez que dábase a investigaciones detectivescas descubrió que con bastante frecuencia los campesinos retiraban remedio del hospital después de una larga espera para consultar y para obtenerlo, que luego tiraban al primer yuyal que encontraban. No era raro ver sembrados los bordes de los serpenteantes caminitos con sellos y paquetitos medicamentosos. Benítez, una mañana que desconfió de un grupo, se puso a vigilarlo y le siguió cuando se retiró después de obtener los remedios en la farmacia del hospital. El grupo, formado de tres mujeres y de dos individuos se detuvo frente a una tapera con crecido yuyal en su desolado patiecito; riendo alegremente desliaron los paquetes y luego de examinarlos brevemente tiraron a los yuyos. Benítez guardó en su memoria la imagen de los tipos, prometiéndose un desquite y muy indignado le refirió a Reyes. Hicieron

ambos cálculo sobre los motivos de tan rara reacción, llamaron a consulta a Irala, a Sosa y a Adela; pero nadie pudo dar una explicación satisfactoria a una acción tan pueril. Reyes pensaba frecuentemente sobre las causas de aquellas oscuras manifestaciones de la idiosincrasia campesina.

El ciclo de un mes se cerró. Reyes hizo un balance, halló que no era tan malo como actividad hospitalaria, pero pésimo para sus bolsillos, porque los curanderos seguían cuidando a los platudos comerciantes, mientras su consultorio se llenaba de polvo, de ese polvo de la inactividad. En vano Timoteo barría cuidadosamente la sala de espera y el consultorio y sacudía el polvo que se levantaba del piso de ladrillo. Por las tardes, bien peinado, con el pelo brillante por gotas de agua, sentado en la sala de espera sobre una silla y las piernas colgantes y bamboleantes se mantenía alerta para anunciar a Reyes la presencia de un posible cliente. Mientras tanto Reyes leía bajo los árboles, revistas, alguna novela u hojeaba sus libros de patología, para matar las horas e irse luego, cuando los ardores del sol decaían, a pasear, porque otra cosa no podía hacer.

Visitaba a sus pocos amigos, pero frecuentaba mucho la casa de los González que le recibían con la intimidad fácil y sincera de los campesinos. Se divertían jugando a las cartas y otros juegos inocentes o chacoteaban sentados en el pasto de la calle bajo las estrellas o teniendo como testigo a la luna cuando esta aparecía. Doña Leandra le mimaba con dulces y frutas. Apreciaba en todo su valor la amistad de esta sencilla gente; pero en vano se esforzaba en devolver las finezas con alguna intervención médica; todos tenían una salud de hierro.

A pesar de estas distracciones, al hallarse solo por las noches las añoranzas volvían con ímpetu. Le acuciaba por ratos un deseo atroz de estar en Asunción con sus amigos. La imagen de Rosa Elisa surgía como iluminada en la oscuridad de las noches calurosas y se atormentaba con los recuerdos de la fragancia de su pelo, con la gracia de su sonrisa y con la felinidad de sus gestos. Para matar las horas vacías, leía. Patricito le había enviado un manual de Pediatría para asistir mejor a los niños enfermos que afluían cada día en mayor número. Se maldijo por no haber prestado mayor atención a las clases del profesor Odriosola, olvidando que él se interesaba solamente por la cirugía. Además leía clínica general porque la campaña exigía al médico conocimiento general. Como tal debía conocer de todo y hacer de todo. Los comentarios

eran implacables con él; no le permitían el menor yerro. Si se le moría un enfermo, lo asesinó; si se curaba, fue por la gracia de Dios o de algún santo milagroso. Un acierto del curandero en alguna nonada se debía a la capacidad; si se le moría alguien actuó la fatalidad, el destino. Para los hostiles, el hospital era el matadero de los humanos y, en cierto modo resultaba así, porque en él se vaciaban los desechos humanos que desdeñaban los curanderos y le enviaban a Reyes como un presente griego, para jorobarlo y para desacreditarlo. Reyes tomó las cosas filosóficamente y se empeñaba en hacer algo por aquellos desdichados. Por otro lado consideraba la situación como escaramuzas en su guerra con los curanderos, donde llevaba la peor parte, por el momento. Esperaba pacientemente la hora del desquite.

Nadie demostraba hostilidad abiertamente, pero la sentía. El domingo último sintió el impacto hostil frente a la iglesia. Estaba con Cabrera mirando el desfile de las chicas, cuando se detuvo frente a él una señora que le miró de arriba abajo y de abajo arriba con un aire de desdén y de desprecio infinito.

—Che, Cabrera —y le codeó a su amigo— ¿Quién es esa señora que me examinó tan cariñosamente?

Cabrera se echó a reir.

—Es la señora de tu colega Falcón —contestó— Pertenece a la rancia aristocracia de aquí, y con la señora de Murieta, son las grandes damas que dictan normas sociales en Tacuary.

—Pues, tiene mucho veneno esa señora.

—Seguro. Se le teme como a la peste. Su lengua mordaz corroe como el ácido sulfúrico; pero se cubre, aunque no engaña a nadie, con el manto de la dama caritativa.

—Compadezco al colega; su cara mitad tiene todas las características de las sargentonas. ¿Viste sus bigotes y esa cara labrada en roca? No debe ser muy dulce su menopáusico carácter.

—Así es— dijo Cabrera, riendo de la mejor gana.

* * *

Se cumplió el mes de su permanencia en el pueblo. Inesperadamente recibió un llamado urgente de Carrizal para asistir a un rico estanciero. Reyes acudió con toda diligencia sobre un ca-

ballo que le prestó Cabrera. Carrizal, rival de Tacuary, de calles arenosas, era la repetición de otros pueblos del interior. Dominaban los dos estilos de edificación; el de dos aguas y las azoteas. No era raro ver casonas y ranchos que se deshacían lentamente bajo el peso de los años, cual ancianos decrépitos.

El paciente, don Perfecto Bustillos, de ochenta años, poseedor de varias leguas de campo y millares de ganado vacuno, vivía en una vieja casa de dos aguas, con rejas de madera apolilladas en las pequeñas ventanas y piso carcomido por el uso. El moblaje era pobre y escaso, con profusión de banquetas rústicas (apycases). Los arreos de caballería estaban en todas partes y los pellones de las monturas se usaban para mullir los duros asientos. El buen señor padecía de retención urinaria que le hacía gemir en su duro lecho de trama de cuero y colchón de paja. Se mostró grandemente preocupado por los honorarios del médico, expresando con el despudor de los avaros, su temor y su dolor por el derroche que implicaba la venida de un médico de verdad.

—¿Cuánto me va a cobrar caraí doctor?— preguntó clavando sus ojillos inquietos sobre Reyes.

—Primero debo curarle— le contestó, sonriendo.

—Yo no sé por qué le molestaron, si nuestro médico puede perfectamente curarme. Esta mi hija es una ridícula.

La hija, bendición de Dios para el anciano, una beatona flaca, de dedos sarmentosos, activa y eficiente, sonrió.

—No le haga caso doctor. Tiene de sobra para pagar. Lo único que le pido es que le salve. Si no le atiende, nuestro curandero lo va a matar.

El anciano estaba infectado y traumatizado por los procedimientos incorrectos que le habían aplicado. Reyes le hizo un cateterismo con sondas que había llevado en previsión, le medicó sulfa y aconsejó su traslado a la capital con toda urgencia para ser sometido a una intervención quirúrgica. El anciano protestó enérgicamente, maldiciendo la mala ocurrencia de su hija de llamar a Reyes, pero la hija se mantuvo firme y acordó llevarlo inmediatamente a Asunción. Reyes le dio recomendaciones y volvió a Tacuary después de cobrar sus honorarios, que la hija de don Perpecto reconoció como justos, pagándole a tanto la legua. Reyes volvió a su casa con ánimos mas alegres, pero reflexionando sobre la extraña paradoja de que su primera consulta profesional en la campaña, la hiciera fuera de Tacuary.

El sábado de la cuarta semana que llevaba en Tacuary con-

sultó por su hijo enfermo una mujer que le llamó la atención por su pulcritud, a pesar de su evidente pobreza. Hablaba correctamente en castellano y sus respuestas eran claras y concisas. El chico de siete meses padecía de distrofia por carencia alimenticia y estaba a punto de caer en la descomposición.

—Su hijito necesita mucho cuidado, buena alimentación y vitaminas.

—No tengo dinero para comprar medicamentos— dijo con desaliento la mujer.

—Si va por casa —le dijo Reyes— le daré unas muestras gratis que traje de Asunción. Pase por allí esta misma mañana.

—Gracias doctor —contestó la mujer— Mi marido es Manuel Saucedo y sabrá agradecerle sus bondades.

A la hora de la comida de mediodía se presentó la mujer sin el chico. Reyes le dió, no solo vitaminas, sino leche en polvo muy adecuada para el régimen del niño. La mujer prometió cumplir fielmente las indicaciones y se marchó después de dar reiteradas veces las gracias. Esta consulta trajo cola, porque varias noches después, alguien batió discretamente las palmas a sus puertas. Reyes que había decidido quedar en casa esa noche, acudió a recibir a aquel raro visitante de esas horas. A la clara luz de las estrellas se percibía un individuo alto.

—¿En qué puedo serle útil? —preguntó Reyes.

—¿Se puede hablar con usted, doctor?— dijo el otro.

—Sí, ¡claro! pase usted.

El otro entró en la sala de espera. A Reyes le era familiar su perjeño, pero no podía recordar donde lo había conocido. Era un individuo alto, de anchos hombros, cabezón, con encrespados y alborotados pelos. Flaco, con la piel pegada a los huesos que sobresalían marcando los relieves óseos. Frente ancha con grandes curvas que devoraban el cráneo, y, maxilar poderoso con sus maseteros rígidos. Debía tener alrededor de cuarenta años.

—Soy Manuel Saucedo —dijo— Fuimos presentados en el hotel por don Teó.

—¡Ah! ¡Caramba! Perdone, no lo reconocí; allí usted estaba en la parte oscura y no le vi bien.

—Soy algo débil de la vista y la luz fuerte me molesta.

Reyes tenía encendida su potente lámpara de quinientas bujías. Los bichos, de todos los colores y de todos los tamaños giraban en torno a la lámpara.

Reyes se sintió contento de pronto por aquella visita, por eso, tomando dos sillas dijo:

—Entonces salgamos afuera.

El otro al comprender que le invitaban a quedar, se apresuró a tomar una de las sillas. Salieron a la galería de la calle. Saucedo colocó su silla contra una de las pilastras, dando la espalda a la calle, de tal manera que hubiera sido difícil reconocerlo. Cuando terminaron de ubicarse dijo:

—Doctor, vengo para agradecerle por lo que hizo por mi hijito.

—No recuerdo de su hijo.

—Usted no recuerda sus buenas obras. A mi hijo, no solo le dió asistencia médica, sino también medicamentos de su uso particular.

—Usted se refiere a las muestras gratis que nos envían los representantes de las casas productoras. No me costó nada, porque está para obsequiar en los casos de apuros. Ahora recuerdo a su señora y a su hijito. ¿Cómo está el chico?

—Gracias a usted es otro. Está alegre y ha engordado.

—Pues me alegro.

—Y yo le quedo muy reconocido.

—Bueno, no me agradezca más; hice lo que debía —y para acabar con los agradecimientos, siguió— Perdone, pero no recuerdo su ocupación.

—Soy el secretario de la municipalidad.

—No debe ser mucho trabajo.

—Una chuchería.

Y hubiera podido agregar:

—Con un sueldo de hambre que no da para vivir.

Saucedo tenía una larga historia. Asunceno, estudiante del último curso del bachillerato del Colegio Nacional dejó de estudiar para emplearse, por recomendaciones, siempre en oficinas públicas. Deambuló por las reparticiones públicas, sin permanecer mucho tiempo en ninguna. Fue Juez de Paz, oficinista en la policía, dactilógrafo en algún ministerio, decayendo cada vez la calidad de su empleo y así, resbalando por la pendiente de los fracasos, cada vez más pobre, dominado por la inconstancia, fue descendiendo hasta dar con Tacuary, donde por recomendación de don Miguel Palma, obtuvo el nada ventajoso cargo de secretario de la municipalidad. Sus huesos se pudrieran en alguna pocilga si no se hubiera casado

con una campesina abnegada y hacendosa, cuyos padres poseían una modesta granja, pero productiva a fuerza de duro trabajo. Cargado con tres hijos, sin ningún horizonte, vivía la vida vegetativa de los típicos fracasados. Bien dotado intelectualmente, carecía de la voluntad indispensable para romper la cadena de la inercia que le tenía encadenado, cual Prometeo, a la roca de la impotencia, donde los cuervos de las necesidades le roían las entrañas.

Su dicción correcta y sus expresiones ajustadas, impresionaron a Reyes como un individuo de cultura superior, a pesar de su aspecto de infeliz. Le dijo:

—Debe aburrirse aquí.

—Si, mucho. No tengo casi con quien conversar. Además escasea el material de lectura.

—Yo le daré diarios, revistas, novelas.

—Aceptado y agradecido.

Por largo rato rememoraron la vida asuncena, los tiempos idos y otros acontecimientos. Hablaban como dos desterrados que recuerdan melancólicamente la lejana patria. Hablaron someramente de política, pero pronto el hilo de la conversación volvió a Tacuary.

—Aquí, durante la época de los liberales, Murieta era el amo absoluto y sigue manejando los hilos aunque desde entretelones.

—Este Murieta es español ¿no? —Preguntó Reyes.

—Si. Llegó aquí muy jóven y ha logrado hacerse de una sólida posición. Dicen aquellos que creen conocerle bien, que logró sus riquezas con procedimientos buenos y malos. Pero de lo que no hay duda es que fue el amo absoluto de Tacuary, porque disponía del caudillo liberal que ejecutaba sus planes y sus órdenes.

—¿Y ese caudillo quién fue?

—Fué un tal Anselmo Almela, conocido como A. A. Vive pobre, encerrado, perseguido con o sin razón. Dicen que en su buena época mandó duro y firme. Hasta se le acusa de frios asesinatos. Como la mayoría de los caudillos liberales, se contentó con mandar y no se preocupó del dinero; por eso es que ahora está pobre. Pero mandaba. Y era ducho en el arte de la intriga. Se imponía con el poder que detentaba que ni el ministro del Interior podía doblegar en este su señorío. Todos tenían que obedecerle: juez, comisario, empleados públicos. Barría con aquellos que no le hacían juego a sus intenciones. Hasta ahora se recuerda el caso del joven estudiante de derecho que vino de juez. El mozo era co-

rrecto y poco acostumbrado a las cosas de la campaña; además era honesto e idealista. Instruyó un sumario por asesinato como lo entendía, pero no como quería Almela. Este, indignado porque alguien osaba desobedecerlo, lo corrió a tiros. El pobre mozo no paró hasta Asunción y ya no volvió más. Pero la verdad es que Almela, a pesar de su poder, era el correveidile de Murieta, el mandamás de Tacuary que actuaba discretamente, guarecido en su calidad de extranjero. Por eso, cuando sobrevino el 17 de febrero, Almela cayó estruendosamente, mientras Murieta, hizo mutis por el foro manteniéndose en un discreto retiro pero sin dejar de manejar hilos invisibles que mueven los peleles del pueblo.

—¿No habrá mucho de fantasía en toda esta historia?

—Yo también lo creí así un tiempo, pero he comprobado que Murieta es capaz de cualquier cosa. Se cuentan de él tremendas anécdotas, donde la osadía y el cinismo iban estrechamente abrazados. Cualquiera le puede contar sus hazañas como las marcaciones de ganado ajeno con toda impunidad, de sus hábiles extorsiones a los campesinos, de sus pleitos ganados con robos de expedientes, de la forma con que domina a los inspectores y muchas otras cosas más.

—¿Hay otros poguasues?

—Hay otros personajes, pero en su mayoría satélites que giran alrededor de Murieta. Un personaje, que ya no vive aquí, es don Miguel Palma, rico estanciero, bruto como sus toros, pero buenote, generoso. Levantó el hospital con el ministro de Salud, ayudando con un generoso aporte.

—Y don Ernesto Zorrilla, ¿qué tal es?

—Lo que dirá cualquiera de él; todo un caballero con un inmenso corazón siempre dispuesto a servir. Es amigo de todo el mundo, pero sin hipocresías. Su modo de trabajar es inteligente, pero honesto. Le respeta inclusive Murieta.

Reyes sonrió antes de lanzar su pregunta:

—Y de los colegas, los curanderos, ¿qué me dice?

—Añón es un infeliz. Es un ex enfermero de la guerra del Chaco, a quien, como recompensa le dieron el título de médico autorizado. Tiene como cuarenta y cinco años y vino aquí protegido por Falcón. Es un ignorante, un osado y terriblemente interesado y explotador. En realidad es un protegido de Falcón.

—Y éste ¿qué tal es?

—Es un hombre vivo, inteligente y gran señor. Sabe darse

tono. Tiene como cincuenta años. Ex enfermero militar, vino aquí muy joven, hizo una firme amistad con Murieta y se asociaron en varias actividades comerciales. Falcón es temible porque en varias oportunidades se impuso revólver en mano cuando hubo protestas contra sus intervenciones médicas. Además tiene dos sobrinos en el ejército que le sacó a él y a su socio Murieta de más de un aprieto. Casó con una dama del pueblo que le da mucho pisto.

—La conocí —interrumpió Reyes— Si una mirada mata, ya estaría pudriéndome.

—Es una mujer tremenda doctor. Se proclamó con la señora de Murieta de quien es pariente, la creme de Tacuary. Hizo todo lo posible para que fracasara la construcción del hospital, pero tropezó con don Miguel Palma que la mandó al diablo.

—Y ahora ¿quién domina aquí?

—Murieta. Se amañó para dominar la plaza de nuevo, pero sin salir a la luz del sol. Se vale de terceros para dominar a jueces, comisarios y otros empleados públicos. Muy hábilmente simula una vida retirada, pero desde su cueva tira de invisibles cuerdas que hacen bailar a las gentes, inclusive a mí —terminó Saucedo con una risita sarcástica.

—¿En qué radica la fuerza económica de Tacuary?

—En su agricultura en primer término, luego en la ganadería, en un poco de madera, en su petit grain y otras actividades agropecuarias. La zona da para más cosas, pero no disponemos de caminos. Damos una vuelta enorme por Carrizal para sacar los productos en vez de hacerlo por San Javier.

—¿Y por qué?

—Porque las autoridades no se ponen de acuerdo para arreglar los tramos que les corresponden.

—Y las autoridades, ¿qué tal son?

—El comisario es un infatuado, vendido a Murieta. El juez... bueno, ¿recuerda el título de aquella poesía de Zorrilla: "A mejor juez, mejor testigo". Nuestro juez es algo parecido, sólo que habría que decir: "A peor testigo peor juez".

—No estamos precisamente en Tipperary —dijo riendo Reyes.

Callaron un rato. Se escuchaba el ruido de la noche en el chirrido de los grillos, en el mugir de las vacas y en el triste berrido de los terneros enchiquerados. El cielo cubierto de negros nubarrones se desgarraba a ratos con lejanos relámpagos. Millares de insectos giraban por la lámpara, y muchos, grandes coleópteros, se golpeaban contra las puertas y caían con estrépito.

—Me voy doctor —dijo Saucedo— Escuchó mi versión de las cosas del pueblo. Cuando comente con otros sabrá si dije o no la verdad. Pero es necesario que vaya conociendo lo que es el pueblo de Tacuary. Me voy doctor. Y otra vez, gracias por todo.

Reyes le entregó el material de lectura prometido y el otro después de desear las buenas noches, se perdió en la oscuridad de la noche.

IX

El aguacero había encharcado los caminitos y sembró de diamantes el pasto de las calles, pero la tarde era sofocante con el sol que enviaba sus rayos a través de espesos nubarrones. Transpirando a chorros, Reyes iba camino de la casa de la enferma, dando saltitos y rodeos para evitar los charcos. Se trataba de su primera consulta privada, que ocurría después de un mes y piquito de su llegada a Tacuary. Iba picado de curiosidad por conocer el sabor de una consulta en uno de esos hogares que hasta entonces le cerrara sus puertas. Se detuvo un rato para mirar la casona con su galería sobre la calle y sus ventanas enrejadas de hierro y con profusión de tiestos colgantes con helechos. Al resonar sus pasos en la galería, la puerta se abrió sin darle tiempo para llamar. Una de las hijas de la enferma le invitó a pasar adelante. Le condujo al dormitorio de ésta a través de la sala de recibo, umbrosa y fresca. El dormitorio, contiguo al salón, era enorme, ventilado por dos ventanales que daban a la calle y al patio respectivamente. Profusión de muebles: enorme guardarropas, lavatorio con espejo grande y mesa de mármol, baúl con patas, los llamados caramegúas, un alto nicho con columnillas torneadas, enfrentado por gordos y brillantes candelabros de bronce y floreros llenos de flores de papel. Sillas y silletas tradicionales de los campos paraguayos, desperdigadas al azar. En la ancha cama de cabeceras torneadas y bajo el dosel del mosquitero, la paciente respiraba estertorosamente su sueño comatoso. Le rodeaban sus hijos, tres hembras y un varón, mayores de edad. Las hijas le friccionaban los brazos y los pies sin darse tregua. En un rincón alejado, apoyado ligeramente en un caramegúa, un individuo alto, de pelo

entrecano, de hermoso perfil y aire de autoridad, contemplaba la escena con gesto algo desdeñoso. Una de las hijas ofreció una silla que Reyes se apresuró a ocupar.

—¿Desde cuando está así? —preguntó Reyes sin dirigirse a nadie en particular.

—Desde ayer —contestó la que parecía la mayor de todos— Pero en realidad hace como seis meses que no anda bien. Ayer tuvo su primer ataque.

—¿Qué clase de ataque? —preguntó Reyes, porque ataque era un término indefinido que podía traducir unas crisis dolorosas, convulsiones o estados histéricos.

—Ataque de epilepsia, doctor.

Reyes interrogó detenidamente a la hija. Salió a luz una historia de cefaleas, de diarreas inexplicables, de intensos pruritos últimamente, sin fiebre.

De pronto la cara de la paciente comenzó a convulsionarse y a guiñar los ojos.

—Le da otro ataque, doctor —gritó una de las hijas, sacudiéndole el brazo.

—¡Haga algo, por Dios! ¡Haga algo! —y terminó torciéndose los brazos como presa de dolores, mientras lanzaba gritos agudos y prolongados. Las convulsiones se propagaron a todo el cuerpo de la enferma, sacudiendo los cobertores. Dos de las hijas siguieron con las fricciones sin ritmo ni direcciones; friccionaban dando manotones a ciegas mientras balbucían frases incoherentes. La tercera se echó al pie del nicho y entre hipos y sollozos contenidos, oró a voces, impetrando el auxilio divino. Cuando la crisis cesó —duró apenas segundos— retornó junto a la enferma y ayudó a sus hermanas con las fricciones.

Reyes con la mirada fija en la enferma recorría mentalmente la posibles causa de aquellas crisis. Con toda minuciosidad la examinó; lo hizo en forma tan concentrada que olvidó la presencia de los familiares que le comían con los ojos y seguían sus menores gestos sin perder detalles. Reyes se jugaba en aquellos momentos una carta importante, pero él lo ignoró; porque ese instinto de sabueso policial que hay en todo médico de vocación, se despertó y su cerebro siguió con pertinacia la huella de los síntomas para llegar al síndrome. Porque, en aquella región perdida entre los campos inmensos, raras veces podía, en los casos clínicos difíciles, hacerse un diagnóstico certero en un medio carente de auxiliares de diagnósticos.

Con un suspiro de alivio terminó sus investigaciones; su cerebro había trabajado con la velocidad y la precisión de un aparato electrónico. Había llegado a una conclusión.

—En primer lugar —dijo— quiero advertirles que el estado de esta señora es grave.

—¿Qué tiene? —preguntó la hija mayor.

—Es un cuadro de uremia que esconde quien sabe que graves lesiones de los riñones y otros órganos.

—¿No es epilepsia entonces? —insistió la hija. La mirada de los otros se fueron hacia el rincón, donde callado y desdeñoso, el desconocido seguía inmóvil.

—Ojalá fuera una vulgar epilepsia, pero esta esconde una grave enfermedad.

—¿Hay esperanzas, doctor? —preguntó el hijo hasta entonces silencioso.

—Mientras hay vida, hay esperanzas —contestó Reyes— Pero tenemos el problema de los medicamentos. ¿Cómo conseguirlos? Aquí no hay farmacia. Y les prevengo que vamos a necesitarlos en abundancia si pretendemos sacarla de este estado. Yo dispongo de algunos que, demás está decir, vamos a usarlos.

El mozo propuso:

—En el pueblo vecino hay farmacia; voy a enviar un buen jinete que en seis o siete horas puede volver con lo que consiga. Mientras tanto telegrafío a Asunción y mañana a mediodía, si los caminos permiten, estarán aquí.

—Entonces, manos a la obra —dijo Reyes pasando al salón. Sentóse a la mesa a escribir las recetas.

Camino de su casa reflexionó sobre las dificultades que se presentaban en su lucha. Sin una buena farmacia no iba ir muy lejos. No podía luchar con éxito contra las enfermedades con procedimientos arcaicos. Ni siquiera podía contar con el botiquín, bastante abundante, de Falcón, quien en más de una oportunidad se negó a dar algunas drogas que Reyes sabía que disponía de ellas. Pensó en apurar al hijo de doña Felipa.

Con ardor juvenil y voluntad de hierro se dedicó al cuidado de su paciente. Reconfortó a los atribulados hijos con su dinamismo e inyectó confianza en el éxito. Les acompañó toda la noche, aplicando los medicamentos que felizmente fueron hallados y traídos con celeridad del pueblo vecino. Hacia la madrugada las crisis cesaron por completo con gran alegría de los hijos. Reyes cabeceaba en una mecedora cuando la mañana apareció luminosa, disolviendo

las sombras y empalideciendo la luz de las bujías que ardían frente al nicho. Con un largo bostezo se desperezó. Una de las hijas le miró y sonrió.

—Voy a casa —dijo Reyes— cualquier cosa me avisan en el hospital. Volvió a su casa con los ojos rojos de sueño y el cuerpo ansioso de un baño.

—¡Qué fácil es morir en Tacuary! —pensó—. Y de que modo cruel muchas veces. Cuántos sufrimientos la buena señora se hubiera ahorrado en la capital, con especialistas, laboratorio y buenas farmacias.

Pensó en las víctimas de la ignorancia y de la pobreza, perdida la vida o mutilados para siempre. Recordó a la parturienta que Añón tratara, dejándole la cabeza fetal pudriéndose en las entrañas. Pensó en los niños que morían de toxicosis, en los anémicos a morir por sus parásitos intestinales, en los palúdicos que carecían de quinina...

Cuando iba al hospital seguía martillándole la mente la situación campesina.

—También me ven a última instancia —se dijo al trasponer la entrada del hospital.

Ese día fue un día atareado. Apenas llegó al hospital le dijo Irala:

—Está ese tipo de la apendicitis con mucho dolor. Ha resuelto dejarse operar.

El enfermo estaba en su cama rodeado de sus familiares. Como hacía calor se había sacado la camisa. Al ver a Reyes los latidos de su corazón golpearon sus costillas haciendo vibrar el pecho en un temblor contínuo.

—Y ¿qué tal, chamigo? —le saludó Reyes.

—Muy mal. Tengo mucho miedo, pero haga de mi lo que quiera, doctor.

—No le voy a hacer lo que quiero, sino que lo voy a operar —le contestó Reyes, mientras le examinaba. Decidió operarle inmediatamente.

Llamó a sus colaboradores. Entre ellos Benítez se restregaba la mano con entusiasmo. Prepararon al enfermo, que fue amarrado a la modesta mesa de operaciones. Reyes perdió mucho tiempo en indicaciones, porque deseaba hacer desde el comienzo las cosas en forma correcta.

Usó la anestesia local, porque no había por el momento otra forma. Adela se desempeñó correctamente; Ramírez demostró ap-

titudes para ayudante y a pesar del temor del enfermo y de las aprensiones de Reyes, todo salió bien. Solamente Irala que no tenía misión fija y que quedó de mirón, impresionado por los ayes del paciente, sufrió una lipotimia emocional, viniéndose hacia la mesa de los instrumentos con los ojos en blanco. Reyes que de soslayo lo viera venir, retiró la mesita e Irala dióse un tumbo contra el suelo. Adela dio un gritito, pero reaccionó a una mirada de Reyes, quien ordenó que le dejaran a Irala en el suelo hasta recuperarse. En efecto, a los pocos segundos se reanimó. Se levantó del suelo preguntando qué había pasado, mientras todos, incluso el enfermo reían. Adela lo sacó afuera con un borujón en la frente.

Con un suspiro de alivio Reyes se desvistió de sus ropas de cirujano. Al salir fue asaltado por los parientes y numerosos curiosos.

—¿Se salvó mi hijo? —preguntó la madre, mientras las hermanas se secaban las lágrimas—. ¿No murió, cierto?

A Reyes le molestó tanto dramatismo por nada, pero pensó que para estas gentes ignorantes el pobre mozo acababa de pasar un riesgo tremendo. Sonrió entonces y palmeando los hombros de la madre, una mujer joven aun, de grandes y profundos ojos, donde la ansiedad se asomaba, le dijo:

—Su hijo está bien. En seguida lo sacan. No se preocupe.

—Gracias, gracias, che caraí —contestó enjugándose los ojos.

Reyes los dejó para ir al consultorio. Irala, con su chichón en la frente, había reemplazado a Adela.

—Hay cincuenta consultantes doctor —dijo.

Reyes miró la galería llena de gentes que esperaban pacientemente, sentadas sobre el borde del piso de la galería que se elevaba como treinta centímetros del suelo.

—Comience Irala —dijo Reyes antes de encerrarse en su consultorio.

Irala fue llamando por turno a los pacientes, quienes acudían prestamente porque debían volver a sus hogares distantes para algunos varias leguas.

Reyes se hallaba cansado por la velada, pero armado de paciencia escuchó una y mil veces más la larga enumeración de los males que acuciaban a aquellos ignorantes pacientes a quienes había que sacar los datos como a tirabuzones.

Entre ellos consultó una mujercita pálida, con patética expresión de cansancio de pena y de hambreada.

—¿Qué le duele? —preguntó Reyes.

—No siento gran cosa, pero padezco de una hemorragia que no para más.

Reyes la miró largamente. La mujer tendría no más de treinta y cinco años (ella no sabía su edad), pero esa palidez terrosa despertó sus sospechas.

—Debo examinarla —le dijo.

—¿Me... tiene que ver todo? —preguntó la otra sorprendida.

—Para saber qué enfermedad padece —le dijo Reyes— necesito revisarla en lo más íntimo, porque de lo contrario no podré curarla.

—¿No puede darme el remedio sin revisarme? Tengo mucha vergüenza.

—Mire señora, del médico no debe tener vergüenza, porque conocemos como nadie cómo es el cuerpo de las personas, que son todas más o menos iguales. Además, tanto vemos, que no nos fijamos en nadie en particular. Dígame, ¿suele confesarse con el paí?

—Sí, algunas veces.

—¿Y le cuenta sus pecados aunque tiene vergüenza, porque sabe que el paí no va a contar a nadie sus secretos?

—Sí, así es.

—Bueno, yo soy como el paí; no voy a contar a nadie lo que tiene. Solo que le examino el cuerpo, así como el paí le examina la conciencia.

La mujer bajó los ojos, reflexionó un rato con las manos apoyadas contra el pecho.

—Y... bueno. ¡Qué le voy a decir, doctor! Tengo mucha fe en usted, porque creo que va a curarme.

Reyes la examinó con ayuda de Adela. Confirmó sus presunciones: cáncer en una etapa que ya no tenía remedio. Estaba condenada, fatalmente condenada. Reyes por un rato rehuyó sus ojos, porque le miraba con toda su alma asomada en sus negras pupilas, como buscando leer en la cara de Reyes su sentencia. Sonrió Reyes para disimular su impresión.

—¿Me curaré, doctor? —su tono tenía matices de desconfianza.

—¡Sí, señora! Pero le costará un poquito, porque dejó pasar mucho tiempo para verme.

—¡Qué suerte, doctor— Tengo seis hijos, todos chicos. Mi compañero me dejó por otra.

—¿Y cómo vive entonces? —exclamó Reyes, sorprendido.

—He vuelto con mis padres. Ellos también son muy pobres, por eso necesito curarme, para ayudarles. Hace rato que no trabajo, porque me siento débil, a pesar de que me trataba Falcón.

Reyes suspiró sin darse cuenta. La miseria que cada día flotaba ante sus ojos le traspasaba como rayos invisibles que se acumulaban en algún órgano que tiene esa rara sustancia que se llama compasión. Como una toxina lenta iba inhibiéndole su espíritu.

El caso de la pobre mujer era... un caso perdido. Sólo restaba mentirle.

—Le receto unos remedios que van hacerle un gran bien.

—¡Gracias, doctor! —le contestó la otra.

Le proveyó de tónicos ferruginosos. La otra se fue muy satisfecha.

El drama vibraba en el consultorio, como música de fondo, pero variaba con cada consultante.

Uno de ellos, de treinta años, cenceño, de crecida barba de color de oro viejo, ojos luminosos de febricitante, bajo largas pestañas, con aspecto de un Cristo de Greco, entró haciendo estremecer la paredes con su tos cavernosa. Al toser, todo su cuerpo temblaba.

No fue un diagnóstico difícil: tuberculosis avanzada con grandes cavernas. El enfermo le miraba a Reyes con ojos preñados de sospechas y de aprensiones. Reyes de su parte veía en él un foco contagioso, un tremendo foco que irradiaba la infección por donde quiera que pasaba. Era otro desahuciado más. Había que pensar en los otros, en sus familiares...

—¿Tiene hijos? —le preguntó en un tono ligero para restar importancia a lo que decía.

—Sí, cuatro ¿por qué?

—Porque —titubeó buscando el eufemismo para atenuar el impacto de lo que iba a decir—. Su enfermedad es muy contagiosa.

—Dígame francamente, ¿estoy hético?

Reyes asintió con la cabeza. El otro bajó los párpados, barriendo el aire con sus largas pestañas. Un hondo suspiro que iba surgiendo fue interrumpido por golpes de tos que se prolongó en largas quintas. Cuando cesaron dijo:

—Aicó pama jhesé (Estoy listo). Las balas del Chaco me respetaron, pero ahora voy a morir como un perro sin dueño.

Aquella consulta hacía sudar a Reyes.

—No se desespere amigo —le dijo—. Si se trata en forma puede curar. Le daré una recomendación para Asunción donde se hace muy bien el tratamiento de esta enfermedad.

—Gracias doctor. Yo sé que ya no hay nada que hacer. ¡Mis pobres hijos!

—Tiene que separarse de ellos, porque sino les contagiará. Además, su mujer debe cuidarse.

Por largo rato le fue dando explicaciones. Lo importante era evitar la propagación de la enfermedad. Cuando finalmente le pasó la receta, le insistió:

—Y sobre todo, abundante y buena alimentación en la forma que le indiqué.

Sonrió irónicamente el otro.

—¿Y dónde voy a encontrar ese remedio?

Quedó un rato pensativo con los ojos fijos en el suelo. Luego bruscamente dijo:

—Gracias, doctor.

En la puerta se detuvo para toser largamente.

Con el sol de mediodía calcinándole las espaldas llegó a la casa de su paciente. Esta era una señora viuda de Peza, de buen pasar, cuyo marido fuera asesinado por unos bandidos cuando volvía con el producto de la venta de sus animales. Historia vulgar en la campaña, corroborada por las cruces solitarias que en los bordes de los caminos, elevan al cielo en inútil protesta, sus dos brazos desnudos.

Hasta Reyes se sorprendió; la paciente se hallaba mejor, e inclusive la lucidez había vuelto, pero como envuelta en neblina. Sentáronse en la sala para comentar la situación de las últimas horas. La velada los había unido en una familiaridad de compañeros de lucha.

—No comprendo por qué ustedes esperaron tanto tiempo —dijo Reyes en una pausa de la charla.

Las dos hijas que le acompañaban bajaron la vista con inquietos parpadeos y las manos se dedicaron en innecesarios esfuerzos para arreglar los pliegues de sus vestidos. Reyes se arrepintió de su pregunta.

—Es como citar la soga en la casa del ahorcado —pensó.

—Le atendía el señor Falcón —dijo la mayor después de una pausa—. Le diagnosticó epilepsia.

—¡Ah! —fue todo el comentario de Reyes.

—¿Hay esperanzas, doctor?

—Yo creo que sí, sobre todo ahora que la lucidez va volviendo. Pero apenas se halle en condiciones deberán llevarla a Asunción. Sólo allí se le podrá hacer un buen diagnóstico y un tratamiento eficaz. De lo contrario corren el riesgo de perderla pronto.

Dos lágrimas corrieron de los ojos, hinchados de tanto llorar, de la mayor de las hijas.

* * *

Una tarde, bastante aburrida, apareció Cabrera montado y con otro que remolcaba de sus bridas. Venía a buscarlo, porque un peón de la curtiduría se hallaba enfermo. Como vivía a una legua del pueblo le traía el caballo, porque sabía que no iba a negarse.

—Encantado —dijo Reyes— vienes oportunamente, porque estoy aburrido de no tener nada que hacer. Con este calor no puedo ni leer.

Montaron y pronto dejaron las últimas casas del pueblo y marchaban por un campito empantanado por arroyuelos e invadido por caraguatá.

—Campo húmedo —dijo Cabrera.

—Especial para plantación de arroz. ¿Por qué no lo plantan? —contestó Reyes.

—Porque no conocemos el procedimiento —dijo Cabrera—. Aquí nunca vimos plantar arroz. Eso es cosa de gringos.

—Cuando no quieren hacer algo, se excusan con la ignorancia.

—¿Y quién te dijo que no somos ignorantes? Yo comprendo perfectamente nuestra falta de conocimientos. He viajado algo por la Argentina; por contraste, nuestro modo de vivir es terriblemente pobre. No plantamos arroz porque no lo sabemos hacer. ¿Quién nos enseñó? Hay muchas cosas que se pueden hacer en la campaña; pero no se las hace por muchas razones.

—A ver cuáles —le dijo Reyes cuando lo vio titubear.

—En primer lugar la falta de estímulo, y llamo estímulo a créditos agrícolas, a mercado seguro, a buenos precios, a buenos

caminos, a autoridades conscientes, a asesores... y a qué se yo... Cuando vayas penetrando más en el conocimiento de la campaña, encontrarás toda clase de plagas prendidas, como las garrapatas, de los pobres campesinos.

—¿No se busca remedio a tal estado de cosas?

—Que yo sepa, no.

Subían una altura, de suave pendiente, con arbolada cada vez más espesa. Comenzaron a verse, entre capueras con cerca de troncos, las casuchas de techo de paja, de paredes de roja tierra, de puertas bajas y estrechas ventanitas. Cruzaron barbechos, desolados y tristes para desembocar al rancho del enfermo. Era, como muchos, un ranchito achaparrado enfrentado por un pequeño cobertizo de piso de tierra apisonada y amueblado, aquel living campesino, con algunos banquitos cortos, toscos, de patas desiguales. Una puerta baja con alto umbral daba entrada a la pieza oscura, que olía a ropa sucia y a humo de tabaco. En un camastrón de trama de cuero, sin colchón, ni otra ropa, estaba tendido el paciente. Las paredes con grietas del barro endurecido, llenas de telerañas, servían de percha para la ropa de la familia. Reyes examinó al enfermo después de sentarse sobre un banquito que trajeron del cobertizo. Tenía una enorme colección de pus en el muslo, que lo mantenía febril y adolorido durante muchas noches en vela.

—¿Por qué no avisaste a tiempo? —protestó Cabrera al ver a su peón agotado por la infección.

—Creí que iba a reventar solo —contestó el enfermo.

—Hay que operarlo si es posible hoy mismo —dijo Reyes.

—No quiero operarme —contestó el paciente— Añón me dijo que iba a reventar solo.

—El flemón es profundo, Cabrera. Tardará mucho en abrirse solo y mientras tanto el paciente quizá se muera.

—Te vas a morir si no te operás —insistió Cabrera.

—¡No quiero! ¡no quiero, patrón!

La mujer con cinco chicuelos detrás, dijo:

—No ha de aguantar la operación, porque está muy débil el pobrecito—. Pero Cabrera era expeditivo.

—Le diré al vecino que unza los bueyes de su carreta. Te irás ahora mismo al hospital.

El otro torció el gesto, pero se resignó a la orden de su patrón.

Al poco rato volvían al pueblo.

—¿Tan pobres son los campesinos que apenas tienen donde comer y dormir? —preguntó Reyes cuando descendían la lomada.

—No te entiendo —contestó Cabrera— ¿Quieres saber si los campesinos han empobrecido, que viven peor, no es eso?

—Yo los veo en la miseria. Tu peón apenas tiene la ropa puesta, duermen en una sola cama y quizá comen en un solo plato. Vida más miserable no concibo.

—¡Exigencias de asuncenos! El campesino siempre vivió así. Cuando tuve el uso de la razón ya vivían así.

—Cuando me insinuaban que viniera aquí me dijeron que iba a ganar mucha plata; pero con una mayoría en la miseria, para sacar algo debo explotarlos, exprimirlos. ¡No sirvo para eso!

—Te comprendo. El concepto general y aceptado es que todo el mundo debe vivir del campesino. Y así es. Ellos aran la tierra con sus atrasados sistemas, la cultivan, se matan de sol a sol carpiendo con toscos instrumentos, cosechan y llevan sus productos al pueblo donde les compran tirado. El acopiador es implacable; debe comprar lo más barato posible y vender lo más caro posible. El campesino con el producto de su venta va a los comercios donde compra lo más caro posible lo que el comerciante compró lo más barato posible. Adivina quién sale ganando.

—¡Y no te indigna este trato!

—Eres loco, para eso están esos tontos.

—Según tengo entendido —dijo Reyes— el Estado controla los precios.

—Sí, fija los precios, ¿pero quién controla?

Dejaban atrás las últimas capueras.

—Mira esa capuera, cubre un área de dos hectáreas quizá. Es todo lo que ha cultivado. ¿Qué va a sacar de tan pobre cultivo? ¿Por qué no cultiva mayor área?

—Sencillamente porque no pueden más. ¿Por qué? Una cosecha grande crea grandes compromisos que el campesino no puede afrontar porque faltan los estímulos que te decía cuando veníamos. Carecen los más de implementos adecuados. Tengo un primo, hombre bueno, pero bruto, que se comprometió con seis hectáreas. Tuvo que hacer préstamos en los comercios, que le dieron porque era trabajador y sin vicios. Vino una época mala con sequía y gusanos y sólo sacó de seis hectáreas lo que sacaría de una. Ahora no tiene para comprar el buey que le hace falta. Tiene que alquilarlo.

—¿Adónde iremos así? Se vegeta y nada más. Si no cambiamos este atrasado sistema de trabajo improductivo, no mar-

charemos hacia los grandes destinos de la patria, como dicen las propagandas estatales.

—Pides demasiado. Nosotros nos contentamos con poco.

—Ahí está lo malo. Somos demasiado conformados.

Así sucedió y seguirá sucediendo —dijo Cabrera al que le divertía excitar la indignación de Reyes.

—Esto debe cambiar Cabrera —dijo Reyes, pero el otro no le escuchó. Riendo alegremente espoleó a su cabalgadura y salió disparando. Reyes, a quien gustaba galopar, le siguió.

X

La viuda de Peza entró en franca mejoría. Había pasado casi una semana desde que le llamaron a Reyes.

—Ha mejorado muchísimo. Creo que pronto podrá ir a Asunción —dijo éste.

—Sí doctor —contestó la viuda.

—Le daré una recomendación para el doctor Salcedo, joven, pero un excelente clínico.

—Se hará lo que usted dice.

Las hijas de la viuda le trataban con toda familiaridad, como a viejo amigo y como a viejo aliado. Reyes comprendía el estado de ánimo de la familia; estaban agradecidos por haber salvado la vida a la madre, pero se sentían traidores a Falcón y luchaban para inclinar definitivamente a un lado la balanza.

—Les puse en un aprieto —pensaba Reyes—. He venido a destruir un mito y están a oscuras. Si festejo a una de ellas, las inclino a mi bando; pero no son mi tipo. —Y sonreía interiormente de sus propios pensamientos.

Por la noche apareció Saucedo, que palmeó discretamente ocultándose en la parte oscura de la galería. Reyes le hizo pasar a la sala de espera.

—¿Qué le parece si vamos al patio? —le dijo—. Allí la luz no le molestará la vista.

—Donde usted quiera, doctor —contestó Saucedo.

Fueron al patio; se ubicaron entre los macizos; lejos de la luz que atraía a miriadas de insectos. Los grillos chirriaban y en los charcos de la reciente lluvia croaban las ranas en una interminable orquestación.

—¿Cómo están sus familiares, Saucedo?

—Los niños sanos. Pero mi mujer no está bien. Se fatiga fácilmente y anda nerviosa.

—¡Envíela, hombre!

—No quería molestar tanto.

—Me molestan más sus reticencias. La espero mañana.

—Esta bien, doctor, y gracias. En compensación le voy a dar una noticia grata.

—¡Caramba! Venga esa noticia.

—Los Peza están muy agradecidos y se deshacen en alabanzas.

—Pues es una satisfacción después de tanto murmureo en mi contra. A Dios gracias, la pobre señora salió del mal paso.

—Falcón había pronosticado muerte segura, irremediable.

—Pero no comprendo cómo se atreve a tratar y a pronosticar en una enfermedad grave, frente a un médico. Es una actitud criminal.

—La culpa no es del todo de él.

—Desde luego que es más del paciente, de cierta cultura, que elige entre el curandero y el médico.

—La ley le ayuda doctor. Puede tomar una actitud enérgica contra el curanderismo.

—Sería inútil. Primero debo cambiar la actitud de los pacientes. Debo conquistar la confianza de estos campesinos que ni siquiera saben qué es el médico. Si lucho contra ellos ahora, saldré perdiendo mi prestigio, mi tiempo y mi tranquilidad.

—Es un punto de vista doctor, pero hay otro; el de dejar morir en manos criminales a niños y a adultos que podrían salvarse con usted.

—Es inútil. Es el paciente quien elige. Me tomaré tiempo. Si soy mejor, triunfaré. Me impondré, no lo dudo, pero no por la violencia.

—Tiene razón —dijo Saucedo después de pensar un rato— ¿Qué le pareció Falcón?

—No lo conozco. No tuve la oportunidad de encontrarme con él.

—¡Pero si estaba en la casa, en la pieza de la enferma, ese día que fue por primera vez!

—Ahora caigo ¡No me presentaron! Lo vi superficialmente. Tiene mucha prestancia. ¡Hermoso tipo de varón!

—Ese era Falcón. Abandonó la casa disgustado porque le llamaron sin su consentimiento.

Reyes lanzó una carcajada.

—¿Qué se cree? ¿El profesor Gatti?

—Usted hirió su vanidad. Ha invadido sus dominios donde enseñoreaba en forma absoluta. Lo dejó mal. Buscará desquite.

—Por mí que se vaya al diablo. No le puedo tener ninguna consideración, porque es un criminal desde el momento que se opone al más idóneo. Su misión ha terminado con mi venida. Yo no le perjudico mucho, si no es en su vanidad. Me dijeron que es un hombre rico.

—Tiene una estancia de tres mil cabezas.

—¿Por qué no va a cuidar sus vacas?

—Porque es un estúpido infatuado. No quiere comprender que con el hospital su hora ha sonado.

—La Facultad de Medicina produce médicos cada vez en mayor número. No todos van a quedar en la capital. Ese curanderismo oficializado por necesidad se va a convertir en curanderismo clandestino.

—Otra noticia, doctor. La familia Alonso le va a llamar. Don Cayetano está cada vez peor con los remedios de Falcón.

—¡Caramba Saucedo! Parece que estoy desbancando a mi colega Falcón.

—Lo que tenía que suceder.

—Seré el tema del pueblo; dos pingos en carrera, gana el doctor. ¡Viva el doctor! Esto, Saucedo, es ridículo.

—No es ridículo, doctor. Eso señala que el pueblo se va educando. Ya puede distinguir entre curandero y médico.

Como se hacía tarde, Saucedo se despidió, después de renovar su material de lectura.

—Hasta luego Saucedo —le dijo Reyes—. Y que venga su mujer sin tantos cumplimientos.

* * *

En un sillón de mimbres, entre almohadones y bajo el alero de la galería interior, don Cayetano, de pelo blanco en contraste con su piel morena, hombre robusto, se veía agrandado a la monstruosidad por el anasarca, con la cara abotagada, con los párpados hinchados y grandes bolsas bajo los ojos que apenas abría; respiraba dificultosamente con grandes pausas. El sueño le hacía cabecear de continuo. Sus pies como inflados de aire y a punto de

estallar, descansaban colgados sobre almohadones. Su mujer le daba aire con una pantalla, mientras las hijas le friccionaban las manazas, con dedos como negras morcillas. Al auscultarle Reyes el pecho, le desprendió la camisa; el vientre se abombaba como un globo con el ombligo convertido en una especie de enorme pezón.

Se trataba de una insuficiencia completa del corazón. Que no muriera, era un misterio que Reyes no comprendía. Si no se moría iba a lucirse de nuevo.

—Como para meterle al bruto de Falcón tres balazos. Si no conoce el modo de tratar ¿por qué no lo mandó a Asunción? —rumiaba Reyes, mientras le inspeccionaba—. Este pobre diablo es tan bruto que se entregó atado de pies y manos.

Preguntó sobre el tratamiento que seguía con Falcón:

—¿Toma digital? ¿Sí? ¿cuánto? ¿cómo? ¡Ah! Tomó aguardiente alemán. ¿Le suprimió la sal? ¡No! Bebe leche, como un litro por día, con huevo batido. Tiene mucha sed y toma agua de yuyos a gusto. Sí, yuyos como cepacaballo, zarzaparrilla... Al principio le hacía bien. Todo comenzó como hace tres meses...

Prescribió Reyes aquellos medicamentos que creyó indispensable y le sometió a un régimen sin sal y de líquido controlado. Tropezó de nuevo con la dificultad de los medicamentos, pero recurrieron a Asunción, con la demora habitual.

—Le darán solamente lo que yo ordene —les dijo a aquellas mujeres aterrorizadas y torpes—. De lo contrario se va a morir. Está a un paso de la muerte y con un descuido lo pierden.

Hicieron toda clase de promesas; pero no satisfecho, envió a Adela para cumplir con las inyecciones y vigilar la dieta.

Cuando lo visitó al día siguiente, don Cayetano se hallaba mejorado. Había dormido después de muchas noches en vela, no mucho, pero lo suficiente para sentirse más descansado. Respiraba mejor y la enorme hinchazón comenzaba a bajar.

—Esto va bien —dijo Reyes— sigan las indicaciones al pie de la letra y veremos pasar el peligro inminente de muerte.

Hablaban en el saloncito de recibo con sus sillas alineadas simétricamente junto a las paredes. Un hondo suspiro desgarró el pecho de doña Del Rosario, la esposa de Alonso.

—Somos tan tontas —dijo— ¡Por qué no le habremos llamado antes, como nos indicó doña María!

—¿Y por qué señora? —preguntó a su vez Reyes.

—Bueno, le diré. Falcón nos dijo que ya no había remedio y que le agradeciéramos que le conservara la vida. Creímos todo lo

que nos decía porque siempre fue nuestro médico. Se opuso a que le llamáramos a usted. Antes de ayer nos dijo que ya no había nada que hacer, que se moría y que ni usted le iba a salvar. Me sentí desesperada y sin escuchar a los amigos de mi marido, le hice llamar.

—¿Y qué decían los amigos de su marido?

—Dijeron que cómo se iba a rechazar a un médico de la familia de tantos años, como quien tira una ropa vieja, por un médico joven y desconocido.

—Eso de conservar a los amigos, está muy bien. Pero Falcón no es médico señora, es sólo un enfermero que hace de médico en un lugar donde no había.

—Así es doctor; pero usted viene sólo por un tiempo, como todos calculan. Llamándolo quedamos mal con los médicos de aquí.

—Tranquilícese, señora. Con el hospital, ya siempre habrá médicos aquí. Ríase de esas amenazas de represalias.

En los días sucesivos don Cayetano entró en franca mejoría. Con los diuréticos que le inyectara y el régimen sin sal descargó el excesivo trabajo cardíaco. Sus familiares lo consideraban un resucitado y se deshacían en alabanzas a la habilidad de Reyes. A la semana ya caminaba y podía asomarse a la calle donde recibía el saludo de las gentes que le preguntaban por su estado.

Sus dos primeros pacientes y sus dos éxitos evidentes entusiasmaron a otros y comenzaron a concurrir al consultorio por las tardes. Ya no pasaba horas interminables leyendo bajo los árboles del jardín de su casa. Sin embargo, en los intervalos de sus pocas consultas, debido al calor, se sentaba bajo los árboles de su patio preferido, bajo un frondoso ybapobó, con los pies en alto apoyado contra el tronco del árbol. Mientras tanto Timoteo en la sala de espera hojeaba las revistas de Reyes o se ocupaba de misteriosas labores yendo y viniendo de la sala al patio. El mitaí era de por sí reposado, obediente y siempre de buen humor. Había engordado, con gran satisfacción de la madre que, a menudo, acudía a verle con regalitos para él y para Reyes: melones olorosos, sandías monstruosas, duraznos criollos de sabor agridulce, y kakis grandes y olorosos como manzanas. Reyes correspondía con algunos pesos que entregaba al hermanito que cargara con las frutas. La madre quedaba un rato con el hijo en la sala de espera y luego se iba después de bendecirlo.

Esa tarde leía una carta de Patricito con jugosas noticias de los amigos, con satíricos comentarios, casos y cosas del Hospital

de Clínicas. Patricio Sanabria seguía lamentando el destierro de su amigo en términos impregnados de rebeldía en su estilo coprolálico que hacía arrancar carcajadas a Reyes. También le comentó, después de algunos circunloquios, el apresurado compromiso matrimonial de Rosa Elisa, a quien maldecía con sus peores términos y deseaba los más atroces sufrimientos. Reyes, con gran sorpresa para el mismo no se sintió herido por la noticia. Hurgando su propia conciencia, se sintió indiferente. Estaba en el tercer mes de su partida de Asunción y había de pronto olvidado a Rosa Elisa, había dejado de pensar en ella y cuando se puso a reflexionar sobre este borramiento de la imagen de la mujer que adorara lo indecible y cuya pérdida le parecía incompatible con la vida, quedó perplejo. Largo rato, con la carta en la mano, se sumió en profunda reflexión.

—¡No! —se dijo—. Ya no significaba nada para mí Rosa Elisa. Ahora la veo tal como es: egoísta, trivial, hermosa flor de los salones, pero sin perfume espiritual. No era la mujer para mí. También yo he cambiado. Asunción se me vuelve indiferente.

En esos dos meses y pico un impalpable cambio se había operado en él. La noticia del compromiso de Rosa Elena le hacía sentirse liberado y, estaba satisfecho de ello. Sonrió al pensar en Patricito y en lo que le iba a decir.

Timó le sacó de sus cavilaciones diciéndole que un cliente le esperaba. Acudió inmediatamente para encontrarse con un individuo de aspecto extranjero, pero vestido a la manera paraguaya de los campesinos pudientes: botas de caña corta, bien lustrada, amplios bombachones, camisa a cuadros y pañuelo anudado al cuello a pesar del calor. Frisaría los sesenta años, pero era vigoroso, de ojos azules, de expresión sonriente que le hacía arrugar las mejillas bien afeitadas y le hacía acentuar las patas de gallo que partían de los ojos. Habló con la desenvoltura fácil de los acostumbrados a la sociabilidad y su indudable don de gentes hacía que uno se sintiese cómodo en su presencia.

—Buenas tardes, doctor —dijo con voz sonora y dicción clara— permítame que me presente: Carlos Richet, de la compañía Solano Cué, francés de nacimiento y paraguayo por adopción y matrimonio con paraguaya.

—Encantado —le contestó Reyes estrechando las manos que el otro le tendía.

—Venía a consultarle por unas molestias gástricas que me

persiguen desde hace tiempo: ardores, dolores difusos y mala digestión.

La consulta se desarrolló con facilidad y una fluidez que hacía rato Reyes no experimentaba. Richet demostraba una cultura que hasta entonces no viera en Tacuary.

—¿Cuál es su trabajo habitual? —preguntó Reyes.

—Tengo un campo, pero también una granja y yo mismo laboreo mis tierras.

—¿Anda descalzo?

—¡No! ¿Por qué?

—Pero toca tierra.

—Sí, tanto en las capueras como en mi jardín, que me gusta cuidar.

—A su edad hay que preocuparse de cualquier síntoma, sobre todo gástrico como en su caso; pero me atrevo a pronosticar que son simplemente gusanos intestinales; anquilostomas y compañías que le están atacando.

—¡Será posible!

—Más que posible. La región está inundada por vermes y, todo aquel que manipula tierra está expuesto al contagio. Si no le entró por los pies, le habrá entrado por las manos.

El otro rió alegremente.

—Lo que son las cosas doctor; hace dos o tres meses tuve un tremendo prurito en los dedos de las manos. Mi señora me decía que era seña de que iba a recibir mucha plata. Serían los malditos bichos.

—Exactamente. ¿Qué le parece si encaramos como una simple anquilostomosis su enfermedad? Si no mejora en pocos días buscaremos otra cosa.

—Lo que usted ordena, doctor —respondió muy alegre Richet.

Luego de la consulta, charlaron durante una hora, como viejos amigos. Richet se retiró después de invitarle formalmente a visitar su casa.

* * *

Se cumplieron los tres meses de su estada en el pueblo. Su clientela hospitalaria había aumentado. También su clientela particular mejoraba, pero muy lentamente, pero era un evidente pro-

greso. Al campesino le costaba desembarazarse de sus curanderos. Ir al médico era un cambio muy radical y como Reyes sólo daba una receta, un pedazo de papel, les parecía que no habían recibido nada. Quizá les parecía tonto ir a traer un trozo de papel y tener que rebuscarse por el remedio. Reyes sufría la falta de una farmacia y vivía ansiando la venida de Trujillo.

Pero su fama había volado ya muy lejos. Llegaban pacientes de diez y más leguas a la redonda, unas veces por causas baladies como lupias en la cara y, otras veces, por cuadros clínicos o quirúrgicos graves. Los más espectaculares eran los partos distócicos. Uno de ellos fue una paciente del pueblo y de Añón que se rebeló y no quiso que le deshiciera el hijo en el vientre, método, por lo visto habitual en su técnica. Se trataba de una presentación transversa descuidada con una mano fetal fuera del vientre de la madre, implorando que lo salvaran. Con una buena anestesia general y una maniobra correcta lo trajo vivo y berreando con gran alborozo de la comadrería. También había aplicado varias veces el forceps, procedimiento totalmente desconocido en el pueblo y a veinte leguas a la redonda.

Los chicos pagaban enorme tributo a las enfermedades. A veces llegaban moribundos o muertos en los brazos de la madre que clamaba por una resucitación imponible. Eran casos de gastroenteritis, de toxicosis, desahuciados por los curanderos. Las afecciones piógenas cobraban alto tributo con impétigos, úlceras. La falta de higiene, la promiscuidad, se cebaban en chicos y en adultos con flemones, abscesos, septicopiohemias graves. Reyes sajaba generosamente la parte afectada ante el horror de los parientes. La ración diaria, como decía Irala, eran dos o tres abscesos que había que abrir para calmar el dolor y para combatir la infección. Adela, diariamente, debía cambiar un gran número de apósitos. La visión de la muerte y de la curandería se hallaba presente en todo momento entre aquellos sufrientes campesinos que venían en demanda de alivio. Actuaban tanto los médicos autorizados como los yuyeros que medicaban furiosamente y exhibían una falsa sapiencia con su verborrea en un intento desesperado para competir con el doctor Reyes, mediquillo arribeño, que les hacía una fuerte competencia. Uno de los yuyeros, más prestigioso, más fanático y más nefasto era paí Reinaldo de la compañía Isla guasú. Azuzado por Falcón o por Añón, vociferaba a la puerta de los ranchos amenazando con castigos celestiales o infernales a todo aquel que osaba sobrepasar su autoridad yéndose al hospital para consultar con

aquel anticristo, con aquel masón, con aquel odiado médico. Paí Reinaldo era un vejete desdentado, pálido, de barba rala, con la naríz corva como un gavilán. A pesar de su aparente decrepitud tenía la energía de un sargento de compañía armado de fusil. Muchos estúpidos sufrían y hasta perdían a sus chicos por temor a aquel viejo cascarrabia quien, montado en un flaco malacara, recorría las compañías dejando a los campesinos encogidos de temor y un rastro azufrado. Reyes, que conocía las actividades cavernarias de paí Reinaldo, estalló con un caso y acudió al comisario con la intención de poner coto al abuso de aquel loco desatado. El chiquito era un distrófico que Reyes había tratado. Cuando recayó lo supo paí Reinaldo que acudió con la promesa de curarlo en un tiempo record. Pero el chico empeoraba y paí Reinaldo en la misma proporción se oponía que lo tratara Reyes. El viejo se había adueñado de la casa y daba indicaciones tras indicaciones, todas desde luego inoperantes. Cuando acudieron al hospital, llegó cadáver. Reyes pidió al comisario que interviniera.

—Todo lo que pido es que ese viejo loco no se oponga a que vengan al hospital si lo desean —le dijo—. Si consiguen zafarse del viejo llegan ya tarde provocando un derroche inútil de vida, de esfuerzo y de material. En la forma que actúa asesina friamente con su ignorancia y su fanatismo.

Al comisario, que le escuchaba con aparente buena voluntad, le importaba un bledo todo aquello.

—Le hablaré —contestó sin convicción—, le conozco, pero no garantizo nada.

Se le notaba importante y condescendiente forzado porque el director del hospital le venía con rogativas. Se golpeaba con un chicote sus bien lustradas botas con un dejo de impaciencia y se llevaba la mano a cada rato a su también lustrada y bien peinada cabellera. Era un individuo de talla mediana, como de treinta años, de barba poblada pero rasurada cuidadosamente, frente estrecha y mentón huido, con ojillos hundidos en sus cuencas, donde brillaban alertas como los de un ratoncillo que no se decide abandonar su agujero. Reyes lo encontró insoportablemente fátuo, hueco, vacío de cráneo. Se despidió profundamente disgustado consigo mismo.

Si el agricultor era estúpido, también lo eran los buenos señores del pueblo. Antes que acudir a Reyes preferían irse a Asunción, de donde venían alabando la capacidad de los médicos capitalinos. Reyes lo sabía, porque se esforzaban para que lo supiera

y, sonreía; porque, al fin y al cabo, ellos eran los dueños de su plata y la gastaban de puro gusto, pudiendo ahorrarse. La comedia terminó en tragedia en una oportunidad: un chico de un Olate, sobrino de Falcón, de un año de edad y hermoso como un ángel degeneró su diarrea en toxicosis. Falcón siguió tratándolo con tanto éxito que el chico moría. Antes que consultar con Reyes lo llevaron a Asunción en un camión expreso, pero al llegar murió. Lo más amargo del trágico paseo fueron los reproches de los médicos que se sorprendían por qué no habían consultado con el único médico de Tacuary.

Clientes asiduos del hospital eran los heridos por armas de fuego y armas blancas. Los más eran cuchilladas que requerían una sutura y pocos días de internado. Otras veces refilones de bala que curaban bien. Pero a fines del segundo mes de su estada llegó por la noche un herido grave de vientre con las tripas afuera. Era un joven apolíneo, que se ve frecuentemente por la campaña, que en una riña recibió una feroz puñalada, una especie de harakiri. A la luz de las lámparas de kerosén gasificado y varias linternas a pila le operó, resecando un buen trozo de los intestinos y cerrando parcialmente la ancha brecha. El personal, llamado urgentemente se portó bien; Irala dio la anestesia y Benítez ayudó. Reyes operó con calma y técnica depurada como en sus mejores días de Asunción.

El herido curó bien con gran satisfacción de todo el personal. A los veinte y tantos días fue dado de alta. Nueva sorpresa de Reyes: generalmente los pacientes dados de alta se iban después de despedirse tímidamente y, algunos después de agradecer; pero el mozo, cuya numerosa parentela llenaba los pasillos y molestaba con injustificadas exigencias, se fue sin despedirse y desde luego sin agradecer. Subió a la carreta con la parentela, en silencio, y se mandaron a mudar, sin dar señales de haber visto a Reyes que, con todo el personal había acudido a despedir a aquel benjamín que había salvado la vida y recuperado la salud.

—Mucha gracia manté por todo —les gritó Sosa indignado.

—Mal agradecido —se quejó Irala—, le salvó el pellejo y se va como si usted le debiera. Si vuelve le preparo veneno.

—No se enoje hombre —le dijo riendo Reyes— nuestra obligación es cuidar a gratos y a ingratos.

—Sí, está bien, doctor; pero que se manden a mudar como quien sale del cine... Pero los conozco bien; son de la compañía Palomares y no los voy a olvidar...

Aquel herido trajo cola. Una semana después de su alta apareció el comisario muy sonriente y amable de palabra.

—Venía doctor —dijo— para llevar el informe médico de ese mozo herido de Palomares. Aquí está la nota del señor Juez.

—Como no —contestó Reyes y llamó a Sosa, que era pendolista, para que llenara la nota al dictado.

Cuando Sosa terminó, Reyes releyó y firmó; después le entregó al comisario que con gran sorpresa de Reyes, la leyó detenidamente.

—Quisiera hablar con usted reservadamente —dijo con tono meloso.

Sosa se fue y Reyes cerró la puerta.

—El herido curó bien ¿no? —dijo el comisario mientras remecía la nota.

—Sí —contestó Reyes—. Salvó la vida con mucha suerte.

—Fue una herida tonta. Riña de borrachos. Por eso los parientes del heridor y del herido quieren terminar el pleito. Ya hicieron las paces.

—¿Y qué quiere que yo haga? —preguntó Reyes.

—Para evitar trámites largos y costosos es indispensable que el diagnóstico especifique que fue una herida leve. El suyo dice que corrió peligro de muerte. Usted le hará un gran favor a todos cambiando el diagnóstico por otro benigno. Total el herido curó muy bien.

—No puedo cambiar el diagnóstico —dijo Reyes con calma— porque ahí dice: juro decir la verdad.

—Eso es una fórmula. Además nadie sabrá nada.

—Para mí no lo es —contestó Reyes que reprimía su indignación a duras penas. Por otro lado sentía curiosidad por conocer hasta donde llegaría el individuo.

—Perdone que le siga molestando —continuó el otro al ver que Reyes le escuchaba— pero lo que deseamos es ahorrar tiempo y dinero. De lo contrario el heridor irá a la cárcel por mucho tiempo por algo que no quiso hacer.

—No cambiaré el diagnóstico. Está perdiendo tiempo —dijo Reyes disgustado profundamente.

—Es un favor para esa pobre gente.

—Mire señor comisario —estalló Reyes— usted no va a enseñarme cómo debo conducirme. Perdone usted, pero tengo qué hacer.

El otro se retiró al ver a Reyes encocorado.

Pero la cuestión no terminó. Esa misma tarde apareció por el consultorio de Reyes un individuo ostentoso, con polainas de cuero, enorme pañuelo al cuello, con bigotes a lo kaiser, peinado con una raya a un costado, representando cuarenta y tantos años, con un sombrero de alas anchas que completaba su original atuendo.

—Vengo por un asunto muy particular —dijo después de depositar con todo cuidado su sombrero sobre una silla—. Soy el representante de ese mozo de Palomares que curó muy bien de su herida gracias a su ciencia, doctor. Desea terminar, de acuerdo con los familiares del heridor, el pleito que el juez se ha visto, cumpliendo sus obligaciones, obligado a iniciar. Para ello necesitamos un diagnóstico que no comprometa al heridor. Por eso, venía a rogarle que cambie el informe por otro más benigno, que diga que la herida no fue mortal. En realidad herida no fue grave, porque curó pronto —terminó con toda zalamería y sonrisitas de complicidad.

—Están perdiendo el tiempo. No voy a cambiar el diagnóstico —contestó Reyes armándose de calma—. No voy a permitir que nadie me enseñe cómo debo hacer mis informes médicos.

De pronto en las nebulosidades de su cerebro se hizo la luz:

—¡Con razón —pensó— se fueron callados y cariacontecidos! ¡Me creyeron vendido a estos sinvergüenzas!

—No se enoje, doctor —decía mientras tanto el otro—. Deseamos evitar que un pobre mozo vaya por nada a la cárcel.

—Eso no es cosa mía. Tenga la bondad de retirarse.

—Mire doctor —insistió el otro— esto se puede arreglar; la familia del heridor no va a ser ingrata.

—¿Ah, sí? —exclamó Reyes, curioso— ¿y qué me ofrece?

—La suma que usted crea conveniente.

—¡Sepa señor que no soy de esos curanderillos que se acomodan con autoridades venales!

El otro iba a interrumpirle, pero no le dejó hablar.

—¡Salga de mi casa! —le dijo.

El otro recogió con toda pachorra su sombrero, abrió la puerta y, deteniéndose en el vano dijo:

—Si cambia de idea, me avisa.

Reyes se le fue encima como para trompearlo; entonces se caló apresuradamente el sombrero y se alejó a toda prisa.

Esa noche Reyes comía en lo de Zorrilla. Mientras tomaban un aperitivo le contó lo que le había ocurrido.

—Hoy por dos veces quisieron sobornarme, don Ernesto. Primero el comisario y luego por un tipo de polainas y enorme sombrero.

—Ese de las polainas debe ser Cuellar. Veamos como ocurrieron esas tentativas —contestó Zorrilla risueño.

Reyes le refirió detalladamente, inclusive el evidente disgusto y desprecio del herido.

—Y usted está por reventar de enojo.

—Desde luego. ¡Qué se han creído!

—¡Salve mosca blanca de Tacuary!

—¿Por qué dice eso?

—Porque está revolucionando hasta el poder judicial. Se opone a los acomodos, después de derrotar a los curanderos.

—Eso de derrotar a los curanderos está lejos aun. Si vuelven con intenciones de insistir en sus sobornos, los echaré a patadas.

—No se ponga arisco, hombre. Debe comprender que ahora vive en un nuevo ambiente, en un mundo nuevo, si quiere, con características especiales, con el cual choca con excesiva rudeza. A sus paisanos no les gusta ser tan categóricos y, aunque van a los extremos, no simpatizan con los extremistas: extremadamente francos, extremadamente honrados...

—Soy caído del catre, como solemos decir, don Ernesto. Yo ignoro muchas cosas de la campaña y estas cosas me sorprenden sobremanera.

—Otro extremismo. Le pasa esto porque no ha vivido lo bastante todavía.

—Pareciera que no le da mucha importancia...

—Son cosas que suceden, mi querido doctor Reyes, en cualquier parte del mundo. Aquí frecuentemente, ¿por qué no? Por otro lado le están probando: quieren saber si usted es un pícaro, o un bobo o un hombre íntegro. Pero le encuentran honesto y, si usted sigue sin ensuciarse, le respetarán profundamente; más aun, le admirarán. A sus paisanos también les agrada el hombre de temple.

Reyes no supo qué contestar; pareciera que Zorrilla le consideraba todavía inmaduro; pero sus palabras le tranquilizaron y calmaron su indignación.

—Y ahora, mi joven amigo, evite que se le vuelen los pájaros tan fácilmente. Evite los choques, frene sus impulsos y ármese de paciencia y tolerancia. Estudie estas modalidades campesinas, así como estudia una enfermedad. Las inmoralidades tienen también su patología. Sea firme en sus principios, pero paciente con todo y para todos. Su actitud será un ejemplo para el bien de la colectividad.

XI

Marzo finalizaba con lluvias que refrescaron el ambiente, que llenaron de barro las calles y de charquitos las hondonadas. Reyes esa noche había decidido quedarse en casa. Con un libro en la mano que no podía leer porque su mente vagaba por los antros de su memoria y sus recuerdos asían al pasado que repasaba con humor optimista. Por un momento su memoria se detuvo en Rosa Elisa, pero la desechó inmediatamente. Pensaba en sus amigos, en el hospital de clínicas, en las farras, en fin, en mil cosas de una mente que no tenía oculta en sus reconditeces ninguna preocupación. Reyes había salido a flote después de su crisis en forma definitiva y podía pensar en su futuro con calma.

El característico modo de palmear de Saucedo interrumpió sus cavilaciones. Se levantó prestamente para franquearle la entrada. Saucedo llegaba con los pies embarrados y misterioso como siempre. Reyes lo apreciaba y le recibía amistosamente. Saucedo era un saco de noticias y de novedades frescas de la chismografía local. ¿Cómo le llegaban? Era un misterio para Reyes.

Esa noche dijo:

—Le traigo, doctor, chismes importantes. Buenas y malas.

—Oigamos las buenas primero —dijo Reyes sonriendo— que para las malas hay tiempo.

—Ahí va una. Falcón rompió violentamente con los Alonso que se negaron a pagar una cuenta por honorarios cien veces mayor que la suya. Doña Del Rosario dijo que no comprendía que cómo un individuo que casi mata a su marido iba a cobrar más que el doctor que le salvó la vida. Falcón amenazó con pleitear,

pero la Alonso se rie. Le hizo decir a Falcón que pleitee nomás y que gane si quiere porque ya les comió todo lo que tenían.

—Falcón no puede pasar cuenta a nadie porque está, con mi presencia, en clandestinidad. ¿Esa era la buena noticia?

—Sí —rió Saucedo—, Falcón casi sufre un derrame y su mujer está que echa sapos y culebras.

—Usted dijo que había malas noticias; soy todo oídos.

Saucedo se puso serio y titubeó, pero se decidió.

—Se dice que usted negocia con los medicamentos del hospital, vendiéndolos a sus clientes particulares.

—¡Yo! ¡Pero están locos!

—Dicen que todo el medicamento que indicó a los Peza, a don Cayetano y a otros salieron del hospital y que usted ganó un dineral.

—Puedo probar que esos medicamentos no existen en la farmacia del hospital.

—Espere doctor, hay más: van a probar que en su consultorio usted da remedios que trajo del hospital. Usted priva a los pobres para sus fabulosas ganancias.

—¿Hay gente capaz de creer semejante fábula?

—La gente cree cualquier cosa.

—Pero usted, Saucedo, sabe de dónde saqué esos remedios.

—Yo sí, claro; pero no es eso lo que interesa; sino lo siguiente: van a probar con testigos que usted se apoderó de esos medicamentos que eran para los pobres. El comisario lo va a acusar y le sumarearán por ladrón y demostrarán que lo pillaron con la mano en la masa.

Reyes lo miró como no creyendo semejante barbaridad.

—Lo que le digo es cierto doctor. Están instruyendo a sus testigos para golpearle tomándole de sorpresa. El cerebro es la mujer de Falcón.

Reyes se levantó y paseó a grandes pasos por la pieza.

—Esto, Saucedo, es una guerra a muerte. ¡Y qué armas arteras usan! ¡Jamás pensé que llegarían a esto!

—Cosas peores se ha visto en la campaña, doctor. Esto es un juego de niños.

—¿Y qué consiguen con esto?

—Desacreditarle, hundirle, acobardarle.

—En el supuesto de que yo me mande a mudar, me reemplazarán. Ha muerto una época, Saucedo, la época en que los campesinos morían sin asistencia médica. Somos una legión que, como

esa mancha de aceite que se extiende por el papel, iremos invadiendo los campos, los bosques, allí donde palpita la vida de un paraguayo.

—Pero mientras tanto le persiguen a usted.

—Es lógico que yo sea la víctima propiciatoria, porque soy el primero. Pero les haré frente. No les temo.

—Emplee sus armas sin temor, doctor. Desde que vi todo lo que usted hizo y sigue haciendo, me doy cuenta que su presencia aquí es toda una garantía para la salud del pueblo. Y estos canallas quieren expulsarle de aquí.

—Es el pataleo del curanderismo. Se hundirá en la clandestinidad. Si perdura indefinidamente es porque la cultura del pueblo no ha avanzado mucho.

Se sentó Reyes a reflexionar con los codos sobre la rodilla. Saucedo le miraba como un enorme signo de interrogación, con su pecho hundido, su espalda encorvada y su cabeza inclinada hacia adelante. De pronto Reyes se levantó y volvió a pasear.

—*Dígame Saucedo, ¿quiénes son los más peligrosos ahora?*

—Sus enemigos más inmediatos son el comisario y el juez porque por intermedio de ellos le van a sumarear, le van a someter a juicio, van a molestarle de mil modos y perjudicarle en su honorabilidad y en su bolsillo. Con esta arma han aniquilado a muchos enemigos.

—Gracias, Saucedo. Ya sé cómo batir a estos pelagatos. ¡Caray! Me estoy volviendo intrigante.

—Luche con las mismas armas que ellos.

—Pronto tendré aquí una farmacia a mi disposición, con eso aniquilaré difinitivamente a Falcón.

—¿Se puede saber quién vendrá?

—¡Cómo no! No es ningún secreto; se trata de Trujillo, el hijo de doña Felipa. Ha terminado su carrera y pronto vendrá.

—Me alegro por usted. Mientras tanto no deje de actuar.

—Supongo que tengo tiempo.

—No sé, pero apúrese, doctor —se levantó para irse.

—Gracias Saucedo, es usted todo un amigo.

—Doctor, yo le debo mucho. Buenas noches.

Cuando quedó solo Reyes se puso a cavilar. Creía a Saucedo, porque siempre estaba bien informado. ¿Cómo? No sabía decirlo, porque guardaba su secreto. No había que olvidar que un tiempo fue funcionario policial. No quería Reyes dar un paso en falso. Se le ocurrió que don Teó, a quien no veía hacía varios días, sabría

algo. Miró su reloj; las ocho y media. Fuése a lo de don Teó a quien encontró en su círculo luminoso charlando con un grupo de pasajeros.

—Caramba doctor —dijo a gritos— vino a tiempo. Le estaba necesitando con urgencia.

—No lo parece —le dijo alguien.

—Mi vieja está enferma —contestó con su tono socarrón. Los otros rieron.

Mientras tanto, don Teó le tomó del brazo a Reyes y le llevó hacia los interiores.

—¿Qué le pasa a doña Felicia?

—Nada. Quiero hablarle de algo importante.

Fueron hacia el pozo y allí apoyado contra el brocal dijo don Teó.

—Hay una conspiración contra usted, doctor. Que se proponen, no sé; pero algo serio han tramado; porque hoy han brindado el juez, el comisario y Falcón en la casa de éste su pronta y definitiva ausencia de Tacuary. Un ahijado mío que estaba en la cocina oyó gran parte de conversación. Sacó en conclusión que lo van a echar de aquí. Me contó por charlatán que es, porque ni siquiera le conoce a usted. Es un recién venido de una compañía. Pero esto es serio doctor; algo gordo están tramando.

El corazón de Reyes latía con fuerza y el cuerpo le temblaba de rabia. Pero disimuló y dijo:

—No les temo don Teó, pero de todas maneras le agradezco su información, me cuidaré. Venía a preguntarle si tiene alguien de confianza para enviar una carta a Asunción.

—¿Con dinero? —preguntó don Teó.

—Sí, con dinero y en forma urgente —dijo Reyes sonriendo.

—Traiga nomás. Le daré a un viajante que siempre me lleva dinero a Asunción. Mozo honrado. Ahora no está, pero vendrá más tarde.

—Voy a traerle la carta, entonces.

Reyes volvió a su casa agitado por la indignación. Transpirando escribió sendas cartas a Salcedo y a Patricito contándoles la intriga de la curandería con las autoridades venales. La única forma de evitar la instrucción del sumario era destituyendo a ambos funcionarios que se lo merecían de sobra. Pedía a Salcedo que recurriera al ministro de Justicia, que era tío de él y tenía los brazos largos. Reyes sabía que sus amigos iban a remover cielo y tierra. Cerró las cartas, hizo un grueso bulto y lo llevó a don

Teó que prometió que para la tarde del día siguiente la carta llegaría a destino.

Dos días pasaron. Reyes callaba, muy prudente. Ni siquiera Cabrera sabía lo que ocurría. En cuanto a Zorrilla no quería comprometerlo, porque si era calmoso en el consejo, era un barril de pólvora que estallaba cuando se indignaba. Por otro lado era un asunto que debía afrontar solo. Se resignó a esperar los acontecimientos.

Al tercer día sus enemigos rompieron fuego. Benítez fue citado al juzgado para declarar como testigo. No estaba en el secreto, por eso irrumpió al consultorio de Reyes y le mostró la órden del juzgado.

Después de leerlo, le dijo:

—Es un lío que inician Falcón y las autoridades para echarme de aquí. De paso quizá le envuelvan a usted porque saben que me es adicto.

—¿Quiere decirme doctor lo que pasa?

Reyes le miró fijamente al decirle:

—Me van a acusar de venta ilegal de los medicamentos del hospital a gentes que no vienen aquí. ¿Qué hay de verdad sobre eso?

—No sé nada, doctor —contestó Benítez, sosteniendo la mirada de Reyes con sus ojos azules, tranquilos y claros de agua mansa—. Podemos hacer un balance en cualquier momento, que no lo temo.

—Le creo Benítez. Ellos van a actuar con testigos falsos. Pero quiero jorobarles y tenerle a usted fuera del lío. ¿Qué le parece si se oculta por un tiempo? Sosa le puede reemplazar.

—Estoy listo. Iré a ver a mi novia en Carrizal. Cualquier cosa me avisa y vuelvo.

—¿Tiene caballo?

—No.

—Le daré una esquela para Cabrera que le prestará.

Así se hizo y Benítez desapareció misteriosamente.

A pesar de su estado de ánimo, Reyes siguió con las consultas que esa mañana eran numerosas. A la hora de la desaparición de Benítez, un agente armado con fusil, en compañía de Sosa entró al consultorio.

—¿Qué desean? —preguntó Reyes.

—Viene en busca de Benítez.

—Fue citado al juzgado esta mañana y como no apareció aún, me manda caraí comí a llevarlo.

—¿Y por qué chamigo le citan?

—No sé doctor. Pero el comí me ordenó que no fuera sin él.

—Me pidió permiso para salir. Adonde fue, no sé. Dígale al caraí comí que no soy su niñera.

El agente policial, un joven imberbe, flaco y pálido, con uniforme raído y descalzo, titubeó, pero salió sin decir palabra.

Reyes ganó un día. La desaparición de un testigo confundió al juez que dejó pasar la mañana sin avanzar en el sumario. Pero al día siguiente citó a Reyes para que se presentara al juzgado. Trajo la citación el secretario, un individuo de edad incierta, flaco y con cara de comadreja hambrienta, en compañía de un agente armado.

—Me iré cuando termine aquí mi trabajo —dijo Reyes después de leer la citación que tiró desdeñosamente sobre la mesa.

—Pero el señor Juez quiere que se presente inmediatamente.

—Iré cuando termine aquí y será tarde, porque hay mucho trabajo. Lo que desea el señor Juez no debe ser demasiado urgente para que abandone a mis enfermos. Tenga la bondad de retirarse para seguir la consulta.

—Hemos venido a llevarlo —dijo el otro.

—Usted me trajo una citación, que no dice ni la hora de la presentación y ni que debo acompañarle.

El secretario titubeó, pero se retiró sin decir una palabra.

Reyes continuó el consultorio lentamente. No le molestaron más en toda la mañana.

Volvió a su casa, donde se dio un baño con agua fría para estimularse, porque se sentía deprimido. Su cuarto de baño era la cocina en desuso. Estaba vistiéndose en su dormitorio, cuando se abrieron violentamente las puertas; iba a dar un grito de protesta por el atropello; pero la voz se trabó en la garganta y quedó como pasmado: en el vano de la puerta, Salcedo y Patricito le miraban sonrientes.

—¿De dónde salen? —articuló con dificultad.

—No te hagas el burro —le dijo Patricito mientras le abrazaba— de Asunción idiota.

—Buena sorpresa ¿eh? —le decía Salcedito, mientras a su vez le abrazaba.

—Francamente, me parece soñar.

—Porque estás idiotizado —contestó Patricito, mientras tira-

ba sus cosas por cualquier parte—. Venimos a ver el lío en que estás metido, por quijote o por burro. Acabamos de llegar en ese tremendo camión que me sacó una ampolla en cada glúteo. ¿Recibiste nuestro telegrama de ayer?

—No...

—¡Pero en qué mundos vives! ¡Esto es una cueva de intrigantes! Por eso vinimos a quemar tu famoso pueblo.

—No le escuches a ese bruto. Han bloqueado el telegrama; pero no tiene ya importancia. Hemos llegado con un representante del Ministerio del Interior, que viene con instrucciones de sacar al juez y a destituir al comisario. En ambos ministerios conocían ya los quilates de los dos; pero anduvimos mucho para apresurar los trámites. Mi poderoso tío facilitó mucho las cosas. Patricito andaba como loco y para calmarlo tuvimos que venir.

—Estoy arrepentido de haber venido —contestó Patricito, mientras se frotaba las nalgas y metía las narices entre las cosas de Reyes.

—¿Qué ha ocurrido interín? —siguió Salcedo.

—Inició su ofensiva el juez ayer citando a mi idóneo de farmacia; le birlé enviándole a otro pueblo. Hoy me citaron, pero no me presenté.

—¡Magnífico! Se acabó el sumario porque le dan la patada en el trasero hoy mismo.

—Si quieres, le corremos al colega Falcón. Ese enviado del Ministerio viene con amplios poderes —dijo Patricito—. A ese tipo le como crudo.

—No quiero convertir en mártir a ningún curandero.

—Allá tú. Pero dejemos este tema tan triste que me dan ganas de llorar —siguió Patricito—. Hablemos de algo más agradable. ¿Qué tal las chicas de aquí?

—Muy bonitas, pero las trato poco.

—¿Y qué hacés entonces, pelotudo?

—¡Cómo qué hago! Cuido a mis enfermos...

—¡Cuido a mis enfermos... —le remedó Patricito—. Estás degenerado. Después de esta demostración de fuerzas, te llevamos. Estamos organizando un sanatorio, donde serás el cirujano. En la facultad te darán una suplencia. Tenemos todo arreglado. Deja este miserable pueblo que en vez de agradecerte te acusa de ladrón.

Mientras Sanabria hablaba, Salcedo miraba expectante. Reyes miró a sus amigos, y luego bajó la cabeza.

—No me iré aun —dijo—. Deseo ver bien lo que hay en la campaña paraguaya. Además, si huyo, no habré cumplido con mi misión.

—Vendrá otro en tu lugar.

—Lo sé; pero habré hecho las cosas a medias.

Los otros no insistieron, porque conocían el carácter de Reyes; una vez decidida una cosa se aferraba a ella como un perro de presa.

Fueron a comer en alegre camaradería en un banquete improvisado por la viandera de Reyes. Pasaron la hora de la siesta en charla interminable y en bromas tremendas entre señores tan serios, como los consideraba Timoteo quien, boquiabierto, mirábales casi sin creer lo que veía y oía. Cuando el sol disminuyó sus ardores se prepararon para recorrer el pueblo, a visitar el hospital y a los amigos de Reyes.

Mientras Salcedo se bañaba, oyó Reyes a Patricito, quien en la calle y en pijama, descalzo, decía:

—Adiós corazón de arroz, ¿querés que me case con vos?

Reyes salió y le dijo:

—Ché, no te hagás el loco.

—Es que pasó un fenómeno de chinita, que si no estaba en zapatillas, me iba detrás de ella. ¡Ché! Y esa que viene allí.

—Es la hija del sastre.

—¡Qué corte mama mía! Adiós flor de durazno, que me robás el corazón. Regáleme con una sonrisita. No sea ingratona.

Pasó la chica contoneándose en forma provocativa y cuando le dio la espalda a Sanabria sus nalgas rimaron la canción de la incitación.

Patricito se echó detrás de ella, mientras le decía:

—Me has achicharrado el corazón con el fuego de tus ojos. Me muero por vos, nena.

Reyes corrió detrás de él y tomándole del brazo le llevó hacia la casa.

—A bañarte, que el agua fría te espera para calmar tu ardor.

—Este Reyes tiene unos celos por las mujeres del pueblo. ¡Acaparador! —rezongó mientras era empujado por Reyes y Salcedo y Timoteo reían.

* * *

Visitaron el hospital y recorrieron las tranquilas calles.

—Esto es el destierro —dijo Patricito—. No viviría aquí por el mejor sueldo. Sólo a un loco como tú se le ocurre encerrarse en este valle de la desesperación.

—Como siempre, eres un exagerado —contestó Reyes—. Al comienzo me fue duro, pero después de hacer amistades y ocupar mi tiempo en algo productivo, las nostalgias se fueron una a una.

—Bueno, será que naciste para esto. Como siempre, eres víctima de tu quijotería. Pero creo que ya basta de altruismo. Vámonos a Asunción.

—Seguiré un tiempo más; tengo curiosidad de conocer a fondo la campaña.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Salcedo que, hasta entonces se mantenía callado.

—Sí. He descubierto un sin fin de cosas.

—Pero ¿qué cosas?

—En primer lugar nuestra pobreza. Hablo de la pobreza general, dejando de lado el bienestar de una clase. Aquí he visto esa pobreza extrema que ignoraba en la Capital. Como muchos, seguramente, creía que la campaña era un cuerno de la abundancia y vine con esa idea absurda. En el ministerio me dijeron: "va a ganar mucho dinero" y, hasta demostraron envidia. Pero era una mentira. Me encontré aquí con la pobreza y la ignorancia dominando, con un atraso de la cultura general que se manifiesta de muchas maneras: curanderismo en auge, agricultura anacrónica, abuso de las autoridades y otras cosas que iré descubriendo.

—Pues has visto bastante y, ¡basta! —dijo Patricito.

—No me basta. Apenas he explorado la superficie. Quiero ver más. Quiero mirar por todos los rincones, apartar la cortina que me oculta los secretos del Paraguay que no conozco. ¿Les aburro?

—Seguí, seguí nomás —exclamó Patricito.

—Soy todo oídos —dijo Salcedo.

—Un recuerdo de mi niñez —continuó Reyes— que dormía en las profundidas de mis células grises reapareció con tanta intensidad que acude a menudo golpeándome la mente como esas ramas cimbreantes que golpean a la cara mientras se avanza por un bosque espeso...

—A ver ese recuerdo —le animó Salcedo.

—Parece tonto —sonrió Reyes— pero me había herido profundamente. Me sucedió cuando tenía diez u once años. Estaba jugando con mis amiguitos, chicos del pobre vecindario que rodeaba entonces la casa de tía Amelia, frente a un mísero ranchito de un obrero. Tía Amelia me dejaba jugar con ellos porque decía que así no crecería presumido. Estos mis amiguitos eran flacos y vestían a veces andrajos, pero eran buenos chicos. Sucedió que esa tarde, con el sol bajo, la dueña del rancho llamó al hijo que jugaba conmigo y le dijo: "dejen de jugar un rato y vayan a comprarme dos velas de sebo". Fuimos como dos pajaritos volando a comprar las velas. Cuando volvimos encontramos a la buena señora acuclillada frente al braserillo a carbón calentando la sartén. Mi amiguito le pasó las velas y, ante mi sorpresa, tomó las velas, tiró la envoltura de papel y las rompió para sacarles el pabilo que tiró al suelo y echó a la sartén el sebo que comenzó a derretirse rápidamente. Yo miraba fascinado. Cuando la grasa se calentó suficientemente le echó la masa de unas tortillas ya preparadas. Chirriaron los montoncitos y un olor espantoso a sebo se esparció. Dejó dorar las tortillitas, tomó una de ellas, le pasó a mi amiguito, que por lo visto esperaba y se la comió echándole viento. A mí, el estómago se me revolvió de asco y la saliva me llenó la boca. Tuve que escupir pugnando por evitar el vómito. "La vela no se come" articulé con dificultad, mientras la mujer seguía fritando sin notar mi estado. "Los pobres no tenemos plata para comprar la rica grasa que comen en tu casa", me contestó melancólicamente. Esa noche me acosté sin cenar porque no tenía apetito y olía la grasa de sebo de la vela derretida en la sartén. Tía Amelia quería saber el motivo de mi ayuno, pero yo no le oculté porque sentía vergüenza de mis amiguitos que comían vela de sebo por pobreza, mientras yo me regalaba con los sabrosos bocados que tía cocinaba. Este recuerdo de mi niñez ha vuelto y no puedo evitar relacionar a un pobre con aquellas tortillas que se fritaban en la grasa de vela de sebo. Ahora no tendré bascas ni sialorrea, pero siento una desazón frente a mi pobre clientela hospitalaria.

Salcedo escuchaba a su amigo atentamente. Salcedo era de cuerpo menudo, pero su cráneo lucía una elevada frente sobre un rostro agraciado, de finos rasgos. Se desprendía de él un aire de intelectualidad que imponía su presencia. Era sagaz clínico que iba, en el ambiente profesional, imponiéndose por su capacidad. Escuchaba atentamente a su amigo con el aire del que com-

prende y, como lo conocía bien, leía en él como en un libro abierto.

—¿Recuerdas —dijo— aquella novela de Stefan Zweig que leímos: "Impaciencias del corazón"? Admirable y atroz al mismo tiempo. Como a ese protagonista de la novela una impaciencia del corazón te retiene aquí.

Reyes no contestó y siguieron caminando en silencio por largo rato. Pasaban frente a los humildes ranchos que rodeaban al hospital.

—Miren ese rancho —dijo de pronto Reyes— ¿no es el epítome de la miseria campesina?

—¡Sí, hombre, sí! —exclamó Patricito—. Lo vemos y lo comprendemos. Pero yo ya estoy hasta aquí de Tacuary —y señalaba la frente—. Ya viste lo suficiente para contar durante diez años a los amigos. Vámonos de una vez a Asunción.

Salcedo lo miró con cierta ansiedad. Reyes tardó algo en contestar.

—Me quedo todavía —dijo—. Aun no vi lo suficiente.

Sus amigos callaron. Lo conocían; cuando se ponía terco nadie podía con él.

—Mi querido don Quijote —dijo después de un rato Salcedo—. Te deseo mucha suerte.

—¡Ché, y de los curanderos que me decís! —exclamó Patricito para distraerle, porque no perdía la esperanza de vencer la porfía de su amigo.

Reyes se dio cuenta de la intención, sonrió y dijo:

—Son individuos que forman parte de la colectividad y adquieren una respetabilidad increíble. Hacen el papel de médicos y son útiles porque cumplen una misión y son necesarios. Fueron enfermeros de hospitales, sargentos enfermeros de la guerra del Chaco o idóneos de farmacia. Son los empíricos más ignorantes que practican en nombre de una profesión tan delicada como la del médico. Se volvieron fatuos y explotadores. Se aprovechan de la ignorancia y de la necesidad del consuelo médico en un grado de crueldad que está por encima de la imaginación más exuberante. Dejan morir a sus pacientes con frecuencia sin pizca de remordimiento, tranquilos en su ignorancia y en su irresponsabilidad, cegados por un tonto orgullo. He visto aquí ejemplos a granel. La viuda de Peza que tanto trabajo les dio, se moría, pero se oponían a que la viera. A don Cayetano Alonso le fueron comiendo sus vaquitas una a una, pero no se les escapó

la insinuación para hacerse ver en Asunción por un especialista. La ignorancia de estos tipos llega a la criminalidad y su fatuidad los lleva a la explotación hasta el despojo. Matan y mutilan con frecuencia con toda impunidad.

—Pero hay otra clase de curanderos —dijo Salcedo.

—Sí, los yuyeros, gente salida del pueblo, de la porción más ignorante. Son descendientes de los médicos-magos-sacerdotes de la edad de piedra. Son seres simples y más desinteresados que los otros. Quizá menos peligrosos. En proporción geométrica a su ignorancia su prestigio es enorme. Son imbatibles hasta hoy en el medio campesino. Pero van evolucionando rápidamente: muchos usan ya drogas y se van poniendo a la par de los otros.

—¿Y nadie controla a los curanderos en el sagrado ejercicio de su honorable profesión? —preguntó Patricito.

—Hacen lo que quieren —contestó riendo Reyes—. Hasta dan informes médico-legales.

—Pero eso es atroz —exclamó Patricito.

—¿Y qué quieres? ¡Si no hay médicos en la campaña!

—¿A qué achacas el éxito de los curanderos? —dijo Salcedo.

—A nuestra pobreza general. Está en consonancia con nuestro modo de ser, de la poca cultura y de la falta de médicos. Pero irá retrocediendo ante el avance de la medicina universitaria que ahora sale a la campaña.

La tarde declinaba lentamente. Reyes llevó a sus amigos al hotel para beber algo y para presentarles a don Teó. Patricito al ver el anuncio del hotel, exclamó:

—Allí hay una falta de ortografía.

—Cuéntale al hotelero —contestó Reyes riendo.

En efecto, Patricito, ocurrente, superficial, después de conocer al bigotudo don Teó, le tomó del brazo y llevándole afuera le dijo:

—Allí tiene una falta de ortografía. Debe decir primavera y no primabera.

Reyes y Salcedo reían al verlo esforzarse en distinguir los dos bees por medio de las muecas y rociadas de saliva. Don Teó se rascó la cabeza, como dudando, pero reaccionó desfruncIendo las cejas y partiendo la mofletuda cara en dos con el tajo de su amplia sonrisa.

—Invierno se escribe con v corta —dijo—. Es justo que se escriba primabera, para distinguirla de invierno. Así no hay confusión.

—Buen sistema para distinguirlos —contestó Patricito con toda seriedad—. Aconsejaré que se comunique este descubrimiento a la academia de lenguas.

Don Teó le miraba al narigudo amigo de Reyes con cierta aprensión. Interrumpió el coloquio el delegado del Ministerio del Interior, un joven simpático que Reyes conocía de vista. Después de los saludos, dijo:

—He limpiado la cueva de bandidos. ¡Hacían buena pareja el juez y el comisario! Encontré casos de prevaricación a montones y una porción de detenidos con toda injusticia. Al comisario lo eché y al juez le entregué su destitución. Mañana llegará el nuevo comisario, un excelente muchacho. En cuanto al nuevo juez, vendrá uno trasladado de un pueblo del norte. Espero que no le molesten más doctor.

—Así espero —contestó Reyes.

—No se imaginan —continuó diciendo— lo que cuesta encontrar funcionarios correctos. Y si lo son se descomponen al cabo de cierto tiempo.

—Porque se les paga poco —dijo Reyes—. Con sueldo de hambre, están expuestos a todas las tentaciones.

—Sí, es cierto —contestó el otro sonriendo—, pero no está en mis manos cambiar este estado de cosas.

Formaron un corrillo con don Teó en medio que reía de los chistes de Patricito con estruendosas carcajadas. Después fueron a lo de Zorrilla.

Reyes dejó allí a sus amigos para programar un baile en lo de González. Las chicas saltaron de alegría y doña Leandra prometió hacer los preparativos, mientras las hijas corrían con las invitaciones.

Por último, antes de cenar, Reyes les condujo a visitar a don Celedonio sobre cuyo tratamiento deseaba una consulta.

Doña Del Rosario los recibió con alborozo. Don Celedonio, cuyo estado mejorara, hizo los honores de la casa agitado, como a un hombre a quien le falta aire para respirar.

Salcedo lo sometió a un examen concienzudo. Felicitó a Reyes por su éxito y no escatimó alabanzas, hasta el punto que le hizo sentirse incómodo. Salcedo, consciente de lo que hacía, dejó bien sentado el prestigio de Reyes, porque sabía que sus palabras iban a ser repetidas por toda la población. Una vez fuera de la casa aconsejó a Reyes sobre la conducta a seguir. Finalmente fueron a lo de Zorilla que les había invitado a cenar.

La pista para bailar estaba profusamente alumbrada con lámparas de kerosén gasificado y rodeada de sillas donde se ubicaron las mamás y alguna que otra abuela para vigilar la posible picardía de los asuncenos y, para ver a gusto, desde luego, a los bailarines. El piso, solado con ladrillos cuadrados, gastado por el uso, tenía la lisura suficiente para permitir bailar cómodamente, radicando en este mérito su popularidad, excelente pretexto para doña Leandra para ofrecer y para aceptar las fiestas con bailes que rompían la monotonía de la existencia campesina.

Patricito puso mala cara al ver pista tan alumbrada y lugar carente de penumbras o algún rinconcito discreto para un apasionado idilio.

El anillo apretujado de los asistentes fue recorrido por Reyes y sus tres amigos para presentarlos a los buenos tacuaryenses que los comían con los ojos. Doña Leandra, dinámica, hospitalaria, felicitó a Reyes por la terminación de su luto y le rogó que no hiciera planchar a sus invitadas.

—Descuide señora —dijo Patricito que la oyera—. Bailaremos hasta la salida del ómnibus.

Las hijas y otras chicas aplaudieron. Patricito se halló en su elemento; acaparó a las chicas, acució a la orquesta que tocó sus polcas y viejos vals y apuró a los jóvenes remolones o tímidos que no se decidían a bailar. Hurgó con su larga naríz todos los rincones en busca de los mejores palmitos de Tacuary. Hizo chistes y bromas que alcanzaron a algunas buenas abuelas. Se bebió a gusto los famosos licores caseros de doña Leandra y se declaró formalmente a varias chicas que no sabían si tomar o no en serio a aquel bromista. En un ambiente lleno de cordialidad y franco buen humor juvenil transcurrió la fiesta hasta la hora de la salida del ómnibus. La fiesta improvisada resultó un suceso en los anales sociales de Tacuary.

Al día siguiente, después de la consulta, Reyes acudió al hotel, con un dejo de melancolía por la partida de sus amigos. Don Teó le recibió con su alborozo habitual.

—Caramba, caramba, doctor —le dijo— ¡qué paliza le dio a Falcón! Hoy salió muy apurado para su estancia. No se habla sino del golpe que dio.

—Esas autoridades iban a caer de todos modos, bastó un empujoncito y se vinieron abajo.

—De todas maneras, el pueblo está agradecido. Eran un par de abusadores y extorsionadores.

—Bueno, don Teó, dejemos esto.

—Ha dado un buen golpe. Su prestigio aumentará y con Falcón fuera se hizo dueño de la situación. Ahora es dueño del campo; porque Falcón ha recibido un duro golpe.

—No me importa lo que le pase a Falcón.

—¿Cómo qué no? le deja en campo libre.

Reyes se encogió de hombros; pero don Teó algo se llevaba encima porque insistió.

—Quiera o no, le hacía una gran competencia; ahora que se mandó a mudar por un tiempo largo, la plaza le pertenece. Añón es un pobre diablo.

—Quiere decir que para deshacerme de mi competidor he tenido que recurrir a una intriga. ¡Pues, me he lucido entonces! Pero sepa don Teó que Falcón y compañía estaban intrigando para perjudicarme. Les gané de mano.

—Se sabía. Y tenía por cómplice a la población. Me he enterado anoche de lo que maquinaban. Pero usted dio primero el golpe. Ahora muchos están con usted.

—Ya me doy cuenta. Pego más como intrigante que como médico. Paradojas de la campaña.

—Su prestigio como médico ha subido, créalo o no, con esta demostración de fuerzas. Y como médico famoso ya no podrá andar a pie o sobre caballo prestado. Por eso le he visto un tordillo del que se va a enamorar como de una muchacha.

—Con que esas teníamos —exclamó Reyes—. Y, ¿dónde está?

La risa comenzó a sacudir la panza de don Teó.

—Dígamelo enseguida —continuó Reyes y haciendo el gesto de incidirle el vientre de arriba abajo—, o sino le abro esta barriga.

—Cuesta quince mil pesos —contestó don Teó.

Reyes lanzó un largo silbido.

—¡El importe de tres meses de sueldo!

—Pero vale. Le garantizo.

Reyes casi no titubeó; su sueño largamente acariciado era un buen caballo.

—Bueno, viejo marrullero, confío en usted.

—No se va a arrepentir. Mañana lo tendrá.

En efecto, al día siguiente apareció el tordillo que hizo gritar de entusiasmo a Timó. El caballo era soberbio y Reyes lo ad-

quirió sin regatear. Los amigos acudieron para examinar su adquisición y para alabar la belleza de la planta del tordillo.

—Es digno de un médico —dijo Cabrera, que examinó el caballo detenidamente—. Te felicito por la adquisición.

La ruta que señalara el destino quedó fijada. Insensiblemente Reyes se dejó conquistar por la campaña. Al renunciar a volver con sus amigos, renunciaba a la vida capitalina y se decidía, como esos enamorados irremediables de una mujer pobre y sin mayores méritos, por la ruda, penosa, rutinaria y amazacotadora vida campesina. Un sentimiento inenarrable de compasión, de caridad, insensiblemente, persistentemente, le fue envolviendo con mallas invisibles para retenerlo en aquel pueblo que, cual una esquiva mujer, le hiciera resistencia para hacerse más apetecible.

Tres o cuatro días después de la partida de sus amigos, ese 16 de abril de 1942, mientras comía, recordaba a sus amigos y esos tres meses transcurridos.

Suspiró sin saber por qué. Quizá su subconciente se rebelaba.

Este es el pasado de Reyes, un médico que fue por casualidad a la campaña por breve tiempo. "Lo pasado es prólogo" dicen que dijo Shakespeare. Bueno, el prólogo de la corta vida de Reyes es lo que acabamos de relatar.

XII

Serían las diez de la noche cuando volvió al hospital para observar una vez más al enfermito de la mañana. Antes de anochecer lo había visto la última vez y su estado era desesperante. ¡Había tan pocas probabilidades de salvación! Sin embargo, quizá un resto de energía alojado en sus células, que iban perdiendo vitalidad como un acumulador que se descarga, recuperará esa fuerza que anima a los seres vivientes. Su lema siempre fue: mientras hay vida, hay esperanza.

—La pobre Adela debe estar esperándome— se dijo y se echó a la calle. Noche de luna tardía. Sólo las estrellas alumbraban débilmente. Un viento gárrulo contaba misterios de milenios entre las frondas que disfrazaban sus redondeados contornos entre los agudos perfiles de las casas en vagas formas fantasmales. Alguna que otra fogata parpadeaba en la cocina de los humildes ranchos. Los agudos ladridos de los perros trasnochados rompían el silencio de la noche apagando por un instante el croar de las ranas en los charcos. A la diez de la noche el pueblo estaba sumido en ese silencio que olvida la existencia y la actividad humana mientras vela la noche tachonada de estrellas, en tanto la luna se anunciaba tardía por una suave luminiscencia en el horizonte. Reyes caminaba a pasos nerviosos mientras pensaba en mil cosas, como picoteos de pájaros, pero atento sin embargo a las traicioneras boñigas blanduzcas y manchosas perdidas en el pastizal. También había que cuidarse de las vacas echadas y disimuladas en las sombras. Bruscamente el hospital se anunció con su mole angulosa que cortaba la mancha negra de la noche con su geométrica forma. Luces se filtraban por las hendijas de las ventanas, denunciando

el sufrimiento de algunos pacientes que velaban sus enfermedades. Siguió la senda que, como una larga serpiente, arrancaba del portón y se perdía hacia el edificio, resaltando en el negro terciopelo del pastizal del patio... Pronto sus pasos resonaron en el zaguán y la galería que daba a la salita de aislamiento. A pesar del calor habían cerrado la puerta, como si con ello cerraran el paso a la Implacable. Reyes empujó una de las hojas de la puerta que se abrió con suave chirrido. A la luz de las velas de sebo que dibujaban en las paredes sombras gigantescas, velaba Adela con la madre y un grupo de mujeres. Ni siquiera movieron la cabeza para inquirir su entrada; todos, tensos, expectantes, clavaban sus miradas ansiosas en la cara del enfermito. Reyes se acercó de puntillas para observar a su vez. El pobre infante, mas parecía un perrillo que un ser humano, con aquellas sus arrugas de la piel deshidratada. Apenas respiraba. En vano buscó Reyes el pulso. Con el estetóscopo oyó un lejano batir del corazón. Cambió una mirada con Adela, mirada de cómplices. Movió negativamente la cabeza.

—No hay nada que hacer —pensó— pronto se irá su vida.

Ocupó una silla para esperar el desenlace, porque la pareció una cobardía retirarse en ese momento. Por un momento su mirada se encontró con la de la madre y la halló sorprendentemente cargada de odio, preñada de mudos reproches.

El tiempo huía en el suave chiporroteo de las velas, que se consumían en competencia con aquella vida que se iba en agráz.

—La vida es una bujía que se consume —pensó. Quiso recordar el autor de la frase, pero su memoria falló. Veía el sebo derretido resbalar por el ya reducido tronco de la vela, formando un laguito que se solidificaba rápidamente; nuevos arroyuelos se formaban cubriendo los anteriores. El pabilo se ennegrecía y se retorcía en su agonía, mientras la luz saltaba con pequeños estallidos haciendo bailotear las sombras.

De pronto Adela se incorporó y la madre se echó sobre el hijo. El chico ya no respiraba y la madre al notarlo perforó el silencio de la noche con un grito agudo al que siguieron otros que corearon los parientes, poseidos súbitamente de locura; se retorcían como atacados por agudos dolores. La madre tomó el mísero cuerpecillo que apretó contra su pecho mientras aullaba con los ojos desencajados. Como una ola, el histerismo colectivo atacó las mentes súbitamente desequilibradas, contorsionando los rostros, desgarrando las ropas, despeinando las cabelleras...

Reyes, inmóvil y con cierto horror, miraba como se golpeaban el pecho, luchaban por el mísero cadáver y gritaban y balbucían palabras casi incoherentes. Cumplían un rito que venía de épocas cavernarias y que no se borrara aun con la goma de borrar de la civilización.

De pronto la madre le vió, y así, como en épocas remotas imprecaban a los espíritus malignos, la madre descargó sobre Reyes sus temores ancestrales, escupiéndole su odio, su dolor, su impotencia.

—¡Asesino! ¡Asesino! —le dijo—; Ndé re yucá che membype! (¡Has matado a mi hijo!) ¡Si, si! Fríamente, porque somos pobres y sin amparo; porque nadie va a castigarte por tus crímenes. Si, tu crimen, porque has probado un nuevo procedimiento bañando a mi hijo y lo has matado; porque no es tu hijo y no te importa. ¡Por qué habré venido mi Dios!

El coro de lamentaciones había callado para escuchar la invectiva. Reyes más apenado que indignado salió con pasos tardos de la estancia.

Apenas franqueó la puerta, el llanto colectivo estalló con más fuerza, con más furia. Curiosos, como brotados de la noche acudían en tropel.

—Como cuervo al olor de la carroña, acuden para satisfacer su morbosa curiosidad, ávida de acontecimientos —pensó Reyes, con una mezcla de repugnancia y de pena.

En el cielo, la luna indiferente, clareó las tinieblas.

• • •

Los días, bastante atareados, pasaron con mucha rapidez. Abril terminaba con días más frescos y cielo limpio. Como ya tenía su caballo, Reyes se sentía independiente y no se privaba del placer de montar para evadirse de la rutina diaria, para visitar a sus nuevos amigos que vivían algo alejados del pueblo. Fue así que satisfizo la invitación de don Carlos Richet, su ex paciente agradecido, que insistiera en varias oportunidades para que lo visitara en su finca de Solano-cué, a tres leguas del pueblo.

Ese domingo, temprano, montó su tordillo y a pasos tranquilos se alejó del pueblo siguiendo el camino marcado por las ruedas de las carretas. Un aire primaveral barría el valle por donde iba. Las

lejanas cumbres de los cerros cortaban el horizonte, mientras los bosques se azulaban a medida que se alejaban. La campiña se partía en ondulosos sectores, salpicada de casitas refugiadas a la sombra de los árboles. La ruta, avallada a los costados por alambres con puas, se perdía entre las ondulaciones; por ella transitaban, escoteros, los campesinos que iban al pueblo a escuchar la misa tardía. Reyes siguiendo la costumbre campesina, saludaba a cada viandante, que devolvía respetuosamente el saludo y que volvía la cabeza, curioso, para contemplarle una vez más. Las que más miraban eran las mozas que le obsequiaban con una sonrisa insinuante. Reyes, divertido, les devolvía el saludo con un tono intencional. La mayoría iba descalza y sus vestidos eran en general pobres. Algunos, más pudientes, montaban caballitos criollos y llevaban a la grupa a sus mujeres; pero eran los menos.

Siguiendo las instrucciones cruzó un arroyuelo cantarín con su lecho de blanca arena y sus ondas coruscantes bajo el luminoso sol. Subió un empinado camino carretero que le llevó a una especie de meseta, arbolada por copudos timboses y monteada por los tacurúes. Divisó el techado de zinc como a un kilómetro. Picó su tordillo y en pocos minutos saludaba en la tranquera a don Carlos que salió a recibirlo mientras él cruzaba los barbechos que se extendían delante de la casa. Richet le saludó con mucha efusión y lo llevó a un sotechado situado a un costado de la casa; allí dejó al tordillo a manos de un peón. Luego fueron a la casa, en cuya entrada le esperaba la señora de Richet, dama alta, airosa y de sonrisa amistosa. Sus manos, de campesina laboriosa, callosas, con los eponiquios agrietados, estrecharon la de Reyes con firmeza varonil.

—Está en su casa —dijo— Pero le prevengo que estoy celosa; porque Carlos no hace sino hablar de usted y de su visita.

Reyes quedó sorprendido al entrar en el amplio living comedor, con divanes de cuero y alegres cuadros en las paredes.

—¿Ha desayunado? —preguntó oficiosa doña Petrona.

—Si, gracias.

—Entonces, café.

Reyes aceptó. Se instalaron en los asientos y al poco rato le servían el café humeante y oloroso en tacitas de porcelana.

—Delicioso, señora —alabó Reyes— y más aun en estas tacitas.

—Restos de pasada opulencia —dijo Richet, satisfecho.

Después le invitaron a recorrer la finca. Reyes quedó asombrado por las comodidades que ofrecía: amplios cobertizos cubrían los chiqueros, el gallinero, el tambo. Limpieza y orden inusuables en la campaña.

El huerto y la capuera cultivados con variedad de productos. El ganado, fino. Por último, visitaron la casa de la peonada, amplia, higiénica.

—No salgo de mi asombro —dijo Reyes —Jamás imaginé en este rincón tan apartado encontrar una quinta como la suya, don Carlos. Está en violento contraste con la modalidad paraguaya.

—Gracias— contestó don Carlos, satisfecho.

—¿Y esto no sirve de ejemplo para los demás?

Sonrió Richet, pero no comentó nada.

—Además usted se autoabastece.

—Sí, tengo de todo un poco. Pero todo lo que hice no es sino un pálido reflejo de lo que hubiera podido hacer. Estoy demasiado lejos del tránsito general. Estoy, diríamos estancado.

Volvieron a la casa. Fueron al despacho de Richet. Allí Reyes recibió otra sorpresa. En amplios armarios una rica biblioteca estaba encerrada.

—¡Qué riqueza, don Carlos! —exclamó Reyes, abriendo los armarios y examinando los libros. Ricas colecciones de obras completas de autores célebres alternaban con libros de historia, de antropología, de biología, en francés, alemán y castellano. Libros técnicos agropecuarios ocupaban casi toda una alacena.

—Aquí hay como mil quinientos volúmenes —dijo Reyes.

—Así es —contestó el dueño de casa— Los buenos libros me apasionan. Los fuí adquiriendo poco a poco. Están bastante manoseados por mí y por mis hijos que ahora están en las facultades de Asunción. Lleve los libros que le agraden.

—Gracias. Si, creo que he descubierto un filón inagotable.

Ocuparon cómodos asientos y Richet sirvió una caña añejada que paladearon lentamente. Conversaron extensamente sobre mil cosas y Reyes terminó relatándole sus andanzas y sus líos en el pueblo. Richet escuchó atentamente.

—Cuando vine a la campaña, jamás me imaginé hallar los obstáculos que me oponen —se quejó Reyes.

—Todo lo que le ocurrió no obedece sino a una misma causa: a la falta de cultura. En el Paraguay, como en otras partes del continente americano, hay una crisis le cultura; sobre todo si lo entendemos en su sentido etimológico que quiere decir cultivo.

Desde luego que hay cultura, pero no esa cultura que favorece la evolución, el progreso. Vea usted no mas la agricultura paraguaya: está como en los albores de la civilización, la edad neolítica.

—Algo por el estilo le dije a doña María Zorrilla cuando hablábamos de curanderos y, me dijo: "caramba, doctor, no creía que fuéramos tan atrasados". Pues, yo le digo lo mismo: ¿tan atrasados estamos en agricultura como para decir que no superamos la edad de piedra?

—Bueno, —dijo sonriendo Richet— es un modo exagerado de decir; pero vea usted el panorama campesino. Muchos aran todavía, como en aquellas remotas épocas en que los metales no fueron aun descubiertos, con arados de madera, procedimiento atrasado que impide hacer un buen cultivo. ¿Se ha fijado usted en los ranchos? ¿Vió usted el material que se usa para construirlos? Estacas, isypoes, paja y barro: el mismo material que ya usaban nuestros antepasados en la edad neolítica y que aquí no fue superado todavía. El piso de los ranchos es de tierra más o menos apisonada. Duermen en camas de trama de cuero que muchas veces no tienen un clavo, como si no hubieran llegado a la edad de los metales. Y hay carencia de utensilios... Si no se rompe este modus vivendi el campesino será tan atrasado como hoy, dentro de veinte, treinta años... Dígame ¿no es esto una falta de desarrollo de la cultura? En este pleno siglo veinte, ¿cómo el Paraguay va a competir en le campo internacional con una agricultura retrasada?

Reyes le escuchaba con atención, sin decir nada. Richet se agitaba en su vehemencia francesa, accionando vigorosamente.

—Y así como estamos atrasados en agricultura —continúo diciendo— estamos muy atrás en muchísimas otras cosas. ¿Por qué? Porque no evolucionamos. Y no evolucionamos porque no existen factores estimulantes que empujan hacia los cambios favorables. Estamos frente a una encrucijada: no sabemos lo que necesitamos, no sabemos a donde ir y por lo tanto no sabemos qué debemos hacer.

—¿A qué se debe todo esto que dice?

—A que no sabemos filosofar. Porque no sabemos enfrentar las realidades, porque... no tenemos ojos para verlas, ni manos para asirlas. ¿Se ha enseñado a los paragayos a pensar correctamente? ¿Dónde está la Facultad de Humanidades, directora del pensamiento paraguayo? Ahí está la causa de la crisis de la cultura. La Universidad no estudió humanidades, sino leyes. Las leyes cubrieron las realidades. El paraguayo quisiera develar las realida-

des y se ha afanado en inútiles esfuerzos y en estériles ensayos. Los políticos saben de leyes, pero no conocen Antropología, Historia, Agronomía ni Veterinaria en un país agropecuario.

—Nuestros males tienen similares en otros pueblos americanos.

—Desde luego. Pero hay una gran diferencia. El Paraguay tiene una unidad étnica que no tienen otros países que se debaten en la diferencia de razas. El Paraguay pudo superar sus problemas con una orientación adecuada porque tenía y tiene un material humano apto para una marcha ascendente. Lo digo yo, Carlos Richet. Se habla con justa razón de una raza paraguaya, magnífico barro para moldear en perfecta euritmia una forma acabada. ¿Pero dónde está el artífice?

—Sí, ¿dónde está? —dijo Reyes maquinalmente.

—Ese artífice saldrá algún día de los claustros de la Universidad; pero entendámonos, de una Universidad remozada, ampliada, profundizada. Mientras sólo se estudien leyes y se ignoren los factores antropológicos, la psicología, mientras no se hurgue en nuestra historia, eliminando de ella la pasión que la domina, mientras no conozcamos bien las posibilidades de esta tierra, que sólo pueden verse con los ojos bien abiertos, no iremos adelante.

—Mientras tanto —dijo Reyes —vivimos un mundo paraguayo sofisticado. Yo conocía una campaña de leyendas, algo como un vergel, con mozas airosas, de typoi y de kyguá verá, con raidos potí que flirtean a las canéforas que vuelven del ycuá. En cambio encontré una miseria de la que se sale con la emigración.

—Así es —contestó Richet— Podemos decir, hablando figuradamente, que el paraguayo está en una prisión. Preso de la pobreza, preso de las enfermedades, preso de la ignorancia y hasta preso de su mediterraneidad.

—¿Para usted, don Carlos, este estado de cosas durará mucho?

Pensó un rato Richet.

—Depende —dijo— de muchos factores. Para mí, en primer lugar, del ensanchamiento de la cultura que modificará el criterio de los caudillos políticos. Es indispensable que éstos sepan doctrinariamente lo que debe hacerse. Este ser o no ser paraguayo encierra la tragedia. Hace un rato me dijo que vino engañado aquí, que le habían mentido. Pero, le pregunto: ¿realmente le engañaron a sabiendas? ¡No! El paraguayo se engaña a sí mismo y hasta habla en grado superlativo de cosas que no existen. Las mozas de kyguá verá, con typoi de encajes, han desaparecido hace rato. Lo que ocurre es que como ya le dije, no hay ojos para ver, ni oídos

para captar las realidades. Usted encontró aquí solo pobreza: pobreza material, pobreza intelectual. Nadie comprende la situación campesina. No se sabe nada, ni siquiera lo que come...

—Se sabe —le interrumpió Reyes— En la cátedra de la clínica médica se han ocupado y demostrado la desnutrición paraguaya.

—Se sabe muchas cosas y muchos se han ocupado de los problemas; pero no hieren la sensibilidad de aquellos en cuyas manos está la solución. Como no comprenden, poco les importa que el agricultor se muera de hambre o viva en ranchos insalubres. No ven, por ejemplo, la gran emigración que lleva al extranjero a los mejores materiales humanos. Y por otro lado se habla para introducir inmigrantes para reemplazarlos. He oído a muchos despreciar a los paraguayos y a su idioma, el guaraní.

—Y vienen los inmigrantes y luego se desilusionan —dijo Reyes.

—Así es, amigo Reyes. Venimos gringos, como yo, a la campaña para cultivar la tierra. Pero, ¿cuántos quedamos? Casi nadie; o van a la capital o, de productores se vuelven comerciantes o artesanos. Se van los gringos porque sencillamente no hay estímulo en la campaña para los que cultivan la tierra porque el sistema que se estila aquí es caduco; por lo tanto, la cuestión no es renovar la población, sino consiste en cambiar el sistema. Debe venir una revolución agraria y pecuaria, renovadora y salvadora. Y vendrá cuando la cultura de los dirigentes haya cambiado radicalmente.

Fueron interrumpidos por doña Petrona.

—Es hora de comer —dijo— el doctor debe tener apetito. Cuando mi marido se enfrasca, doctor Reyes, es una charla, olvida otras cosas inclusive comer.

—Le recomiendo doctor que no se case. Las señoras tienen la mala costumbre de interrumpir las más sabrosas conversaciones.

—Es mejor que te calles —le dijo Petrona echándole el brazo al cuello— porque tienes que soportarme todavía mucho.

Cuando llegaron al comedor, Richet hizo aspavientos.

—Caramba, caramba. Tiene suerte el doctor Reyes. Le cayó bien a la patrona —dijo— Parece que está de buen chipá y cuando está así, hace maravillas.

La mesa exhibía cubiertos de plata y fina cristalería. La locería, porcelana de Limoge, sobre mantel de aó poí.

Doña Petrona sirvió la sopa, un soóyosopy.

—Delicioso, señora —exclamó Reyes saboreando el popular plato— Si les sirvo esto a mis enfermos, se curan enseguida.

La dueña de casa sonrió complacida.

—Ustedes han mezclado lo paraguayo con lo europeo. Fina porcelana sobre mantel paraguayo.

—Es el símbolo de América —contestó Richet— Mi mujer y mis hijos paraguayos, yo gringo. Así se ha fundido en este crisol la nueva raza americana que quizá sea el hombre del futuro.

Los platos se sucedían abundantes y apetitosos: un lechón tierno al horno; ensalada de tomates; sopa paraguaya, que no es sopa; pollo con arroz. Todo regado con finos vinos. Como postres, variedad de dulces paraguayos que Reyes no comiera desde la muerte de su tía. Reyes se deshizo en alabanzas sinceras que, visiblemente, halagaron a doña Petrona.

De sobremesa quedaron conversando largamente, mientras humeaba un café delicioso. Reyes rechazó el cognac.

—Después de este banquete pantagruélico —dijo— ya nada cabe en mi dilatado estómago. Yo ya había olvidado que se podía comer tan bien.

—En el Paraguay comemos mal por ignorancia y por falta de organización. Es otra manifestación más de incultura —comentó Richet.

—Dígame don Carlos —dijo Reyes— ¿Qué vientos le trajeron al Paraguay?

—Una herencia —contestó Richet— Heredé a un tío mio, hermano de mi madre que hizo una pequeña fortuna en el Paraguay. No me fue difícil adaptarme aquí porque mi niñez transcurrió en una pequeña ciudad española donde mi padre era cónsul. De modo que hablaba perfectamente el español. Mi titulé agrónomo en Lyon. Pronto perdí a mis padres y entre mis parientes estaba este tio mio que vivía en el Paraguay con quien me carteaba cariñosamente. Un día me llamó porque estaba enfermo de gravedad. Y fue así que vine aquí y, me quedé. Las primeras impresiones fueron profundas y decisivas. Venía procedente de Buenos Aires en el tren internacional allá por el año 1922. Había revolución y los revolucionarios detuvieron el tren en Paraguarí. Quedamos toda una noche en pleno campo, comidos por los mosquitos y cansados de los duros asientos. Por la madrugada bajé del coche para estirar las piernas y para ver y oir algo. Los paraguayos tomaron las cosas con calma. Formaban corrillos y tomaban mate, costumbre que yo desconocía. Caminé entre aquellas gentes que hablaban castellano y guaraní. Me sentía solo. Una señora que mateaba con los suyos, gentes de humilde condición, me pasó el

mate diciéndome: "a buen tiempo señor". Me pareció una descortesía negarme; tomé el adminículo y le dí una chupada al canuto de plata, tal como había visto hacer. Me quemé la lengua. La buena señora me acomodó un asiento con mantas y me invitó a sentarme. Me senté y terminé de vaciar el porongo. Al poco rato me sentí cómodo y me hallé charlando con aquella buena gente y tomando mate tras mate. Me sentí eufórico y el sueño y el cansancio desaparecieron. ¡El milagro de la yerba mate! La buena samaritana preparó el desayuno que consistía en mate dulce y chipá, un chipá sabroso. No había cenado y, con la influencia del mate, me hallaba con un apetito atroz; de modo que devoré mi ración ante la mirada complacida de la buena señora. Cuando terminé el desayuno me sentí con ganas de pasear y como la mayoría iba a la ciudad a inquirir noticias, me agregué a un grupo. Y aquí viene lo bueno: antes de despedirme de mi anfitriona pregunté cuánto debía por todo lo que había consumido. Sencillamente me dijeron que nada. No quise creer tanta generosidad que, insistí. Pero ellas también insistieron en su negativa. Entonces quise hacerles una donación voluntaria; pero la señora me contestó que en su país no se cobraba por la hospitalidad y dio muestras de ofenderse. El marido me llevó a un aparte y me rogó que por favor no insistiera porque su mujer se estaba enojando. Entonces me despedí, agradeciéndoles muchísimo lo que habían hecho por mí, un desconocido, y me fuí pensando en la forma de retribuirles sin que se ofendieran. Nunca más los vi. En el trayecto al pueblo, un mozo joven, simpático, hijo de un estanciero, como supe más tarde, se me ofreció de cicerone y alegremente emprendimos camino. Le referí la generosidad de aquella gente para con un desconocido y demostré mi sorpresa. Me contestó riendo que no había nada raro, porque era lo habitual en el Paraguay. Aquello me dió por cavilar y me decía: "¿qué país es este que dice a buen tiempo a un desconocido, le trata gentilmente, le alimenta y se disgusta porque quiere poner precio a una cortesía?". Pese a mi juventud, he viajado mucho; pero le aseguro que jamás encontré ese a buen tiempo en otra parte. Y no fue la única, sino que en mis andanzas por el Paraguay, siempre encontré, espontáneo y desinteresado ese único "a buen tiempo". Y no mentiría que fue ese "a buen tiempo" que me amarró a la tierra paraguaya, hospitalaria como pocos países.

—¿Por qué no dices que te quedaste por las mujeres hospitalarias? —dijo con cierta acritud doña Petrona.

—Me he quedado porque me gustó todo el Paraguay, querida.

—¿Vas a negarme que corrías detrás de las polleras?

—Estás hablando de cuando era soltero, hasta que te conocí. Y fueron flirteos intrascendentes. En Francia decimos: **cherchez la femme.**

—Y este sinverguenza siguió chercheando —replicó doña Petrona con tono desabrido.

Richet puso una cara hipócritamente compungida que desató la hilaridad de Reyes. Los otros se contagiaron de la risa, terminando el incidente.

XIII

Fines de mayo. El frío hacía tiritar a los enfermos que esperaban en el zaguán y en el corredor interno. Los hombres envueltos en sus ponchos de tosca bayeta o de burdo tejido de lana, con más algodón que lana, mascaban el tabaco y escupían su jugo marrón en el suelo, salpicando el friso azul de la pared llenándolo de lunares. Las mujeres procuraban cubrirse con sus rebozados mantones la cintura y los muslos, cubiertos con sayas de tela liviana. Los chicos temblaban en sus ligeros vestiditos de algodón, mientras el moco corría de las narices. Esperaban sentados en los largos bancos sin respaldos, agitando los descalzos pies, sucios por el barro de los caminos, en un contínuo movimiento para desentumecerlos. La mayoría tosía, y lo hacían sin cubrirse la boca, de modo que el ámbito se llenaba de gotitas portadoras de contagio.

Estos consultantes esperaban a que los llamasen con una infinita paciencia. Esperaban con esa paciencia, armada de resignación, sin amago de protesta, sometidos al capricho del dadivoso. Esa habilidad para esperar es una virtud que venía de lejos; en parte quizá de los antepasados indígenas sometidos al hispano y en parte a esa obligación paraguaya de esperar largamente en las estaciones de ferrocarriles, en las oficinas públicas, en los negocios, ante las cárceles, en las comisarías, en las festividades patrias con espectáculos que nunca comienzan... Es el arte de la espera del humilde necesitado, del eterno esperanzado que hizo de una necesidad una virtud.

Reyes era un funcionario que no se hacía esperar más de lo necesario. Acudía puntualmente a horario y se sentía molesto cuando debía obligar a algún paciente a una espera prolongada.

El frío no era ningún obstáculo para que dejaran de acudir al hospital. Venían en busca de antigripales y de expectorantes para los engripados que tosían como si fueran a echar los pulmones a pedazos; quinina para los palúdicos, pomadas para fricciones para calentar los entumecidos miembros mientras dormían en sus duros lechos.

Consultaba una viejecita arrugada, encogida por el frío.

—Che caraí —decía— me duele mucho mi reuma.

Tiritaba a pesar del braserillo donde ardían carbones que Reyes hiciera poner para combatir el frío que entraba por la ventana sin cristales y que debía quedar parcialmente abierta para dar luz.

Hizo tender a la paciente sobre la mesa de inspección. Bajo su falda de liviana tela cubría su piel el typoi, pero no llevaba bombacha.

—No sé cómo no muere congelada —pensaba Reyes, mientras la palpaba— ¡sin ropa y sin panículo adiposo! ¿Será una modalidad de adaptación?

—Necesita mas ropa abrigada; el reuma se combate con calor —le explicó Reyes.

—¿Y donde quiere que encuentre más ropa, si soy muy pobre, che caraí?

Argumento que no tenía réplica.

—Le voy a recetar una pomada que le hará mucho bien.

—¿Para friccionarme? Eso es lo que necesito.

Para el campesino y en general para el pueblo humilde el yepichy (fricciones) con algún líquido o pomada era la panacea de un tercio de la patología popular.

La viejecita no sufría ninguna afección grave, pero notó las huellas de una alimentación deficiente, aunque por otro lado había adquirido una resistencia orgánica extraordinaria.

Entró una madre con su hijo, un lactante, que padecía de una congestión pulmonar. El chico, rollizo, como son los amamantados, respiraba agitado y tosía con la energía de un adulto. La madre lloraba mientras desliaba el pañal de tosco bombasí.

—Tiene pulmonía —dijo Reyes después de auscultar los pulmones— hay que hospitalizarlo.

—Si, doctor —contestó la madre.

—Pero este chico enfermó hace varios días señora. ¿Por qué me trae tan tarde? Está grave.

—Le cuidaba Añón —dijo, mientras se secaba las lágrimas con el pañal del chico.

Sin contestarle Reyes llamó a Adela para que se hiciera cargo del enfermito y de las indicaciones. Al ver a Adela la madre, que la conocía, estalló en sollozos.

—Es mi hijo, mi hijito, Adela.

Adela sonrió, envolvió al chico en una frazada y lo llevó seguido de la madre que lloraba a moco tendido como si llevaran al chico al matadero.

Entraron al enfermo en un camastrón de trama de cueros. Venía sentado y daba bocanadas de aire, mientras un concierto de silbidos escapaban del pecho. Era un mal asmático que ponía cianótico al individuo.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó Reyes.

—Como ocho días; pero empeoró los cuatro últimos a pesar del humo que le hace oler don Añón. Se siente morir y por eso pidió que lo trajeran aquí —dijo uno de los acompañantes que parecía ser el hermano.

—Y si se va a morir ¿por qué lo trajeron? Debieron dejarlo en su casa —contestó Reyes en un rapto de impaciencia, porque a veces la estupidez de los campesinos le encocoraba.

El otro le miró sorprendido y confundido.

—¡Quiso morir en el hospital! —contestó, como si eso fuese obligación. Pero el enojo de Reyes fue muy pasajero; sonrió y dijo:

—No sólo no va a morir, sino que lo aliviaremos.

—Añón dijo que ya no tenía remedio.

—¿Con qué añá? —contestó Reyes— El diablo siempre yerra. Ya verá como le ponemos en condiciones para volver pronto a su casa.

No era Reyes muy amigo de hacer pronósticos rotundos; pero esta vez contaba con su virginidad para las drogas. En efecto, le hizo aplicar una ampolla de adrenalina y, el paciente, con sorpresa y algazara de sus familiares, se sintió mejorado. Reyes le hizo hospitalizar para controlar las crisis y para aislarlo de factores alérgicos.

Finalizada la consulta del día cuando Sosa introdujo a un mozo garboso de sobretodo.

—¡Trujillo! —exclamó Reyes, abrazando al recién llegado.

—Aquí me tienes —le contestó Trujillo, que retribuyera el

abrazo— vengo a llevarte para que comamos en casa. Acabo de llegar de Asunción.

Reyes despachó rápidamente a sus pacientes, mientras Trujillo lo miraba trabajar. Al poco rato marchaban en animada charla hacia la casa de doña Felipa. Esta había preparado un banquete. No cesaba de mirar al hijo y casi no comió.

Reyes brindó por el éxito de Trujillo.

—Gracias Reyes — le contestó— con tu ayuda me irá todo bien.

—Nos irá bien —dijo Reyes.

—Abogaremos por el progreso espiritual de Tacuary — continuó Trujillo— Somos dos universitarios que marcaremos caminos hacia un rumbo mejor.

Doña Felipa escuchaba feliz los proyectos de los dos jóvenes. Para ella, lo fundamental era que su hijo se radicaba en el pueblo. El resto era accesorio.

—Tío Alberto se va a casar —dijo de pronto Micaela.

—¿Qué sabes de estas cosas, mocosa? —le contestó el tio con risa en los labios y en los ojos.

—Abuela el otro día le contó a doña Leandra.

—Sí hijo, estoy enterada. Y si quieres casarte, no seré yo quien se oponga.

—Bueno mamá; algo hay, pero nada seguro todavía.

—Por mí que sea pronto y, ojalá que el doctor Reyes haga lo mismo con una tacuaryense.

—Tu mamá quiere casarme desde que llegué —contestó riendo Reyes.

La sobremesa fue larga; los dos amigos se enfrascaron en la preparación de una larga lista para surtir la farmacia.

A los pocos días Trujillo abrió la farmacia. Para Reyes fue la liberación de las preocupaciones que le ocasionaba la obtención de medicamentos para sus enfermos particulares. También Trujillo era un amigo de cuya compañía jamás se cansaba. Tomó la costumbre de acudir a la botica una vez libre de sus obligaciones y, allí, mirando trabajar a su amigo, iniciaban largas conversaciones sobre proyectos para el futuro.

Su prestigio de médico capaz le obligaba a viajes frecuentes a los pueblos vecinos, carentes de asistencia médica universitaria; porque curanderos no faltaban y había de todas las especies. Sin embargo, la tolerancia y la innata bondad de Reyes permitió un contacto con los curanderos que se hicieron sus amigos y se con-

virtieron en sus colaboradores. Esto sucedió en Carrizal y San Javier; pero en los otros pueblos rehuyeron su contacto y le declararon enemigo. Reyes se encogió de hombros y se despreocupó de aquella gente.

En Tacuary el problema curanderil estaba intacto y los curanderos le hacían a Reyes la competencia como si fueran titulados universitarios. El campesino, pese a la demostración de capacidad de parte de Reyes, se mantenía fiel a sus curanderos. La tradición era muy fuerte y la presencia de Reyes muy reciente. Falcón después de su fracaso para echar del pueblo a Reyes, se alejó del pueblo y se dedicó a su estancia; pero acudía de tanto en tanto a Tacuary para una consulta subrepticia, llamado por algún señorón del pueblo. Se decía que Falcón esperaba la coyuntura para volver al pueblo porque Reyes no se iba a quedar mucho tiempo. Reyes, de su parte, no tomó ninguna medida contra la curandería, decidido como estaba, a ignorarla; pero los curanderos se decían perseguidos y actuaban en una clandestinidad impuesta por ellos mismos. De esta manera fortalecieron su prestigio, porque el humano, desde Eva, gusta del fruto prohibido. Era el caso de Añón. Curandereaba a escondidas y, más por la compañías que por el pueblo, haciéndose el perseguido y el mártir. Reyes sabía de sus actividades, pero no le daba mayor importancia. Pero, sin pensarlo, tuvo un incidente con él. Una noche de junio, oscura y con una llovizna pertinaz envuelta en ráfagas de viento helado, llamaron a sus puertas. Reyes se vistió rápidamente, encendió la lámpara y abrió su puerta. Entró en la sala de espera un campesino emponchado que traía en brazos a un chico como de ocho años que gemía y escupía sangre. Ya en el consultorio Reyes inquirió:

—¿Qué le pasa al chico?

—Se operó de la angina y ahora tiene hemorragia. Escupe y vomita sangre pura.

—¿Cuándo se operó?

—Hoy.

—¿Y por qué lo trajo de Asunción?

—Se operó aquí.

—¡Se operó aquí! ¿Y quién le operó?

—Añón...

—¡Añón!

—Sí, doctor, Añón

—¡Pero está loco ese hombre!

Armado de una linterna le hizo abrir la boca al chico que, evidentemente era un adenoideo que respiraba con dificultad y se ahogaba con las bocanadas de sangre originadas por algún vaso abierto.

Con mucho trabajo pudo examinarle y descubrir lo que había ocurrido. En efecto, había sido operado: con uno de esos sacabocados antiguos que se usaban para la amigdalotomía, le habían extraido de cada amigdala hipertrofiada, sendos trozos de la glándula, dejando dos muñones que sangraban sin cesar. El chico boqueaba por la anemia. Lo llevaron rápidamente al hospital donde a fuerza de inyecciones coagulantes y procedimientos locales, después de una larga lucha, detuvieron la hemorragia. El chico de por sí canijo, quedó blanco a fuerza de palidez y con las arterias danzando débilmente en el cuello. Reyes que esa noche ya no durmiera se enteró de los detalles que llevaron a la intervención quirúrgica. Como el niño se resfriaba constantemente y hablaba con voz gangosa, le llevaron al médico Añón por consejo de la abuela. Añón diagnosticó angina crónica y explicó que una simple operación le curaría de sus resfriados. Se ofreció operarlo por una vaca lechera gorda y con cría. Quedaron convencidos y el papanatas del padre le entregó la vaca con cría —la única que tenía— por medios legales, pago adelantado, porque frecuentemente los pacientes, una vez curados, se olvidaban de pagar. Terminada la transacción legal de la vaca, Añón le hizo venir a su casa y le operó en un abrir de boca, extrayéndole dos trocitos de amigdala, jactándose de su habilidad que le permitía operar con rapidez como el mejor de los especialistas de Asunción. Explicó además que la operación debía de sangrar un poco y apuró al padre para que lo llevara a su casa con la mayor rapidez y que lo acostara. El campesino vivía a dos leguas del pueblo y llevó a su hijo en brazos, porque no tenía montado. El chico sangró desde la operación, sin parar; pero el padre estaba esperando de que cesaría espontáneamente, como le había explicado Añón. Pero llegada la noche el chico empeoraba y la preocupación aumentaba; entonces recordaron al doctor Reyes y, gracias a un vecino que le ofreció su caballo, pudo llegar a tiempo para evitar que su hijo se le muriera.

Al día siguiente el chico ya no sangraba y Reyes le permitió que tomara líquidos. Una numerosa parentela rodeaba al enfermito comentando en voz baja. Benítez, curioso como siempre, me-

rodeó por la sala del enfermo y trajo a Reyes el resumen de la impresión general de la parentela.

—Dicen que se salvó gracias a las inyecciones y le reprochan al padre por no haber acudido a Añón, que lo mismo le hubiera hecho lo que usted le hizo.

—De modo que no le inculpan a Añón.

—¡Pero qué esperanza, doctor! Dicen: oyaby minte la caraí Añón (se equivocó un poco el señor Añón).

—¡Con que oyaby minte! —dijo Reyes.

—Y que curó gracias a la Virgen del Rosario, por intermedio de una promesa de la abuela.

—Así es, Benítez. Recuerdo un dicho francés: "Yo le cuidé" dice el médico; "Dios me curó" dice el paciente.

Ese día la consulta terminó pronto. Reyes después de observar una vez más al enfermito, le dijo al padre:

—Vamos a casa de Añá Añón; le diré que le devuelva la vaca. Lo que hizo fue un robo.

—No doctor, que le quede nomás. Total el chico se salvó —contestó el pobre hombre asustado por tamaña osadía.

Pero Reyes insistió.

—Si no me acompaña le haré poner preso a los dos; a él por criminal y a usted como cómplice. Porque entre los dos hicieron una porquería: casi matan a un pobre chico.

El padre se decidió, porque si algo teme el campesino es la acción de la autoridad. Siguió de mala gana a Reyes. La casa de Añón, una azotea de cuatro puertas sobre la calle, elevaba su alta fachada sobre una calle transversal a la principal y cerca de la iglesia; de modo que estaba en el barrio de la aristocracia tacuaryense. Reyes golpeó con energía una de las puertas. Se abrió otra por el propio Añón. Este frisaría los cuarenta y cinco años, era obeso, con panza prominente, trompudo como un proboscidio, cejudo bajo un cráneo pelado.

Quedó parado en el umbral, evidentemente sorprendido y sin atinar a nada porque comprendió que algo grave ocurría al ver al padre del chico refugiado detrás de la espalda de Reyes.

—Venimos por la vaca que le robó a este señor —le espetó Reyes, enfrentándole como a dos pasos—. Si se niega a devolver le denunciaré y le enviaré a la cárcel por conato de asesinato y práctica ilegal de cirugía especializada.

Añón en realidad era un pobre hombre que siempre medraba a la sombra poderosa de Falcón. Quedó confuso ante las pa-

labras rimbombantes de Reyes quien ex profeso lanzó sus pedantezcas palabras para impresionarle.

—Está bien —dijo.

—Exijo la vaca y el certificado de venta —le dijo Reyes.

Añón desapareció un rato, mientras Reyes permanecía a la puerta y los vecinos y algunos transeúntes se acercaban expectantes. Reyes se arrepintió de su impulso; pero ya era tarde. Reapareció Añón con el certificado que le pasó a Reyes, y le dijo al dueño:

—Pase por el portón al patio. Allí está la vaca.

El hombre, pensando que recuperaba, al fin y al cabo su vaca, se apresuró a entrar, y al poco rato salía apurándola con una vara.

Reyes rompió en mil pedazos el certificado y le entregó al otro que, no sabiendo qué actitud adoptar, se guardó los fragmentos en uno de sus bolsillos.

Por la tarde, después de su visita habitual, vespertina, al hospital, terminó su actividad en la farmacia de Trujillo, que abría sus puertas sobre la calle principal a pocos pasos de la casa de su madre. La farmacia se había convertido en un punto de reunión de lo que Trujillo llamaba la juventud intelectual de Tacuary. A la tertulia, que comenzaba desde las seis de la tarde, concurría un grupo de jóvenes para charlar y chimentar los acontecimientos mundiales, locales y sobre todo los del país. Las reuniones eran amenas, donde alternaban los temas serios, las discusiones apasionadas y las historietas graciosas y de color subido. El frío de la noche se combatía con una caña vieja, aguada, cuyo prestigio acentuaba su origen clandestino, o café que enviaba doña Felipa, siempre preocupada por el bienestar y el prestigio de su hijo. Allí Reyes conoció a Cándido Cantero, el contador del pueblo, a Eloy Casanova, agente del Banco Agrícola; a Aurelio Peña, delegado agrícola; a Pedro Arrué, simpático joven, hijo de un comerciante; al comisario Nicolás Arroyo, mozo serio, correcto, a quien llamaban la mosca blanca de Tacuary, por su corrección, su tolerancia y su laboriosidad. No desdeñaban concurrir con cierta frecuencia Zorrilla, cuya agudeza española era siempre festejada, y el cura Belmonte. También venía Cabrera, cuando le permitía su novia que le tenía acaparado.

Esa tarde el primero en presentarse fue Reyes que ocupó un butacón de cuero. Reyes refirió la hazaña de Añón como otorri-

nolaringólogo y la suya al rescatar la vaca, honorario de la operación.

Trujillo festejó la hazaña, pero dijo:

—Debes evitar estas escenas. Van contra tu prestigio.

—Es cierto; me arrepentí, pero ya era tarde. Te aseguro que estaba indignado por la osadía de ese imbécil que se atreve sacar unos fragmentos amigdalinos para estafar, ignorando que se trata de un chico con retardo de la coagulación sanguínea. Ese chico casi muere. Yo no opero amígdala porque no tengo ni comodidades especiales ni laboratorio, pero ese ignorante se ha atrevido, porque no tiene conciencia de la barbaridad que hace.

—Todo es relativo —dijo Trujillo—. Tu venida ha revolucionado la medicina campesina. Ahora se tiene un módulo para comparar; antes, no. Los curanderos hacían lo que podían y lo que querían y, nadie decía nada.

—Lo trágico es que nada puedo hacer; el pueblo cree, respeta y ama a sus curanderos porque están muy adentrados en su espíritu. Forman nada menos que parte de sus creencias ancestrales. Es una forma de atraso cultural.

—¿Crees que esto puede cambiar?

—Desde luego que sí; pero requiere tiempo, paciencia y un progreso evidente simultáneo en otros aspectos de la vida paraguaya.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Una nueva forma de encarar la agricultura; una revolución agrícola. En Asunción no me daba cuenta de nuestra miseria cultural; pero aquí sí que la veo. ¿Quieres un ejemplo? Pues, ni siquiera usan letrina. En resumen un total desconocimiento de tantas cosas que mejoran y hacen más grata la vida. Creo que eso se llama ignorancia. Entonces en el pueblo paraguayo hay mucha ignorancia.

Llegaron en ese momento algunos tertuliantes, como el comisario Arroyo y Peña.

—¿Cuál es el tema de la noche? —preguntó risueño Arroyo.

—La ignorancia del pueblo paraguayo —dijo Trujillo.

—¿Eh? ¿cómo es eso?

—Decía que el pueblo paraguayo, me refiero al pueblo humilde y trabajador, es ignorante —contestó Reyes—. Ignorante, porque ignora, desconoce. En muchos aspectos estamos atrasados, no cincuenta, cien años, sino siglos.

—Caramba doctor —dijo Casanova que había llegado simul-

táneamente con otros y que se había sentado calladamente— me parece que exagera.

—¡No! Estábamos hablando con Trujillo de los curanderos. El pueblo cree, óiganlo, cree en su mayoría en los curanderos. ¿No es eso signo de atraso? Creen en esos descendientes de mago-hechicero-médicos de la edad de piedra que se han perpetuado sin mayor evolución. Por contraste no toman muy en serio a los verdaderos médicos. Recurren cuando el mal se ha agravado, cuando se sienten morir. Hace seis meses que estoy aquí. La afluencia en el hospital es grande y mi consultorio ha mejorado, pero son casi los mismos individuos que consultan buscando un remedio a lo irremediable; en una palabra, hasta ahora concurre una mínima proporción de la población. El resto se mantiene fiel a sus curanderos que actúan sobre mis propias narices. No me impaciento, porque comprendo que de la noche a la mañana no puedo torcer el curso de sus costumbres, ni su manera de pensar.

—Cada uno en su especialidad tiene motivos de profunda queja —dijo Peña—. Tengo mucho que decir sobre los procedimientos agrícolas. No quieren cambiar, no quieren adaptarse a nuevas modalidades de trabajo, se apegan a sus viejas costumbres cual avaros a sus monedillas.Les daré un ejemplo; desde hace dos meses estoy tratando en la compañía Isla guasú de hacerles comprender que reemplazando la yunta de bueyes por un caballo obtienen muchas ventajas, como la economía en animales y la manutención de los mismos, porque un caballo bien alimentado hace el trabajo de dos bueyes y encima el agricultor tiene un montado. Fue en vano que les demostrara la facilidad con que se puede adaptar cualquier caballo al arado. Aceptan de boquilla... y nada más.

—El campesino no quiere cambiar porque es un haragán —dijo Cantero.

—El paraguayo no es haragán, vive una vida vegetativa y nada más porque no tiene remedio —contestó Reyes—. En primer lugar es un hipoalimentado y un parasitado de las tripas. Con las energías mermadas no le resta sino hacer la vida lo más fácil posible evadiendo las responsabilidades. Además, sus apetencias son reducidas porque ignora las ventajas de un mundo mejor acondicionado. Podemos decir que el pueblo paraguayo tiene las manos atadas y los pies engrillados por la ignorancia. Su acervo

cultural es mínimo y le viene de las tradiciones lo poco que conoce. En primer lugar es un analfabeto.

—Protesto —dijo Trujillo—. Según las estadísticas el Paraguay figura entre los mejores alfabetizados.

—Sí, saben leer y escribir. Durante la guerra del Chaco me tocó censurar las cartas de los soldados; les aseguro que apenas escriben: era una galimatía castellano-guaraní que, más que leer, había que descifrar como un jeroglífico egipcio. ¿Cómo van a mejorar sus conocimientos si su literatura no va más allá de Ocara Poty y similares y... el almanaque Bristol.

—Le doy la razón, doctor —dijo Casanova—. Me agradan las estadísticas y una vez me puse a calcular cuántos en Tacuary leen los periódicos. En todo el distrito no pasan de cincuenta los que se suscriben a periódicos de todas clases; pero no seamos tan pesimistas y admitamos que diariamente cien personas reciben periódicos y otros materiales de lectura y que cada periódico es leído por cuatro personas más. Hacen un total de quinientas personas que leen diariamente. ¿Y qué son quinientas personas entre veinte mil que dicen que tiene esta zona? Entre el millón y medio de habitantes que tiene el Paraguay, supongamos que diariamente leen doscientos cincuenta mil individuos —y creo que soy generoso—, ¿qué leen los otros un millón doscientos cincuenta mil restantes? El pueblo paraguayo no pierde el tiempo leyendo. Y si no lee es como si fuera analfabeto, porque no utiliza sus conocimientos.

—Nunca pensé en estas cosas —comentó Arrué—. Siempre consideré al campesino como un estúpido; no comprendía que era sencillamente ignorante.

—No hay raza humana superior —dijo Reyes—. El hombre en todas las latitudes tiene la misma anatomía y la misma fisiología, con variantes derivados del ambiente. Lo que diferencia a los hombres son las oportunidades. Désele al paraguayo la oportunidad y será tan igual a la más pura raza aria. Al pueblo paraguayo se le ha privado de esa oportunidad de prosperar y vive en la más crasa ignorancia.

—Entonces ¿para qué están las escuelas? —preguntó Arroyo.

—Fenómenos de las paradojas paraguayas —repuso Peña—. En primer lugar el número de las escuelas es insuficiente; en segundo lugar, las maestras son improvisadas en su mayoría. Conozco escuelitas enseñadas por maestras que no llegaron al quinto grado. En tercer lugar el programa es inadecuado. El año pasado

la directora de la escuela de aquí me invitó para que asistiera a un examen de chicos de quinto grado. Los chicos eran vivos, inteligentes y sabían muchas cosas de memoria. Una gran parte del grupo venía de la campaña; pues, por curiosidad, a este grupo le hice preguntas prácticas que como hijos de agricultores debían conocer. Pregunté la importancia de una buena arada, cuando era la mejor época para la siembra, la forma de conservar ciertos alimentos. No supieron decirme nada; se confundieron y estuvieron deplorables. La directora protestó porque todas aquellas preguntas no figuraban el programa. Seguí escuchando el examen: contestaban mecánicamente más o menos bien a las preguntas standard. Tenían un conocimiento mecánico que obedecía a un tipo; al desceñirlos del tipo, se confundían. Sus conocimientos eran superficiales, estaban expuestos a la evaporación porque no habían penetrado a la profundidad.

—La directora de aquí —defendió Arrué— es muy capaz y tiene un grupo de maestras capaces.

—No discuto la capacidad —contestó Peña— sino el sistema. No van a lo práctico sino a lo puramente teórico con programa inadecuado para el hijo del campesino. En el examen, muchos, en geografía, por ejemplo, sabían del Perú pero muy poco del departamento de Tacuary. Además, una vez salidos de la escuela ya no practican y, a poco olvidan de lo aprendido. Ya no leen, porque no tienen qué leer. Entonces: ¿para qué tantos desvelos si después no hacen uso de sus conocimientos? ¿Para qué tantos gastos en enseñar a leer si después ya no leen? Serían como esos buenos jinetes que aprendieron a jinetear en una escuela a todo costo; pero andan apeados porque no tienen caballos.

—¡Eso és! —exclamó Reyes—. El paraguayo es un apeado; pudiendo ser un gran jinete es un mísero pedestre.

—Con toda franqueza —dijo Arroyo— jamás se me ocurrió pensar como lo hacen ahora.

—El señor Richet dice que no tenemos ojos para ver las realidades —le contestó Reyes—. Creemos que vivimos en el mejor de los mundos. Yo creía que la campaña era un cuerno de la abundancia; pero quedé sorprendido cuando comprobé que no era así. Quizá porque viajé un poco y vi otros ambientes. En todas partes hay pobreza, miseria si quieren; pero aquí la pobreza es sistemática: la pobreza del que no tiene nada; ni tierras, ni casa, ni cultura que les permita medrar, ni siquiera a alguien que vigile por ellos.

—Disculpe amigo —le dijo Peña sonriendo—. Estamos los delegados agrícolas, defensores de los intereses del campesino.

—Distribuidoras de mercedes paliativas y nada más —contestó Reyes—. La agricultura paraguaya debe cambiar radicalmente; debe evolucionar... debe venir una revolución agraria que se adapte a nuestra idiosincrasia, a nuestro clima, a nuestros antepasados ancestrales.

—No será fácil eso —comentó Arroyo.

—Desde luego —dijo Reyes—. Se debe luchar en primer lugar contra el escepticismo campesino. Eso lo sé muy bien, porque lo sentí y sigo sintiendo en carne propia. De naturaleza el campesino es desconfiado porque se ve sometido al azar del tiempo, porque cultiva solamente tierra de secano. Su larga experiencia le enseñó a desconfiar de la naturaleza y de los hombres. Estos muy poco han hecho para conquistar la confianza campesina. Al contrario, no han hecho sino engañarle. ¿Cómo vencer el recelo campesino aleccionado por los desencantos?

—Gran parte de la culpa la tienen los políticos —dijo Casanova—. Cuando necesitan del campesino vienen muy amables, muy comprensivos; les prometen todo con un yurú jheé que les llena de momentánea ilusión; pero luego: si te he visto no me acuerdo.

—El campesino es un defraudado —dijo Reyes—. Padece ya de un complejo de defraudación. ¡Ignorante y defraudado: ahí están las causas de esa vida puramente vegetativa, las causas de su colosal atraso!

—Acepto sus aseveraciones —dijo Arroyo— y estoy con ustedes en que el campesino está arrinconado entre la espada y la pared por la pobreza y la ignorancia. Pero ¿dónde está el remedio?

—¡Pusiste el dedo en la llaga! —exclamó Peña—. Sí, ¿cuál es el remedio para esta enfermedad doctor Reyes?

Reyes pensó un rato y, luego contestó:

—Les contestaré como médico que soy. Supongamos que estamos ante un paciente atacado por una o dos enfermedades. ¿Qué hago? Estudio al paciente y los síntomas de su enfermedad porque la ciencia médica me enseñó el procedimiento para llegar al diagnóstico y luego el tratamiento. Es decir que estoy preparado para ver el mal, comprenderlo y atacarlo. Ahora bien, les pregunto: ¿están preparados nuestros políticos, nuestros dirigentes para ver, para comprender el mal? ¿Tienen la suficiente

preparación técnica, como la tengo yo para tratar a mis pacientes? ¡No! No ven la enfermedad porque no la pueden ver. ¿Cómo curarla, entonces? Los políticos de ayer trataron los problemas agrícolas como los curanderos que cuidan a los campesinos hoy. Entonces hay que comenzar, y cuanto antes, a preparar a los médicos de los males campesinos. Richet me decía que no hay técnicos universitarios agrónomos y pecuarios en un país agropecuario, ni filósofos que se pongan a filosofar correctamente sobre los males nacionales. No curaremos ninguna enfermedad si no conocemos la causa. Lo mucho que podemos hacer es enumerar algunos síntomas aislados y aplicar medicina paliativa; pero el mal sigue incurable y quizá el paciente llegue al trance de muerte.

—Entonces estamos fritos por largo tiempo —exclamó ingenuamente Arrué.

Los otros rieron. Reyes siguió:

—El curandero trató, desde luego, inadecuadamente al enfermo; sobrevino una serie de complicaciones. Entre estas complicaciones, la ignorancia y la pobreza. La pobreza y la ignorancia no conducen a la libertad; a ese libre albedrío espiritual y material de los pueblos cultos. Aquí en Tacuary, la única libertad es la de vivir una mísera existencia y morirse de hambre lentamente; salvo la emigración.

—No puedo creer que estemos tan mal —dijo Cantero—. El doctor exagera.

—Le parece que exagero porque está tan acostumbrado a la miseria como el piojoso al piojo que ya no le molesta. ¿Se ha fijado en esos niños pálidos, panzones, desnudos y mocosos? ¿Se ha fijado en los pobres esqueletos de los agricultores y ha visto su risa desdentada? Le invito a mi consultorio hospitalario cuando quiera y, entonces verá, entonces abrirá sus ojos y, quizá algo le llegue a su cerebro embotado.

—En resumen —dijo Arroyo— estamos atrasados.

—Así es —contestó Reyes—. El campesino aun no entró en el siglo veinte. Tiene que andar aun mucho trecho.

XIV

Como oyera pasos en la sala de espera, Reyes abrió la puerta del consultorio y se halló ante una joven que, con aire asustado, comprimía con un pañuelito la cabeza de un chico de diez años más o menos. Hilitos de sangre se habían escurrido por la cara y manchado el guardapolvo escolar.

—¿Qué pasó? —preguntó Reyes.

—Un compañerito le tiró una piedra a la cabeza y le hizo una herida. Le traigo para que le cure doctor. ¡Nos dio un susto!

La maestrita era bonita. Reyes se sintió de pronto alegre y un impulso retozón le dominó. Sonriendo, como si la escena fuera muy cómica, les hizo pasar al consultorio.

—¿Era grande la piedra? —preguntó Reyes mientras retiraba el pañuelito de la herida.

—No era muy grande —dijo la maestra.

El chico no decía nada, pero no se opuso al examen; al contrario se quedó quietecito. La herida era pequeña, pero sangraba profundamente. La limpió cuidadosamente y luego de anestesiarlo localmente unió los labios de la herida con dos puntos.

—Listo chamigo —le dijo.

Cuando fue a vendarle la joven le ayudó. Rozaron sus manos. Reyes vio unas manos hermosas, con uñas sonrosadas y blancos dedos, ágiles y activas que, más que tocar, acariciaban. Dejándola a ella la parte activa del vendaje, Reyes fue alzando la mirada: muñeca ondulante como cuello de cisne. Las mangas del sueter ocultaban el brazo; pasó entonces la mirada a la cara pero no sin parar antes en el cuello blanco y flexible bajo el pelo recogido. La otra consciente de la inspección levantó los ojos encontrándose

con los de Reyes. Los ojos eran grandes, bellos, de un color castaño claro, oscurecidos por largas y arqueadas pestañas. Cejas gruesas bajo una frente bien formada, suavemente combada. La naríz recta, con aletas palpitantes. Labios ni finos ni gruesos, de un dibujo perfecto. Bajo su mirada, su cutis sin mancha, de un blanco mate, se fue tiñendo de rosa haciendo resaltar un bozo suave sobre el labio superior. La cara estaba enmarcada por la cabellera castaño claro con pequeños ricitos que cayeron sobre la frente. En resumen; la cabeza más hermosa que viera en Tacuary. Pero su mirada fue resbalando hacia abajo; por el pecho saliente, erecto, desafiante; por un cuerpo vigoroso; por la cadera ni ancha ni estrecha; por las bien formadas piernas...

—Es una real hembra —pensó Reyes. La otra, consciente de aquella mirada que la desnudaba, había bajado los párpados mientras atraía al mitaí que apretó contra su cuerpo como escudándose tras él.

—¿De dónde sale usted que nunca la vi? —dijo Reyes que no se saciaba de mirarla.

—De Tacuary, doctor —contestó sonriente y marcando dos hoyuelos—. Hago una vida muy retirada, porque estamos de luto. Sólo de casa a la escuela y de ésta a casa.

—Perdone mi curiosidad, pero desearía conocer su nombre.

—Soy Belén González Goitía —dijo bajando los ojos y acariciando la cabeza del chico.

—¡Usted es la que canta en la misa! Su voz es maravillosa. Como no la veía, supuse que sería alguna horrible solterona. Perdóneme que haya pensado tan mal.

—Por favor, doctor —contestó— no tengo nada que perdonarle; al contrario, yo sí que le pido disculpas por el trabajo que le doy.

—Por mí, que se rompan todos los días sus cabezas sus alumnos.

La otra volvió a sonrojarse.

—Gracias otra vez, doctor —y le pasó la mano que Reyes estrechó largamente gozando con la suavidad y la tibieza que desprendía. La otra se dejó estrechar un rato, pero luego arrancó su mano, mientras sonreía traviesamente.

—Adiós, doctor —dijo.

Reyes le abrió la puerta y la acompañó hasta el portoncito y quedó mirando su silueta hasta que se perdió a la vuelta de la esquina.

La imagen de la maestrita quedó grabada en su mente. No esperó mucho el domingo, porque era un viernes cuando la vio por primera vez.

Ese domingo de junio, soleado pero frío, Reyes fue impaciente a la iglesia. Ansioso esperó su voz y, cuando ella cantó, gozó remontándose a las nubes y allí se mantuvo hasta que terminó la misa. Entonces, como otras veces, se apresuró a salir para ubicarse frente a la iglesia, fuera del rechinante torniquete. Buscó con la mirada a Cabrera y, viéndolo con Petronita le llamó.

—¿Qué manda mi doctor? —dijo en tono de broma Cabrera.

—Quiero contarte que espero a la mujer más bella de Tacuary.

—¿Y quién es, ché?

—Belén González.

Cabrera silbó largo.

—¿Y te gusta, eh? No tienes mal gusto. ¿Quieres que te presente?

—Ya la conocí, pero quiero hablarte de ella.

—Cuando quieras, pero ahora debo irme porque Petronita me espera.

En efecto, Petronita, a espaldas de Cabrera le amenazaba a Reyes con el dedo.

—Bueno Cabrera, anda con tu Dulcinea, pero te espero por la siesta para comer —le dijo y, estrechándole la mano, le dejó ir.

Ante la sorpresa de los buenos feligreses que se alejaban lentamente, Reyes quedó parado frente a la iglesia. Y siguió parado mucho tiempo esperando solo, apoyado contra el torniquete mientras su mirada se distraía en los mitaies subidos en el campanario y que, desde allí, hacían burlas a los que pasaban por la calle.

Comenzaba a impacientarse.

—Si no la hubiera oído cantar, creería que no vino a la iglesia —se dijo.

De pronto, de la puerta mayor de la iglesia, salió, como bandada de pájaros asustados un grupo de chicos, gritando, aullando, saltando entre los macizos. Al poco rato salió Belén arrebujada en su mantilla. Al ver a Reyes sombrero en mano, esperándola, se sonrojó.

—Buenos días —dijo Reyes, pasándole la mano.

—Buenos días —contestó la otra, mientras tendía la mano.

—Tarda usted en salir de la iglesia —dijo Reyes mientras retenía la mano de Belén.

—Estuve dando lecciones a mis catecúmenos —contestó sonriendo—. ¿Qué le parece doctor si deja libre mi mano?

Reyes soltó la mano y los dos rieron alegremente.

—¿Me permite que la acompañe a su casa?

—Encantada doctor, siempre que no le sea un compromiso.

—Eso yo pienso de usted, ¿no habrá por ahí un novio celoso?

—No hay peligro —contestó Belén iniciando la marcha. Con el rabillo de los ojos Reyes vio a las gentes asomadas a sus puertas y mirándoles como si vieran un espectáculo raro. Belén sonreía marcando sus hoyuelos, mientras se sonaba con un pañuelito la naríz que se había puesto roja en la punta. A medio medio metro de Belén Reyes se sentía fundido a ella por un dulce calor; dejó de sentir el frío en las manos y en la cara mientras su cuerpo vibraba por vagos sentimientos de ternura. A lentos pasos se alejaron de la iglesia hacia el lado sur del pueblo. Hablaban de banalidades, se detenían a menudo como si de común acuerdo hubieran convenido alargar el paseo. Reían fácilmente y no se daban cuenta de que eran objeto de la curiosidad de los buenos tacuaryenses asomados a sus puertas.

De pronto Belén paró ante una casa con una amplia galería sobre la calle sostenida por gruesas pilastras. Rejas de hierro defendían las ventanas y las dos puertas que se abrían sobre la calle eran pesadas con tableros en diamantes. Entre las pilastras, tiestos con helechos, colgaban y derramaban la espumilla de sus hojas verdiamarillentas.

—Mi casa, doctor. ¿Quiere pasar?

Y como Reyes asintiera, subió por dos graditas a la galería, seguida de Reyes y empujó una de las hojas de la puerta que chirrió sobre sus goznes. Entraron en una sala amplia, oscura, con sillones de altos respaldos y una enorme mesa, de patas labradas, cubierta de material de costura. Frente a una ventanuca lateral una máquina de coser exhibía sus niquelados empañados por los años.

—¡Abuela! ¡Tía! —llamó Belén.

De otro salón salieron dos señoras; una anciana como de ochenta años ligeramente encorvada, pero llena de dignidad, cutis blanco, surcado de finas arrugas. La otra, la hija, contrastaba con la madre; morena, de aire tímido, con los pelos grisáceos estirados por el rodete poco artístico, acentuaban una frente ancha,

una boca que comenzaba a hundirse, con las comisuras labiales muy marcadas, dando una patética expresión de perseguida, de amargada, como agobiada por las penalidades.

Belén hizo las presentaciones de rigor. Las damas contestaron ceremoniosamente y ocuparon sus asientos con cierta rigidez. Mientras Reyes charlaba con las buenas señoras, Belén arreglaba la mesa desordenada y de paso movía las sillas colocándolas con cierta simetría. Reyes, sin darse cuenta, al poco rato estaba hablando de su tía Amelia, relatando algunas anécdotas de su niñez. El hielo estaba roto; a las señoras se le desataron la lengua y charlaron, parlotearon a gusto mientras Belén sonriente, les escuchaba.

Fue así que Reyes, inmune a los encantos de las tacuaryenses que hasta entonces conociera, cayó ante los encantos de Belén, reemplazando la vacuidad que dejara Rosa Elisa en ese órgano hueco que se llama corazón, caprichoso, veleidoso que se puso a latir al unísono con el de Belén. Reyes se hizo habitué de la casa de los González Goitia. Cuando la noche caía aparecía ante la puerta de Belén, golpeaba la maciza hoja, doliéndole los nudillos. Abría la puerta la tía que, como si vigilara, respondía a los golpes de Reyes con una instantaneidad que hacía sospechar que acechaba tras la puerta. Encendía una hermosa lámpara de bronce y después de ofrecer asiento a Reyes ocupaba la suya y, siempre silenciosa y activa, se ponía a coser interminablemente. Luego venía la abuela, amable, que ocupaba pesadamente su asiento e iniciaba la charla hablando del tiempo. La última en aparecer era Belén, sonriente, recatada. El salón helado se entibiaba bruscamente con su presencia. Ocupaba el lugar más alejado del grupo, a un costado de la mesa, sobre la cual apoyaba ligeramente el codo. La visita parecía más para la abuela que para ella; pero Reyes se contentaba con su presencia, con el sonido de su voz, con su risa alegre que mostraba una blanca dentadura. Reyes se mostró paciente al bloqueo de las dos señoras y se resignó a soportar la nueva experiencia campesina.

Le hubiera agradado mayor intimidad con Belén, mayor beligerancia en las relaciones; pero poco a poco gustó de la serenidad de las reuniones; del encanto ingenuo de aquella costumbre provinciana; de la modalidad anticuada que imponía la anciana que creía vivir su lejana juventud con padres severos, ambiente rígido. Sin desearlo quizá, la anciana acicateaba el entusiasmo

de Reyes con aquella barrera de arcaica amabilidad que levantaba los ardores de aquel pícaro asunceno. Belén dábase cuenta del estado de ánimo de Reyes, pero se contentaba con sonreir, prometiendo con aquellos sus hoyuelos una recompensa a la condescendencia y a la paciencia de Reyes.

En poco tiempo Reyes se impuso de la historia de la familia González Goitia. Los datos provinieron de doña Leandra que estaba entusiasmada con sus hijas ante la perspectiva de un romance de Reyes con una tacuaryense. También Cabrera aportó sus datos y los completó Zorrilla. Los González Goitia llevaron una vida acomodada de ricos hacendados que se contentan con vivir en la campaña; que se acomodan, se adaptan sin acucias a la simple vida pueblerina. El marido de la abuela había muerto relativamente joven dejando a dos hijas jóvenes, una de las cuales, la madre de Belén, casó con un gallardo individuo, dado a las aventuras y que murió durante una de las tantas revoluciones que convulsionaron a la tierra paraguaya cuando Belén estaba aún en pañales. Quedaron solas las tres mujeres dedicadas a la pequeña; las tres ingenuas, ignorantes y como tales, fáciles presas de los vivos, que al cabo de poco tiempo la herencia fue mermando en forma alarmante. Por un tiempo un pariente administró la estancia con éxito, pero este salvador murió. La herencia se diluyó definitivamente en las manos de las torpes administradoras; perdieron la estancia y todas las propiedades menos la casa donde vivían. En el intervalo de relativa abundancia Belén fue educada en los mejores colegios de Asunción y terminó con un título de profesora normal. Pero para entonces la familia estaba definitivamente arruinada y Belén para acompañar a su madre enferma aceptó el mediocre cargo de maestra en la escuela de Tacuary, renunciando a las mejores probabilidades de la Capital. La madre de Belén fue muriendo de a poco y dolorosamente a manos de Falcón. A la muerte de su madre, Belén siguió con su abuela y su tía a quienes deseaba llevarlas a la Capital; pero las dos mujeres negáronse a abandonar la casa paterna. Belén quedó con ellas renunciando a mejores perspectivas. La tía cosía por un mísero jornal y vivían del sueldo de Belén. A ésta, la directora le tenía un odio de muerte por su belleza y su cultura y no desperdiciaba la ocasión de hacerle sentir su autoridad y de herirle por las cosas más nimias. Belén vivía con el temor constante de perder su puestito de maestra campesina y este ludibrio lo conocía el pueblo y lo comentaba

con la crueldad de los envidiosos y la satisfacción de los despechados ante la desdicha ajena. En resumen; Belén había atado su suerte a dos tontas y santas mujeres, sacrificando su juventud en aras de un amor filial, empapado con dulces lágrimas de piedad por sí misma.

Belén vivía en la soledad, en la soledad de los pobres que conocen una vida mejor que, como esas golosinas de los escaparates de las confiterías, están fuera del alcance de los ávidos deseos de los niños.

Doña Leandra encerraba un corazón tierno en un estuche de grasa y, ni era envidiosa, ni malhablada, méritos bastante raros en los ambientes estrechos de los infiernos grandes de los pueblos chicos. Relató la historia de Belén con la imparcialidad de los grandes espíritus, admirando los méritos de aquella muchacha sacrificada al cariño de los suyos. La alabó sinceramente y, en unión de sus hijas, empujaron a Reyes hacia las puertas de Belén; aunque no hicieron muchos esfuerzos porque Reyes se sentía arrastrado cada día por fuerzas invisibles y tenaces que le llevaban a golpear las duras aristas de los tableros en diamantes de la puerta de Belén. Los días del pueblo se alivianaron y se acortaron con estas visitas. La patética historia de Belén fue leño que hizo atizar el fuego que ardía en el corazón de Reyes desbordando en chispas de ternuras. A veces la comparaba con Rosa Elisa y se agrandaba su entusiasmo porque la encontraba sin pizca de egoísmo, abnegada y sacrificada, superior en cultura y en belleza, una belleza serena, luminosa, con aromas de pureza. En un mes conquistó a la abuela; en cuanto a la tía, ésta se había rendido desde el primer día y se había convertido en la aliada callada de Reyes, con una sumisión perruna. Reyes visitaba la casa con la mayor intimidad y la abuela se rindió totalmente al revelarle sus achaques que en épocas no lejanas sólo eran conocidos de Falcón.

Los domingos Reyes acompañaba a Belén a misa y se placía en escuchar su voz armoniosa. De vuelta volvía a acompañarla y se pasaba, si no había alguna urgencia, toda la mañana hasta mediodía charlando con las señoras. Entre semana la visitaba por las tardes, al oscurecer y quedaba hasta las ocho, o bien iba después de la cena y jugaban a las cartas. Se reunían en el salón, enorme, cuyas paredes mostraban hondas rajaduras y desconchados que ponían al descubierto el material de construcción. Se alumbraban con una lámpara de bronce cuya pantalla de por-

celana fina tamizaba la luz en suave luminiscencia. Reyes aprendió juegos de cartas que hasta entonces ignoraba y emprendían largas partidas donde las señoras ponían el mayor apasionamiento que divertía enormemente a Reyes que reía de la mejor gana de la cara que ponían cuando perdían. Reyes desde luego cuidaba de perder la mayor parte de las veces. Belén jugaba también, le miraba de reojo y lo encontraba infantil, adorablemente infantil. Otras veces la abuela rezaba largos rosarios arrodillada frente a un enorme nicho, mientras la tía cosía, cosía, sin decir una palabra. En un rincón del salón, casi fuera del radio de la luz, Belén y Reyes conversaban sin que nunca se agotara el tema y se le hacía a Reyes penoso cortar la charla e irse. Belén le acompañaba hasta la puerta, pero también lo hacía la tía que los acompañaba con el pretexto de despedirse. Pocas ocasiones tenía Reyes para un apretón de mano, para un suave rozamiento con el cuerpo de Belén; eran vigilados por los cien ojos de Argos de la tía y de la abuela.

Mayor pureza y recato no podía haber en el amor de Reyes y, sin embargo, el veneno de la chismografía intoxicó el ambiente donde felices y ajenos a los males del mundo respiraban Belén y Reyes. Una pequeña bola comenzó a rodar por las calles del pueblo y fue creciendo, creciendo, hasta que no pudo rodar más allá del pie de la casa de Belén. La bola salió de la casa de Gerónima Olate de Falcón, cuyo odio a Reyes era un volcán pronto a erupcionar lavas ardientes. La bola fue la deshonra de Belén, vendida por la abuela y la tía; tal deshonra se iba manifestando por el aumento paulatino del vientre de la víctima. Y decían que un médico debiera evitar la muestra patente de su impudor y que no tenía el derecho de vejar en esa forma a la sociedad del pueblo. Y a la chita callando, con la complicidad de la directora de la escuela, tramaron la destitución de Belén de aquellos dos turnos que le permitían comer y vestir modestamente. Pero en un pueblo pequeño todo se sabe; por torcidos conductos se enteró doña Leandra quien, bramando de cólera, irrumpió en el consultorio de Reyes y le refirió de pe a pa todo el contenido de la inmunda bola.

Reyes apretó los nudillos con fuerza mientras los colores se le iban de la cara.

—Es como para no creer —estalló.

—No le miento doctor —suspiró doña Leandra—. Debe tomar medida inmediatamente antes de que estalle el escándalo.

Pero le habían dado ya a Belén la puñalada. Ese mismo día fue llamada a la dirección. La directora era una mujer que la obesidad incipiente iba deformando, mientras la cara adquiría el aspecto de luna llena y las colas de las cejas perdían pelos y la cabellera se opacaba.

—Señorita —le dijo, pronunciando señorita con sorna— he tomado la penosa resolución de pedirle la renuncia a sus cargos en esta escuela.

—¿Por qué, por qué? —preguntó trémula Belén.

—No se haga la sonsa; pero si quiere le voy a decir —le contestó pasándose la lengua por sus labios resecos, repapilándose en lo que iba a decir—. Porque está deshonrada y pronto va a tener un hijo y, sepa usted que mientras yo sea directora no voy a permitir este escarnio a esta modesta pero digna escuela.

—Está usted loca —exclamó Belén.

—La loca es usted que olvidándose de lo que es se dejó deshonrar por ese mediquillo.

—¡Es una calumnia atroz!

—¡Su renuncia señorita!

—¡No voy a renunciar! —contestó Belén y abandonó la escuela pugnando para no llorar.

Todo este lío sucedió a los tres meses de conocerse, allá por setiembre. Reyes corrió a la casa de Belén, pero ella se encerró y no le recibió. Fue la tía quien le contó lo ocurrido en la escuela. Reyes corrió a la escuela y llegó cuando la cerraban y la directora se disponía a abandonarla.

—Señora —le dijo Reyes rudamente— deseo conversar con usted.

—No tengo nada que decir con usted —le contestó la otra.

—Pues sepa señora que comete una injusticia y un crimen y si usted no se aviene a razones los pagará muy caro. Un proceso por calumnia no le vendrá muy bien a su carrera.

La otra palideció. No esperaba que los otros iban a resistir, a luchar.

—Pase usted —le contestó, señalándole la dirección. Algunas de las maestras habían quedado expectantes.

—¿Quién le dio esos datos falsos? —siguió Reyes.

La directora se mordió los labios, pero no dijo nada.

—¿No se da cuenta de que tiene que probar esos cargos? ¿Y dígame cómo la hará?

—Tengo mis pruebas —se entercó la otra.

—¿Insiste usted en su resolución?

—¡Sí!

—Entonces —le dijo Reyes muy solemne— prepárese a abandonar Tacuary porque voy a pedir su destitución o su traslado. Tengo amigos en Asunción.

Reyes había perdido la chaveta. La directora tembló, y trémula, ocupó una silla.

—Usted le hace el juego a mis enemigos llevada por su antipatía a Belén y ha caído en esta tonta conspiración. Está en juego su puesto y su carrera. Reflexione, piense, consulte. Ya le dirán que se metió en un sucio lío. Hasta luego, señora.

Reyes abandonó la escuela y tenso el ánimo llegó a lo de Trujillo a quien contó lo acaecido.

—Voy a hablar con la directora —dijo Trujillo después de pensar un rato—. La conozco y la he tratado un poco. Arreglaré este lío. Voy enseguida.

La misión diplomática de Trujillo tuvo éxito completo. La directora se rindió y se avino a dar todas las explicaciones y las excusas que pedía Reyes.

Pero no contaban con Belén. Esta disponía de una resolución redactada por la directora que la destituía por inmoralidades que tontamente había firmado y guardado en su cajón. Una de las maestras, amiga de Belén y perseguida también por la saña de la directora, había sustraído el comprometedor documento y le había entregado a Belén; la cual juró que no pisaría más la escuela mientras permanecía en ella la directora que tanto tiempo la había hecho sufrir sin ninguna justificación.

Durante tres días Belén no se dejó ver por Reyes, al tercero lo hizo con lágrimas en los ojos y teñida por la vergüenza. Reyes hubiera deseado abrazarla y llenarla de ardientes besos para consolarla, pero la presencia de la abuela y la tía le impidieron.

—No pisaré más la escuela —dijo Belén con firmeza—. Aun me queda un resto de dignidad. Tampoco renuncio a mi puesto.

Era como si dijera, me iré cuando la directora se vaya.

Así lo comprendió Reyes y, también Trujillo. El amor y el odio de una mujer pueden llevar a la gloria o al desastre; la historia está llena de hechos donde el poder de la mujer llevó al hombre a las elevadas alturas o a la sima más profunda. Pero Belén solamente obtuvo el traslado de la directora que lo había pedido apretada entre la pared —el traslado — y la espada— el

fatal documento. Salcedito que había vuelto a intervenir, ante la sorpresa de todos, inclusive de Belén y Reyes, obtuvo de su tío, el ministro, que la reemplazara Belén que tenía suficientes méritos y título para ocupar el cargo.

Al estallar la bola había destruido a la directora de escuela; los restos de la bola se consumieron y quedaron pavesas que nadie recogió.

El traslado de la directora fue un golpe muy rudo que acobardó a los que tenían malquerencia a Reyes. Gerónima se llamó a silencio y, el resto calló, porque en el fondo estaban convencidos de la inocencia de Belén.

El respeto hacia Reyes aumentó; no tanto por médico, sino por su capacidad para golpear. Cuando un perro ladraba fuerte, el campesinado se convertía en manso rebaño de ovejas.

XV

Julio se presentó con lluvias y fuertes ráfagas de viento que silbaban a través de las hendijas de las puertas y ventanas. Las ráfagas cargadas de agua golpeaban los mojinetes que se iban cubriendo de musgos que, como un oscuro tapiz, se extendía por las paredes que recibían el impacto de la lluvia. Las calles estaban silenciosas, sin viandantes ni vehículos; sólo de tanto en tanto algún jinete emponchado cruzaba las calzadas barrosas y resbaladizas. A la hora en que la noche se precipita sobre el día llenando de sombra los rincones, dos jinetes con sus ponchos chorreando agua, golpearon la puerta de la casa de Reyes.

El mismo Reyes les abrió.

—¿Qué les trae con este tiempo? —preguntó.

—Venimos doctor a buscarle —le dijo uno de ellos, mozo de veinte años más o menos— le hace llamar don Cepí Candado de Camisá soró porque su señora está muy grave.

—¿Qué le pasa?

—Está enferma de parto hace cinco días y el chico no puede nacer. Le ruega don Cepí que se apure.

—Bueno chamigo, ¡cómo no! —dijo Reyes— pero dígame ¿dónde queda Camisá soró, que es la primera vez que oigo?

—Queda en el departamento de San Javier, a cinco leguas de aquí por paso Mendieta; pero si vamos por allí debemos cruzar a nado el paso porque está crecido.

—¿No hay otro camino?

—Sí, dando vuelta por paso Pombero sobrado, pero entonces son ocho leguas.

—¿Y ustedes por donde vinieron?

—Por paso Mendieta, a caballo nadando.

Reyes pensó un rato.

—Si ustedes pasaron una vez, yo creo que puedo acompañarles.

—Mire que es feo el paso, doctor, y de noche.

—Si ustedes pasan, yo también pasaré —determinó Reyes.

—Listo doctor —contestó el otro, mostrando con su amplia sonrisa sus dientes cariados.

Rápidamente Reyes se alistó; mientras Timó ensillaba el tordillo, preparó sus instrumentos y se vistió adecuadamente. Se cubrió con un impermeable y colocó su valijín en la grupera. Montaron a caballo y se hundieron en la lluvia con los mentones pegados al pecho y con las alas de los sombreros sobre los ojos para evadir los golpes de lluvia.

Dejaron el pueblo e hicieron rumbo al norte. Las patas de los caballos lanzaban salpicones con el tranco ligero que llevavan. La lluvia arreciaba por ratos, mientras la oscuridad aumentaba progresivamente. Reyes iba como ciego guiado por lazarillo, porque no veía más allá de las narices; mientras que los otros lanzaban a sus caballos por el camino como si tuvieran ojos de gato.

—Afloje la rienda doctor —dijo el que llevaba la voz cantante y que se llamaba Aparicio— y deje que nos siga el tordillo.

Así lo hizo Reyes y el tordillo siguió el tranco de los demás.

—Buen caballo —dijo Aparicio—. No le atajará ninguna crecida.

—¿Está muy crecido el paso?

—Ha desbordado como doscientos metros, pero se nada sólo siete u ocho metros.

—Supongo que sabe nadar —terció el otro.

—Sí, claro, ¿por qué? —preguntó Reyes.

—Por si acaso hace falta —contestó el otro.

—El paso es peligroso, doctor —dijo Aparicio— más de uno se ha ahogado cuando quisieron cruzarlo con crecida.

—¡Adónde me meto yo! —se dijo Reyes.

Marchaban rápidamente; la mirada se hundía en la oscuridad sin que se percibiera casi nada; sólo de vez en cuando alguna lucecita titilaba para perderse rápidamente en la noche.

—Estamos cerca del paso —dijo Aparicio— y estamos llegando a la casa de don Román Ramírez que nos prestó estos caballos, mientras descansan los nuestros.

Una luz parpadeó a la derecha, luego otra. Aparicio lanzó un grito que fue contestado.

—Nos espera don Román —dijo.

El ruido de la tranquera que abrían le indicó a Reyes que habían llegado; las patas del caballo tocaron las varas siguiendo a los otros. Bruscamente se encontró frente a un cobertizo; el dueño de casa agitaba un farol y los perros ladraban furiosamente.

—Apéese doctor —decía una voz embozada en el poncho. Así lo hizo Reyes, encontrándose con el dueño de casa, un individuo seco, barbudo—. Descanse un rato, que la noche está fea y les espera un viaje muy malo.

Reyes se había apeado y estrechado la mano del viejo mientras observaba la casa de tres lances y el amplio galpón, donde estaban. Del techo colgaban arreos de labranza y sesina de rancio olor. Sobre el suelo de tierra apisonada se veía banquitos y una mesa chueca.

Mientras charlaba Reyes, los guías desaparecieron para reaparecer a poco con sendos montados que montaron en pelo.

—¿Cómo, van en pelo? —dijo Reyes.

—Sí —rió Aparicio— tenemos nuestras monturas al otro lado del paso. Reyes montó a su vez y le pasó la mano a Ramírez. Este la estrechó y reteniéndola, le dijo:

—Siga al pie de la letra lo que le diga Aparicio que es práctico en estas cosas. ¡Qué Dios le guíe, doctor!

Volvieron a hundirse en la noche, en tanto Ramírez con el farol en alto les siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista.

—A quinientos metros está el arroyo —dijo el guía.

La vista de Reyes se había acostumbrado a la oscuridad; vio un terreno con yuyos y de tanto, copudos árboles. Las patas de los caballos se hundían en el barro y resbalaban. De pronto frente a ellos se levantó una negra y alta muralla.

—Ya llegamos —dijo Aparicio, penetrando entre la arboleda y guiando por un misterioso camino. El viento había amenguado y se oía un ronco murmullo y gorgoteos.

—El arroyo —dijo Aparicio— hay que apearse y desnudarse.

Pararon sobre una parte elevada del terreno y se apearon.

—Yo llevaré las ropas a la espalda y Quintín su montura. Desnúdese totalmente porque se va a mojar.

Reyes quedó como el padre Adán en el paraíso. Los otros hicieron un almodrote con las ropas. Montó Aparicio y Quintín le pasó el bulto de la ropa que lo puso a la espalda. A su vez montó Quintín y Reyes le pasó su montura que el otro ágilmente la

echó a la espalda. Desnudo, tiritando y en pelo, Reyes montó y siguió a sus guías.

—Me pesco una pulmonía —se dijo.

Con grandes salpicones entraron en las aguas cuyo murmurio se hizo ronco. La correntada tropezaba con los troncos y las ramas caídas y las evadía con gorgoteos y chasquidos. Siguieron la senda despejada mientras las aguas subían mojando las rodillas de los caballos.

—Vayamos todos juntos —dijo Aparicio—. Cuando sienta que su caballo se hunde y nada, aflójele la rienda, doctor. Agárrese a la crines sobre la cruz y deje que el caballo se maneje solo. Si cae al agua, no largue la crin; pero no toque la rienda. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Reyes.

Los caballos fueron hundiéndose, primero hasta los corvejones, pero pronto les llegó al pecho y los pies de Reyes sintieron el agua helada.

El murmurio se convirtió en sordo rugido, las aguas se arrastraban en pequeñas oleadas y bruscos remolinos, gorgoteando al tropezar con los troncos. La arboleda que siempre acompaña a los arroyos, se clareó, mostrando confusamente el cielo negro sobre las crestas de la fronda y los reflejos metálicos de las tumultuosas aguas. Un ronco gemir de la avenida se precipitó sobre los jinetes.

—¡Ya llegamos! ¡Las riendas, las riendas! —gritó Aparicio.

Reyes sentía el golpe de las aguas en las rodillas, luego en los muslos y, cuando llegó a la torrentera, sintió que el tordillo se hundía brusca y blandamente. Soltó la rienda y asió la crin. El caballo nadaba cortando las aguas oblicuamente, con seguridad, mientras Reyes, echado hacia adelante y hundido hasta el abdomen, alivianado, sentía el empuje de las aguas como si estiraran de la cintura. Sus compañeros, a poca distancia, con los bultos en alto sostenidos por una mano, mientras que la otra se agarraban a la crin de sus montados, daban gritos de alerta, gritos agudos, que rompían el silencio del monte petrificado en la negrura de la noche. Los caballos resoplaban por el esfuerzo con los pescuezos estirados hacia adelante. Golpes de oleadas mojaban a Reyes hasta el hombro, haciéndole tiritar de frío o de miedo. Flotaron corto trecho, de pronto el caballo hizo pie y jinete y caballo emergieron poco a poco.

—¡Ya pasamos, ya pasamos! —gritó Quintín, apurando a su montado. Tome las riendas, doctor.

La claridad de la torrentera desapareció. Volvieron a hundirse en la lobreguez de la arboleda, pero los caballos ya marchaban con el agua en los íjares.

—¿Qué tal doctor? —preguntó Aparicio.

—Iporá (lindo) —contestó Reyes.

—Por ser la primera vez se portó muy bien —dijo Quintín.

—El caballo lo hizo todo, Quintín.

—Pero usted es sereno. Un estanciero, en pleno día, al cruzar por aquí con un peón, se asustó, estiró la rienda de su caballo y se hundieron los dos. Encontraron los cadáveres como a quinientos metros de aquí. De día podrá ver la cruz que lo recuerda.

Reyes calló. Siguieron chapoteando como cien metros en silencio. Los árboles clarearon y el viento que casi no se hiciera sentir entre los árboles, volvió a soplar con fuerza, silbando y arrastrando gruesas gotas de lluvia que chocaban contra la piel desnuda y resbalaban lentamente en helados surcos. Tiritando se detuvieron ante una enorme arboleda.

—Aquí están nuestros aperos —dijo Aparicio, apeándose. Los otros le imitaron y desliaron el bulto y diéronle a Reyes sus ropas que comenzó a vestirse torpemente en la oscuridad. Quintín y Aparicio se vistieron rápidamente, porque no tenían mucho que ponerse; con un trapo escurrieron el agua de la piel de los caballos y los ensillaron hábilmente. Al poco rato montaban y partían de nuevo.

—Galopemos, doctor —dijo Aparicio. La ropa húmeda se les pegaba a la piel y tiritaban de frío.

Picaron los íjares de sus montados y galoparon por una senda encajonada por alambradas de púas que se perdía en el campo sin horizontes. Sólo cuando sintieron el cuerpo calentado por el galope, frenaron y marcharon a tranco vivo. Anduvieron largo rato por el campo, entre el silbar del viento enfurecido y los grandes charcos que se formaron en las huellas de las ruedas de carretas.

—Vamos a entrar en una picada —dijo Quintín.

En efecto el terreno se empinaba y se adivinaban las copas de los árboles; el viento amainó cuando entraron en la lobreguez de una picada. Siguieron la picada largo rato; a Reyes le parecía que el viaje no terminaba nunca, que nunca llegaban. Como para calmar su impaciencia, sus guías le dijeron:

—Aquí nos desviamos.

Pararon frente a una tranquera, cuyas varas retiró Quintín. Siguieron una senda perdida entre barbechos, naranjales y bosquecillos. De tanto en tanto, como señal de vida, brillaba alguna lucecita.

—Estamos en la compañía Camisá soró —dijo Aparicio.

—¡Qué raro nombre! —dijo Reyes—. ¿Por qué se llama así?

—Porque cuando vinieron los primeros pobladores de la compañía hallaron una tapera con una camisa rota extendida sobre un arbusto. Al comienzo sólo se llamó a la tapera Camisá soró, pero poco a poco se llamó así a toda la compañía. Ya estamos llegando, doctor.

Se detuvieron frente a otra tranquera que Quintín despejó rápidamente. Anduvieron entre naranjos y bruscamente desembocaron frente a la casa iluminada por faroles y la fogata de la cocina donde las gentes trajinaban y se calentaban.

Quintín dio un grito que movilizó a todo el mundo y cuando se detuvieron frente al galpón, bajo y amplio que unía los dos lances de la casa, el propio Candado le ayudó a bajar. Reyes bajó algo entumecido y estrechó la mano del dueño de casa. Candado era un hombre entrado en años, como sesenta, erecto, con canas en las sienes, barba rala, sin afeitar muchos días. De complexión robusta, su tipo era francamente aindiado.

—¿Cómo está la enferma? —preguntó Reyes.

—Mal doctor —contestó el marido y le guió hacia una de las piezas. Las velas frente al nicho de los santos iluminaban el cuarto amplio, sombrío; con sus paredes de barro, agrietadas en retículos irregulares; con su techo bajo, de paja; con su piso de tierra apisonada, húmeda, resbaladiza. De las paredes colgaban ropas y arreos de labranza, tesoros del amo; de la cumbrera, una fuerte viga, colgaba, como cuerda de columpio, una soga que barría el suelo. Un vaho oliente a ropa sucia, a tabaco fumado, a tierra húmeda, hirió las pituitarias de Reyes. Los muebles eran pocos y sobrios; el nicho enorme entre flores de papel, con bujías ardiendo en candelabros de latón; un enorme caramegúa de tapa combada y patas cabronas que se hundían en la tierra y finalmente la cama en el fondo, una cama de madera labrada con tosquedad y trama de cuero. Sobre una silleta baja un enorme porongo que servía de orinal. La enferma gemía bajo los cobertores de lana de fabricación casera, pero para calentarle los pies le habían agregado jerga de caballería que despedía con la humedad y el calor, su olor de sudor caballuno. Reyes tuvo que

observarla bien para distinguir su cara perdida entre los paños que tenía atada la cabeza y, el cobertor.

—Aquí está el señor doctor —dijo Candado.

La enferma al oír a su marido, gimió con más fuerza, como para convencer de que realmente sufría.

—Balbina —insistió el marido— aquí está el doctor.

—¿Cómo se siente señora? —preguntó Reyes.

—I vaí la porte (está fea la situación) —contestó Balbina.

Reyes levantó el cobertor y buscó su brazo; le tomó el pulso. La piel ardía de fiebre y el pulso golpeaba enloquecido. Pidió luz para verla mejor. Balbina era una mujer enorme, morenota, como de cuarenta y cinco años. Cuando retiró los cobertores que la cubrían, un vientre grandioso emergió de las profundidades. Reyes palpó aquella montaña, dolorosa, contraída, con zonas duras y blandas, timpanizada por los gases intestinales. El útero, duro, contraído, sensible, flotaba como un témpano en el mar de intestinos dilatados, meteorizados. En vano buscó latidos fetales.

—¿Se mueve su hijo?

—No, doctor. No lo siento desde hace varios días. ¿Omanó? (murió).

—Así es señora —le dijo Reyes.

Balbina dio un suspiro y se puso luego a gemir acuciada por las contracciones. Reyes movilizó a las mujeres para hacerle una higiene y echó afuera a los curiosos. Después de mucho trajín e indicaciones pudo hacerle el examen final para diagnosticar. Balbina se prestó inteligentemente a las maniobras, ayudada por su hermana. Reyes se halló ante un cuello indilatado, rígido, despidiendo gases fétidos y meconio. Era un caso de fisómetra y solamente una intervención quirúrgica podía salvar a la madre. Aislados por la lluvia y la distancia se hallaban ante una dificultad tremenda. Por un momento Reyes se sintió desalentado; pero los ojos ansiosos de la madre que se clavaban en su cara, le dieron nuevos ánimos.

—¿Cómo encuentra la cosa doctor? —preguntó Candado.

Reyes lavó con parsimonia sus guantes, los secó sin prisa y se los sacó mientras pensaba en la actitud a tomar.

—Solamente una operación le va a remediar —dijo.

—Ya lo sabía —contestó Balbina—. Haga de mí lo que quiera, doctor. Lo mismo me da morir aquí que en el hospital, porque seguro que me va a llevar a Tacuary.

—Sólo allí le puedo operar señora —le dijo Reyes que, tomando del brazo a Candado lo llevó afuera y le dijo:

—Mire señor Candado; el estado de su señora es muy grave. Solamente una operación urgente le dará probabilidades de salvación. No es posible pensar en un parto normal; el cuello no se abre y el chico está muerto y pudriéndose.

—Iba a ser nuestro primer hijo en casi treinta años de matrimonio —dijo Candado tristemente.

—¿Por qué tardó en llamarme? —preguntó Reyes.

—Ya ve nuestra ignorancia, doctor —contestó Candado.

—Ahora que está decidida la operación hay que ponerse en camino inmediatamente.

Candado sacudió negativamente la cabeza.

—Con esta noche es imposible —dijo.

—¡Cómo imposible! —exclamó Reyes.

—Los bueyes están en el campo y debo buscar un carretón de un vecino que vive a media legua de aquí. Hasta que amanezca no se puede hacer nada.

—¡Pero cada minuto de retraso, acorta la vida de su mujer!

—Será así —contestó con calma Candado—. Pero sin bueyes y sin carreta no podemos ir.

Reyes suspiró. El fatalismo y el conformismo campesino le rebelaban. Volvió al lado de la paciente. Balbina, en medio de sus dolores, le sonrió.

—Hay que esperar la mañana —le dijo Reyes— mientras tanto le daré unos calmantes.

Y le inyectó algo para mitigar sus sufrimientos. Cuando terminó de aplicarle la inyección se le acercó la hermana de la paciente, Filomena.

—Venga a cenar, doctor —le dijo.

Reyes recordó que no había cenado.

Le llevaron a la otra pieza, donde habían preparado una mesa que lucía el mantel de aó poí de las grandes festividades, porque seguramente no tenían otro. Le sirvieron un comistrajo en platos enlosados pelados y desportillados. Tomó la sopa con borí con ganas porque estaba caliente y apenas tocó un guisote pringoso. Le servía Filomena con solicitud y habilidad que le extrañó a Reyes. La otra como si leyera sus pensamientos, le dijo:

—Yo soy sirvienta en una casa de ricos en Asunción. Vine llamada con urgencia. Me costó llegar, porque las grandes lluvias interrumpieron el tránsito de camiones. Pero llegué ayer,

a Dios gracias. Cuando ví a mi pobre hermana en la situación en que se encuentra, agarré una escoba y le dí unos garrotazos a mi cuñado.

—¿Por qué? —preguntó Reyes, entre sorprendido y divertido.

—Porque es un ignorante. ¡Dejar morir a su mujer teniendo médico de verdad cerca!

—De modo que si usted no venía, ¿no me llamaban?

—Sí. Es tan grande la ignorancia del campesino que no conoce lo que es un médico. Yo, sí. Mi patrona llama al médico por cualquier cosa; y a mí me hacen atender cuando siento algo. Cuando la encontré a Balbina toda aventada, lloré de desesperación y siento no haberle roto el mango de la escoba por la dura cabeza de Candado. ¡Y si supiera lo que hicieron! Me da vergüenza contarlo.

—A ver, cuénteme; total lo sabré tarde o temprano.

Filomena se encogió de hombros, se relamió los labios y se dispuso a soltar los secretos de familia. Era el polo opuesto de su hermana; enteca, canosa, de buena dentadura, manos sarmentosas y expresión inteligente. Trajo el postre, consistente en miel de caña y queso fresco. De pie ante Reyes, dijo:

—Le atendía ña Candé, una vieja partera, bastante entendida. Al tercer día dijo que no había señas de parto y aconsejó que la hicieran ver. Trajeron a Añón de Tacuary que tiene fama de partero. Añón dijo que no tenía por falta de ayuda. Hizo colgar del techo esa cuerda, que habrá visto, y la suspendió de los sobacos, no sé cuántas horas hasta que Balbina se desmayó. Cuando se recobró la volvió a colgar pero no aguantó más y se retobó. Entonces Añón dijo que había otro modo. La sentó sobre un apycá, puso una rodilla en la cintura y tomándola del hombro empujó la rodilla con fuerza. Ahí si que Balbina casi muere, volvió a desmayarse y para más se le derramó el agua, empapándose con este frío. Añón dijo que después de eso iba a tener y se fue después de cobrar tres mil pesos. Lo que vino fueron mayores dolores, pero el chico no. Llamaron entonces al médico paí Serafín. Este sinvergüenza ni siquiera entró; desde la puerta hizo girar su bastón con cabeza de plata, la miró, y dijo que no paría porque estaba llena de metales; que le sacaran sus alhajas y la pusieran en una cama sin clavos. A las dos horas iba a tener con toda seguridad. Se fue voleando su bastón. Pasaron, no dos, sino diez, quince horas y, nada. Le volvieron a llamar a paí Serafín, quien sin entrar y sin verla casi dijo muy

enojado que no se había cumplido sus indicaciones: Balbina tenía un diente incrustado de oro y era eso lo que impedía el parto. Se retiró diciendo que no lo molestaran más y que sacaran el diente. A diez leguas no hay dentista, ¿qué iban hacer? Llamaron a un vecino que sabía algo de herrería. El pobre trajo una pinza e intentó sacar el diente; pero Belbina gritaba y se retorcía de dolor que la dejaron en paz. En eso llego yo, hice un escándalo mayúsculo, pero conseguí que lo llamaran. ¡Usted no sabe lo que sufrimos los campesinos a manos de los curanderos! ¡Mi pobre hermana!...

—Le prevengo que está muy grave. El chico murió hace rato y está podrido —dijo Reyes.

Saltaron los ojos de Filomena afuera y sus puños estrujaron su pecho plano. Luego, dos lágrimas corrieron por sus mejillas y, mientras se enjugaba, dijo:

—¿No hay esperanzas, doctor?

—Mientras hay vida hay esperanzas. Pero urge llegar a Tacuary. Dice Candado que con este tiempo no es posible encontrar los bueyes.

—Así es —contestó Filomena, dejando caer los brazos en un gesto de impotencia.

Fueron a ver a la paciente que descansaba bajo el efecto del calmante que le inyectara Reyes. Quisieron saber la hora, pero nadie tenía reloj y Reyes había olvidado el suyo. Calcularon que estarían en la media noche, el viento silbaba siempre con fuerza, barriendo el galpón y atizando la fogata de la cocina; el frío calaba hasta los huesos. Como no había nada que hacer, sino esperar, le invitaron a Reyes a descansar. Aceptó porque se sentía empapado y tiritaba de frío. Se desvistió en el lance donde cenara y ocupó una dura cama con colchón de paja. Se abrigó con una frazada de lana tejida por la dueña de casa, pero como era insuficiente, le agregaron unos pellones. Filomena se encargó de secarle la ropa con la plancha. No pudo pegar los ojos en parte por la preocupación por su paciente, en parte debido a la dureza del lecho y al olor a tabaco que se desprendía de las ropas de la cama, en parte al frío que no se le iba a pesar de los pellones.

A la hora más o menos, no soportando más el frío y el olor se levantó y, cubierto con la frazada fuese a la cocina, donde le hicieron un lugar junto a la fogata, sobre una baja silleta. Quedó allí asándose por delante y helándose por detrás.

XVI

La cocina era un galpón de techo de paja con sólo dos paredes que daban al sur y al oeste respectivamente; estas paredes habían perdido casi todo el revoque, enseñando su armazón de estacas unidas por ysypoes. En el centro del piso de tierra la fogata alimentada por gruesos troncos que ardían chisporroteando, con lágrimas resinosas que goteaban del corazón de las maderas. Sobre las llamas y colgando de la parhilera, el llar sostenía una olla donde el agua hervía despidiendo vapores que unidos al humo de los leños anublaban el ambiente, desvaneciendo a ratos los rostros de los frioleros vecinos de Candado que habían acudido por solidaridad y que se calentaban al calor de la fogata. Entre las brasas se doraban espigas de maiz sostenidas por asadores de alambre. Una docena de individuos rodeaba la lumbre, algunos con los pies desnudos metidos en la tibia ceniza que como un halo circundaba el hogar. La mayoría descansaba directamente sobre el suelo, pero algunos ocupaban silletas bajas o trozos de leña. Todos estaban acuclillados y encogidos por el frio en sus ponchos, con la cabeza cubierta por sus sombreros de paja. Reían sin barullo y ronzaban el maíz, cuyos crujidos se escuchaban cuando el viento cesaba de aullar un rato.

Codo contra codo, sobre el diedro de la silleta, Reyes intentó cabecear un sueño, pero el frío que le helaba la espalda, el crepitar de los leños y el aullido del viento con sus ráfagas que hacía llamear el fuego, le impidieron dormir. Alguien le pasó una espiga de maíz tostado, ronzando a su vez grano por grano. Al comienzo los velantes callaron para dejarlo dormitar, pero al verle comer el maíz reiniciaron la charla, al comienzo con cierta

timidez, pero luego con desenvoltura. Reyes, preocupado, no les escuchó por un rato; sin embargo la voz, las frases, poco a poco le atrajeron y se puso a escuchar lo que decían y sus ojos comenzaron a recorrer los rostros de aquellos representantes de una parte importante del pueblo paraguayo. Escuchando a aquel corro de gente humilde, de campesinos sencillos, ignorantes pero no torpes, sintió, por primera vez, palpitar el alma popular paraguaya. Escuchó el relato de sus miserias, las quejas contra las autoridades arbitrarias, los desengaños sufridos, el ataque de las plagas a sus cultivos... Escuchaba quejas y sólo quejas. En las voces vibraban el desengaño, a veces el rencor, pero se atenuaban pronto en un tono de resignación fatalista.

—Nosotros los pobres no podemos —decía alguien.

¿Qué cosa no podían? Reyes entonces paró su atención. Sólo dos o tres hablaban, el resto escuchaba. Los que llevaban la voz cantante no eran ni viejos ni muy jóvenes. Reyes miró las caras. "¡Qué variedad de tipos!" —pensó. Había rubios como nórdicos, morenos con sangre negra, pálidos y de ojos estirados como un mongol, blancos de amplia frente y facciones regulares, otros ni blanco, ni negro, ni amarillo, ni pardo; sino la mezcla de todos esos colores, con tonalidades predominante de uno de ellos. Había viejos y avejentados, arrugados, magros de carnes; adultos fornidos, de recia estampa y facciones regulares, jóvenes de dieciocho a veinte años con bozos apenas insinuados, al reír mostraban la falta de dientes; eran todos flacos, con huellas del sol en las mejillas, con señales de pobreza en sus ropas y sus pies desnudos y con anhelos frustados en sus gestos resignados.

—A nosotros los pobres de verdad el crédito no nos alcanza, porque no podemos garantir.

—¿Qué es ese crédito? —preguntó Reyes.

—Es la plata que presta el Banco a los agricultores —contestó un tipo rubio, casi albino, salpicado de pecas— Pero hay que dar garantías.

—Yo pedí un crédito de diez mil pesos y me dieron tres mil. ¿Qué hacía yo con tres mil? No me bastaban para los bueyes que necesitaba. Retiré los tres mil y de pura rabia me emborraché y jugué a las carreras.

—¡Y perdiste hasta el último centavo! —dijo un individuo moreno, de facciones regulares y bellos ojos negros.

—¡Claro! —contestó el otro, tipo de estrecha frente, mentón huidizo y labios gruesos— Siquiera eso gané. Para peor no pude

vender mi algodón a buen precio y no pude devolver la plata. Se acabaron para mí los créditos —terminó con melancolía.

—Y la farra —insistió el otro.

—¿Y qué quiere que haga un pobre, sino olvidar de vez en cuando?

—El año pasado, como otras veces, fijaron el precio del algodón —dijo el rubio— pero los comerciantes se hicieron los remolones para comprar, que de puro cansado de ir y venir al pueblo malvendí toda mi cosecha. Esos comerciantes se quedaron con la mayor parte del sudor de mi frente.

—Eso ocurre casi siempre —suspiró un viejo perdido en la sombra de las alas de su sombrero y un rotoso poncho—. Hace casi cincuenta años que aro la tierra ¿y qué tengo? Nada... y nadie me puede reprochar de que soy vicioso.

—Viviremos así eternamente —le dijo otro campesino de edad indefinida, menudo de talla y flaco cuello que sobresalía del poncho mostrando su nuez puntiaguda— Tengo a casi todos mis hijos en la Argentina donde están muy contentos. Hace un año que se me fué el último varón.

—¿Por qué se fué Ildefonso? —preguntó alguien.

—Andaba acostándose con la hija de Perico Benítez. Un día éste le pilló y le acusó ante el juez de violación y lo metieron preso. Yo quise que se casara con la chica porque es buena y muy trabajadora; pero el juez me dijo que si le daba cinco mil pesos le iba dejar libre y sin compromiso. Yo insistí en que se casaran y mi hijo estaba dispuesto. Entonces el juez me dijo que Ildefonso era un criminal, que lo iba a mandar a la carcel con las peores acusaciones. Como ví que deseaba los cinco mil pesos, se los dí. Mi hijo quedó libre, pero tan pichado que se fué a la Argentina con sus hermanos. Ahora no tengo ni hijo, ni nuera y, para peor, la chica tuvo un hijo y no le quiere mostrar a su abuela que se muere de ganas de verlo.

—Volviendo a los créditos —dijo uno que se había mantenido callado hasta entonces, con pantalones remendados y que se cubría con los restos de lo que fue una frazada— fuí a ver al representante agrícola y le pedí que me ayudara a conseguirlo. Me pidió garantías. Yo le dije que no podía darlas porque era muy pobre. Me contestó que no había para mí porque no daba garantías. Entonces le dije: "justamente por eso debían de darme". Me miró creyéndome un loco, me dijo: "para usted no hay créditos". Saqué ánimos no sé de donde y le dije: "pero señor agente agrícola, justamente

los pobres de solemnidad que deseamos trabajar somos los más necesitados de créditos". Los pobres no podemos salir adelante porque no podemos comprar ni azada, ni machete, ni arado y no podemos dar garantías. No sé por qué habrá créditos si el que necesita realmente como yo no consigue.

—Muchos tiran ese dinero en otras cosas, como juego o bebida —dijo Reyes.

—Eso dicen para no darnos. Algunos lo gastarán mal, pero la mayoría compraríamos cosas útiles.

—¿Por qué no pide recomendación a algún comerciante? —le dijo el pelirrojo.

—Ellos solo dan a los que tienen créditos. Crédito... crédito... crédito... Mi puño es mi único crédito. Lo que pasa es que al verdadero pobre no le quieren ayudar.

—O le dan una miseria, como a mí —dijo el de la frente aplastada y mentón huidizo— Esta gente no comprende lo que deseamos y desconoce lo que necesitamos.

—El rico es cruel —dijo otro callado hasta entonces— El doctor le operó a mi mujer de pus en el vientre y estaba muy mal; me exigió unos remedios muy caros y no tenía la plata; entonces fuí a verle a mi patrón que me conoce bien, el señor Murieta. Este me dijo que no tenía dinero. "Es para salvar a mi mujer" le dije. "Le he dicho que no tengo y déjeme en paz" —me contestó. Vendí un buey para comprar el remedio.

—Caramba —exclamó Reyes— ¡Por qué no me dijo!

—Quería que se salvara mi mujer.

—Ya recuerdo a su mujer; salvó por un pelo de la muerte.

—Si, gracias a usted. Lo único que siento es haber mal vendido mi buey —suspiró el pobre hombre.

—Eso les pasa por sonsos —dijo otro, afeitado con cuidado, de aire inteligente, de maneras desenvueltas. —Gano más haciendo caña clandestina.

Reyes vió las señas que le hacían para que callara señalándole y al verle titubear, le dijo:

—Cuente nomás. No le voy a traicionar.

—Desde luego doctor, no le creo capaz de traicionarnos, porque usted está al lado del pobre. Como decía, gano más haciendo caña que rompiéndome el lomo sobre el arado.

—Pero tiene sus inconvenientes, chamigo —le dijo alguien.

—¡Claro! El comisario Arroyo es demasiado honrado. Le sorprendió a mi cuñado cuando llevaba al pueblo una bordalesa de

caña y lo apresó. El mitaí que iba con él contó donde estaba la fábrica y nos requisó los alambiques. Estos se están calentando al sol en el patio del agente de Impuestos internos, Casanova. Se derramó mucha caña y por este año ya no hago caña. Perdí el trabajo de un año.

—No te apures —dijo el rubio— Murieta echará al comisario y te devolverán los alambiques.

—El señor Murieta se puso furioso, porque perdió la caña y si no cae pronto el comí Arroyo, a lo mejor pierde sus alambiques.

—¿Y cómo es que estás libre?

—Porque me avisaron a tiempo y huí.

—¿Por qué se dedica a un trabajo tan arriesgado y, perdone tan poco honesto, diríamos? —preguntó Reyes.

Suspiró profundamente el otro.

—Yo era un honrado agricultor. Me deslomaba sobre el arado, pero nunca iba adelante. Me engañaron, me robaron en el pueblo con mi tabaco y con mi algodón que me dije: ¡vaya a la puta! haré caña con mi primo. Ahora trabajo menos, gano más, porque tengo asegurada mi cosecha. ¿Algunos sustos? En la agricultura peor susto y quebranto viene cuando se pierde la cosecha y no hay con qué vestir y para dar de comer a la mujer y a los hijos.

La noche iba terminando, el día se anticipaba en el canto de los gallos. Todos estaban somnolientos, fatigados por la velada. Reyes acudía frecuentemente a observar a su paciente que había dormido algo con los calmantes.

Filomena y Candado se turnaban a su lado. Reyes volvió al calor de la fogata, donde, al clamor de los gallos anunciando la madrugada, servían mate que tomó de la mejor gana. Al poco rato se sintió despejado y el temblor que sentía en el estómago desapareció. Reiniciaron la charla.

—Usted doctor va a ganar mucha plata con Candado —le dijeron.

—¿Por qué? —contestó sorprendido.

—Porque Candado es rico y le pagará lo que le pide. Tampoco olvidará que se tiró a un arroyo crecido para llegar más pronto.

—Candado no es rico —contestó Reyes— No veo riqueza aquí.

—Para nosotros lo es; tiene bueyes, caballos, buenos arados, un campito con animales, no tiene hijos. Tendrá plata guardada en su carameguá.

Reyes quedó pensativo, mirando las llamas.

—¡Todo es tan relativo! —pensó— Le envidian a Candado que

es un prójimo con mejor suerte que los otros. Tiene una cuñada que es sirvienta... Le envidian a Candado porque tiene protegida la vejez... Todos descalzos con este frio.. Aquel no tiene un poncho... y ese mozo casi no tiene dientes... todos flacos; estómagos vacíos beben caña para alegrarse un poco caña cuestión de prepucio como dice Patricito mujeres flacas cervicitis crónica hijos distróficos huelen mal olor de pobre... no se bañan papel higiénico ankilostomas anemia rancho...

—Le traigo un jarro de leche, doctor —le dijo Filomena sacándolo de su ensimismamiento.

Leche espumosa, recién ordeñada, cuya tibieza se sentía a través del jarro enlosado y desportillado. De pronto vió los ojos de los otros fijos en su mano. El deseo de beber aquella leche se fue. Devolvió a Filomena el jarro.

—Gracias —le dijo— la leche caliente me da diarrea.

—Debe estar con ganas de desayunar —le insistió la otra.

—Comimos maíz asado de sobra— le contestó Reyes.

Filomena llevó la leche sin ofrecer a nadie más.

Débil claridad se insinuaba a través de las frondas de los naranjos.

—Está amaneciendo —dijo alguien. Todos se desperezaron y muchos sacudieron las cenizas de los pies.

Candado apareció dando órdenes. Reyes fue a su encuentro.

—¿A qué hora podría ponerse en marcha? —le dijo.

—Fueron ya en busca de los bueyes, quizá los encuentren pronto, quizá tarden. Después deben ir en busca del carretón.

—¿A qué hora creen que llegarán a Tacuary?

—Por la tarde, más o menos a las cinco.

—Yo vuelvo a Tacuary —dijo Reyes— Casi no tengo nada que hacer. Debo preparar el equipo y reunir a mis colaboradores. De modo que le hago una inyección a su señora y le dejo calmantes y vuelvo al pueblo.

—Está bien, doctor —contestó Candado— Haré que le ensillen su caballo y le daré un acompañante.

Reyes aplicó la última ampolla de calmante que tenía a la paciente. Le dejó algunos sellos y dió instrucciones adecuadas y se despidió de Balbina.

—Apúrese señor Candado —le dijo al dueño de casa— Mire que se juega la vida de su mujer.

—Lo sé, doctor.

Reyes montó después de despedirse de todo el mundo que salió

a verle partir. Le acompañaba un mozo de expresión simpática y sonrisa fácil. Era el hijo de un vecino de Candado y se llamaba José.

El día apareció gris, nubes espesas y bajas corrían empujadas por el viento sur que seguía soplando con furia. No llovía ya.

Marcharon hasta salir a campo abierto por la picada que habían recorrido por la noche. Desviaron hacia un lado.

—Vamos por Pombero sobrado, porque supongo que no querrá echarse de nuevo en paso Mendieta

—No— contestó Reyes, devolviendo la sonrisa.

Cruzaban valles encerrados en el boscaje perdido en la niebla. De vez en cuando se veía un solitario ranchito, achaparrado, con su techo de paja como encogido por el frio, con sus habitantes invisibles. Había agua por todas partes, llenando las huellas de los caminos y blanqueando, como espejos, los campos. Los caballos marchaban resbalando en el suelo rojo y salpicando con el agua retenida en los huecos. Después de larga marcha salieron a campo abierto y sobre una ruta, la ruta Tacuary-San Javier.

—Pronto llegaremos al puente Pombero sobrado —dijo José— ¿Vé aquellos árboles en fila? Pues, es ahí.

La ruta era mala y empeoró con las lluvias. Fuertes corrientes de agua habían cortado el terraplenado y las cunetas rebosaban de un líquido turbio, barroso. Se oía a las corrientes de agua garrular entre el pajonal y las matas de los yuyos a pesar del silbo del viento que azotaba a los jinetes. No se veía seres vivientes en el círculo de la mirada. Los animales estaban refugiados en los montes. En el hueco de la arboleda que siguió a los meandros del arroyo, el puente de Pombero sobrado se extendía sobre los altos barrancos, en cuya profundidad rugía el arroyo crecido por las últimas lluvias.

—Es un puente alto —dijo José— Hasta ahora ninguna crecida lo alcanzó.

Los cascos de los caballos hicieron resonar los tablones del puente, largo doce metros y lo suficientemente ancho y fuerte para soportar la carga de un camión cargado.

A medio kilómetro se veía el techado de un caserón.

—El aserradero de don Damían Portillo —dijo José— Es muy servicial. Le pediremos el desayuno.

Reyes aceptó porque el estómago se le contraía de hambre.

—Estoy como para comer un buey —dijo.

José abrió la tranquera y entraron en un patio que enfrentaba

la casa con árboles frutales. Los perros ladraban con furia. Una puerta se abrió y apareció Portillo en persona.

—¡Doctor Reyes! —exclamó— ¿De dónde sale usted?

—De por ahí — contestó, mientras le apretaba la mano— estamos muertos de hambre y nos acogemos a su hospitalidad.

—Encantado, doctor. Pase aquí adentro que debe estar helado.

Reyes lo veía por primera vez, y sin embargo, se trataban como si fueran viejos amigos. Portillo tenía una cincuentena de años; alto, ligeramente calvo, cara coloradota de pelirrojo sanguíneo, su porte denotaba decisión varonil y franqueza.

Mientras la señora de Portillo preparaba el desayuno, el dueño de casa lo llevó a visitar el aserradero y demás dependencias.

—Además del aserradero, planto caña dulce y hago miel — decía Portillo mientras andaban.

—¿Por qué no usa el arroyo como fuerza motriz? —le dijo Reyes.

—Porque el caudal no es suficiente habitualmente y cuando crece todo lo lleva. Además tengo leña de sobra para mis calderas,

De vuelta a la casa Reyes desayunó opíparamente. Después despidió a José porque podía ya llegar solo al pueblo, distante como tres leguas.

Rato después dejaba la casa de Portillo, con quien, en esa breve visita estrechó los lazos de una sincera y perdurable amistad.

Era casi medio día cuando llegó a su casa. Comió apresuradamente y se acostó, ordenando a Timó que lo despertara a las tres de la tarde. Se durmió apenas tocó la cama y le pareció que lo despertaban muy pronto cuando a las tres Timó lo sacudió de los pies para despertarlo. Pero recordó que esperaba a la paciente y se apresuró a ir al hospital donde dispuso todo para una intervención quirúrgica. Como no disponía de luz eléctrica, pidió prestado a sus amigos lámparas de petróleo gasificado y Cabrera le envió una enorme linterna a pila. Con el personal dispuesto a entrar en acción, volvió a su casa para esperar la llegada de su paciente.

XVII

Serían las seis de la tarde que, en invierno y en la campaña, es una hora que ya vacía las calles y encierra a las gentes en sus casas. Por el camino que viene de San Javier, sorteando los grandes charcos de agua y traqueteando en los surcos, marchaba, al compás de los tardos pasos de los bueyes, un carretón entechado de cuero. Venía flanqueado por jinetes cuyos ponchos flameaban en el viento y algunos de a pie que portaban, suspendidos de largas varas, faroles a vela de sebo que parpadeaban en el aire como fuegos fatuos. Sobre el colchón y abrigada con pesadas mantas Balbina gemía su dolor de maternidad retrasada y defraudada. Durante el trayecto se había contentado con gemir, pero al sentir la cercanía del pueblo comenzó a plaguear sobre su destino cruel y la proximidad de su muerte. Filomena arrodillada a un lado la consolaba con palabras cariñosas y fricciones suaves, pero cuando mas cariñosa se mostraba, más aumentaba Balbina los ayes, los suspiros y los gritos reprimidos. La noche encapotada, pero sin lluvia, era oscura y tenebrosa. Las primeras casas del pueblo se anunciaron por las lucecitas que brillaban. Penetraron al pueblo siguiendo las huellas de carretas que finalmente desembocaban a la calle principal. A pesar del silencio y las cerradas puertas, la extraña procesión atrajo rápidamente a los curiosos, a esos curiosos que como cuervos atraídos por la carroña, aparecen de todos lados. En pocos minutos una multitud rodeaba a la caravana, inquiriendo con insistencia la causa de las luces y de los gemidos que partían del interior de la carreta. Naturalmente que los integrantes del séquito no aguantaron el deseo de hacer partícipe de la novedad a aquellos ávidos curiosos quienes interpretando a sus maneras

hicieron correr la noticia que muy pronto engordó con mil agregados. Los comentarios flotaban en el aire y cualquier curioso podía saber con toda certeza que en la carreta llevaban a una pobre mujer al matadero de los humanos que se conoce con el nombre de hospital. El runruneo se hizo tan persistente que algo intuyó Balbina, quien necesitada de cariños y de consuelos en el trance en que se encontraba, se hizo sentir con gritos e impetraciones lastimeras.

—Voy a morir —gritaba, estremeciendo con delicioso cosquilleo a la muchedumbre— Pidan a la Virgen que me perdone y salve mi alma pecadora. Voy a a muerte y quiero estar en la gracia de Dios!

Y de pronto gritos desgarradores hendían la noche como rayos.

La novedad corrió como una onda por el pueblo y arrojó a las gentes a la calle. Las mujeres eran las más noveleras; se abrigaban apresuradamente y con alguno que otro chico se unían a la muchedumbre que rodeaba a la carreta, inquiriendo ansiosa. Así fue que entre los curiosos se sumó la mujer de Falcón, quien, en compañía de la mujer de Murieta se abría paso hacia la carreta, hendiendo aquel mar de curiosos con la proa de su voz autoritaria y sus pesadas manos que empujaban sin consideración alguna. Al reconocerla, todos cedían un lugar a las dos empingorotadas damas y les daban detalles de la causa de aquel alboroto.

Candado, sombrío, callado, escuchaba y veía, pero lejos de sentirse molesto, hallaba un consuelo extraño en la participación del pueblo en su tragedia. Oía que todos decían que aquella mujer iba a morir en el hospital y su espíritu se inclinó hacia una humilde conformidad. Gerónima Olate de Falcón sabedora de que el doctor Reyes iba a intervenir a aquella pobre mujer, dijo a gritos:

—Pero es un crimen operar a esta pobre mujer. ¿Donde están sus parientes?

Pero nadie le hacía caso.

—¡Paren la carreta, paren la carreta! —insistía— No debe permitirse que esa mujer vaya al matadero. Si mi marido estaba, hubiera intervenido.

Los gritos impresionaron al guía que corrió a preguntar a Candado:

—La señora de Falcón quiere que nos detengamos.

—Siga derecha al hospital —contestó Candado, perdido en el rebozo de su poncho.

La procesión siguió, chirriando las ruedas entre las voces de

estímulo del boyero. Gerónima al darse cuenta de que no respetaban su autoridad, exclamó:

—Esa mujer va a morir si se opera. Vamos a salvar, ya que no su vida, su alma pecadora.

Y sin desprenderse del brazo de la señora de Murieta que estaba asida a ella como una lapa, se dirigió a la muchedumbre.

—Sepan que esa víctima va ser asesinada por ese doctorcillo. En Tacuary se ha parido sin operación.

De pronto, viendo a una solterona de agria cara, le gritó:

—¡Nicasia! ¡Nicasia! ¡La letanía de los muertos!

Nicasia se aclaró la garganta y comenzó a rezar en voz alta. El resto de las mujeres le corearon. La voz gangosa de Nicasia dominó el rumor de la muchedumbre que, respetuosa, silenció su murmureo, elevándose las preces por los aires con la solemnidad de un viernes santo. Balbina oyó que rezaban por ella como si estuviera muerta y un alarido escapó de su garganta. Filomena comprendió la inoportunidad del rezo, se asomó a través de la cortina que cerraba la boca del carretón y dijo:

—Por favor, no recen tan alto que mi hermana les oye.

—Debe saber que oramos por la salvación de su alma.

—Pero por Dios, todavía no está muerta —exclamó indignada Filomena.

—¡Mal agradecida! — le gritó Gerónima— ¡Y criminal! ¡Le trae a asesinar a su hermana y encima se opone a que roguemos por ella!

Pero Filomena que no tenía pelos en la lengua ni debía pleitesía a la virago, contestó:

—Cállese bruja de mal agüero, desconsiderada, cajetilla entremetida.

Por un rato Gerónima quedó sin habla, ahogada por la indignación, por aquel atrevimiento inaudito, por aquel insulto inesperado. Pero la señora de Murieta le recordó su calidad de dama.

—No le conteste a esa prójima —le dijo.

Gerónima que iba a anatematizar, que iba a pulverizar a aquella infeliz, ahogó sus insultos y optó por rezar en la voz más alta posible.

Se acercaban al hospital, pero la muchedumbre no cesaba de crecer, las puertas siguieron abriéndose con estrépito y salían mujeres, niños y perros ladradores, para sumarse a la muchedumbre. La pobre Balbina se creía ya en el féretro, ahogó sus gemidos y lloró desconsoladamente. Candado, agarrotado de fatiga y de dolor,

seguía a caballo como un autómata. Filomena, más práctica y realista, al comprender que ¡por fin llegaban!, se alistó.

—Santa María, madre de Dios... oraba la muchedumbre.

Quintín al llegar al pueblo había acudido a dar aviso a Reyes de que llegaban. Este acudió al acto al hospital donde todo el personal y otros allegados a Reyes, esperaban. Entre estos se destacaba Cepí, un carnicero que vivía cerca de la casa de Reyes y se había encariñado con él con la adhesión de un perro fiel. Era grandote, ya canoso, jovial, que al reir mostraba, a través de su enorme bigote, una boca desdentada.

Cuando la carreta de la enferma traspuso el portón, la muchedumbre desbordó las dependencias del hospital como una avenida de un dique roto. Reyes le rogó a Arroyo que impidiera que la muchedumbre atropellara el sector de la sala de operaciones. Así lo hizo por medio de un cordón policial. Pero la muchedumbre que deseaba ver y oir, descubrió que se podía atisbar a través de los cristales de la sala de operaciones que no estaban opacadas en la parte de arriba. En pocos ratos aparecieron sillas, mesas y hasta escaleras, desde las cuales los afortunados poseedores de aquellas atalayas, palqueaban el interior de la sala de operaciones, no perdían gestos e informaban con lujos de detalles a los infelices quienes muertos de curiosidad, estaban condenados al deseo de ver. Gerónima tranquilamente despojó a alguien de su mesita y se acomodó en el mejor lugar y desde allí le transmitía a la señora de Murieta lo que ocurría en la sala de operaciones.

Mientras tanto transportaron a Balbina a la sala de operaciones quirúrgicas. Luego entraron los colaboradores de Reyes; el personal hospitalario y Trujillo, Arroyo, Arrué, doña María y Paí Cepí. La misión de aquellos agregados era sostener las lámparas de kerosén gasificado porque no se disponía de luz eléctrica. Arroyo armado de una enorme linterna a pila se disponía alumbar el foco operatorio.

Temiendo una explosión en aquel caldeado ambiente, el mismo Reyes anestesió con cloroformo a la paciente y una vez dormida profundamente le entregó la careta a Sosa. No fué fácil dominar a Balbina; gemía, se retorcía y en el período de excitación anestésica todos los hombres tuvieron que contribuir a la sujeción porque amenazaba romper las ligaduras que la tenían sujeta a la mesa. Por fin fue dominada y se durmió con fuertes ronquidos. Entonces Reyes se lavó rápidamente y se vistió, se calzó los guantes y preparó los instrumentos. Pasó yodo por el enorme vientre de la

paciente y la cubrió luego con blancas compresas esterilizadas, dejando al descubierto una larga lonja del vientre donde iba a sajar.

Bisturí en mano Reyes dió una ojeada por la sala. Todos estaban expectantes; Trujillo, Arrué y paí Cepí sostenían a lo alto las lámparas como esas estatuas de la libertad que sostienen la antorcha de la rebeldía, pero transpiraban al calor de las lámparas y por la emoción; doña María, haciendo competencia en volumen con la paciente, se mantenía expectante, tensa; Adela tranquila y eficiente; Irala inmóvil con una gasa en la mano y por último Arroyo, inquieto, dando cortos pasitos. Reyes lo vió todo en dos segundos, levantó la mano y sajó largamente aquel promontorio ventril, en una extensión de sesenta centímetros. Manó sangre, pero siguió cortando grasa y más grasa para llegar a la aponeurosis. Temblaron las luces en las manos de los alumbradores y estremecieronse los curiosos de afuera. Gerónima en lo alto de su atalaya, gritó:

—¡Bárbaro! ¡Asesino! Tajar a una pobre mujer como a una vaca. ¡Cómo se permite estas cosas en este pueblo tranquilo! ¡Esto es un asesinato!

Reyes interín había hecho la hemostasia y abierto rápidamente la cavidad abdominal; masas intestinales dilatadas por los gases se escurrieron fuera. Reyes las metió e impidió que volvieran a salir taponando la brecha con compresas; luego exteriorizó el útero que Irala mantuvo inclinado hacia adelante, mientras Reyes cerraba la brecha por detrás del órgano.

Arrué dejó la lámpara en el suelo y salió corriendo a vomitar afuera. A los curiosos de la ventana los ojos se les desorbitaban y Gerónima decía:

—¡Hágame el favor! ¡Esto es una carnicería inaudita! —y no pudiendo contener su odio, así como su curiosidad, comenzó a gritar histéricamente— ¡Asesino! ¡Asesino!...

Reyes iba a practicar la operación de Gottschalk-Portes, la única indicada en aquel momento. La sutura de la brecha había sido extremadamente difícil debido a la grasa, a los tejidos ablandados por la degeneración lipoidea y a la natural torpeza de Irala; pero sudando gruesas gotas que Adela le secaba en la frente, terminó la sutura. Ahora debía sentarla para abrir el útero y echar el contenido infecto fuera del campo operatorio.

—Vamos a sentarla —dijo Reyes— ¡Adela, desate las manos!

Así lo hizo Adela rápidamente.

—Sosa, deje la anestesia un rato —siguió ordenando Reyes— Vamos Trujillo, Sosa, ¡a sentarla!

Balbina pesaba como una ballena muerta, con el cuerpo flácido bajo la anestesia y los brazos caídos, como enormes ramas desgajadas, dificultaban la posición requerida por aquellos torpes y emocionados ayudantes.

—Aquí hace falta una cabria —dijo Cepí.

Al otro lado de los vidrios los curiosos habían callado, inclusive Gerónima.

Sentada la paciente y con el útero caído entre las piernas, Reyes se dispuso a cortar el fondo uterino.

—Por favor Arroyo, alúmbreme aquí,— decía Reyes y Arroyo enfocaba el lugar, pero el temblor de su mano lo volvía a desviar, hasta que Reyes, impaciente, le ordenó a doña María —¡Tome usted la linterna! Así lo hizo doña María, quien firmemente enfocó el lugar requerido.

Reyes dió una profunda puñalada al útero y extrajo el feto, enorme, negro azulado, con tiras de piel desprendida, bañado en líquido purulento y fétido. Cortó el cordón umbilical y depositó el feto en la palangana que Adela le pasó. El olor dispersó a los colaboradores. Trujillo dejó la lámpara en el suelo y casi atropelló a Adela que sacaba el feto muerto afuera de la sala. Arroyo salió tambaleando. Solo quedó paí Cepí con una lámpara en cada mano y en alto, y decía:

—Siga tranquilo doctor, que le daré luz. Estoy acostumbrado a desgusanar a los animales.

Doña María decía:

—Esto es fuerte —pero mantenía la linterna en foco.

Afuera Gerónima estalló:

—¡Ese hombre merece la cárcel! ¡Hacer semejante cosa a una prójima, a una semejante que Dios ordenó amar! ¡Asesino! ¡Asesino diplomado! Le corearon los mirones.

Luego Gerónima no soportando más el coraje y la habilidad de Reyes, ciega de odio, tomó un pedruzco y lo arrojó contra los vidrios, que se rompió con estrépito.

—Rompen el vidrio a pedradas —exclamó doña María indignada.

Reyes ocupado en extraer la placenta mientras Adela inyectaba pituitrina en la vena, ni siquiera dióse cuenta del estrépito, dijo:

—Pidan a Arroyo que haga despejar los ventanales.

Desde la puerta Arroyo inquirió lo que le pedían y al comprender lo ocurrido, envió a su sargento para que echara a los curiosos molestadores. El sargento, un grandullón bruto, sacóse el cinto y sin decir: ¡agua va! repartió cintarazos a diestra y siniestra, dispersando a la muchedumbre entre los macizos. En el tumulto Gerónima recibió uno o dos en su prominente trasero.

—¡Además de asesino! —barbotó— atropella a la gente. ¡Asesino! ¡Asesino!

Y presa de crisis de histerismo fue conducida por algunos caricativos señores a la casa de Añón, quien aplicó una inyección de aceite alcanforado a la santa mujer.

Mientras tanto Reyes extrajo la placenta, observó la contractura uterina y protegió la cavidad peritoneal con gasa y gruesas compresas. El útero, como manda la técnica quedó afuera de la cavidad abdominal; grandes apósitos lo protegieron. Todo se cubrió con una cura adecuada y se dio por terminada la operación. Todos dieron su cuota de esfuerzo para vendar aquella imponente masa de carne. Finalmente fue conducida a su lecho en medio del runrruneo del gentío perdido en las sombras.

Adela quedó para cumplir las indicaciones médicas. Reyes se retiró con sus amigos, fatigado por la mala noche y la tensión nerviosa. Fueron comentando la operación y no cesaban de ponderar la hazaña de Reyes, quien entre fastidiado y divertido les pidió que callaran de una vez.

El hospital se fue despejando lentamente; muchos esperaban el deceso de la operada y permanecían tercamente en el helado corredor esperando recoger el último suspiro de Balbina que por otro lado no se decidía ir al otro mundo.

Durante muchos días la salvaje operación quirúrgica fue el tema obligado de los corrillos y; había quienes apostaban a favor y en contra de la salvación de la operada. Entre estos últimos, Gerónima cargada de odio y de veneno, bisbiseaba a cuanto encontraba la última noticia: que Balbina estaba dando sus últimos suspiros.

Pero, pese a todos los malos pronósticos y a las peores intenciones, la robusta naturaleza de Balbina triunfó. Reaccionó admirablemente y a los tres días recibía a amigos, parientes y a curiosos que deseaban verla como si fuera una resucitada o alguna curiosidad de feria o de circo.

Bonachona, simpática y verbosa, acompañada de Filomena,

que no la abandonaba, no terminaba nunca las alabanzas sobre Reyes, con gran disgusto y enfado de los enemigos del doctor.

En aquel ambiente contradictorio, donde convertían hoy en trapo sucio la honra o elevaban a las nubes las loas, donde es más fácil el menosprecio que el aliento, el pueblo dividióse en dos bandos; uno en pro y otro en contra. Pero muchos de los últimos se mantenían en sus treces más por terquedad que por convicción.

A la noche del día siguiente de la operación Reyes fue a la casa de Belén impaciente de verla, después de dos días. Golpeó la puerta y la abrió la propia Belén que, sin decir nada le echó los brazos al cuello y le ofreció sus jugosos labios. El otro ni corto ni perezoso apretó su boca contra la de Belén, exprimiendo el jugo de aquel delicioso contacto. Sentía el cálido cuerpo de Belén sinuoso como una serpiente y mullido como un colchón. Cuando interrumpieron el beso para respirar, Belén murmuró:

—Eso fue por lo de anoche.

Pero Reyes que no se saciara, la oprimió de nuevo y rebesó aquellos labios con tanta ansia que ella lo rechazó gimiendo suavemente.

—¿Por qué no pasan? —dijo la tía desde adentro.

—Ya vamos tía —contestó Belén pellizcando el brazo de Reyes.

Entraron en la sala, tibia, acogedora, con el braserillo lleno de carbones al rojo, despidiendo chispitas con tenues crujidos. Como siempre, la abuela en su sillón favorito, tejía crochet, mientras la tía cosía, cosía...

—Buenas noches doctor —dijo la abuela— ¿Qué es eso de la operación de anoche?

Reyes tuvo que satisfacer la curiosidad de las tres mujeres, relatando desde el comienzo la odisea de la pobre mujer.

—Pero dejó pasar eso del paso Mendieta —dijo la abuela—. Hubiera muerto ahogado o se enfermaba de pulmonía.

—Veo que conocen todos los detalles —dijo Reyes— entonces ¿para qué voy a contarles?

—No se haga el malo —dijo la tía— cuente, cuente.

Sonriendo Reyes siguió su relato.

—¡Le abrió el vientre! —exclamó la tía, más novelera— ¡le cortó casi un metro la barriga! ¡Y no murió esa pobre mujer!

—Bueno, si ya saben...

—Siga, siga —decía la abuela, atenta a los labios de Reyes.

Este tuvo que satisfacer hasta los más mínimos detalles que las otras absorbieron como la arena el agua. Por último, para acabar con los relatos, Reyes propuso jugar a las cartas. Con celeridad sorprendente la tía armó la mesa y trajo las cartas. Belén como si se sacara una espina, en un descuido le murmuró:

—Hubiera podido perderte en paso Mendieta.

Afuera el viento soplaba con fuerza, despejando el cielo de nubes y las estrellas comenzaron a guiñar en el cielo.

XVIII

Mediados de agosto. El cielo estaba límpido y lejanos ya los días húmedos. Pero las heladas tardías mataron las hojas que restaban y el pastizal estaba grisáceo. Una fuerte helada había caído durante la noche. Reyes volvía muy temprano de Carrizal adonde fuera llamado para asistir a un parto y, terminado felizmente, volvía a Tacuary esa mañanita. El tordillo excitado por el frío estaba brioso, tascaba su freno y marchaba a buen trance. Reyes dejó atrás las últimas casas de Carrizal marchando por una senda arenosa, empolvada por la escarcha de la noche. Veíanse algunos que otros ranchos, pero sus dueños permanecían encerrados; solo las columnas de humo se elevaban lenta y verticalmente. Pronto dejó atrás el arroyito cantarín y marchaba por campo abierto, blanco bajo su manto de escarcha, perdido a la distancia y enmarcado por la azul serranía del horizonte. Algunos árboles, como encogidos por el frío, sin hojas y con las ramas elevadas al cielo, parecían centinelas que guardaban la blanca sábana del campo y su silencio. Algunos charcos del camino se habían congelado; el tordillo al golpearlos con los cascos, los rompía con crujidos y estallaban en mil pedazos de hielo. Reyes con las manos en los bolsillos, dejó al tordillo a su libre albedrío para que volviera a la querencia al paso que quisiera. Mientras tanto sus miradas recorrieron el ancho panorama bajo un cielo límpido, con el sol que a un costado se elevaba, con largas sombras proyectadas por los árboles desnudos. Al calor del sol, cada vez más alto, los animales salieron de sus refugios boscosos y, perezosamente se movieron entre los pajonales, sembrados de diamantes. Largamente anduvo

por el campo amplio, bajo un cielo azul cobaldo, por un camino marcado por las huellas de los caballos y las carretas. Cruzó con otros jinetes que saludaban respetuosamente al caraí doctor. Por largo rato gozó de la paz en aquel escenario tranquilo, alejado de todo contacto humano. Pero el horizonte azul se hacía verdoso y el terreno subía en suave pendiente y los árboles comenzaron a motear la lomada. Casitas de roja pared de barro entre negras hojas quemadas por la escarcha, se asomaron mostrando sus techos de paja y sus cercados de ramas.

Terminó definitivamente el campo. Zona boscosa. Compañía Santa Isabel. Una ancha calle dividía en dos el caserío, con sus bananales quemados, negros; con sus naranjos de hojas amarilleadas. Todo aparecía desolado. Vacas flacas y terneros macilentos, marchaban dejando un reguero de boñigas líquidas, en busca de algo que pacer. Niños harapientos recogían hojas secas de pasto y les echaban en pequeños montones. En los patios veíanse vacas y algunos toritos que ya no podían levantarse agotados por la diarrea y la falta de hierba fresca, vivificante. Esos campesinos vivían el drama de la pérdida de su ganado que moría de hambre y de enfermedad, debido a la imprevisión y a la ignorancia de sus dueños. Los niños no se resignaban a perder a sus terneritos. En vano les echaban las hojas de cocotero o trocitos de mandioca; muchos ya no tenían fuerza para levantar la cabeza. Reyes se detuvo a mirar a dos niños que llenos de ternura acariciaban a un torito que moría con los ojos fijos en los niños y mugiendo suavemente, como si les dijera que todo era inútil.

Una mujer salió corriendo de una de las casas y le dijo:

—Doctor, che caraí mi, le ruego que le mire a mi nena enferma.

Reyes se dirigió a la casa y se apeó frente a ella.

Después de trasponer un cercadito en ruinas entró al rancho por una puertita baja: piecita de tres por tres, desde luego sin piso; las paredes agrietadas y con hendijas a través de las cuales entraban rayos del sol; el techo con algunos agujeros que dejaban ver la paja envejecida que se disgregaba lentamente. En una hamaquita de liña de fibra de hojas de cocotero, gemía la enfermita: de dos años, ojos legañosos, pelo en desorden, carita graciosa, sucia con costras de moco; tosía como si fuera a echar los pulmones afuera. En un camastrón de tiras de cuero tramado, sin colchón, con revoltijos de mantas, en medio de tanto de-

sorden, tres chicos más miraban curiosos y medrosos. Sobre la cama, en violento contraste con la miseria, pendía una guitarra reluciente. Un pequeño cofre en un rincón y alguna ropa y enseres de labranza completaban el moblaje de la mísera casita. Otra puerta daba a la cocinita, un entechado de dos paredes con el hogar en el medio, en el suelo, con un leño humeando y llorando la resina entre cenizas desparramadas. En vano buscó Reyes con la mirada los preparativos del desayuno; el fuego solitario añoraba la presencia de la olla volcada en un rincón y en ningún lado se veía una mesa ni utensilios. Sólo un cántaro con un porongo negro sobre su boca agrietada, en un rincón, daba indicios que aquella familia cumplía el reclamo fisiológico de la alimentación, siquiera bebiendo agua.

La niñita sufría una bronquitis en su período más agudo. El frío de la noche había irritado sus mucosas que protestaban con reflejos tusígenos que no paraban. Reyes había pedido un paño para auscultar, pero en vano la mujer abrió la arquita del rincón y revolvió el mísero montón de ropas; no halló, como bien lo sabía ya Reyes, algo que le sirviera de paño para cubrir la desnuda espalda de su paciente. Optó, como otras veces por su pañuelo, para auscultar. Y así lo hizo. Sacaron a la chica de su hamaca y del revoltijo de livianas ropas, hizo sentar a la madre sobre el borde de la cama con la niña sobre las rodillas y las piernas colgantes a un lado, le levantó las ropitas y apoyó el oído sobre su tórax para hallar lo que esperaba: un concierto de roncus y sibilancias que sonaban como una orquesta de violines.

¿Qué medicar? Arriesgó la posibiildad de un preparado en la farmacia de Carrizal.

—No tengo un centavo —suspiró la madre.

—¿Y su marido dónde está? —le preguntó Reyes.

—Hace diez días que fue a Carrizal en busca de alguna changa a ver si nos trae unos pesos.

—Le recetaré para el hospital de Tacuary.

—Veré si alguien puede ir —contestó desalentada.

Reyes fue a buscar el valijín con medicamentos que siempre le acompañaba. Disponía de sulfa; dio la dosis adecuada a la enfermita y ordenó fricciones al pecho con sebo de vela para descongestionar los bronquios y un jarabe de yuyos expectorantes. Recetó otros medicamentos que podía retirar de Tacuary; entre ellos colirio para los ojos de los demás chicos.

Al abandonar a sus pacientes de aquel rancho, se encontró con varias mujeres que pidieron consulta en sus casas. De esta manera recorrió todo el rancherío, donde halló la pobreza extrema, la miseria fisiológica, el peor mal crónico que padecía aquella gente en el rudo invierno con sus heladas tardías que habían quemado los hojas de los árboles y agostado el pastizal para el misérrimo ganado que moría de hambre y de enfermedad.

Le llevaron a ver a un anciano de cara apergaminada, con las córneas opacadas y delgados brazos que terminaban en dedos deformados por la artritis y oscuras manchas que luego descubrió que eran de suciedad. Vivía en una tapera y se acostaba en la cama de trama de cuero con las tiras en pedazos. No tenía colchón y se tapaba con un viejo poncho.

—¿Qué tiene? —preguntó Reyes.

—Llaga —le dijeron.

Levantó Reyes la manta inmunda que escondía un cuerpo desnudo con los muslos y piernas enllagados, con costras rezumando pus y despidiendo fetidez. Explicó la vecina que era un viejo que vivía de la caridad del vecindario. Sus hijos habían emigrado a otras tierras y nunca más oyó hablar de ellos. Al morir la mujer que cuidaba su invalidez, el caserío lo había tomado bajo su protección.

—Morirá pronto de hambre —se dijo Reyes que examinara sus mucosas pálidas y viera el edema en los pies y en las manos. Dejó algunas indicaciones y depositó en las manos del viejo unos pesos que recibió tembloroso.

En otro rancho toda la familia se hallaba engripada. El jefe de aquel clan de numerosos hijos gemía, como si hubiera llegado su última hora, de dolor de cabeza. Los chicos acurrucados en sus camas miraban a su progenitor que se revolcaba en la suya y clamaba por un sacerdote porque aquel dolor de cabeza le iba a matar. En medio de sus ayes tosía rociando a sus hijos con gotitas portadoras de contagio.

—No es nada grave —le explicó Reyes— está muy resfriado y con fiebre.

Pero el otro meneó la cabeza y dijo que aquel dolor le iba hacer estallar la cabeza.

—Erré de técnica —se dijo Reyes, recordando que el dolor acobardaba al campesino—. Voy a hacerle una inyección para calmarlo —le dijo—. Alistó su jeringuilla y le aplicó una ampolla de morfina. El otro quizo esquivar la inyección, la prime-

ra en su vida, pero los familiares y los curiosos tanto insistieron que se resignó y se entregó como un condenado a la guillotina de la Revolución Francesa; con valor, con entereza y con contracciones fibrilares de todos sus músculos. Por último, Reyes le entregó varios comprimidos de aspirina y le explicó pacientemente cómo debía tomarlos.

Halló un neumónico que habitaba un sotechado de dos paredes solamente. Gemía en su camastrón, bajo unos pellones y en la cabeza una vincha que sostenía hojas de tabaco sobre sus sienes.

—Hace tres días hizo mucha leña —explicó su pálida mujercita— y como sudó mucho se le habrá pasmado los pulmones.

—En efecto se le pasmó —corroboró Reyes—. Pero hay que llevarle a una pieza cerrada, abrigada.

—No tenemos a dónde ir —contestó entre gemidos el enfermo— Dios que mira por los pobres le trajo a usted y, sé que me voy a curar con sus remedios.

Reyes le aplicó la última ampolla de morfina y le dejó toda la sulfa que tenía. Además le dio recetas para el hospital de Tacuary que se iban a esforzar para alcanzar. Dios y su capacidad de adaptación a la miseria iba hacer lo demás.

Fueron a un rancho de dos lances, detalle que indicaba un mejor estado económico. En la galería o galpón que unía los dos lances había una mesa, bancos y del techo colgaban panojas de maíz y enseres agrícolas.

La paciente era una muchacha. Entraron en la pieza que tenía una cama, un arcón con patas, una mesita con un nichito con imágenes encuadradas en marcos de hojalata. El piso estaba cubierto de tierra con grandes terrones que crujían bajo la suela de Reyes. Un olor a pis, a moho, a tabaco fumado y a sudor impregnaba el ambiente.

—¿Qué tiene la muchacha? —inquirió Reyes.

—Tiene ataques —contestó la madre, gorda, con faldas que barría el suelo y una tricota ajustada que abultaba en exceso su busto.

—¿Qué clase de ataques?

—¡Ataque, doctor, ataque! —le contestó.

La muchacha, abrigada con mantas de lana de fabricación casera, de vivos y bellos colores, se mantenía inmóvil y con los ojos cerrados. En contraste con la mayoría, se la veía robusta, de buenos colores, mofletuda y de labios gruesos bien coloreados.

—Histeria —pensó Reyes, mientras le levantaba un párpado.

La otra al sentir que dejaban al descubierto su ojo, lo giró escondiéndolo de tal manera que quedó expuesta la esclerótica solamente. Al verla con el ojo en blanco la madre y otras mujeres que habían entrado lanzaron una exclamación.

—¡Jesú che Dió, mbaeico la oyejhuva! (¡Dios mío, qué ocurre!).

Reyes levantó bruscamente las mantas y le palpó el vientre. Un bulto se palpaba sobre el pubis.

—Esta chica está preñada —dijo Reyes sin ambajes.

—No es posible —protestó la madre— esta es una chica de dominio que duerme conmigo. Está equivocado, doctor muy equivocado.

—No señora, está como de cinco meses. Toque aquí.

En ese momento la paciente lanzó un alarido que sobresaltó a todos; sus párpados cerrados ejecutaron una danza de guiños y su cuerpo comenzó a temblar con contracciones rítmicas con pausas tetánicas que suspendían su cuerpo en un puente arqueado. Las mujeres se precipitaron a friccionarla en los brazos y en las piernas rígidas.

Mientras duraba la crisis histérica, Reyes salió afuera para respirar, porque aquel aire confinado le asfixiaba. Desde el cobertizo miró el patio arbolado con naranjos, con su suelo cuidadosamente barrido. Buscó con la mirada una letrina, pero no vio. Calculó que el yuyal del fondo le suplía. Se asomó a la cocina, cuarto cerrado, con la clásica fogata en el suelo con un perro temblando entre los leños que ardían en lenguas de llamas. A un lado el cántaro de agua sobre la horqueta de tres ramas, una olla bajo una silla de madera que hacía de alacena, porque en ella estaban los platos y cubiertos de mesa. Pero no se veían los preparativos para manducar.

—¿En qué momento preparan sus comidas estas gentes? —se preguntó Reyes.

Volvió a la pieza. La crisis había pasado, pero la paciente seguía con los ojos cerrados.

—¿Qué le hago a mi hija? —preguntó la madre.

—Le voy a dar una receta que puede hacer preparar en Tacuary —le dijo Reyes—. Ambos ignoraron de tácito acuerdo la preñez de la muchacha.

Reyes le recetó bromurados y le explicó el modo de tomarlo.

Visitó otras casas, para recetar a niños que echaban sus pulmones por la boca a fuerza de toser por la bronquitis.

Muchos sufrían y se contagiaban la gripe con una paciente resignación, en aquel medio predispuesto de hipoalimentados y de desabrigados.

—Sufren por ignorantes —se decía Reyes—. No conocen la previsión de puros ignorantes. Comen mal porque no saben que hay tantas cosas que comer, viven en pocilgas porque siempre vivieron así y no vieron jamás una casa. ¡Oh madre ignorancia, cuán grande es tu poder!

Finalmente le condujeron a lo que parecía ser la mejor casa de la compañía. Casa de tres lances sucesivas con el cobertizo en la punta. La primera pieza era un boliche con un minúsculo mostrador y una flaca estantería semivacía. Dos mesitas, rodeaba cada una por tres sillas de madera, completaban el ajuar. Las paredes estaqueadas eran lisas y pintadas a la cal. No comunicaba con las otras piezas y una ventanuca lateral daba una mortecina luz. Las botellas se alineaban en el anaquel como avergonzadas de sus etiquetas descoloridas y de sus tapones deformados. Dos individuos ocupaban una de las meses, individuos descalzos, emponchados y cubiertos con sus sombreros de paja. Regaban el piso de tierra apisonada con salivazos distribuidos en círculos.

El dueño de casa era un individuo de cuarenta años más o menos, flaco, moreno, de arcos superciliares muy salientes y frente aplastada como un homínido antepasado ilustre del hombre. Lucía un bigotito hirsuto en contraste con sus pómulos salientes sobre los que resbalaba la luz al mover la cabeza.

—¿En qué puedo servirle? —le dijo Reyes que había acudido llamado por un mitaí.

El otro con toda parsimonia sirvió caña en un vaso desportillado a sus sialorreicos parroquianos y después de una pausa bastante desagradable, contestó:

—Quiero que vea a mi mujer.

Y salió afuera seguido de Reyes, para penetrar a la pieza que seguía al boliche. Cuartucho penumbroso, atiborrado de los objetos más dispares; además de la cama y el carameguás con patas había cajones de embalar con misteriosos contenidos, cajones con botellas vacías y llenas, fardos de piezas de género, ropas en las paredes alternando con arreos de caballería. No había duda; el individuo guardaba en su dormitorio sus rique-

zas. En la cama matrimonial, silenciosa y con aire resignado, reposaba la mujer.

—¿Qué le pasa, señora? —le dijo Reyes que sintió bruscamente simpatía por aquella mujer, como franca repulsa por el otro.

La paciente levantó la manta y mostró un pecho enormemente hinchado: era una paramastitis madura.

—¿Por qué no la llevó al pueblo? —preguntó Reyes, asombrado por aquella tranquilidad marital.

—Parecía que iba a reventar —contestó el tipo, dando chupadas a un atroz cigarrito.

—Necesita una operación —exclamó Reyes— hay que hacerla dormir para que no sienta el tajo. Sólo en el hospital podemos operar con comodidad. Vamos a llevarla a Tacuary.

Pero el marido meneó la cabeza y dijo con firmeza:

—Mi mujer no sale de mi casa. Si algo hay que hacerle, hágalo aquí.

—¿Por qué no quiere llevarla al hospital?

—Mi mujer no va a pisar el hospital, ni saldrá de casa.

Ante tanta terquedad Reyes tuvo el impulso de mandarse a mudar; pero el rostro adolorido y su gesto demandando piedad de la mujer, lo retuvieron. Tomó una silla, se sentó, asió la muñeca y buscó el pulso que halló taquicárdico, mientras su piel ardía.

—¿Se anima que le corte en seco? —le dijo Reyes titubeando.

—Jhasy etereí —dijo, haciendo sonar la voz por primera vez— eyapó la re yapova. (Duelo mucho, haga cualquier cosa).

—¿Está conforme? —le preguntó Reyes al marido.

—¡Eá, nde catú! (De usted depende) —contestó encogiéndose de hombros.

—Necesito un ayudante —le pidió Reyes.

El marido salió y a poco entró una mujerona desgreñada y sucia, de aire estúpido y malhumorado. Reyes le pidió un plato enlosado y alcohol. Cuando Reyes volvió con su valijín ya estaba dispuesto sobre la silla lo pedido. Reyes sacó sus instrumentos y con bastante pena los quemó con el alcohol. Gasa no había. Pidió trapos limpios. Entonces la paciente ordenó que sacaran los pañales del baúl.

—¿Y el chico? —preguntó Reyes.

—Murió después de nacer —contestó la paciente— parece

que le ataron mal el ombligo y murió de hemorragia, poco a poco.

—¿Por qué no le llevó al hospital? —dijo Reyes.

—Mi marido dijo que no había necesidad —contestó la otra.

—Parece que a su marido le importa poco que usted se muera o no —dijo Reyes traduciendo en voz alta su pensamiento.

La otra calló, con los ojos bajos. Era muy bonita. La naniz recta, la frente alta y la boca bien dibujada le daban un perfil casi perfecto. Su cabellera rubia en contraste con su piel, fina, sin mancha, de color mate. Era una de esas bellezas campesinas, angelicales que, por quién sabe qué cruel destino, caían en manos de maridos cerriles, para quien la mujer es un animal de carga.

—La ley de compensación —pensó Reyes—. Por la mejora de la raza. Lástima de chiquitín que murió.

Le asistía la mujerona. El instrumento se enfrió pronto.

—Le va a doler —le dijo Reyes a la paciente.

—No sufriré más de lo que estoy sufriendo —contestó en su dulce guaraní.

Le pasó Reyes por la parte afectada alcohol y protegió el campo operatorio lo mejor que pudo en aquella cirugía preanestésica. Bruscamente le dio al tumor una puñalada; saltaron sangre y pus a borbotones. La mujer gimió suavemente, pero luego se mordió los labios. Reyes dejó correr hasta agotarse aquel manantial de pus, lo exprimió moderadamente para evitar el dolor y, cuando ya no manó nada, lo cubrió con los pañales limpios que sujetó con vendajes improvisados.

Después se dirigió al boliche donde el marido muy fresco platicaba con sus parroquianos. Con toda parsimonia, se desperezó y ahogando un bostezo, dijo:

—¿Cuánto le debo?

Reyes tuvo ganas de darle una trompada, pero se contuvo. Mientras tanto pensaba en el dilema de, si no le cobraba iba a cometer un disparate, porque el individuo no merecía la gentileza o, si le cobraba, aquel holgazán iba quizá a desquitarse en la pobre mujer el gasto que ocasionaba.

—¿Quién le va hacer las curaciones? —preguntó a su vez, soslayando la cuestión por un momento.

—Estas vacas se curan solas —contestó con desdén, mientras los bebedores que escuchaban, rieron con risitas de aprobación.

—Me debe quinientos pesos —decidió Reyes porque aquel bruto, pobre bruto, le repelía.

—A la pucha que sabe sacar la plata —protestó el otro.

—Fue usted quien me llamó —le contestó Reyes serenamente.

Fue el otro al mostradorcito, desllaveó la cerradura del cajón y comenzó a contar plata menuda con gestos grandilocuentes, como si contara miles, escupiéndose a los dedos.

—Coina ape. (Aquí tiene) —le dijo depositando el montón sobre el borde del mostrador con un gesto displicentemente ofensivo. Reyes tomó el dinero que se guardó en el bolsillo y fue a retirar su valijín, aprovechando el momento para despedirse de la mujer. Esta le dijo: —Ya descansé a Dios gracias, mediante usted.

Se retiró sin despedirse del tipejo, montó a caballo y se alejó al trote de la compañía Santa Isabel, sitiada por el frío, acuciada por la miseria, regida por la ignorancia y su cortejo de penalidades.

El sol alto, el campo tranquilo, la proximidad de la picada de Tacuary, el límpido arroyuelo que corta la ruta, el vuelo de las aves... todo se le volvió indiferente a Reyes. Pensaba:

—No sirvo para ver miseria. Elegí mal mi profesión... por médico debo ver lo peor, el reverso de la medalla. ¡Paraguay hermoso! ¿por qué no te dan lo que necesitas?

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por algunos jinetes que le dieron alcance y que le entablaron conversación. Así penetraron en la picada umbrosa.

XIX

El manto primaveral, un manto color verde claro, tierno, cubrió los árboles, los arbustos y el pastizal que se extendía como una alfombra de terciopelo verde. Entre el verdor lujurioso contrastaba el rojo de los techos y la albura de las paredes. Los transeuntes caminaban escoteros sin la traba de los ponchos y de los rebozos invernales. Un viento juguetón agitaba las ramas de los árboles y en el cielo los cuervos planeaban buscando a las víctimas del invierno en los campos y en los montes azulados a través de una suave neblina.

La tranquilidad dominaba al pueblo; los comercios, como todos los días abrían sus puertas y las gentes, activas, pero no afanosas, entraban y salían de ellos. Por las calles, jinetes y carretones marchaban perezosamente; se veía a chiquilines correr perseguidos por sus sombras. El pueblo vivía en una paz que no interrumpía un escándalo gordo. Reyes iba del hospital a lo de Trujillo y de ahí a lo de Belén. Cumplía su trabajo hospitalario que cada vez aumentaba más y más y, alguna que otra vez, acudía a los pueblos vecinos para una consulta. Parecía que la vida pueblerina iba a ser sólo eso: los mismos gestos, los mismos individuos y la misma fisonomía general.

—Esta rutina —decía Trujillo— se repite como el café con leche cada mañana.

Para matar las horas que sobraban platicaban largamente dando alas a las fantasías que emprendían altos vuelos y se elevaban con proyectos imposibles que no podían mantenerse en las alturas y se venían abajo, chocando contra el duro suelo para hacerse pedazos. Pero luego se consolaban siguiera con el

hecho de haber soñado. Porque en la campaña, si hay algo difícil de realizar es el cambio; cúalquier cambio que altere la fisonomía del pueblo, aunque sea en mínima proporción.

—Para batir la rutina hay que batir la inercia y para romper la inercia hay que romper la rutina —protestaba Trujillo.

Durante el invierno y como consecuencia de las tertulias se pensó en la creación de un club social que ansiaba la gente joven y necesitaba el pueblo. Se movilizó el equipo de la tertulia, pero a pesar del tejemeje del grupo, el proyecto no prosperó. Murieta que no le tenía simpatía a Reyes saboteó el proyecto, siguió oponiéndose a las nuevas tentativas y acaudillando al grupo de comerciantes, les convenció que un club social no iba sino a crear nuevos conflictos. Los jóvenes porfiaron en un intento de realizar el proyecto sin el concurso de los señores; pero éstos dijeron que sencillamente no iban a enviar a las hijas al club. Allí no más murió definitivamente el proyecto, porque sin el concurso de las chicas, el club social no podía vivir sin ese oxígeno. En el fondo Murieta tenía razón porque el pueblo estaba dividido en bandos, unos de carácter social y otros de carácter político. Las pequeñas grietas que la paz del pueblo disimulaba se iban a convertir en precipicios insondables.

—Dijeron nones sin haber pesado el pro y el contra —dijo Reyes— porque sus mentes no están acostumbradas a la idea de un club social. Ahora comprendo esa repugnancia hacia lo nuevo que padece el campesino; sencillamente no les entra, porque sus ideas están amazacotadas por la rutina.

—No olvides —le contestó Trujillo— el personalismo excesivo.

—Viejo defecto paraguayo —contestó Reyes.

Convinieron finalmente postergar el proyecto para más adelante. Pero siguieron soñando otras cosas imposibles.

El pueblo era el cráter apagado de un volcán. Tanta intranquilidad parecía cansar porque el hombre necesita la novedad. Pero precursor de cambios fue Saucedo que una noche apareció en la casa de Reyes después de mucho tiempo.

Reyes le saludó cordialmente y le invitó a pasar, como otras veces, al patio. Algo traía, por eso Reyes le preguntó qué novedades conocía.

—A eso venía —dijo Saucedo— hay sondeos en el Ministerio de Interior para cambiar al comí Arroyo.

—¡Pero eso sería un crimen! —exclamó Reyes.

—Arroyo es un estorbo y por eso lo van a sacar con cualquier medio.

—¡No me diga que lo van a asesinar!

—Eso no. No hace falta. Recurrirán a otros medios más sutiles y menos expeditivos.

—¿Quién tiene interés en eliminarlo?

—Nadie y muchos. Se impondrán los torcidos intereses de unos cuantos. Y perderemos un comisario excelente.

—Pero Arroyo me dijo que tenía el apoyo del Ministro.

—Así es; por ese lado puede estar tranquilo. Pero deben estar buscando un procedimiento para eliminarlo sin violencia y sin compromisos. Arroyo molesta, se está haciendo insoportable porque hace poco volvió a descubrir otra fábrica de caña clandestina. Y no acepta sobornos.

—Se que Murieta es el dueño de los alambiques; entonces debe ser él quien mueve los resortes.

—No está equivocado —dijo Saucedo—. Y puedo asegurarle que si Murieta se mueve, Arroyo tendrá que irse.

—Ni que fuera Murieta todopoderoso.

—Lo es —contestó Saucedo— en este pequeño mundo... Porque todo lo puede comprar.

—¿Qué se puede hacer? ¿Prevenirle a Arroyo? El sabe demasiado que le están jugando sucio.

—Que se cuide y que no confíe en nadie.

Al día siguiente, Reyes inquieto por Arroyo fue a verle y le contó que habían sondeado al Ministerio de Interior.

—Por ese lado no temo nada —dijo Arroyo— porque el Ministro me conoce personalmente y sé que me aprecia. Por mi seguridad personal tampoco temo porque me guardo las espaldas.

—Pero de todas maneras, ¡Cuídate!

—Se han cansado de mí —rió Arroyo— porque no pudieran comprarme. Suspiró Reyes. No quería perder a Arroyo porque le apreciaba.

—Veremos en qué para esto —dijo.

Unos días después estalló la bomba. El juez había sumariado al comisario Arroyo por maltrato y lesión corporal a un campesino. También fue suspendido en su cargo hasta el total esclarecimiento de los hechos. Reyes fue inmediatamente a visitarle. Arroyo en mangas de camisa lo recibió en su dormitorio, un cuartucho de paredes desconchadas y puertas astilladas.

—Consiguieron lo que querían —dijo Arroyo sereno.

—¿Cómo ocurrió?

—Un pobre infeliz me denunció por supuesto maltrato y trajo un certificado médico de lo más raro; lo firmaba practicante de guardia de los Primeros Auxilios de Asunción. Está escrito a lápiz y en un sucio recetario.

—Le habrá dado alguien para sacárselo de encima.

—Seguramente. Al pobre diablo no lo conozco, así como a los testigos falsos. Ví la lesión: es un arañazo en el codo izquierdo. El juez no tuvo más remedio que practicar el sumario porque venía propuesto por Cuellar. Este pidió mi inmediata suspensión. Ya no soy comisario y mi reemplazante llegará hoy. Tendré que nombrar abogado y gastar unos pesos que no tengo. Esto me pasa por honrado o estúpido, que es lo mismo.

Reyes miró apenado a su amigo, varonil, correcto, capaz, honesto. Recordó al destilador clandestino de caña de Camisá soró. Había maldecido al comisario porque le sacaba el medio de subsistencia. ¿Quién tenía razón? Todos eran peleles cuyos hilos movía alguien, oculto entre las sombras.

Con la caída del comisario el volcán comenzó a erupcionar un poco de humo; pero las lavas vinieron después, abundantes y abrasadoras. El comisario reemplazante era un individuo gordo, de fuertes dientes y risa estrepitosa. Jovial y bromista, escondía un alma tenebrosa. A los pocos días la comisaría se llenó de presos y un rumor de descontento corrió por el pueblo y por las compañías. Desaparecieron los alambiques del patio del local de los Impuestos Internos y la caña clandestina, ardiente y venenosa, reapareció en los boliches. Los osados se envalentonaron y por la compañía apareció el cuatrereaje despojando a los campesinos de sus vaquitas y de sus bueyes que pacían en los campos fiscales. En vano protestaron ante el comisario. Este muy amable prometió actuar, pero los animales seguían desapareciendo. Acudieron a Reyes que volvió a recurrir a Salcedito. Cayó el comisario pero, como decía Saucedo, había dado el fruto apetecido para aquellos que eliminaron a Arroyo. La caída del gordo fue el comienzo de un desfile de nuevos representantes de la autoridad, inestables funcionarios; débiles unos, prepotentes otros, intrigantes, ansiosos de ganancias fáciles la mayoría. En tres meses se cambiaron cinco comisarios y dos jueces. En Asunción decían que Tacuary era un pueblo imposible de contentar, pero ignoraban que demandaba autoridades correctas y competentes. La mala autoridad es como esa plaga de sabandijas que invaden

los cultivos, devorándolos y destruyéndolos. Las malas pasiones refrenadas por Arroyo se liberaron y los desmanes a la vida, a la honra y a las míseras haciendas campesinas se multiplicaron por las compañías. Los mismos agentes de la autoridad eran los encargados, frecuentemente, de violar las leyes civiles y morales. Un campesino enfrentó con altivez varonil el abuso de un sargento de compañía: lo castigaron ferozmente con el mango de la guacha hasta el punto de ser hospitalizado sangrante y devorado por la fiebre. Apenas se repuso escapó a la Argentina. Le siguieron sus familiares, que eran numerosas y ya no volvieron. Los malos ejemplos se multiplicaron. Un violador de una menor de doce años fue puesto en libertad a los pocos días de estar detenido. El padre indignado le propinó una paliza, merecida por otra parte, pero el individuo se desquitó más tarde cosiendo a puñaladas a aquel indignado padre. El crimen quedó imdune. Los campesinos vivían temerosos y acoquinados en sus ranchos. Los padres temían por sus hijas mozas; las ofrecían como sirvientas a las familias acomodadas del pueblo, sólo por la comida y la protección que representaban.

El mal se extendió por otros pueblos y el gobierno puso remedio enviando una tropa de gendarmes al mando de un capitán de reserva. Pero el remedio fue peor que la enfermedad. So pretexto de perseguir la delincuencia y a los delincuentes, la gendarmería despojó a los campesinos de sus cuchillos, de sus machetes y de sus linternas a pila que luego rescataban pagando impuesto. En poco tiempo a cinco leguas a la redonda nadie era poseedor de armas de fuego, porque su rescate costaba más.

Reyes frecuentemente reparaba los estragos de aquella situación resecando intestinos perforados por cuchillos o por balas, o hacía largas costuras para coser la piel abierta o extendía certificado de defunción a los que morían en el hospital. A veces, haciendo de médico forense acudía al levantamiento de algún cadáver, contribuyendo a la parodia de la administración de la justicia.

El mismo Reyes fue atropellado por la gendarmería. Volvía de San Javier al rítmico tranco de su tordillo, cuando fue detenido a la altura del paso Pombero sobrado por un sargento de la gendarmería al que acompañaban dos soldados armados de fusil. El sargento, un mozo robusto, agitando un chicote de alambre trenzado, le enfrentó.

—Apéese para ser registrado —le dijo con voz autoritaria, en guaraní.

—¿Por qué me atropella? —protestó Reyes.

—Apéese le digo —insistió el otro— si no quiere que le baje a golpes de teyúruguai.

Reyes impotente y ardiendo de rabia se apeó.

—Regístrele —ordenó el sargentón a un soldadito que se apeó ágilmente y palmeó a Reyes con la habilidad que da la larga práctica. No halló en poder de Reyes ninguna arma, ni siquiera un cortaplumas. El sargento, juzgando por la pinta del jinete, calculaba encontrar un revólver; pero no hallándolo, se enfureció.

—Desensille su caballo —ordenó.

—¿Pero por qué razón? —volvió a protestar Reyes.

—La última vez que lo dejo protestar —contestó el otro.

Sin otra alternativa Reyes desensilló rápidamente el tordillo. Los otros miraban.

—Registre el valijín —ordenó el jefe.

El soldado registró la grupera y sacó el estuche de metal con instrumentos quirúrgicos que pasó al sargento. Este abrió el estuche y extrajo un bisturí.

—¿Con que armas blancas? Queda decomisado. Y agradezca que no le lleve preso.

Tiró el estuche al suelo sembrándolo con las pinzas que saltaron de la caja. Reyes los vio ir temblando de rabia impotente. Recogió sus cosas y ensilló su montado.

—Efecto de la misma causa —se decía mientras reanudaba la marcha—. Doña ignorancia en traje de sargento.

Desquite jha yuay no paiba (desquite y bocio no terminan). A los pocos días del incidente con el sargento, lo llamaron urgentemente al hospital porque había llegado un lesionado grave. Acudió, como siempre, solícito, para hallarse con que el lesionado era nada menos que el sargento de marras. Le acompañaban el capitán y varios soldados. Dolorido, descansaba su pierna enferma sobre el banco de la galería interna. Le rodeaban ya curiosos.

Reyes reconoció inmediatamente al individuo.

—¿Es su sargento? —le preguntó al corifeo, ignorando la mano que le pasaba.

—Sí —contestó el otro— y uno de los mejores.

—Para mí —dijo Reyes— es un vulgar bandido.

Los otros le miraron sorprendidos.

—Es un representante de la autoridad —dijo el jefe.

—Pero es un ladrón —insistió Reyes—. En descampado me hizo apear sin motivo alguno, me amenazó y me robó un instrumento quirúrgico.

El sargento le reconoció y sudaba la gota gorda.

—Le saqué un cuchillo —dijo con tono de disculpa.

—Tiene instrucciones de requisar armas y habrá creído que era un cuchillo —se apresuró a explicar su jefe.

Reyes sentía aun escozor del vejámen.

—Tenía entendido —dijo— que la misión de ustedes es perseguir a los bandidos y protejer a pacíficos campesinos. Pero el modo de comportarse de ustedes es más de asaltantes que de autoridades.

El jefe quedó confuso y sorprendido. Jamás esperara en la campaña alguien capaz de emplear ese tono en forma tan directa y en público. Al ver a los curiosos atentos, expectantes, paseó sobre ellos una mirada severa y contestó irguiéndose:

—Sepa doctor que se está insolentando a la autoridad.

—Me rio de su autoridad —le contestó Reyes y, sin darle tiempo a reaccionar le dijo a Adela— hospitalice a este individuo que le inspeccionaré en su cama.

Y girando sobre sus talones, entró en la dirección y de allí al consultorio. Instintivamente se lavó las manos.

Mientras tanto el jefe de la Gendarmería, indignado, quiso llevarse a su sargento. Paróse éste sobre su pie sano, pero dejóse caer luego gimiendo de dolor.

—Tiene rota la pierna —dijo Adela prestamente, que comprendió que no debía dejar partir al enfermo—. Vamos a la sala.

—El sargento, derrumbado por la fractura, como un niño, se dejó conducir hacia las salas de internados. El militarote se fue.

Reyes se secó rápidamente las manos, mientras se decía:

—No olvides que eres médico.

Salió para afrontar lo que viniera, pero el enfermo ya estaba en su cama y los otros se habían ido. Cuando se acercó a la cama, el sargento reposaba boca arriba, oculta la cara entre sus brazos cruzados, cuyas manos estaban asidas a los barrotes de la cabecera de la cama.

Reyes reconoció con toda suavidad la pierna y hallándola fracturada ordenó que le prepararan los materiales para un enyesado.

—Por un tiempo se salvará de tu saña mucha gente — pensó.

La situación del jefe de gendarmería se hizo insostenible. Reyes elevó una nota al Ministerio del Interior y por intermedio de Salcedito llegó a las manos del ministro. Fue la gota de agua que llenó la copa.

Una calurosa tarde de diciembre llamaron a la puerta de Reyes. Timó introdujo a un gallardo militar quien, sonriente dijo:

—¿El doctor Reyes? Permítame presentarme: soy el teniente González Muzio, el nuevo jefe de la gendarmería. Le traigo una carta del doctor Salcedo.

Reyes estrechó efusivamente sus manos. Leyó rápidamente la carta de Salcedito quien simplemente le recomendaba al joven teniente que era novio de una sobrina suya.

—Usted se queda a vivir conmigo —le dijo Reyes.

El otro aceptó.

Bajo la tutela de Reyes la actuación del teniente González Muzio terminó con los abusos, los campesinos volvieron a dormir tranquilos en sus ranchos y a poco, con esa capacidad para recuperarse que tiene el hombre, retornaron a sus labores diarias con el ánimo limpio de temores.

Claro se veía, una vez más en las muchas veces, la importancia que tienen en la vida de los pueblos de campaña las buenas autoridades. En el balance que hicieron los tertuliantes de Trujillo, hallaron que habían emigrado a la Argentina más de un millar de individuos para huir de los atropellos y de las arbitrariedades. Pero aquellos que eliminaron al comisario Arroyo obtuvieron lo que deseaban.

XX

La clientela del hospital se renovaba sin cesar; muchos llegaban misteriosamente al filo de la noche, como si temieran mostrarse. Al día siguiente cuando Reyes acudía, Adela ya había ubicado al paciente de turno. Llegaban éstos acompañados de sus parientes, con sus niños y con sus perros, con sus enseres más valiosos y otros bultos que resultaban verdaderos estorbos. En el patio, las carretas empinadas sobre sus pértigos, esperaban el retorno. Pero muchos llegaban no se sabía cómo; sencillamente aparecían de la noche a la mañana.

Cuando el número de internados era grande la cocina era una Babel; en ella reinaba el desorden y la suciedad. Era ímprobo trabajo de Adela instruir de un poco de higiene y de imponer orden. Cuando se volvían insoportables recurría a Reyes, quien amenazaba despedir al familiar enfermo si no cumplían las reglas de la institución. Por un tiempito se ceñían a las instrucciones, pero luego recaían y promiscuaban de nuevo y en el peor estilo.

El tiempo de internado variaba, muchos se iban pronto, pero otros permanecían hasta meses y algunos venían a morir desahuciados de su enfermedad. Con la primavera murieron varios tuberculosos totalmente insolventes. Reyes se vio obligado a aceptarlos porque eran seres sin refugios, muertos de hambre y sin parientes. También, controlados, disminuía la contagiosidad. Pero estos insolventes no sólo cargaban al hospital, sino también al municipio que estaba obligado de proveer la caja para el muerto. El intendente municipal, amigo de Murieta, ponía todas las trabas posibles para entregar las cajas mientras elevaba a los

cielos y lanzaba a los cuatro vientos sus protestas por los muertos que el doctor ocasionaba.

—Nunca tuvimos la mortandad de ahora —gritaba y se hacía escuchar de quien quería—. Con Falcón jamás la municipalidad regaló cajas de muertos.

Pero cuando Reyes acudía para protestar por las trabas, lo recibía muy amable y se deshacía en gentilezas. Reyes conocía de sobra la artería carantoñosa del individuo; pero las pasaba por alto, decidido a no ver las pequeñeces y, si las veía, no preocuparse de ellas.

Una mañana, a principios de noviembre, Reyes encontró al nuevo internado durante la noche. Ocupaba una cama en la sala común. Tendría cuarenta, cuarenta y cinco años y debía ser de alta talla, porque sus pies sobresalían la cabecera de la cama a través de los barrotes. Lo primero que se veía de él era su vientre desnudo, enorme, distendido por su contenido hidrópico; parecía un grandioso globo terráqueo que mostrara solamente su sistema hidrográfico por sus venas alborotadas, serpenteantes, asentado sobre un individuo flaco, de costillas sobresalientes, de piel morena con manchas pigmentarias. Pelos lacios cubrían en parte su frente estrecha, negros pero apagados; sus ojos hermosos, con largas pestañas bajo cejas arqueadas; nariz recta, afilada, con las aletas agitadas por la respiración anhelante. La boca entreabierta mostraba blancos dientes. Sus largos brazos, delgados, pendían a los costados resaltando sobre la blanca sábana. Indiferente, mostraba su panza, cuyo ombligo parecía una taza boca abajo puesta sobre el globo terráqueo. Su despudor era del que ya nada le importa sobre la mísera faz de la tierra; dejaba que la gente se maravillara y comentara aquel fenómeno. Pero pese a su respirar agitado, pese a su postramiento, se desprendía de él una sensación de serenidad, de un valor sin alardes.

Le rodeaban su mujer y sus tres hijos. Aquella era una rubia de pelos desteñidos que caían sobre la espalda en dos trenzas rematadas por cintas rojas; magra de carnes, de finos, frágiles miembros, de expresión dulce, como una madonna de Rafael. Su rostro denotaba cansancio por noches de insomnio, por las penas y quizá por el hambre. Su piel fina, recorrida por vénulas azules estaba marchita, como esos pétalos de rosa que van secándose. Había en su modo de cuidar a su marido una patética expresión de ternura que se manifestaba en sus menores gestos, como en aquel espantar una mosca imaginaria o en ese arre-

glo constante del mechón de pelos que caía sobre la frente. Estaba en actividad constante, febril, ansiosa. Reñía cariñosamente a sus hijos que daban muy poco trabajo. La chiquillería compuesta de una hembra, la mayor, de doce años, y dos varones de siete y cinco años respectivamente, eran seriecitos, graves y tristes. La niña era toda una mujercita hacendosa, responsable, que obedecía diligente las premiosas órdenes de la madre. Los dos chicos, rubio uno, moreno el otro, de finos miembros, limpitos siempre, no reían nunca y se mantenían callados y tristes cerca del padre. Sobre todo el mayorcito casi no se separaba de su padre; sentado sobre una baja silleta que trajeron, con un puñito hundido en una mejilla, no terminaba, no se cansaba de mirar al autor de sus días. ¿Qué misteriosos pensamientos rebullían en su pequeño cráneo? ¿Esa su patética inmovilidad con la mirada perdida en el rostro de su padre, era una oración a los cielos demandando un milagro? Los chicos no molestaban a nadie, sólo deseaban estar junto al enfermo quien, por otro lado era cariñoso con sus hijos. Debían estar en la mayor pobreza porque comían la comida que la comisión de damas daba a los insolventes; puntualmente los dos mayores acudían con sus platos a retirar la pitanza y volvían poniendo el mayor cuidado para no derramar una gota.

El enfermo era otro desahuciado más. El diagnóstico: cirrosis hepática en su faz terminal. No había ya nada que hacer; sólo aliviarlo en lo posible de sus molestias y conservar su miserable vida por el mayor tiempo posible. Era por otro lado increíble la resistencia del individuo que soportaba la enfermedad, sin tratamiento adecuado, hacía ya mucho tiempo. Habría que achacar a su robusta complexión y a esa capacidad campesina de aguante para las enfermedades y para las adversidades, esta supervivencia en un medio desprovisto de elementos para tratar tan grave enfermedad. Sobrevivió casi dos meses gracias a los cuidados médicos de Reyes. Como que eran discretos y obedientes a la disciplina hospitalaria, el personal les apreciaba y respetaba. Los curiosos acudían a mirar su fenomenal barriga y a ponderarla, pero él no se inmutaba. Reyes de tanto en tanto puncionábale para vaciar y para aliviarle de la tensión, acto que balanceaba al paciente y a los suyos entre la esperanza mientras el vientre se mantenía bajo y la desesperanza cuando el líquido comenzaba de nuevo a abombar el vientre. El contacto frecuente y el trato entre médico y paciente va creando un lazo amisto-

so que lleva al enfermo a la confidencia íntima; porque ¿quién como el médico es capaz, quiérase o no, de penetrar a los más íntimos reconditeces de los secretos humanos, físicos y morales? El enfermo entrégase en cuerpo y alma. El enfermo con tal de recuperar la salud amenazada, con tal de vivir, se despoja voluntariamente de ese pudor que no lleva a disimular las pequeñas y las grandes miserias que le acucian en el temor de perder la vida o la mutilación que impide gozarla. De esta manera todos se impusieron de la historia y de la personalidad del enfermo.

Fue campesino de modesto pasar (mboriajhú ryguatá). Además, él, Buenaventura González, era veterano de la guerra del Chaco y oficial de reserva, con brillante foja de servicio. Había conquistado sus presillas de oficial ascendiendo desde simple soldado raso gracias a su bravura y a su inteligencia para las cosas de la guerra. Había sido herido varias veces y citado también varias veces en los partes por su heroismo. Peleó desde Boquerón hasta Villamontes. Soportó sin quejas un paludismo crónico que fue minando poco a poco su salud, hasta llevarlo a su estado actual.

Estaban en la inopia. Llegaron al hospital gracias a los buenos oficios de un camarada que los trajo desde diez leguas de distancia en una desvencijada carreta. Con su enfermedad desaparecieron tierras, enseres agrícolas, el caballejo. En vano suplicó al estado una miserable pensión, porque, pese a su prestigio de guerrero heroico que aureoló su nombre durante la guerra, chocó con la indiferencia general de aquellos que estaban en la obligación de recordarle.

Pero, pese a las ingratitudes, estaban orgullosos de su blasón de bronce borroneado por los cardenillos de la indiferencia. Un día, la mujer, con la sonrisa radiante de un orgullo inocente, le dijo:

—Vamos a mostrarle al doctor tus papeles.

Titubeando, porque era de índole modesta, como deben de ser los hombres de pro, le entregó a Reyes, después de rebuscar debajo de la almohada, un paquete envuelto en un trozo de hule. Allí estaban decretos de ascenso, citaciones por su valor, y un recorte de un diario asunceno, gastado por el manoseo. Desplegó Reyes el ajado recorte con cuidado. El artículo recordaba a un héroe, Buenaventura González, herido de gravedad que había cumplido una misión dificilísima con todo éxito, preludio de una de las memorables batallas de la guerra del Chaco. Su hazaña

recordaba a los héroes del setenta de los cuales era un digno descendiente, un trozo de bronce de aquellos legendarios guerreros. El articulista lo llamaba astilla de bronce. Finalizaba el artículo asegurando que la patria agradecida jamás iba a olvidar a estos héroes que ofrendaban su vida y mutilaban su salud en el sagrado altar del sacrificio patrio.

Mientras le devolvía los papeles, Reyes recordaba aquellos versos de Ortíz Guerrero:

.....

agobiados bajo el peso de sus lauros sus heridas;
con los brazos
o las piernas mutiladas en las bregas homicidas.
Estos son los veteranos,
los despojos fabulosos de la gloria,
escapados de los lúgubres pantanos
de la historia.
Estos restos legendarios de una raza de gigantes
vense a veces, a pleno sol, en plena acera,
suplicando una limosna a los viandantes,
sostenidos en sus piernas de madera.

.....

Todo el mundo quizo enterarse del contenido de aquel envoltorio de hule. Amablemente cedían, rogando solamente que cuidaran de no ajarlo. Así el personal y familiares de enfermos se enteraron quien era aquel condenado a muerte y desde entonces lo llamaron sencillamente Astilla de Bronce y no se le reconocía por otro nombre. En su ingenuidad pueril se sentía contento del respeto y de la admiración que había despertado en la gente que lo rodeaba. Ni él ni nadie paraban mientes que los únicos restos de tanto derroche de heroismo, eran aquellos papeles que ya no le servían de nada. Estaba viviendo sus últimos días de limosnas y dejaba a su mujer y a sus hijos sin ninguna protección.

—¡Felices de su ignorancia! —pensaba Reyes.

La ignorancia y la ingenuidad de aquellos seres eran patéticos. La mujer relató cómo se vinieron abajo con la enfermedad del marido. Los curanderos de su pueblo fueron comiendo primero las vaquitas, luego la tierra y por último hasta la espada de guerrero. Sus últimos centavos fueron con el último curandero. La enfermedad había avanzado sin que se pudiera detener aquel abom-

bamiento progresivo y aquel disminuir, aquella consunción del resto del cuerpo. Oyeron hablar de un famoso curandero, de origen indio, que hacía maravillas. Este rústico hijo de Asclepios, que vivía a diez leguas, exigió una fuerte suma adelantada para observar al paciente. Aceptaron, vino y dijo que si le agregaban tres mil pesos más lo iba a curar definitivamente. Vendieron lo que les restaba y pagaron al perillán, quien se dispuso espectacularmente, ante numerosos vecinos, a realizar el milagro. En efecto, con gestos grandielocuentes aplicó un poco de alcohol al ombligo del paciente y, antes de que el alcohol se secara, succionó el ombligo con fuerza. Ante el pasmo de todo el mundo, pidió un bacín y escupió en él unos gusanitos vivos y contorsionantes. Repitió la operación y volvió a escupir nuevos gusanos y nuevamente deslumbró con la maravilla. La tercera succión ya no trajo nada; entonces explicó que habiéndose agotado la gusanera, en un lapso de dos meses las aguas iban a desaparecer y el restablecimiento completo. Por la sugestión de aquella cura anduvo bien unos días, pero después el líquido, cada día más abundante, le asfixiaba, con lo que comprendió que una vez más lo habían estafado. Había oído hablar del doctor Reyes y, como esos ahogados que se prenden a una tabla, rogó que lo trajeran al hospital de Tacuary. Un vecino caritativo lo trajo en su carreta y a favor de la noche lunada, lo dejó allí donde estaba, en ese lecho que contenía su mísero cuerpo y sus grandes esperanzas de curación.

Cada día que pasaba sus fuerzas disminuían, mientras su coraje y su resignación aumentaban. En vano Reyes agotó sus reservas terapéuticas; el enfermo se iba. Una mañana después de examinarlo llamó a la mujer a un aparte.

—Usted es una mujer valiente —le dijo— voy a decirle la verdad.

—Dígala no mas, doctor. Ocurrirá lo que Dios quiera.

Reyes observó sus ojos hundidos, las ojeras que lo circundaban, sus mejillas chupadas y la boca contraída en un deseo permanente de llorar.

—Su marido no pasará el tercer día, a partir de hoy.

En vano pugnó por retener el llanto. Lloró suavemente, como el maullido de una gatita; pero no tardó en secarse sus lágrimas, en levantar la frente y, serena en apariencia, diligente y discreta, volvió junto a su marido, a quien llenó de mimos.

El final se precipitaba. Al día siguientne estaba agitado y

semiinconsciente a ratos. Sus largos brazos pendían inertes a lo largo del cuerpo. Sólo su vientre, su enorme vientre, se elevaba triunfante sobre aquel cuerpo que aniquilara lentamente.

Llamaron al padre Belmonte, que le dio la extrema unción. Tuvo un momento de lucidez y pudo comprender que su fin se aproximaba con aquella solemnidad de acto, con las gentes arrodilladas, con las velas de sebo encendidas. Recibió el santo óleo con unción, con serenidad y escuchó las preces que se elevaban por su alma pecadora. Cuando el sacerdote se retiró parecía aliviado y fortalecido; tanto es así que sacó fuerza para acariciar la cabecita de su hijo mayor cuando se echó sobre él y silenciosamente apretó la cara contra el pecho de su padre, reteniendo con dificultad las lágrimas. Con visible esfuerzo Astilla de Bronce acarició a su hijo, murmurando frases incoherentes. Después de aquel breve lapso de lucidez, volvió a entrar en un coma, definitivo ya. La agonía duró más de veinticuatro horas. Cuando su vida se iba, Adela que velaba abnegadamente, hizo llamar a Reyes para que se despidiera de aquel amigo. Reyes acudió y vio que se iba como esas velas que se consumen. La viuda, llorando calladamente, con esa discreción propia de ella, le cerró los ojos con ternura y cuidadosamente, como si no quisiera lastimar aquel cuerpo ajeno a las miserias del r undo.

Al día siguiente, Reyes tuvo un llamado urgente del mayordomo de don Miguel Palma para que asistiera a su mujer en trance de parto. Pero no olvidó a Astilla de Bronce y acudió, antes de partir, para solicitar una vez más de la Municipalidad, una caja para muerto insolvente. Rogaba que la caja fuera de buena calidad porque el muerto era un veterano de la guerra, oficial de reserva y de brillante foja de servicio. Por último, ordenó a Sosa que facilitara los medios, pidiendo ayuda, para conducirlo dignamente al cementerio, porque él, probablemente, no tendría tiempo de volver a la hora del sepelio.

Reyes volvió por la tarde. Preocupado por el muerto, fuese directamente al hospital. Allí pidió datos a los hospitalizados, porque ninguno del personal estaba. Le dijeron que hacía como quince minutos que habían salido con el cadáver. Picó su tordillo y siguió la callejuela que conducía hacia el cementerio. Este se hallaba al otro lado de una hondonada que separaba las dos lomas del pueblo y del cementerio. Vio al pequeño cortejo precisamente hundirse en el hondón, especie de cauce seco que se llenaba de agua después de las lluvias. Le sorprendió que llevaran

el cadáver a pulso y, entre tan pocos. Agobiados bajo el peso del muerto, conducían la caja Adela, Sosa, Irala, Benítez, paí Cepí y dos individuos pequeñitos, flacos, que tenían a sus mujeres hospitalizadas. Detrás del féretro, en fila india, caminaban la viuda, sus hijos y Fermina que cerraba la marcha con las manos ocupadas; una en alto con una vela de sebo encendida y la otra con un ramo de rosas amarillas. En el aire estallaban la pirotecnia de los plagueos de la viuda entre sollozos y gestos trágicos; actitud que extrañó a Reyes; porque no era dada al histerismo.

Los conductores eran pocos para tan larga distancia y trastabillaban bajo el peso de la caja. Picó su tordillo y cuando se halló a pocos pasos, gritó:

—¿Por qué no lo trajeron en la carreta?

—Porque don Cleofe se ausentó ayer con la suya —contestó Sosa— y nadie quiso prestar su carreta para conducir a un muerto.

—¿Entonces por qué no pidió agentes para que ayudaran?

—El comí Olate hizo decir que sus agentes no son enterradores.

Interín Reyes se había acercado a la caja y de la impresión dio tan tremendo tirón a la rienda que el tordillo, en señal de protesta, se levantó sobre las patas traseras. Por un rato no pudo decir nada, y no era para menos. La caja resultó chica, porque el cadáver venía con los pies, enfundados con blancas medias, afuera; la cabeza hundida en el otro extremo, pero, como la caja, además de corta era estrecha, los brazos se bamboleban afuera al compás de la marcha. Como no pudieron cubrir como es debido la caja, dejaron la tapa apoyada sobre la panza por un lado y las piernas por otro, pero de tal modo que se balanceaba sobre el eje ventril. Una gorra militar se mantenía encima dando la impresión de que de un momento a otro se iba a caer. El cadáver vestía una chaqueta militar de la que se veía solamente las mangas. El promontorio ventril lo habían cubierto con una sábana que lo envolvía hasta las rodillas; las piernas desnudas hasta llegar a las medias blancas. Para más la caja estaba confeccionada de tablillas de caja de embalar, frágiles tablillas de pino, con hendiduras de una a dos pulgadas. La tapa no le iba en zaga que con sus hendijas parecía más una escalera que tapa de caja de muerto. La caja no tenía asidero, de modo que los portadores la llevaban como podían.

—¿Este es el cajón que hizo la Municipalidad? —exclamó Reyes indignado.

—No es cajón —dijo Cepí— es el colador de la Municipalidad.

El sol estaba alto aún y calentaba el aire confinado del hondón. Los conductores jadeaban y el sudor corría por las frentes y regaba el suelo.

—Descansen —ordenó Reyes al verlos acezosos.

—No es posible, doctor —jadeó Sosa— se han roto las varetas principales y, si lo bajamos, se deshace.

La viuda que hasta entonces callara, reanudó sus lamentos.

—¡Mire, mire, doctor! —gemía, retorciendo los brazos, mientras los sollozos la sacudían—. ¡Mire como entierran a mi marido, a él, un héroe del Chaco! ¡Lo entierran como a un perro, como a un perro que murió en la calle!

—Santa María, madre de Dios... —oraba a gritos Fermina, con la vela parpadeante en alto.

Adela en vano intentaba rezar, no le permitía el jadeo.

Reyes vio las manos convulsas de Benítez ajustadas sobre la parte rota de la vareta de su lado. Se apeó rápidamente y acudió a ayudarle. Toda la caja crujió siniestramente cuando la enderezó y por un momento le dejaron todo el peso sobre él. Ansiosamente miró hacia el camposanto: faltaban como doscientos metros para llegar.

—Hay que apurarse —dijo— porque la caja se deshace. Iremos a un trotecito, de modo que ajusten sus pasos a la marcha.

Los crujidos aumentaron. Reyes le dijo a Adela:

—Suelte Adela y descanse.

Pero la otra dijo no con la cabeza cubierta por el negro manto.

—¡Al trotecito! —gritó Reyes. Ajustaron todos sus pasos al ritmo acelerado. También el cadáver se ajustó al ritmo porque los largos brazos se agitaron violentamente al compás de la marcha, mientras sus pies bailoteaban. También el séquito trotó. La viuda seguía con su jeremias y hablaba entrecortadamente:

—¿Qué han hecho con el cadáver de mi marido? ¡Despiadados, ingratos!... ¡Sí, ingratos! ¡El, que derramara su sangre por la patria, ahora lo entierran como a un perro sin dueño! ¿Por qué, Dios mío, le has negado una sepultura cristiana?...

Los chicos trotaban, lloraban y sorbían el moco.

—Taitá, taitá... (Padre, padre) —gemían a ratos.

—Yajhá pyaevé (Apurémonos) —dijo Cepí cuya cara parecía que iba a esetallar.

Ansiosos miraron arriba; les faltaba cien largos metros...

La arribada empinada... La marcha rápida pero titubeante con pies que trazan espicas. La tapa resbala, cae; la gorra rebota como pelota. Los pies del muerto bailan por última vez. Los brazos nadan en el aire... ¡Muerto vivo! ¡Cien metros, cien kilómetros... el muerto pesa mil toneladas.

—Santa, santa, santa —jadeaba Fermina como un disco rayado.

El sudor riega el suelo en aquel entierro de perro que no tiene dueño...

—¡Ay, mi amor, que hicieron contigo!

—¡Patria ingrata: me diste a los cuervos, cuervos municipales!

Las flores amarillas quedaron atrás, mientras la tapa-escalera huele las axilas de Fermina. El blanco portal cementeril se precipita sobre el perro muerto... las nubes, pesadas nubes cubiertas de blanco sudario, testigos mudos...

—¡Taitá, taitá!

Lágrimas de niños abandonados.

—¡El calor, voy a estallar de calor!

—¡Dios, Dios de los Cielos, perdona a los pecadores humildes y, acógelos en tu seno!

—¡Pagamos con dolor la dicha de vivir!

Ronca voz de viuda de héroe, muerto aperrado:

—¡Hubieras muerto en los campos de batalla! ¡Mejor te comieran los cuervos!

La fatiga devora con cien fauces.

—Siento calambres en las manos, se me caen las manos...

¡Astilla de Bronce perdido en el pajar de la ingratitud...!

El sepulturero señalando la boca del más allá...

—¡Despacio, despacio!... —gritaba Reyes—. Entremos por la cabecera de la fosa, para que quede bajo la caja.

Resollando, tropezando, resbalando en la roja tierra, llevaron la caja sobre la fosa.

—La soga, la soga —farfulló Sosa.

Pero las manos acalambradas que sostenían la parte rota se aflojaron, cedieron a la fatiga y, de pronto, con estruendo, con rumor de avalancha, la caja se deshizo precipitándose al fondo de la fosa entre astillas de madera y gruesos terrones. La viu-

da lanzó un alarido. Los otros quedaron por unos segundos jadeantes y con las piernas flexionadas y las manos extendidas como ansiando retener el cadáver que ya reposaba en el fondo de la fosa en grotesca posición. También la fosa resultó algo corta: arqueado, con las patas arriba apuntando rígidamente el cielo, con la cabeza ladeada, semiescondida entre los terrones y la panza, enorme panza de rana preñada, descubierta al aire, el cadáver parecía burlarse en un gesto de postrer ironía de la miserable condición humana.

La viuda echada sobre la tierra removida, gemía su pena, lamentaba su defraudación de la solidaridad de los hombres:

—Yaguáicha nde mombó, che caraí, yaguá reongueicha (Te tiraron como a perro, mi señor, como a perro muerto). ¡Lo miro y no lo creo! ¡Hijos míos, no olvidéis como enterraron a vuestro padre, el hombre más bueno del mundo!

Y sollozaba arrojando el poco aliento que le restaban en los pulmones. Los otros quedaron mudos como alelados por largo rato. El primero en reaccionar fue Cepí que, tomando a la pobre mujer de los hombros, la levantó, mientras le decía con toda la ternura que podía salir de su tosquedad:

—Che ama mí; sé cuan grande es tu pena, pero hay que cubrir la fosa.

—Adiós Astilla de Bronce, adiós marido fiel y amante. Mientras viva te lloraré.

Sosa cubrió el cadáver con la inútil tapa que quedó inclinada sobre los pies y el ventrarrón.

—¡La gorra! ¡La gorra! —gritó la viuda— es todo lo que le quedaba, que se la lleve.

Fermina que la tenía puesta, se la sacó rápidamente y la pasó a Sosa, quien depositó reverentemente sobre la tapa. Después dejaron que la viuda echara los primeros terrones que cayeron sobre la tapa con ruido de granizo sobre techado de zinc. Los demás ayudaron y pronto el cadáver fue desapareciendo, despidiéndose con sus blancas medias que iban manchándose con la tierra roja y pegajosa. Finalmente el sepulturero llenó la fosa a grandes paletadas y aplastó la tierra con un tosco pisón de madera. Cuando desaparecían los restos mortales de su padre, los chicos estallaron en gritos y en lágrimas:

—¡Taitá! ¡Taitá! ¡Rejhoma picó! (Padre, padre, ya te vas).

Las lágrimas corrían como gotas ardientes de cirio encendido que resbalaban por surcos de penas. Lágrimas y moco mez-

clados... Lágrimas de amor y de penas abrazados que vienen del corazón y salen por los ojos... Lágrimas por la vida que se fue, lágrimas por la muerte que se vino... Lágrimas de abandonados que se agostarán como el pastizal bajo la blanca sábana de la escarcha...

Inició Adela el rezo. Los hombres con las cabezas descubiertas murmuraban sus partes. El cielo recibió los ruegos por el muerto, mientras los cuervos sobrevolaban, alertas y curiosos.

—Recógelo en tu seno, oh Dios misericordioso, porque se lo merece —seguía Reyes la oración—. ¡Maldito intendente, ya me escuchará!

Cuando las últimas palabras quedaron suspendidas en el aire, la viuda se derrumbó sobre la fosa recién cubierta. Estaba aniquilada. Pulso hipotenso y bañada en sudor frío. Reyes la dejó reposar un rato y luego la alzó sobre el tordillo que paí Cepí trajera. Le acompañó su hijo más pequeño e iniciaron la vuelta al pueblo. Adela tomó de las manos a los otros chicos, que marcharon apretados contra ella como demandando protección.

Reyes a la puerta del cementerio quedó un rato vacío de pensamiento y miró sin ver el cielo cargado de nubes de estío, la azulada lejanía con sus crestas ondulantes, el pueblo brillando bajo el sol, con los copudos árboles proyectando sombras cada vez más largas. Dos niños que pasaron riendo de cualquier cosa le sacaron de su ensimismamiento. Se echó tras los otros, mientras le perturbaba una idea, que le oprimía el corazón. Quiso desecharla con un encogimiento de hombros: total habían enterrado a un prójimo, a un pobre diablo, a un infeliz que no tenía realmente adonde morir; pero en vano la sacudió para sacarse de encima; ahí estaba acusadora... Se sentía aplastado, cargado de culpas que compartía con el resto de los paraguayos en cuyas manos estaban los destinos de los pobres y de los humildes.

Alcanzó a los otros profundamente descontento.

Fue así como Reyes tuvo el raro privilegio de hacer un entierro original a Astilla de Bronce, un héroe de la guerra del Chaco.

XXI

Una calurosa tarde, mientras tomaba el fresco a la sombra de los árboles del patio, fue sorprendido por la visita de don Damián Portillo. Se alegró de verlo, porque Portillo era un amigo cuya compañía le agradaba y le estimaba porque era hombre de empresa.

—¿Qué casualidad le trajo por aquí? —le dijo mientras le estrechaba efusivamente la mano.

Sentáronse bajo los árboles.

—Vine al pueblo a conversar con los miembros de la comisión de Fomento y Trabajo. Hace dos noches se incendió el puente de paso Pombero Sobrado.

—¡El puente! ¿Cómo diablos ocurrió eso?

—Fatalidades —suspiró Portillo—. Con las lluvias pasadas el puente estaba muy resbaladizo; unos carreteros brutos cubrieron el piso con pajas que mezcladas con el barro de las ruedas quedaron adheridas. El sol las secó rápidamente y a nadie se le ocurrió retirarlas. Si yo hubiera visto la barbaridad que hicieron, esas pajas volaban inmediatamente; pero desgraciadamente estuve ausente muchos días. A mi vuelta encontré el puente destruido. Alguien sin o con intención dejó caer un fósforo encendido.

—¿Pero no trataron de apagar el fuego?

—Mis peones vieron las llamas, pero tarde. Cuando acudieron el puente estaba inutilizado. Para mí es un drama, porque no podré sacar mi madera. También el pueblo se perjudica porque volverá a la larga ruta de Carrizal.

—¿Y ahora?

—Vine para hablar con los de la comisión de Fomento y Trabajo para la reconstrucción del puente. Les prometí ponerles en breve plazo todo el material necesario, porque sin puente salgo perdiendo más.

—¿Les regala la madera necesaria?

—Desde luego. Siento que ya no esté ese tenientecito tan activo.

—González Muzio. Como decimos vulgarmente, arregló la ruta de San Javier en dos patadas. No dejó respirar a los de la comisión de Fomento.

—Por eso que sentía su ausencia. Estos señores del pueblo toman las cosas con mucha pachorra. Pareciera que no les importa. Me prometieron actuar en cuanto aliste las maderas. Veremos, veremos...

—¿Por qué no recurre a Asunción?

—Ya lo pensé, pero la vía normal para estas cosas es esa maldita comisión de inútiles. En realidad, estoy en su mano.

—Hablaré a Casanova que es amigo y miembro de la comisión.

Portillo le agradeció y al poco rato se despidió.

* * *

El verano trajo los preparativos para la cosecha que prometía ser abundante. Todo el mundo hablaba de la cosecha y los comerciantes y acopiadores del fruto del país se reunían en largas conferencias, la mitad de las cuales eran lamentaciones sobre el control del estado que no permitía ganancias como antaño. Los días de la cosecha eran días de abundancia, de movimiento comercial. El dinero circularía mojado con el sudor de los campesinos, con el menor provecho posible para ellos.

Habíase cumplido de sobra el año de permanencia en el pueblo. La labor silenciosa del hospital estaba rindiendo una ganancia neta cuyo monto era difícil de calcular. Los enfermos no dejaban de acudir y cada día en mayor número. También el número de operaciones alcanzaba cifras extraordinarias para el modesto hospital. Pero la vida de la institución se desarrollaba en un ambiente tranquilo, sin ruidos ni alharacas, al margen de las otras actividades del pueblo. La gente se ocupaba poco del hos-

pital; los milagros repetidos cansan y terminan por no llamar la atención. El hospital en apariencia y, decimos en apariencia, se había encajado definitivamente en el cuadro local, formando parte del paisaje, detalle familiar ya, del que se ocupan poco. Pero ni Reyes ni el hospital habían roto una valla que se interponía entre muchos señores del pueblo y la institución y su director. Había un desapego, una indiferencia y también desdén por la labor que se llevaba a cabo en aquel apartado rincón en beneficio de la salud del pueblo. Y era porque la influencia curanderil se mantenía viva mientras actuaba en una semi-clandestinidad que aumentaba su prestigio. Falcón poco a poco había vuelto con mayor frecuencia al pueblo y, también de a poco su permanencia duraba más tiempo. Y hacía sus consultas desembozadamente. También era recibido en los hogares tacuaryenses con los viejos honores. Por otro lado, y ahí estaba el drama de Reyes, le consideraban como un intruso, o como le llamaban, un arribeño, y no le perdonaban su prestigio ascendente, su modesto éxito pecuniario, su cultura que lo colocaba muy alto al lado del campesino ignorante, rutinario y lleno de prejuicios. Pero lo que quizá no le perdonaban eran su honestidad acrisolada y su espíritu de caridad. Quisieran encontrarle una aunque pequeña mácula en aquellas dos cualidades que, como una aureola, rodeaba su personalidad. Muchos veían en él un reproche viviente que, aunque no decía nada, era un control a las trapacerías campesinas; porque nadie era del todo libre de ciertos pecadillos en los que Reyes era incapaz de caer. Reyes era una reluciente moneda de oro en un montón de monedillas de cobre y alguna de plata. Desearían, para que no contrastara, que fuera una moneda más de cobre o hasta de plata, pero no de oro, para que en el montón no luciera excesivamente. Pero en el fondo de toda la cuestión el obstáculo que impedía la reconciliación, la armonía con Reyes, era la influencia curanderil que, a sus espaldas, atizaba fuego de odio. Reyes lo sabía, pero con una lenidad inmerecida no se decidía tomar medidas. Y así las cosas fueron pasando...

Por otro lado Reyes vivía preocupado por otros aspectos de la vida paraguaya para dar importancia a las pequeñeces de la vida diaria de los pueblos de campaña que vivía de los detalles ínfimos, ignorando la realidad de los factores vitales. Ahora Reyes, con la vehemencia de los investigadores, se arrojaba sobre una nueva pista: la alimentación del pueblo campesino.

Frecuentemente se preguntaba qué comía el campesino. Des-

de hacía rato le intrigaba esa falta de movimiento, esa ausencia de ruido de cocina, de esa actividad que hace entrechocar los utensilios y los hace tintinear, de esa actividad febril de las dueñas de casa, de esa fogata que arde en el hogar alegremente mientras hierve el agua con escapes de vapor de las ollas y chirría la grasa en las sartenes. Esa visión era reflejo de los días de su tía Amelita, soberana en la cocina y a la hora de la manducación, con el mantel inmaculado, los cubiertos brillantes y los platos aguardando la comida olorosa, con los comensales alegres, impacientes. Esa visión idealizada pocas veces vio en la campiña paraguaya. Como médico tuvo miles de oportunidades para penetrar en la intimidad de los hogares y observar los misterios de cada uno de ellos. Le sorprendía observar a la hora en que las amas de casa se ocupan de los preparativos para la comida, la cocina silenciosa, la lumbre reducida a dos o tres leños que ardían como perezosos sin la compañía de la olla humeante y la pava cantarina. Tampoco veía la mesa preparada, como pocas veces vio anaqueles con losería. Se preguntaba: "¿Pero come esta gente?". Los muros recios de la indiferencia que encerraba la pregunta respondían en ecos de burla: "Claro, come, vaya pregunta estúpida". Y volvía a preguntar: "¿Qué come?". —Y el eco se partía en mil aves de rapiña que se le echaban encima, graznaban su burla y su suficiencia. Y discutían con él y se burlaban de su torpeza:

—¡Quiero saber qué comen! —decía Reyes.

—¡Mandioca, mandioca! —repetía la legión rapiega—. Mandioca hervida con un poco de sal y, porotos y maíz. ¿Quiere algo más nutritivo? No hay nada mejor que el poroto, la mandioca y el maíz. A veces maní. Siempre vivieron de eso. No va a discutir su valor nutritivo. ¿Carne? ¿Para qué quieren comer carne? Basta con la proteína vegetal. La carne es un lujo y la comen una vez al mes; más que suficiente. ¿Balance nutritivo? Lo balancean con mandioca y más mandioca. ¿No sabe que la valentía se debe a la mandioca? El Paraguay es un pueblo valiente y lo debe a la mandioca. ¿Desequilibrio fisiológico de la alimentación? Se equilibra perfectamente, doctor Reyes. ¿Vitaminas y minerales? Vitaminas hay en la naranja. ¿Qué hay muchas variedades de vitaminas? Sí, sí y le aseguro doctor que no le faltará ninguna vitamina. ¿Minerales? ¿Qué falta calcio para los dientes? Que se cepillen los dientes. ¿Hierro? ¿Qué son anémicos? ¿Por bichos de la tripa? Claro, siempre tuvieron bi-

chos en las tripas, por ignorantes. Sostengo que el paraguayo se alimentó siempre de lo mejor. No puedo aceptar eso de que está en constante déficit fisiológico, porque es una herejía. Sostenemos que el campesino está bien alimentado y, si no lo está, es por abulia. Es poco patriótico eso de decir que el campesino se muere de hambre; sí, poco patriótico. El Paraguay es un país rico. ¿Qué no? ¡Qué terquedad! En las escuelas siempre nos repitieron que el Paraguay es un país rico. Grandes bosques, inmensos campos. ¡Hay que ver Asunción; hermosas casas, automóviles último modelo que se entrecruzan que es un contento! ¡Y dice que somos pobres de solemnidad! Está chiflado, doctor Reyes; o ciego para no ver tantas realidades promisoras. Se preocupa de fantasías...

• • •

Le habían dicho que los moradores eran leprosos. Le picó la curiosidad. Se desvió del camino y siguió la sendita poco transitada que conducía al rancho misterioso y que cruzaba barbechos invadidos por altos yuyos y matas de tártago. A los doscientos metros cayó en un claro; ahí estaba el ranchito que chorreaba miseria como el cirio la cera. Las paredes habían perdido su revoque y mostraban su armazón de estacas carcomidas por el tiempo y los parásitos; el techo, con la paja raleada, caracheado como la piel de un caballo flaco y moribundo. Un cuero sin curtir obstruía el marquito de la puerta. El ranchito se levantaba canijo en pleno matorral, solitario y misterioso, ocultando escalofriantes leyendas de aparecidos.

Reyes batió las palmas repetidas veces sin que nadie respondiera. Siempre a caballo circunvaló la solitaria casa sin la compañía de la habitual cocina. Una mísera capuerita invadida por el yuyal con raquíticas plantas de mandioca a un costado. No había ni una planta de naranjo o de banano; aquello estaba abandonado. Quiso develar el misterio que encerraba el ranchito; se apeó frente a la puerta y dio una patada al cuerón que cubría el marco y que se deslizó dócilmente al suelo. Dio un respingo como si le hundieran un aguijón y luego quedó clavado, tembloroso en el vano de la puerta. Sobre otro cuero sin curtir, desnudo, cubierto de llagas, sin dedos en las manos y en los

pies yacía aquel resto de hombre. La cabeza, de alborotados pelos que no conocían la tijera hacía mucho rato, se apoyaba sobre los hinojos de un chico como de doce años. La lepra le había llevado la naríz y las orejas y le había dejado dos o tres pelos como cejas. Los ojos hundidos en el halo rojizo y sin pestañas de los párpados. Le recordó a la calabaza con tres orificios y una vela interior encendida que en la noche oscura amenaza a los chicos callejeros en algún tétrico rincón. Le miraba a Reyes con aire cansino, indiferente. El chico desgreñado, con nódulos leprosos en la frente y en las mejillas, espantaba las moscas azules, zumbonas y pertinaces que acosaban al enllagado. El espectáculo era alucinante como una pesadilla de un sueño atroz. Pero un hedor insoportable le hería las pituitarias como multitud de alfilerazos y le corría por los nervios olfatorios hiriéndole en los remotos vericuetos del cerebro. Su mirada resbaló por la piecita de paredes desfiguradas por las grietas, por los amplios trozos desprendidos y por las telarañas que rellenaban las hendijas. La miseria lucía sus galas en el camastrón de trama de cuero con las tiras rotas, desnudo; en el hogar apagado rodeado de recipientes de lata oxidados, en medio de cenizas esparcidas, en un rincón; en la única silla desvencijada y en los trapos sucios esparcidos por doquier. Aquella visión macabra duró segundos; apresuradamente metió la mano en el bolsillo, sacó toda la plata que disponía y la depositó a los pies sin dedos y corrió a su caballo que montó de un salto. Cuando escapaba, perseguido por un furioso enjambre de sensaciones encontradas y el olor espantoso, vio venir por un costado del rancho a una mujer cargada con panojas de maíz, robadas seguramente de alguna capuera vecina. Reyes, cobardemente, perseguido por las furias de la miseria, picó los ijares del tordillo, para huir de la mirada de aquella cabeza sin naríz y de tristes ojos indiferentes.

* * *

A nadie le hería, como a él, la miseria que acosaba al pueblo campesino. Sólo Belén le escuchaba, sólo ella le creía, le comprendía, compartía su preocupación y su pesar; porque Belén le adoraba. Le escuchaba e intentaba calmarle la inquietud que le roía por la pobreza ajena.

—No está en tus manos resolver un mal que viene de hace muchos años —le decía, sentados bajo el amplio emparrado.

—Desde luego. Pero me duele la general indiferencia con que se acepta este estado de cosas, sin que nadie intente ponerle remedio. ¡Esos pobres leprosos que deben robar para vivir, es la imagen patética de la miseria y el desamparo!

—Pero la miseria existe en todas partes.

—Así es. Mal de muchos consuelo de tonto. Lo dramático es que no se tiene ojos para ver el drama que surge a cada vuelta de esquina.

—Bueno, olvídalos, siquiera cuando estás conmigo —le dijo Belén iluminando su sonrisa con sus ojos húmedos y brillantes y acentuándola con sus hoyuelos picarescos. Era la incitación al olvido y lo hizo bebiendo en sus labios el agua clara y fresca de la eterna promesa.

Pero las experiencias se repetían; alguna de una realidad tan penosa que, después de pasarlas, le parecía un sueño. Volvía de Camisá Soró adonde fuera para asistir a un campesino, vecino y algo pariente de Candado quien lo recomendó calurosamente. Las amabilidades de Candado le retuvieron más de lo debido que partió para Tacuary con la tarde bastante avanzada y llegó a Paso Mendieta cuando los rayos solares se horizontalizaban, perforando las frondas que se elevaban sobre los bordes del arroyo con mil rayos de oro. Paso Mendieta le trajo a la memoria la grata aventura con Melitona, porque en su vida de médico rural no era su vida afanosa pura tragedia. Mientras el tordillo chapoteaba en las aguas salpicando la superficie estriada por las ondas, saboreó el grato placer de rememorarla. Ocurrió, allá por los primeros días de enero cuando recibió un angustioso llamado de Candado y acudió por la tarde y no tuvo otra alternativa que pernoctar en Camisá Soró. Halló a Balbina llorando de dolor de un pie y acezosa por la gordura. Le diagnosticó gota, enfermedad que no soñara hallar en la campaña. Pero las cosas vinieron y ocurrieron porque Candado era pudiente, sin hijos y podía alimentar bien a su mujer a quien hallaba necesitada de reconstituyentes para reponerse de la operación. Balbina de fuertes dientes y poderosos carrillos había dado satisfacción a su voraz apetito, mientras el marido sonreía satisfecho viendo engordar a su mujer, que acumulaba la grasa como un cerdo cebado. Candado estaba orgulloso porque los vecinos alababan y envidiaban su capacidad para darle gusto a su mujer; porque no

hay nada más grato de ver en un ambiente de hipoalimentados que alguien puede darse la satisfacción de hartarse. Reyes, además de los medicamentos que recetó, ordenó una dieta rigurosa, un régimen alimenticiio estricto, que haría lamentar a Balbina los bellos y lejanos días de abundosa pitanza. Al día siguiente se despidió como a las 6 de la mañana y alcanzó paso Mendieta a eso de las 8 con un sol que picaba. El arroyo era una invitación a un baño y decidió remojarse en las claras aguas. Como el paso era poco profundo y asoleado siguió el curso de las aguas en busca de las partes profundas. En efecto, el arroyo que se estrechaba entre cada vez más altos barrancos, con árboles cuyas ramas se unían de orilla a orilla, no tardó en ganar profundidad como para permitir nadar. Se detuvo entonces, se desnudó, desensilló al tordillo, a quien bañó hasta dejarle la piel tersa; luego lo ató del cabresto a una raíz y se zambulló repetidamente dejándose arrastrar por la suave corriente que garruleaba en los recodos y entre algunas piedras, mientras las ondas que hacía Reyes chocaban contra las orillas y los barrancos atravesados por sedientas raíces que iban a beber en el arroyo, produciendo chasquidos que estallaban en el silencio del bosque. Así fue que al emerger de un buceo se halló bruscamente ante dos lavanderas, campesinas jóvenes que, sobre un tablón equilibrado sobre grandes raigones, acuclilladas, lavaban la ropa.

—¡Hola! —dijo Reyes sorprendido.

—¡Hola! —le remedaron al unísono las dos mozas y luego se echaron a reír, mientras le comían con los ojos.

Reyes quedó mirándolas, sin atinar a decir algo oportuno. Una de ellas, la que parecía mayor, dijo de pronto:

—Ndé la doctor jhina. (Usted es el doctor).

Ambas eran bonitas, blancas atezadas y estarían por los 20 años. No parecían hermanas y de las dos, la menor, sobresalía por una gracia especial que se desprendía de su risa fácil, de sus brillantes dientes, de sus ojos picarescos, burlones, incitantes. Vestían ajustadas blusas que marcaban sus bustos, mientras las faldas envolvían los muslos exuberantes, dejando al aire las piernas, con las rótulas asomadas bajo el ruedo.

—¿Qué hacen aquí solas? —les dijo Reyes en guaraní desde luego, mientras se escurría el agua de la cara.

—¿No ve qué lavamos ropa? —le contestó la mayor con tono picaresco, golpeteando la ropa enjabonada.

La otra no dijo nada, pero le miraba con extrañas luces en

los ojos, invitadores y burlones al mismo tiempo. Súbitamente, bajo extraños influjos, Reyes se sintió arrastrado por los demonios del instinto sexual, como si de pronto el aire se embalsamara de misteriosos perfumes que herían los sentidos penetrando en sus carnes que se estremecían agitadas por imperiosos deseos. Se arrastró en el agua hacia la menor y le presentó la espalda, diciéndole:

—¿Quiere enjabonarme?

La otra riendo, como si le cosquillaran, le fregó tímidamente la piel húmeda con pases suaves, pero luego, estimulada por invisibles potencias, fue subiendo el ritmo de las fricciones, hasta hacerse alocadas que resbalaban por las espaldas, por la nuca, por las axilas, intencionantes, acariciadoras. Aquellas ágiles manos desprendían electricidad que le iban a Reyes hasta los tuétanos de los huesos y le subían por la piel como ráfagas ardientes. La otra, la compañera, mientras tanto, como para escapar de aquel fuego que incendiaba el aire, atacaba con furia las ropas enjabonadas, fingiendo ignorar lo que sus sentidos recogían y le alertaban todo el cuerpo. Las fricciones se hicieron acariciantes hasta elevar el climax a la cumbre y terminó con un manotón que le llenó de jabón la cara. Como si aquello fuera una señal, Reyes, bruscamente, la tomó de la muñeca y la arrastró al agua, mientras ella gritaba estremecida por la frialdad del líquido y luego reía como si hiciera pequeños gargarismos. Flotaban a la deriva, perdiéndose entre los recodos, entre rayos de sol que temblaban coruscantes en las pequeñas oleadas engendradas por aquellos cuerpos anhelantes. Reyes palpaba el cuerpo dócil que flotaba marcando las redondeces en sus ropas empapadas.

—Cómo te llamas?

—Melitona.

Tenía los pelos pegados al cráneo y, los ojos parecían más grandes y más brillantes y, la boca más húmeda. Reyes besó aquella boca que se ofrecía como una granada madura... Desaparecieron arroyo, árboles y la luz del sol cuando vararon sobre la blanca arena.

Mientras tanto la otra seguía golpeando las ropas con mayor impetuosidad, esparciendo pompas de jabón que estallaban cuando tocaban las aguas. Una idea cruzó por su mente ingenua y rústica; lanzó una carcajada como serruchada por los dientes de una sierra, la sierra del despecho. Se consoló y dijo meneando la cabeza:

—Na jhechaiba doctor i sinverguenza veva. (Nunca vi un doctor más sinvergüenza).

Y era el primero que veía...

• • •

Reyes cruzó el paso, apurando a su cabalgadura pensando que iba llegar a Tacuary muy entrada la noche. Aquella agua que corría mansa entre orillas arenadas con suaves ondas que estriaban la pulida superficie no se parecía en nada a la avenida violenta, aterradora que cruzara una noche sin luz bajo un cielo enlutado por negras nubes. Al poco rato dejó atrás la casa de Ramírez que le vio y le saludó agitando su sombrero piri. El sol se hundía ya en el horizonte llenando de luces y de rayos las pesadas nubes estivales, cuando una larga figura se elevó desde los pies de un árbol, con una mano en alto. Reyes se detuvo.

—Doctor —le dijo el individuo— le espero desde las 4. Supimos que se iba a Camisá soró... Le necesitamos para un caso.

—¿Qué pasó?

—Una pobre mujer mal parió y está muy grave. Esperamos que nos haga la caridad de asistirla.

—¡Cómo no! —contestó Reyes—. Vamos. ¿Es lejos?

—No tanto; como a dos leguas.

Reyes sabía que le engañaban sobre la distancia; el como dos leguas podía ser el doble o el triple. Pero se resignó.

El hombre montó a caballo y le guió a través del campo, dirigiéndose hacia la oscura mole de la serranía que se perfilaba iluminada por los últimos resplandores del sol.

—La pobre mujer está muy grave— dijo el guía.

—¿Por qué no la llevaron al hospital? —preguntó Reyes.

—Si se mueve se muere —contestó el otro—. Además son muy pobres, cargados de hijos y estamos lejos del hospital.

—¿De modo qué si no pasaba de casualidad por aquí la iban a dejar que se muriera?

El otro calló.

—Pedazos de ignorantes— pensó Reyes. La noche fue cayendo lentamente y las estrellas comenzaron a brillar. El campo terminó y marchaban por zonas boscosas, fragosas, que se empinaban hacia las alturas entre piedras y huellas profundas que

dificultaban la marcha. Cuando la noche se cerró, la marcha se hizo más difícil, pero seguían adelante guiados por los nictalópicos ojos del individuo que no conocía la luz eléctrica.

—Vamos hacia las alturas —explicaba—. La enferma está en la compañía Calaverita.

Estaban, pues en la cordillera, cuya silueta viera muchas veces viborear azulosa en lontananza. Reyes perdió la noción del tiempo. Transpiraban jinetes y montados en aquel aire enrarecido de los bosques y sobre aquel terreno accidentado. De pronto, bruscamente, el terreno se hizo plano, arenoso y la ruta se abría en una senda ancha, entre enormes árboles. Las viviendas se anunciaron por las fogatas que ardían en las humildes cocinas; algunas fogatas parpadeaban lejanas en la noche como si alguna estrella hubiera caído en el bosque.

—Estamos llegando— comentó el guía.

Reyes pensó que ya era hora.

—Por aquí doctor— dijo el guía y desvió su montado, penetrando en la negra masa boscosa. Reyes le siguió y marcharon por una sendita culebreante con follajes que golpeaban los rostros de los jinetes, quienes con las manos a la cara rechazaban las cimbreantes ramas. Una fogata anunció el final del viaje. El guía gritó y le contestaron. Cayeron en la limpiada que se extendía, amplia, frente al rancho esmirriado. Alguien atizó la fogata que se elevó en grandes llamaradas iluminando intensamente a un grupo numeroso de gente silenciosa y expectante que curiosa se apretujaba frente al rancho. Cuando Reyes se apeó, una multitud se deshizo en viejos, jóvenes y niños y le rodeó llena de curiosidad que no se saciaba. Alguién tomó las riendas del tordillo y le sacó del círculo de la luz. La masa se abrió para dar paso al dueño de casa, un individuo anguloso de puro flaco, de pachorrento andar. Le seguía la prole, como polluelos que siguen a la clueca. Eran seis chicos que iban de mayor a menor, como las gradas de una escalinata de poca altura. Los mayorcitos vestían pantaloncitos remendados, pero el resto estaba desnudo con las prominentes panzas al aire, con los ombligos apuntando adelante, sostenidos sobre delgadas piernas y caminaban como si el esfuerzo les fatigara, adivinándose sus mucosas pálidas y la abundancia de parásitos en sus tripas. En una visión caleidoscópica vio a la multitud donde abundaban las mujeres de todas las edades que iban de viejecitas achacosas, mascullantes, sostenidas por una vara, a jóvenes de largas trenzas con chicos a hor-

cajadas sobre las caderas y a mozuelas adolescentes vestidas con simple typoi. Los viejos eran secos, algunos con blanca barba, venerables en sus portes erguidos. Los mozos, casi todos de baja estatura, sonreían mostrando las caries de los dientes o las encías vacías. En la breve recorrida de su vista, Reyes vio los bocios de todos los tamaños plantados en los flacos cuellos. El grupo apretujado se deshacía por los empellones de los de atrás, ansiosos de ver al primer médico que veían en sus vidas aisladas. Las más curiosas eran las viejecitas que temblorosas se le acercaban y le miraban con ojos legañosos. Todos le miraban expectantes, como si esperaran un acto de prestidigitación. Para completar el detalle, un perrito overo, flaco, no cesaba de ladrarle con un ladrido agudo y disonante; alguien le gritó un ¡salay! acompañado de un puntapie que le hizo desaparecer un rato.

Hendiendo aquel gentío curioso, le llevaron a ver a la paciente. Entraron al ranchito por un marco sin hojas y con una dimensión de 3 metros por 3, de techo bajo que obligaba al guía a mantenerse agachado. No se veía muebles. En el suelo, sobre un cuerón que mullieron con espartillo, estaba la mujer. El marido bajó el candil de cáscara de naranja agria, donde un pedazo de trapo hacía de pabilo y, que más que luz, echaba humo. Al alumbrar a la paciente, Reyes vio a la comadrona, una viejecita jorobada y bizca, sentada a la cabecera, friccionando los brazos de la enferma.

Reyes se arrodilló para verla mejor y para tomarle el pulso. La veía pálida, anhelante, cubierta de sudor, un sudor frío. El pulso golpeaba hipotenso y acelerado. Levantó el poncho que la cubría: semidesnuda y manchada de sangre. Un runruneo le hizo volver la cabeza; los curiosos estaban apretujados en el vano de la puerta con ojos atisbantes, ansiosos de ver. El calor asfixiaba, mezclado al aire pesado, pegajoso, cargado de vaho a sudor y a sangre, hasta el punto de marear. Reyes impaciente se levantó y dijo a los curiosos:

—Le sacan el aire a la paciente; por favor retírense.

Para más el perrillo se había introducido y le ladraba con su agudo ladrido que perforaba el tímpano. El grupo retrocedió, pero la masa que le seguía, ansiosa de ver, empujaba y hacía imposible despejar el vano de la puerta. Entonces tomó una vieja manta que cubría el pie de la paciente y tapó el marco, sujetando con dos varas que el guía sacó no se sabe de donde. Los curiosos se alejaron. El perrillo no solo le seguía ladrando, sino

que le amagó uno o dos tarasconazos. El dueño le dirigió un puntapie que eludió con sorprendente agilidad.

—Por favor saque el perro— pidió Reyes.

El dueño le acorraló en un rincón, lo tomó cariñosamente y lo sacó afuera. Reyes suspiró de alivio y entonces se dispuso a examinar a la paciente sin intromisiones.

Volvió a levantar el poncho; la paciente estaba en un lago de sangre que se había escurrido hasta el suelo formando arroyuelos que se perdían en el espartillo. Sangre coagulada. La enferma ya no sangraba. Retención placentaria de dos días. Cordón sin ninguna ligadura. Reyes que había traído su valijín se apresuró a pinzarlo.

Sudando la gota gorda, se incorporó y dijo:

—Hay que llevarla al hospital urgentemente para extraerle la placenta en buenas condiciones.

—¿No se puede hacer aquí? —contestó el guía.

—No se debe hacer porque existe el peligro mortal de una infección. Además su anemia requiere tratamiento.

Se miraron los tres, marido, comadrona y guía. No decían nada, pero se comprendían y se ponían de acuerdo sin necesidad de palabras. El guía, más resuelto y el menos comprometido habló por el marido.

—Tiene que operarla aquí, doctor. No hay forma de sacarla. Usted vio el camino. Además está nuestra partera, ña Chicá, dice que si la movemos va a morir.

Discutían desde luego en guaraní, un guaraní cantarín.

—Ustedes no comprenden —contestó Reyes—. Hay que hacerle primeramente muchas inyecciones y luego anestesiarla para que no sienta dolor. Para operar se requiere mucha limpieza que aquí no hay.

—Si Dios ordenó que va a morir, será aquí o en el hospital. Y por sus hijos, si esa desgracia va a suceder, que suceda aquí en su rancho.

Trataban el problema de vida o muerte ante la enferma que, indiferente o resignada a su suerte, con infinita paciencia, esperaba la sentencia.

Reyes comprendió que no la iban a mover de donde estaba; ningún argumento iba a romper la tácita determinación que habían adoptado. Suspiró, mientras se secaba el sudor que le corría por la frente.

El perrillo había vuelto a entrar y le ladraba con su guay, guay agudo y doloroso; un guay que parecía venir de la cola, que recorría su esquelético cuerpecillo en una onda peristáltica y salía fluyendo de su boca armada de agudos colmillos. El guay, guay, le pesaba porque temblaba sobre sus patitas.

Mientras tanto Reyes fluctuaba entre la indecisión de adaptarse a las circunstancias o de imponer su criterio antiséptico retirándose si no le aceptaban. Su tensión nerviosa se agravaba con aquel perrillo insolente, pertinaz, que no cesaba de ladrarle ante la indiferencia del dueño de casa. Le dirigió un puntapie asesino, pero el perro lo eludió ágilmente, mostrando los dientes amenazadores y gruñendo, y al hacerlo adquiría un aire humano con aquellas arrugas que se plegaban en las comisuras labiales recordando a una risa sardónica o a un llanto imploratorio. Al verlo así, la voluntad de luchar para imponer su criterio se desplomó transido de lástima; sus nervios tensos se aflojaron y en dolorosa claudicación se rindió. Sólo dijo:

—Bueno.

Agitadamente se prepararon. Reyes hirvió su jeringa y le aplicó un tónico cardíaco y un calmante. Salieron en busca de jabón y agua hervida que Reyes pidió. Le trajeron un atroz jabón de fabricación casera, negro y de fuerte olor, forrado de granos de tierra. Con un cuchillo, que alguien le pasó, lo descortezó para sacar algún engendro de tétanos ya que iba a intervenir con las manos desnudas. Ayudó a la comadrona a la higiene de la paciente y la acomodó entre ropas limpias que los serviciales vecinos trajeron. Por último, después de arremangarse las mangas de la camisa hasta por encima de los codos se enjabonó cuidadosamente ayudado por una muchachona que, muy oronda, le arrojaba el agua que le dijeron que estaba hervida, desde un parapití ennegrecido por el humo, mientras los curiosos no perdían detalles. Como no había alcohol, le trajeron caña que el mismo dueño se encargó de verterle, haciéndolo algo remolonamente, porque le apenaba el desperdicio. Pero Reyes, inconsciente de su preocupación, le urgía para que fuera vertiendo hasta vaciar el contenido de la botella, mientras la mozada mirona hacía burlas y armaba bulla de la pena del dueño de la caña.

Con las manos al aire volvió junto a la enferma. Habían encendido otro candil que sostenía uno el marido y el otro el guía. Las llamas se elevaban mezcladas con negro humo, desprendiéndose en una larga columna. Al marido le temblaba la mano y de

la frente de todos corría el sudor. Reyes se acuclilló junto a la paciente y le dijo:

—Le va a doler, pero no va durar. Respire hondo y afloje el vientre. A ver, respire así.

La mujer, perdida la cara en la penumbra comenzó a respirar como a persona que le falta aire. Sus ojos hundidos y su boca seca parecían agujeros en la pálida piel. La cabellera se había desparramado en guedejas que culebreaban sobre el cuero y llegaban a la tierra del piso. La comadrona, sentada a la cabecera sobre una baja silleta, las recogía de tanto en tanto, pero al rato volvían, al menor gesto a desprenderse y se escurrían, viboreando, de nuevo al suelo. "¿Por qué no le harán un rodete?" pensó Reyes que se sentía atraído por tan nimio detalle. Le hizo flexionar las rodillas a la paciente.

—¡Manes de la obstetricia! —murmuró— perdónenme este pecado, este sacrilegio.

Hundió la mano en las entrañas de la desgraciada. Un vaho maloliente le golpeaba la nariz. La paciente gimió primero y luego lanzó un gritito. Los candiles en alto temblaron. La vieja bizqueaba, con un capacho de cuero en la mano, expectante. Reyes hurgó rápidamente en las profundidades y extrajo la placenta sangrienta como se extrae el corazón de una víctima en un rito bárbaro y cruel. La comadrona pasó prestamente el capacho, pero al tocarla, el perrillo que había entrado silenciosamente, se arrojó sobre la masa sangrienta y salió con ella disparado. La vieja dio un grito y junto con el guía, corrieron afuera, tras el perrillo, gritando al unísono:

—Se llevó, ese perro, sujeten al perro, se llevó...

De entre los curiosos un grupo de hombres echó a correr tras el perro, atropellando en un inútil esfuerzo el yuyal sin saber qué había robado el ladronzuelo. Este, más ligero, se perdió en las tinieblas, entre las matas.

Mientras tanto, Reyes, exprimía con la mano limpia el fondo de la matriz para combatir la atonía. La paciente, derrengada, se agitaba en busca de oxígeno. Apenas sintió que la matriz se contraía Reyes tiró la manta que obstruía la entrada, con gesto imperioso impidió que los curiosos se acercaran y, después de lavarse rápidamente las manos, le aplicó otro tónico cardíaco.

Pasó el resto de la noche vigilando el pulso y controlando la matriz que a rato se convertía en masa blanduzca. Afuera, las

mujeres rezaban, mientras los hombres hablaban en voz baja. Muchos se retiraron una vez satisfecha la curiosidad.

Al amanecer la tensión del pulso mejoró y los riesgos de una hemorragia habían pasado y se había dormido en un sueño agitado. Reyes se alistó para retirarse. La dejaba con la espada de la infección suspendida sobre la cabeza. Entregó al marido los tubos de sulfa que tenía y, en compañía del guía, que había preparado los caballos, montaron y se alejaron del ranchito humilde, en cuya cocinita, un cobertizo pequeñín, los chicos dormían tirados en el suelo.

El sueño y el hambre le acosaron mientras descendían las fragosas laderas de la cordillera, entre peñascos y hondones donde se veía la huella por donde traqueteaban y daban tumbos las carretas.

—No comprendo —decía Reyes— por qué viven tan alejados habiendo tierras de sobra en la parte llana, donde es más fácil transitar y se tiene más cerca al pueblo. Algún motivo especial les impulsará a aislarse y a vivir una vida llena de dificultades y de penalidades.

El guía, hermoso tipo de varón, de expresión inteligente, sonrió y contestó:

—Aquí vivimos tranquilos; no hay comerciantes, ni comisaría, ni juzgado. Vivimos como nos da las ganas, nadie nos manda, ni nos oprime. Aquí todos nos queremos, nadie pelea ni mata. Somos pobres, sí, pobres, pero libres.

Llegaron al camino llano que conduía derecho a Tacuary.

—Si le parece bien, le dejo aquí, doctor.

—Sí hombre, sí —le contestó Reyes— conozco bien el camino.

El otro le pasó la mano.

—Dios se lo pague doctor. No sabemos cómo pagar su caridad.

—No se preocupe hombre —contestó Reyes, estrechándole la mano.

Reyes siguió solo e iba pensando:

—El paraguayo tiene vocación para la libertad; pero como es ignorante no halló aun el modo de vivirla sin temores.

Durante un mes más o menos no supo de su paciente de Calaverita. Cuando pensaba en ella y, lo hacía frecuentemente porque le remordía la conciencia, le recordaba como si fuera una muerta. Pero un día, al volver del hospital, halló a una mujercita pálida, pobremente vestida, esperándole frente a su casa. Se

le acercó con la timidez del cervatillo con un bulto que le pasó a Reyes.

—Le traía un regalito, doctor.

—Muchas gracias, pero ¿por qué este regalo?

—¿No me conoce? —preguntó la otra.

Reyes la miraba, pero no la recordaba.

—Yo soy aquella su enferma de Calaverita que salvó de morir.

Reyes quedó estupefacto.

—¡Caramba! ¿Cómo se siente? —atinó a preguntar.

—Ya ve, doctor, lo más bien —contestó sonriendo—. A los ocho días ya estaba levantada.

—Tienen la piel dura esta gente —pensó Reyes—. Como que viven en la mugre tienen hecha una suerte de vacuna.

La llevó al consultorio, donde la inspeccionó detenidamente. Luego le obsequió medicamentos para su anemia y sus parásitos intestinales. Le recomendó que trajera la próxima vez a sus hijos para medicarlos. La otra agradeció tímidamente y se retiró con sus remedios como quien lleva un tesoro.

Reyes saboreó el regalo que consistía en una docena de duraznos grandes, jugosos, que raras veces se ven. De esta manera volvió a ver a esta su paciente y su conciencia quedó tranquila.

XXII

Esa tarde de finales de febrero Reyes, sofocado de calor, de un calor húmedo, leía una vez más el Tratado de Enfermedades Infantiles, mientras el sudor empapaba el liviano pijama. Timó le anunció la visita de don Damián Portillo. Lo llevó hacia la sombra de los árboles y se ubicaron en cómodos sillones.

—Estoy reventado de tanto ir y venir, sólo para escuchar promesas y más promesas. Esta nuestra modalidad paraguaya de mentir tranquilamente dentro de un estuche de promesas, no tiene siquiera el aliciente de una variación. Esa maldita comisión de Fomento y Trabajo que no trabaja nada, no hace sino mentirme y mentirme.

—¿De modo que su famoso puente sigue en aguas de borraja? —dijo Reyes.

—¡No tienen el menor deseo de reconstruirlo! A cada miembro le importa un bledo el puente. ¡Y hasta les parece gracioso que yo me vea en apuros!

—Quizá su impaciencia le hace ver otra cosa don Damián —le contestó Reyes.

—Nones. Al principio creí que la comisión se enredaba en sus trámites y me ofrecí a ayudarles. Me dijeron tranquilamente que no hacía falta y me despidieron con más promesas. Me ahoga la bilis; por eso vengo a descargarla aquí.

—¿Qué les falta? ¿Material?

—Todo el material requerido lo puse yo. He cortado las mejores maderas que ya están sobre el barranco y adquirí el herraje necesario. Corté madera de acuerdo a un plano que me mandó mi hijo de Asunción y que la comisión aprobó. La comisión

debe solamente poner el personal bajo mi dirección; porque no es el primer puente que voy a hacer.

—¿Y por qué diablos no lo hacen entonces?

—¡Porque no quieren! Han dilatado con todas las argucias posibles. Al comienzo me dijeron que era por falta de medios para adquirir el material. Les puse el material. Entonces vinieron las promesas de dentro de quince días; que no había dinero; que estaban ocupados en otras cosas; que tuviera un poco de paciencia; que se daban cabal cuenta de mi situación y, que muy pronto... Han gastado un platal en arreglar un tramo del camino a Carrizal, cuando es más económico para el tránsito viajar por San Javier. Hay algo detrás de esta remolonería. Y mientras tanto no puedo sacar mi madera y mi miel.

—¿No hay otro paso?

—No hay. Se podría por paso Mendieta, pero queda lejos y cuando llueve el agua y el barro lo hacen intransitable. Por paso Cambá a dos leguas de Pombero sobrado, sólo se pasa a caballo y con mucho trabajo. Ir por Carrizal es antieconómico: por la distancia y el pésimo estado del camino.

—Pero acaba de decirme que están arreglando el camino.

Rió sarcásticamente Portillo mientras se enjugaba la frente perlada de sudor.

—Arreglan —contestó— los tramos buenos; los malos están iguales. He destrozado dos carretas a la altura de Santa Isabel.

Suspiró hondamente y luego dijo:

—Necesito ese puente, como un recién nacido la teta de su madre.

Reyes pensativo miraba la punta de sus pies.

—He hablado —dijo lentamente— con Barbadillo y Casanova quienes me aseguraron que todo estaba listo y que esta semana comenzarían.

—El año verde —dijo Portillo.

—Y me han engañado, me han mentido con toda tranquilidad, sin sombra de pudor. No protesto contra Barbadillo que es un pobre diablo; pero Casanova se dice mi amigo... Supe, después de la caída de Arroyo, que está complicado con la fabricación de caña clandestina. Desconocen la expresión por el bien público, si es que no les toca de algún modo. Han saboteado su puente y lo seguirán haciendo con toda la maña del buen paraguayo. Tendrá el puente si lo financia usted.

—Lo quise, pero me han prohibido.

—Recurra a Asunción.

—Lo hice, pero no me han contestado. ¡Qué les importa un puentecillo sobre el arroyo Tacuary!

Reyes no suyo qué contestar. Habían tropezado contra una mole, la mole de la mala voluntad.

—Estoy por creer que el incendio del puente no fue del todo casual —dijo Portillo—. Bueno doctor, me voy. He descargado una parte de mi bilis. Gracias por su amabilidad.

—Estoy a sus órdenes, don Damián —le contestó Reyes mientras le apretaba la mano.

Más tarde comentaba con Trujillo:

—Casanova no viene más aquí porque me ha mentido descaradamente. Si fuera mi amigo no me hubiera engañado.

—Maña paraguaya, Reyes. Y no te extrañes si mañana viene a pedirte algo muy sonriente y amable.

—¿Por qué no harán el puente? Tienen el material y, en cuanto al personal, están los campesinos que deben pagar su impuesto con su trabajo. Y tienen un técnico en el mismo Portillo.

—La inercia, Reyes, la inercia —contestó Trujillo sonriente.

Reyes se encogió de hombros, decidido a olvidar el incidente. Es decir intentar olvidar, porque le indignaba la despreocupación campesina por las cosas fundamentales, de utilidad colectiva. "Otra manifestación de la falta de cultura —pensaba— ¡tu nombre es irresponsabilidad!". Como no era bienquisto por las fuerzas vivas del pueblo había evitado mezclarse en los asuntos locales que no le atañían, a pesar que se sentía como un caballo con ansias de correr.

Marzo se hallaba adelantado. Los días de la cosecha habían comenzado y en el pueblo se sentía un aire de fiesta, de feria, con carretas rechinantes, cargadas hasta el tope, con chicos sobre los bultos; mujeres con voluminosos atados a la cabeza que conducían erectas y firmes, solitarias algunas o seguidas por varios chicos otras. No era raro verlas con el bulto sostenido por el milagro del equilibrio sobre la cabeza y con un chico a horcajadas sobre la cadera, mientras dos o tres más trotaban detrás. Eran mujeres que conducían sus míseras cosechas de maíz, de tabaco o de algodón para venderlas tiradas en algún negocio; eran mujeres solitarias cuyos hombres rehuyeron la responsabilidad de mantener la prole hambrienta y numerosa; eran mujeres que arañaban la tierra y parían de hombres que venían a ellas como el picaflor a la planta florecida.

Pero de pronto el tránsito carretero disminuyó, la actividad general se debilitó. Ya no se veía casi al agricultor entrar y salir de los negocios con sus chicos y su mujer como endomingados por la ropa nueva. Las pocas carretas se alejaban perezosamente a sus lares con la carga intacta.

A Reyes, que el año pasado había observado el trajín cosechero, le extrañó el silencio casi súbito del pueblo. Algo raro ocurría que alejaba del pueblo a los campesinos. Pero preocupado por sus problemas profesionales, no paró mientes en el fenómeno.

Una de esas mañanas encontró al padre de Timó, don Indalecio, que le esperaba a las puertas de su casa, apoyado contra el yugo de su carreta llena de algodón en rama, entre los cuernos de sus bueyes.

Reyes le saludó cordialmente y le preguntó en qué podía serle útil, invitándole a pasar adelante.

—Con mucha vergüenza, doctor —le dijo el otro— vengo a solicitarle un préstamo de unos pesos.

—¡Cómo no, don Indalecio! —le contestó— ¿cuánto quiere?

—Un mil pesos para pagar algunas cuentas urgentes.

—Le voy a dar —le contestó Reyes y entró a traer el dinero. Le sorprendió que le pidiera prestado dinero teniendo los adrales de la carreta a reventar de algodón. Pero como era un hombre honesto, no titubeó en hacerle el préstamo.

Cuando Reyes le pasó el dinero pedido, dijo el otro, disculpándose:

—Tengo mucha vergüenza por haberle molestado, pero no pude vender mi algodón.

—¡Pero qué raro! —dijo Reyes— ¡si cualquier comercio compra!

—Sí —respondió el otro con acritud—. ¡Pero ofrecen la mitad del precio!

—¡No puede ser don Indalecio! El precio está fijado por el Estado!

—Así es, pero dicen los acopiadores que no tienen plata por la crisis y que sólo pueden ofrecer algo más que la mitad de lo fijado.

Reyes quedó sorprendido; pero reflexionó que don Indalecio, hombre bueno pero terco, no había comprendido bien. Lo vio irse apurando a sus bueyes, como un hombre impaciente.

Al día siguiente, al recetarle a un cliente un específico algo caro, le dijo el paciente con aire preocupado:

—Lo compraré si logro vender mi algodón a buen precio.

—¡Pero si está fijado el precio por el Estado! —le contestó Reyes.

—Sí; pero el comercio sólo ofrece algo más de la mitad porque dicen que no tienen dinero. Y muy amable nos invitan a buscar mejores precios en otra parte. ¿No se fijó, doctor, que el pueblo está silencioso?

—Acudan al agente agrícola.

—No está en su oficina; ha desaparecido.

—Lleven su cosecha a Carrizal.

—Queda lejos y el camino está pésimo.

—¿Y San Javier?

—No hay puente para pasar el arroyo que ha crecido por las últimas lluvias.

Reyes quedó perplejo. Estaba visto que existía una conspiración para comprar por nada 'a cosecha de la zona. Reyes sintió que su ánimo se sublevaba por aquella injusticia, por aquel despojo. Fue a verle a Trujillo.

—¿Te das cuenta de lo que sucede?

—¿Qué has descubierto? —preguntó a su vez Trujillo sonriente.

—Pues, nada menos que una conspiración para comprar el algodón a bajo precio.

Y le refirió lo que había descubierto.

—No hay que apresurarse —dijo Trujillo— en aceptar así no más lo que se dice. Averigüemos discretamente.

Reyes aceptó. Trujillo que desde su mostrador se enteraba de todos los acontecimientos, comenzó a interrogar. Al día siguiente le llamó a Reyes.

—Efectivamente —le dijo— los acopiadores no compran, y si lo hacen es a bajo precio. Están todos de acuerdo.

—¿Qué se puede hacer por los agricultores, Trujillo? El agente agrícola ha desaparecido. El Banco Agrícola no compra.

—Avisaremos al Ministerio de Agricultura.

—Está lejos. Debe ir alguien en nombre de los agricultores.

—¿Y quien va a ir? El agricultor no tiene representante, no tiene quien hable por ellos sino aquellos que ahora están conspirando para explotarle. El campesino está abandonado de la mano de Dios.

Pasaron ocho días; Reyes, Trujillo y Cabrera veían como las carretas entraban al pueblo, recorrían sus calles en busca de un comprador que pagara a buen precio. Pero era inútil; los comerciantes no tenían plata para comprar la cosecha. Aquellos más necesitados dieron por casi nada el esfuerzo del año.

Reyes estaba afligido; veía a aquellos campesinos flacos, anémicos, de sucia camisa, recorrer los negocios, humildemente, rogar, como si mendigaran, que le compraran para poder adquirir ropas para sus hijos, carne para todos y si sobraba algún dinerillo, podían adquirir utensilios de los que estaban muy escasos.

Sí, realmente estaba Reyes muy afligido por los campesinos.

—Sos un tipo raro —le dijo Cabrera que con Reyes acompañaba a Trujillo en la rebotica—. ¿Qué te importa este asunto de los agricultores? Siempre fue así. Te lo he explicado muchas veces. El acopiador o alguien más fuerte debe sacar la mejor tajada. Siempre fue así y así por los siglos de los siglos, amén.

Reyes sonrió. Quería a Cabrera como a un hermano que no tuvo y le perdonaba que no le comprendiera, porque sencillamente no podía comprenderle porque; **"no tenía ojos para ver y corazón para sentir".**

—Me importa —le contestó— porque no soy egoísta, ni un conformista. Además veo lo que tus ojos no ven. Me sublevan la pobreza campesina y la indiferencia general de aquellos en cuyas manos está el remedio. Por otro lado me pregunto si comprenden la realidad campesina. Este estado de cosas debe cambiar Cabrera; no se debe mantener en la miseria a una mayoría en beneficio exclusivo de una minoría. Debe haber un punto intermedio desde el cual se puede beneficiar a ambos extremos, equilibrando la balanza. Hasta ahora se ha inclinado, pero no hacia los agricultores. ¿No comprendes que este desequilibrio lleva al país por una pendiente quien sabe a qué profundo abismo, invisible en la niebla del futuro? Con este nuestro régimen quedamos estancados. Vamos atrás en vez de progresar. El agricultor está abandonado, sin que una doctrina adecuada le saque de este marasmo. Este país siempre fue gobernado por legistas que conocen leyes, pero ignoran ciencias que podrían conducirlos a un mejor conocimiento de los problemas que acucian al agricultor, a esa masa mayor de paraguayos que derraman su sudor en beneficio del país; pero que viven entre la pobreza y la incultura. Se teme al comunismo. El padre Belmonte en sus sermones no habla sino del peligro comunista. Pero nada hacen por el ba-

luarte anticomunista que es el agricultor quien penosamente traza surcos en una viril y eficaz barrera anticomunista. Pero no debe ser el solo temor comunista el estimulante para solucionar este estado de cosas que mantiene al humilde hombre del agro en la miseria y en la humillación. No, el estímulo debe nacer de un profundo sentimiento humanitario, con visión realista y espíritu renovador, con total prescindencia de este nuestro excesivo individualismo que nos vuelve ciegos egoístas.

—¿Cómo llegaremos al desideratum? —preguntó Trujillo.

Suspiró profundamente Reyes.

—Se requiere tiempo. Este es un país agropecuario, pero no tiene técnicos universitarios agrícolas ni pecuarios. Cuando por cada abogado haya tres o cuatro agrónomos vendrá el soplo renovador. ¡Quiera Dios que el soplo no sea una tormenta que arrase violentamente la tierra paraguaya, destruyendo la poca tradición que nos queda, aniquilando todo lo amable que hay en la vida campesina paraguaya! La solución debe existir; no es posible que no se halle remedio a algo tan ominoso en este pequeño Paraguay.

Cabrera lo miraba entre divertido y enternecido. No halló otro modo de expresar su entusiasmo y su adhesión que pasándole la mano.

—Choque esos cinco —le dijo.

* * *

Cuando volvía a su casa se le ocurrió que Saucedo le daría la clave de la situación. Le hizo llamar por intermedio de Timoteo en la forma más discreta posible, porque comprendía que tenía recelos de mostrarse en su compañía. Pero vino a la siesta, después de la comida. Fueron al patio con sus jazmineros florecidos y sus insectos zumbadores.

Reyes en pocas palabras le explicó lo que había descubierto. Saucedo escuchó atentamente y pensó largamente antes de contestar.

—Hay una gran demanda de algodón —dijo—. Estuve hace poco en San Javier donde se halla un representante de la casa exportadora Gay y Tudela que comprará todo el algodón posible al precio fijado por el Estado.

—¡Entonces hay que aconsejar a los campesinos que lleven allí su algodón! —exclamó Reyes.

Saucedo lo miró picarescamente.

—No se puede pasar el arroyo Tacuary por ningún lado. El puente de Pombero sobrado se quemó.

—Lo sé —dijo Reyes—. ¡Ahora comprendo por qué no reconstruyen el puente! ¡Qué canallada!

Rió de buena gana Saucedo.

—No se debe decir esa palabra gruesa, doctor; se debe decir hábil golpe financiero. En realidad todo está bien maquinado. Si no pueden vender en Tacuary, sin el puente, sólo les queda Carrizal. Pero éste queda lejos y el camino está casi imposible de transitar. El comercio compra barato el algodón, luego hace el puente y lo saca por San Javier. Alguien se ganará una buena ponchada de plata.

—Pero esto es atroz, Saucedo.

—Es una buena manera de ganar dinero, doctor.

Reyes se paseó, aplastó con el pie un insecto y luego quedó mirando a Saucedo que a su vez lo contemplaba curioso.

—La clave está en el puente de Pombero sobrado —dijo Reyes.

—Así es, doctor.

—¡Hay que hacer ese puente!

—No se hará hasta que no se termine de comprar la cosecha. Tienen toda clase de excusas; la falta de dinero; la época de cosecha; el mal tiempo y otras muchas que no se me ocurren. Se tenderá el puente cuando las balas de algodón estén a punto de ser expendidas.

Quedaron un rato silenciosos.

—Se puede hacer el puente —dijo Reyes de pronto.

—¿Cómo?

—A la chita callando. Portillo que suspira por el puente, como un enamorado por la amada ausente, tiene todo el material listo. Yo le conseguiré personal. ¿No hay tránsito por allí?

—Nadie va por paso Pombero sobrado. La gente, la poca gente que va a San Javier lo hace por paso Cambá, a dos leguas de paso Pombero sobrado. Yo mismo estuve por ese horrible paso.

—Entonces es posible hacer el puente en tiempo record y sin que sepan aquí.

—Es quizá posible; pero si llegan a enterarse, el comí Olate

lo impedirá con cualquier medio. Además, faltan los brazos y el bastimento.

—Los obtendré de cualquier manera. Pero antes debo hablar con Portillo.

—Yo le ayudaré en lo que pueda, porque poco puedo hacer. Me agrada su actitud, doctor. Me consuela que el aborregamiento no le haya contaminado. Estoy para lo que usted diga. Y buena suerte.

Cuando Saucedo se fue, Reyes no pudo con su impaciencia. Llamó a Timó y le preguntó si quería ir a Paso Pombreo sobrado. Timó encantado de montar, sonrió.

—Ajhata (Voy) —dijo.

—Bueno, ensilla el tordillo. Quiero que lleves urgentemente un remedio a don Damián.

Escribió unas líneas que colocó en un estuche vacío de remedio, lo envolvió y le entregó a Timó que partió al trote.

* * *

Por la mañana temprano Portillo golpeaba la puerta de Reyes. Se saludaron alegremente y Reyes lo llevó al patio húmedo de rocío y con los jazmineros perfumando el ambiente y cubriendo el suelo con los copos de nieve de sus flores.

—¿Es posible terminar el puente dentro del mayor secreto? —preguntó Reyes.

—Es algo difícil; pero cuando el campesino quiere ser discreto, sabe serlo. Encontrar brazos en esta época de cosecha es difícil. Se supone que todo el mundo está ocupado.

—¿Cuántos hombres necesitaría?

—Trabajaría rápidamente con veinte hombres. Pongamos treinta.

—No tanto el número, sino la calidad, es lo que importa. ¿Pero de donde va a sacar esos hombres?

—No se preocupe. Hombres no va a faltar.

—Ahora viene el problema de la comida.

—Tengo tres novillos gordos que me obsequió, quieras o no, el mayordomo de Palma. Pondré dos más. Y don Carlos Richet no me va a negar si le pido cinco o diez.

—Yo pongo el locro y la mandioca. Ahora quiero saber de dónde me va a traer los hombres que necesitaré.

—Cipriano Candado no me va a negar su concurso y pondrá no menos de diez. Le daré una carta para él. También está el padre de Timó. Es cabecilla de una cofradía de San Francisco de Asís y estoy seguro que le seguirán sus correligionarios. Richet me dará todo lo que haga falta. Siempre me dice que le agradan mis locuras. Dentro de tres días envíeme a su hijo. Demás está decir que todo debe quedar en el mayor secreto.

Portillo le abrazó.

—Si sale el puente, le levanto un monumento —dijo.

—Si sale el puente, los señores del pueblo me matan —dijo sonriente Reyes.

Sellaron finalmente el pacto con un fuerte apretón de manos.

XXIII

Reyes, Cabrera y Trujillo conspiraban en la rebotica de este último.

Y todo iba al parecer como sobre rieles. Cepí Candado compareció con nueve hombres, diez con él, que iban a trabajar solamente por la comida. Don Indalecio acaudilló a sus cofrades y, en silencio, dejaron a sus familiares y acudieron a Pombero sobrado. Don Carlos Richet, que apareciera oportunamente por Tacuary festejó la aventura y prometió cinco novillos gordos y envió a su mayordomo, un individuo capaz, con dos peones para que ayudara. Esa mañana Reyes le leía a sus amigos una esquela de Portillo que le decía que habían iniciado la obra con veinticinco hombres que trabajaban de sol a sol y comían sin remilgos la carne de los gordos novillos.

Los días fueron pasando lentamente mientras Reyes se consumía de impaciencia a pesar de que lo convenido era que Portillo no enviaría a nadie al pueblo por temor a una indiscreción. En el pueblo todo seguía igual. Los campesinos venían para colocar su algodón pero no encontraban un comprador que ofreciera su precio razonable; en vano recorrían el pueblo hasta el cansancio. Al final de una mañana ingrata volvían a sus lares con la carga de sus carretas completas con el ánimo embebido de amargura. No decían nada porque comprendían que eran inútiles las protestas. Se sometían con un fatalismo hijo de una larga experiencia; total, si afrontaban la sequía o las plagas que devoraban la cosecha con ánimo resignado, ¿por qué iban a gimotear con una nueva fatalidad? Volvían a sus hogares con la carga en espera de alguna oportunidad porque tenían la virtud

de la paciencia; aunque muchos, los más necesitados, entregaban al comercio por el precio que quisieran ofertarles.

Reyes había marcado en su calendario el día inicial de la obra, pero desprovisto de esa virtud de los que afrontan sin perturbarse los acontecimientos, marcaba, los días que se iban, con una cruz, mientras su ánimo se consumía de incertidumbre. Al décimo día, a eso de las tres de la tarde, Timó le dijo que Saucedo deseaba hablarle. Acudió todo sobresaltado porque era raro que Saucedo se hiciera ver a esa hora.

—¿Qué hay Saucedo? —le interrogó ansioso.

—Vengo a contarle que descubrieron nuestro secreto. Acaba de llegar un estúpido, que trabajaba en la construcción del puente y que se disgustó de cualquier cosa, a denunciarle al comí Olate que Portillo está construyendo un puente sin permiso de las autoridades. Olate citó inmediatamente a los señores del pueblo y a la comisión de Fomento y Trabajo. Van a tratar seguramente la forma de sabotear el puente.

—Iré inmediatamente a Pombero sobrado. Defenderemos el puente a balazos si es preciso. Ya que el secreto dejó de ser tal, conviene que se difunda la noticia lo más rápidamente posible para agitar la opinión pública. También sería importante que un grupo de agricultores lleguen allí con sus carretas cargadas para complicarle las cosas al comisario. Este se va a mover despacio porque es indeciso y va a darnos tiempo para obrar.

—Magnífico doctor. Le haré decir a mi suegro, que está sobre la ruta, que lleve su cosecha a San Javier. Arrastrará a otros porque es algo caudillo.

Reyes montó a caballo y llegó a lo de Trujillo.

—Préstame tu revólver —le dijo a su amigo.

—¿Contra quién vas a pelear? —preguntó Trujillo.

Reyes le contó que ya se sabía lo del puente.

—Iré para defenderlo si no se ha terminado todavía —concluyó—. Portillo se verá muy solo e indefenso.

—Te acompaño —dijo Trujillo.

—No, te pido te quedes; no quiero complicarte.

—Lo mismo me iré; de modo que es mejor que me esperes. Tengo una Remington y el revólver.

Trujillo cerró la farmacia y al poco rato galopaban camino de San Javier.

Llegaron al obscurecer. Los trabajadores estaban cenando

y reían, desperdigados por los galpones del aserradero. Portillo los recibió contento y alarmado al mismo tiempo.

Sentáronse alrededor de la mesa preparada para la cena. A la luz de la lámpara, cuya pantalla de cristal tamizaba la luz, charlaron, mientras algunos familiares de Portillo escuchaban. Reyes en pocas palabras les relató lo ocurrido. Efectivamente, tres días antes, uno de los hombres de Cepí Candado había desertado.

—Intentarán detener la obra con una fuerza policial —dijo Reyes.

Portillo se encogió de hombros.

—El puente está casi terminado. Sólo falta una parte del piso. Mañana a mediodía estará terminado si Dios quiere. Defenderé el puente a balazo limpio. Hemos sudado querido doctor en estos días.

—Vinimos a ponernos a sus órdenes. Mañana se inaugura entonces, cueste lo que cueste.

—Gracias, doctor. También a usted señor Trujillo.

—Le prevengo que comenzarán a llegar las carretas. Tengo un aliado que hará dispersar la noticia a los cuatro vientos.

—Pensó en todo, doctor. Ahora hay que prepararse. Tengo algunas armas.

—Haremos un atrincheramiento al otro lado. Le sacudiremos al que quiera hacer algo al puente —dijo Reyes.

Cepí Candado que oyera que el doctor había llegado acudió a saludarle. Se abrazaron los viejos amigos y después hubo que referirle detalladamente lo ocurrido. Habían salido al patio y todo el mundo había acudido para escuchar los acontecimientos, con esa avidez campesina por las novedades. Candado rió de oreja a oreja.

—Esto me va a animar un poco —dijo—. Me estoy volviendo viejo y necesito alguna distracción para desentumecerme.

El capataz de Richet comentó:

—Soy ex sargento y veterano de la guerra del Chaco. Dénme un fusil y le hago correr al comí Olate hasta Tacuary.

Pero Reyes no era ningún temerario, ni un irresponsable. Era impulsivo, pero al enfriarse su impulso era capaz de reflexionar con calma.

—Estaremos listos por si acaso. No hace falta pelear precisamente. Olate es un cobarde y le haremos correr sólo con la

vaina. El puente semiterminado es un hecho consumado que tiene que respetar.

Muchos de los trabajadores eran veteranos de la guerra del Chaco. Les encantó la organización militar de Reyes y con el mejor humor hicieron turno de centinela.

Al día siguiente, con las primeras luces, aquella colmena entró en actividad. Reyes fue al puente. Quedó agradablemente sorprendido al ver un puente más ancho, más grande, más macizo que el anterior. Sólo faltaba un tramo del piso. Lo habían construido en tiempo record.

Los obreros comenzaron temprano su labor. El silencio de la campiña se estremecía con el estruendo de los golpes que daban sobre los clavos. Reyes, de pie, sobre una de la cabeceras, miraba el fondo de la barranca donde corría el agua lodoza del arroyo. Sobre los bordes de la zanja crecían arbustos y altos árboles con sus largas sombras proyectadas por el sol naciente. El arroyo se deslizaba entre la arboleda, pero en medio del campo se perdía entre pantanos en cuyos bordes los vacunos se hundían hasta el pecho.

Portillo que daba órdenes, se acercó a Reyes.

—Parece que el amigo Olate se pegó a las sábanas —dijo—. No debe gustarle mucho la misión.

—O estará seguro de sorprendernos y por eso no se apura —dijo Reyes.

—Se ve polvo hacia el sur —gritó alguien.

Durante diez largos minutos miraron la columna de polvo rojizo que se elevaba lentamente en la calma de la mañana. Pero una ráfaga de viento la dispersó, y se vio un grupo de carretas que marchaba a los tardos pasos de los bueyes.

—Esa gente salió de su casa a la media noche —dijo Portillo.

Reyes sonrió, mientras decía:

—Mi amigo no me enganó. Dijo que dispersaría la noticia a los cuatro vientos.

—El comí Olate tendrá que pelear con esta gente que quiere llegar a San Javier —dijo Portillo mientras se restregaba las palmas de las manos.

Las carretas cargadas de algodón en rama se acercaron con sus conductores, que picanas en manos, los pies colgantes desde lo alto de la carga, escupían salivazos marrones a varios metros. Con toda pachorra se acercaron a la cabecera del puen-

te y el que iba en punta detuvo sus bueyes a gritos. Después de aquietarlos, se acomodó entre los sacos y saludó:

—Gueno día lo caraí —dijo. Era un vejete calvo, con las mejillas y la boca hundida por la falta de dientes. Tenía afeitada la barba poblada estriada por arrugas que se acentuaban al sonreir. La boca al escupir se fruncía como la boca de un saco cuya cuerda se apretara y se extendía en un hocico que cubría los orificios nasales. Sus ojos tenían un modo cómicamente socarrón de mirar bajo una espesa mata de cejas. Su aire cómico invitaba a las bromas—. ¿Aracaé icatuta ya jhasá? (¿Cuando se podrá pasar?).

—Reyapurá jhina caraí tuyá acá peró bola de billar. (Apurado está viejo pelado como bola de billar) —le gritó alguien, entre el silbido de los demás.

La risa general, con otras pullas, no le amoló al viejo.

—Apurense, sí, la pucha —contestó— tengo que vender mi algodón en San Javier.

Una rechifla le contestó. Mientras tanto los otros carreteros descendieron y entablaron conversación con los obreros del puente.

Un chico que llegaba corriendo interrumpió el coloquio.

—Llega el caraí comí con cinco soldados —gritó.

—¡Eh, viejo, mala cara, asustador de chicos —gritó alguien al vejete— el caraí comí te va a dar una paliza por querer llegar a San Javier!

—No le temo a ningún comisario —contestó sacando un viejo Remington de entre los sacos.

Un aplauso premió su gesto.

Corrió la voz:

—Oú caraí comí (Viene el señor comisario). Y al ritmo de: oú caraí comí, golpeaban los grandes clavos con que sujetaban la madera del piso.

—Oú caraí comí paf, un golpe como si golpearan el cráneo del comisario.

Mientras tanto los jinetes se acercaban. A la cabeza, el comisario Olate, de talabarte y gorra nueva, los encabezaba. Le seguía la dotación completa de la comisaría; cinco hombres, o mejor dicho cinco mozalbetes descalzos y de raídos y de poco limpios uniformes verdeolivo, con las culatas de sus fusiles apoyadas sobre sus muslos derechos. Se detuvo a un costado de las carretas a pocos pasos del puente. El golpeteo aumentó. No lo sabía el comisario, pero el tono era:

—Oú caraí comí, pam; oú caraí comí, pas; oú caraí comí, pum —y golpeaban cada vez con ritmo más acelerado. Inclusive el vejete seguía el ritmo con la mano al decir paf, cerraba el puño como si quisiera aplastar la cabeza del comisario.

En el puente sólo se veía a Portillo y a los obreros que trabajaban con ardor. Estaban aplastando la cabeza del comí. Pero el comisario no lo sabía todavía.

—Oú caraí comí, pas; oú caraí comí, pam...

Olate alzó su menuda talla sobre los estribos y preguntó con voz autoritaria:

—¿Quién ordenó la construcción del puente?

Portillo, rascándose la calva, se adelantó parsimoniosamente y contestó en guaraní y alta la voz para que todos oyeran y comprendieran:

—Oyapocá doña tecotevé. (Ordenó la señora necesidad).

—¡Quiere burlarse de mí! —rugió Olate.

—Sí, caraí comí; la necesidad de sacar mi madera de aquí para dar de comer a mis hijos; la necesidad que tienen estos campesinos de llevar su algodón a San Javier, porque en Tacuary les quieren explotar.

—¡Cierto, cierto! —coreó el grupo de carreteros.

—A mí eso no me interesa —repuso Olate rojo de rabia y con aire de gallito peleador—. La construcción del puente depende de la comisión de Fomento y Trabajo. Están haciendo algo ilegal; más aun, un acto criminal, porque ese puente no ofrece garantía.

—El puente anterior lo hice yo hace veinte años —dijo Portillo— y ha servido. Ahora lo hago mejor, de acuerdo a un plano que aprobó la comisión de Fomento y Trabajo.

Olate no esperaba encontrar resistencia. Al discutir perdía terreno. Mientras discutían, los obreros golpeaban cada vez más fuerte atronando los aires y haciendo temblar el suelo.

—¡Alto el trabajo! —gritó el comisario, haciendo encabritar su caballo—. ¡Ordeno que se pare el trabajo! —Llevó la mano al revólver, pero fue un amago solamente, para impresionar.

Instantáneamente cesó el barullo y un ominoso silencio le sucedió.

Entonces, con la consiguiente sorpresa de Olate, Reyes salió de su escondite de la otra cabecera del puente, avanzó tranquilamente hasta colocarse como a cinco pasos de Olate, que lo miraba fascinado. Se detuvo, afirmándose sobre sus pies, sepa-

rados para la acción; desprendió la campera, la echó hacia atrás hasta dejar a la vista el revólver, sobre cuya culata dejó la mano como al descuido.

Y con toda calma dijo:

—Señor comisario; ya oyó usted las razones por las cuales se reconstruyó el puente. La obra está en manos de un hombre trabajador, acreditado y capaz. Sabe lo que hace. Como autoridad debe apoyar esta obra que beneficia a todo el mundo.

—Están obrando ilegalmente —dijo Olate después de reaccionar de su sorpresa—. Prohibo terminantemente que continúen la obra.

—La obra se va a terminar, lo quiera o no señor comisario —le contestó Reyes, mirándole a los ojos y sin retirar la mano del revólver.

El silencio que siguió pesaba como una capa de plomo. Desde lo alto de su caballo Olate dirigió la mirada a los cuatro costados para reconocer el terreno. Al frente tenía el puente en construcción con los trabajadores inmóviles en actitudes diversas; algunos estaban erguidos, con los puños cerrados; otros semi-acuclillados en actitud de saltar con el martillo en la mano; otros de rodillas pero en actitud expectante. A la izquierda y atrás, en las carretas, los carreteros inmóviles y amenazadores; el vejete de adelante le miraba con aire de picardía con el fusil apuntándole. A la derecha sólo troncos de árboles y arbustos de cerrado follaje: no se veía a nadie, pero se adivinaba la zalagarda. Miró a sus soldaditos, pálidos muchachitos, quienes a pesar de los recios fusiles, parecían indefensos. Todos le miraban, todos le clavaban como agudos dardos, la mirada hostil y burlona. Comprendió que estaba en desventaja; que en vez de sorprender como creía, era el sorprendido; fueron más vivos y le habían ganado de mano. Sin decir nada y en medio del silencio expectante, hizo girar ciento ochenta grados a su caballo y, seguido de sus soldaditos a quienes llamó con un gesto, se alejó al galope. Una rechifla acompañó su estratégica retirada.

Al poco rato el golpeteo se reinició con otro ritmo:

—Ojhó caraí comí, paf (Se fue el señor comisario), ojhó caraí comí, pam...

Siguieron trabajando con ardor y al medio día se clavó el último clavo. Habían llegado más carretas y curiosos a caballo. Una muchedumbre expectante rodeaba las cabeceras del puente. Se le dio al vejete cómico y valiente el honor de cruzar el pri-

mero el puente. Entre gritos lo hizo fusil en mano. Al llegar al otro extremo disparó su fusil que fue contestado con otros disparos desde las carretas que le seguían. Portillo y Reyes se miraron sorprendidos porque no esperaban tal despliegue de armas.

Se mataron varios vacunos; todos se hartaron de carne y muchos llevaron a sus casas algún trozo para sus mujeres y sus hijos. Después de comer, Reyes y Trujillo se despidieron de los amigos y volvieron a Tacuary con el espíritu contento, descargado de las preocupaciones que le había ocasionado la construcción del puente.

En el historial del pueblo ningún escándalo fue tan comentado con parciales que alababan o que condenaban, la audacia o la osadía de los protagonistas. Crecían las bolas más voluminosas e inverosímiles como aquella en que el comisario Olate perdiera la gorra y el talabarte, símbolos de su autoridad, o la que contaba con los dedos de la mano el número de muertos y heridos ocasionados por las más encarnizadas de las batallas para conservar la intergridad del puente amenazada por el comisario.

Le hacían a Reyes héroe de la jornada y le buscaban para escuchar de sus labios la verdadera versión, para luego transmitir la propia ampliada y enriquecida con la exuberante imaginación del campesino que vive la vida tranquila y sin mayores matices en el ajetreo diario. Para evitar mayores distorsiones de la verdad, Reyes rehusaba sistemáticamente todo intento de homenaje de parte de sus amigos y simpatizantes. No le agradaba, por otro lado, las alabanzas y también no deseaba amolar más de lo que estaban a los señores del pueblo.

Las carretas repletas de carga desfilaban camino de San Javier donde colocaban el algodón a precios fijado por el Estado. Para evitar aquel avenamiento que vaciaba al comercio del pueblo, los comerciantes descubrieron bastante bruscamente que disponían de dinero para adquirir a buen precio la cosecha.

Las consecuencias de la reconstrucción del puente de Pombero sobrado tuvo esperadas e inesperadas repercusiones. El comisario Olate se vio obligado a renunciar en parte por dignidad y en parte por los acres reproches de aquellos a quienes no pudo servir mejor. Quien bramó con rugido de leona herida fue su tía Gerónima Olate de Falcón, que juró vengarse del doctorcillo aquel que en cierto modo desterrara a su marido y ahora se burlaba de su querído sobrino. Si dijéramos que lanzó sapos y

culebras, diríamos que lanzó de su boca a los animales menos fieros; lanzó dragones y otros animales prehistóricos entre rayos, centellas y una buena rociada de veneno. Los que la oyeron se hacían cruces y escurrían el bulto para no escucharla más. Una tarde se apersonó ante la casa de Belén y largó su veneno en tal forma que oyeron todos aquellos que querían escucharla y todos aquellos que no quisieran. Belén le cerró la puerta a la cara, con lo que aquel basilisco se enfureció más. La tía huyó a los fondos de la casa y la abuela se echó ante el nicho y rezó un rosario en alta voz, rogando al cielo que calmara a aquella fiera. El barullo de la batalla de Pombero Sobrado resonó épicamente en la lejana Capital. Llegó un enviado del Ministerio del Interior que impuso nuevo comisario, dejó cesante a la comisión de Fomento y Trabajo con órdenes de formar otra nueva con hombres más formales. También cayeron Casanova y el delegado agrícola. Los señores del pueblo se mantuvieron en un digno silencio. Muchos de ellos acudieron a Murieta en busca de consejos y quizá órdenes, pero Murieta se encerró y no recibió a nadie. Saucedo que visitara a Reyes le dijo que Murieta se ahogaba en bilis y que llamó urgentemente a Falcón, para que le descargara con alguna receta de la curandería.

XXIV

En esos días llegó, procedente de Asunción, el doctor Antonio Cillario, conspicuo abogado, asesor de varios ministerios. Venía a visitar a su madre, una hermosa anciana, que vivía en una casona umbrosa, de recios pilares y artísticas rejas de madera en las ventanas. El doctor Cillario visitaba periódicamente a su madre, una fanática tacuaryense, que no quería saber nada de Asunción. El hijo venía dos o tres veces al año para acompañarla varios días. De paso se enteraba de lo que ocurría en el pueblo, se ponía al tanto de los **chimentos** pueblerinos, daba gravemente su parecer con un tono de condescendencia que imponía respeto y admiración. Quiero decir que era muy apreciado por su sapiencia y sus consejos valían su peso en oro. Por otro lado le divertía enormemente escuchar los comentarios que le ponían al día con los chismes porque conocía a sus compueblanos con "maña y todo".

Apenas llegó, un grupo de señores fuéronle con el cuento del asunto del puente de Pombero Sobrado y le relataron, desde luego, con la parcialidad de los descontentos y de los despechados, todas las calamidades que cometió el mediquillo que vivía a costa del pueblo y no hacía más que criticar a los señores, si no de palabra, con sus gestos. Pidieron asesoría para perjudicarle o para molestarle de algún modo; que algún sistema debía de saber abogado tan capaz.

A Cillario le causó mucha gracia la hazaña de Reyes, y rió de la mejor gana, pese a la cara compungida que le ponían los buenos señores.

—Consummatum est —contestó—. No hay nada que hacer.

El puente está muy bien; lo ví al venir. El tránsito es enorme, lo que demuestra su utilidad. Si intentan hacer algo, el escándalo será mayor. Nadie duda de las razones que impulsaron al doctor Reyes y a Portillo a construirlo.

—Pero nos hizo quedar mal con todo el mundo —dijo Cuellar—. No se hizo el puente porque la comisión no tenía dinero.

Cillario le miró sonriente que, el otro se puso colorado.

—No comprendo por qué no le quieren al doctor Reyes —dijo Cillario después de un rato de silencio—. Es un mozo, como vieron, muy capaz. En Asunción lo recuerdan muy bien, pero muy bien.

—El mocito se las dio de gran señor —dijo Murieta—. Jamás se nos acercó.

—No era él quien debía venir —contestó Cillario—. A ustedes les correspondía hacer los honores de la casa. Y me consta que hasta le pusieron trabas. Y cometieron el más grave de los pecados; se pusieron a favor de los curanderos. Era como decirle: mándese a mudar.

—No es cierto doctor —dijo Murieta—. De mi parte jamás dije una palabra en contra.

—Pero mi querido amigo; no hacen falta las palabras. ¿Cree que no sé cómo se portan con él? Se emperraron con sus curanderos que casi liquidan a la señora de Peza y al pobre Alonso. Han despreciado el don de tener a un médico verdadero a mano. Además deben comprender que los tiempos están cambiando.

Callaron todos un rato. Murieta dijo de pronto:

—¿De modo que no hay algún procedimiento para hacerle bailar en la cuerda floja al mocito?

—Mire Murieta —le contestó Cillario— su resentimiento le lleva por mal camino. La culpa de lo que ocurrió la tienen ustedes: lo excluyeron de su círculo, en un gesto irreflexivo. Consecuencia; para él, ustedes son los de otro bando.

—¿Qué le parece qué debemos hacer?

—Hacer las paces con él y convertirlo en un elemento de las fuerzas vivas del pueblo. Con eso ganarán dos cosas; primero, una cabeza inteligente y un cuerpo activo y, segundo, demostrarán que se equivocaron en lo del puente Pombero Sobrado, pero no tuvieron mala intención.

Callaron todos un rato, pensando cada uno para su coleto. Pensaban que Cillario era una buena cabeza; un abogado capaz;

amigo de todos y, por lo tanto debía tener razón al aconsejarles que hicieran las paces con el odiado doctorcillo.

—Podría formar parte de la comisión de Fomento y Trabajo —dijo Barbadillo—. Hasta se le podría nombrar presidente para que se rompa haciendo caminos.

—No estaría mal —dijo Cillario, y continuó con toda socarronería—. Con esa política de acercamiento no se les pondrá de través en el camino cuando tienen entre mano algún asuntillo.

Los otros se consultaron y terminaron de ponerse de acuerdo con aquella política hipócrita. En el asunto del puente habían perdido definitivamente; la cuestión era salir lo más airosamente posible del lío ante el consenso público.

Al verlos dispuestos, Cillario les dijo:

—Déjenme a mí preparar el terreno. Cuando esté listo les invitaré aquí para una reunión con él.

Así fue como Cillario se dignó acudir a la casa de Reyes. Con mucha prosopopeya cruzó las calles de Tacuary, saludando gravemente, como corresponde a tan empingorotada personalidad de la capital. Reyes, que lo conocía, le recibió con los honores debidos, aunque en el fondo no simpatizaba con él. Después de los circunloquios habituales, Cillario entró en tema.

—Doctor Reyes —dijo, después de carraspear discretamente— he sido comisionado para conversar con usted sobre la forma de una más amplia colaboración con su labor en el hospital. He reprochado a mis compueblanos su descuido para con usted y su meritoria labor en pro de la salud de la región.

—Me hacen mucho honor —contestó Reyes en tono ambiguo.

—Le damos lo que usted se merece, doctor. En Asunción me lo han recordado muy bien. Soy amigo del profesor Escobar que no acaba de lamentar su ausencia.

Reyes se sonrojó; era humano y los elogios siempre agradan, aun al más modesto, sobre todo si se reconoce los méritos reales. Pero no hizo ningún comentario.

—Como decía —continuó Cillario, que se dio cuenta de que el dardo había dado en el blanco— los señores están dispuestos en ayudarle para dar una mayor amplitud a su labor, y al mismo tiempo utilizar su capacidad y dinamismo para el bien de la colectividad, dándole participación en varias comisiones que deben reorganizarse. Usted debe comprender que los campesinos son desconfiados y no se entregan así no más; pero su espíritu or-

ganizador y actitud decidida les conquistó. En realidad le necesitan.

—Estoy un poco extrañado por tan súbita comprensión.

Cillario se dignó sonreír amablemente.

—Es que yo —dijo— les demostré que están desperdiciando un elemento valioso que es usted y que su colaboración será útil para todo el mundo. Además, usted no debe despreciar esta actitud conciliatoria, que reconozco que es un poco tardía, pero que va a redundar en su provecho. Por otro lado es su triunfo sobre la tozudes campesina.

Reyes quedó pensativo. Lo que Cillario decía era lógico.

—Como usted presenta las cosas, no tiene objeción —dijo—. Si de parte de ellos hay sinceridad, no voy a negarme a colaborar.

—No esperaba otra contestación, doctor. Trabajamos para el bien de Tacuary. Yo se y valoro todo lo que ha hecho aquí en poco tiempo. ¿Qué le parece si mañana por la noche, después de la cena, nos reunimos en casa de mi madre? Para ella y para mí será un placer recibirle.

Firmaron el acuerdo con un apretón de manos. Retiróse Cillario, satisfecho del tacto que demostró y de la finura de su trato.

Reyes quedó caviloso. No era demasiado ingenuo para no comprender que deseaban sujetarlo a un círculo, para restarle independencia. A medida que reflexionaba sentía un disgusto que se traducía por un sabor amargo en la boca. Se sintió disgustado consigo mismo por haber cedido tan fácilmente a la carantoñas de Cillario. Pero decidió acudir pisando el terreno con cuidado y evitando compromisos.

Por la noche contaba a Belén y a las señoras la misión de Cillario.

—Yo que usted, doctor —dijo la abuela— desconfiaría. Conozco a mis compueblanos desde hace muchos años, quizá demasiado. Proceden con toda política [1] porque les conviene. Debe comprender que desde el asunto del puente no le deben tener mucha simpatía. Si quiere escuchar a una vieja, acuda, pero con mucho cuidado.

—Cuidado con Murieta —dijo Belén.

[1] Política y simulación son sinónimos en la campaña.

—¿Por qué? —preguntó Reyes que estaba a su lado con sus manos en las de ella.

—Porque Murieta no tiene corazón. En su lugar tendrá una piedra. Fue mi tutor y administrador de mis bienes; pues, se quedó con todo lo que teníamos cuatro mujeres tontas y desamparadas. Cillario nos salvó este techo que nos cobija.

—¡Hija mía! —exclamó la abuela— olvida lo que no tiene remedio.

—¡Pero es indispensable que sepa con quién va a tratar! Murieta domina a un grupo de ovejas.

—Vamos, vamos —dijo Reyes, impresionado a pesar de todo por la vehemencia de Belén—. Murieta no va a comerme. Pasaron los días del caraí bozá.

* * *

A la noche siguiente, cuando Reyes llegó a la casa de Cillario, ya estaban todos los señores, ubicados en cómodos sillones en la amplia galería que daba al patio. Cillario le recibió con las gentilezas del anfitrión que conoce sus obligaciones. Reyes hizo un saludo general y ocupó un asiento en el amplio círculo de más o menos quince personas. Reyes no vio a Zorrilla.

Hay una pausa antes de entrar en el tema, sobre todo si es algo espinoso. Los señores hablaban de banalidades jocosas y luego de problemas comerciales. Reyes escuchaba, sin decir nada. También Cillario callaba.

La charla no tardó en caer sobre las dificultades de la vida actual, sobre el exceso de impuestos y sobre las trabas estatales que dificultaban las transacciones. Reyes pensaba que si fuera a creerles, todos estaban en total bancarrota. Salió también a colación la corrupción del agricultor quien había aprendido el modo de adulterar los frutos del país y de robar en el peso.

—Hace veinte años —dijo Murieta— y menos, no había tales mañas. Al campesino se le pedía algodón o tabaco de primera y, le traían algodón y tabaco de primera.

—¿A qué cree que se debe esa corrupción? —preguntó Reyes—. Todos los efectos tienen causas.

—El campesino de por sí es un perezoso, un holgazán, un

vago, doctor Reyes —contestó Murieta—. Su lema: las cosas con el menor esfuerzo posible. Si de ellos dependiera, se pasarían la vida tocando la guitarra y haciendo hijos; pero que sus mujeres que se campaneen con sus chicos. Después de la guerra del Chaco se han vuelto insolentes, una insolencia que no tenían. Han encontrado mejores pretextos para trabajar menos y holgar más.

—No estoy de acuerdo —contestó Reyes—. Diría que sus vicios ¿quién no los tiene?, proviene de la falta de estímulo.

—No le entiendo, doctor Reyes.

—Los tiempos cambian: la demanda actual de los frutos del país exigen mayor producción y mejora de técnica, hallándose la ganancia en la abundancia y en la facilidad de producir. ¿Puede producir más el campesino y con mayor facilidad? ¿Reciben su labor el premio merecido, como mercado fijo, precio bueno, crédito fácil? La buena ganancia es el mejor incentivo para un esfuerzo mayor.

—Hace veinte años tenían el mismo problema —dijo alguien.

—Hace veinte años quizá las condiciones eran distintas, aunque no lo creo. Pero los tiempos cambian. El campesino quizá se bastaba hace veinte años; pero hoy el ritmo de producción ha cambiado. No se puede ya cultivar con el sistema de hace veinte años atrás. Fatalmente el trabajo no debe rendir. La competencia es grande en todas partes y nuestros campesinos están atrasados en sus sistemas de trabajo.

—Hay mucho de verdad en lo que dice, doctor —dijo Murieta— pero el campesino es retobado y perezoso. No quiere aprender y se halla apegado a sus viejas costumbres.

—¿Se ha hecho algo eficaz para enseñarle, para estimularle, para inducirlo a cambiar, a evolucionar?

—¡Hombre!... Como nunca tenemos Banco Agrícola, agentes agrícolas, comisiones de Fomento y Trabajo, créditos, controles de precios...

—Burocracia; nada más que burocracia. Todo eso no influye para nada en el mejoramiento básico de las condiciones generales en que actúa el agricultor. Hace falta un procedimiento revolucionario, un cambio radical de sistemas para enmendar los males que agobian al agricultor paraguayo. Hay que elevar la voz de protesta por esta miseria campesina.

A Cillario no le agradaba el sesgo que tomaba la conversa-

ción. Decidió intervenir diplomáticamente para evitar que estallara alguna discusión violenta.

—Vamos, vamos —dijo con aire doctoral que hizo callar a todo el mundo—. Estamos discutiendo algo que no podemos remediar. Dejemos a las altas autoridades que decidan. Nosotros mientras tanto pondremos nuestro granito de arena para el progreso de Tacuary.

—Parece que el señor doctor descubrió algo —dijo Murieta en tono de hiriente ironía—. Escuchémosle; quizá nos diga como mejorar la cosecha o algún procedimiento que saque de su estupidez a los campesinos.

Reyes se dijo: "Pues, me escucharán".

Cillario curioso por conocer la profundidad del encono de Murieta, se encogió de hombros.

—Le escucharemos, doctor —dijo.

—Quizá usted, doctor Cillario, no me comprenda; porque ha olvidado muchas cosas de su pueblo nativo y en Asunción todo se ve de color de rosa. En la campaña suceden cosas muy tristes, pero muy tristes para los agricultores. Se debaten en una pobreza extrema, en una inútil búsqueda de remedio para sus males y, al llegar a la vejez, sólo encuentran la miseria. He mirado al agricultor en todas las posturas y sólo he visto inseguridad y pobreza. Carecen la mayoría de tierras propias y si la tienen son parcelas insuficientes; carecen de implementos agrícolas adecuados, frecuentemente de los más indispensables; carecen de créditos que salven al insolvente y levanten al capacitado. Sus productos no disponen de mercados fijos, no hay garantías para sus precios; no se dictó una ley que proteja sus cosechas de los azares; ni hay autoridades que velen por su tranquilidad espiritual. Viven ominosamente en la inseguridad, sacrificados y malogrados al servicio del país, a pesar de ser los mayores productores. Son, en una palabra, los eternos explotados y los eternos exonerados de los factores estimulantes, como la educación técnica o la adecuada ayuda económica que impelen al progreso. No olvidemos que al mejorar al productor del agro labramos el bienestar de la nación.

La voz de Reyes, algo ronca, pero apasionada, tenía timbres apostólicos. Muchos, a su pesar, se impresionaron. Pero Murieta reaccionó. Odiaba a Reyes, a quien veía una crítica constante para él.

—Según usted —comenzó con voz agradable, serena —aquí

hay dos bandos: los explotados campesinos y los explotadores comerciantes. No lo dijo, pero dióIo a entender. Y lo comprendimos muy bien cuando, contra toda legalidad y respeto, alentó una especie de revolución contra nosotros los comerciantes que les compramos sus cosechas y les adelantamos créditos. El progreso campesino se debe a nuestros esfuerzos doctor Reyes. Usted nos ofendió y nos vilipendió.

La voz colérica de Murieta salía clara y controlada con esfuerzo. Reyes le escuchaba sin impresionarse. Murieta estaba en su papel; defendía sus intereses. Le contestó con toda calma:

—Señor Murieta, usted quiso escucharme; hace un rato me lo pidió —y como nadie dijo nada, continuó—. Déjenme explicarles lo que vio, oyó y olió un individuo que nunca salió a la campaña y que era virgen de toda contaminación campesina. Mis observaciones médicas en mis modestas prácticas chocaron con un nuevo sindrome: el dolor del pecho y de la espalda. Una gran mayoría consultaba por un dolor ubicado entre el pecho y la espalda. Al comienzo creí en alguna lesión pulmonar o quizá cardíaca; pero no tenían lesiones en esos órganos. Ampliando mis investigaciones, hallé que ese dolor existía realmente, pero que era un dolor reflejo que venía de otros órganos, especialmente abdominales. Ese dolor de entre el pecho y la espalda se debía entonces a la tracción que hacían de la cavidad toráxica los intestinos alargados y descendidos; al estómago caído que digería mal; al riñón flotante que no podía permanecer en su sitio... Las mujeres son flacas y de vientres fláccidos; los hombres, de pechos hundidos, de dientes cariados y magros de carne y, los niños, pálidos, panzones, tristes; con dolor casi constante entre el pecho y la espalda; expresiones patentes de una deficiente alimentación y evidente desequilibrio fisiológico, que se transmitía de padres a hijos; expresión, digo, de un hambre crónica, agravada por sus huéspedes parasitarios de sus intestinos hambrientos. Si no es miseria lo que acabo de describir, no se entonces qué es...

Se detuvo para respirar y para ordenar sus ideas; tanto se había dejado arrastrar por una idea fija. El tono de su voz era moderadamente apasionado, pero lleno de calor tibio e insinuante del que realmente siente lo que dice. Los otros escuchaban, pero no decían nada.

Cillario que no toleraba que le dejaran en un lugar secundario, aprovechó la pausa para decir:

—Sus ideas generales no me son desconocidas, doctor. También nosotros los hombres que nos dedicamos a la administración pública, conocemos esos problemas, aunque no desde un punto de vista tan patético, como lo describe usted.

—Pero también ese dolor del pecho y la espalda —jhasy cheve che pytiá jha che lomo— tiene otra causa.

Hizo una breve pausa. Los otros tendieron el oído esperando otra explicación anatómica de los males del pueblo paraguayo. Siguió diciendo:

—El señor Murieta me reprochó por la ofensa que inferí a los señores al construir un puente que era indispensable para la vida del pueblo. Colaboré en su construcción precisamente por ese dolor del pecho y la espalda del pueblo agricultor.

—Francamente, no lo comprendo —dijo Cillario.

Reyes que estaba fastidiado de aquel hato de hipócritas, remató:

—Ese jhasy cheve che pytiá jha che lomo se debe también a múltiples puñaladas que le entran por el pecho y le salen por la espalda al agricultor paraguayo: el hambre crónica, las enfermedades, la explotación inícua, la injusticias, la rutina y la ignorancia, las persecuciones de toda laya...

El estrépito de una silla que cayó y sonó como un tiro de fusil y, pasos vigorosos y apresurados que se alejaban, interrumpieron a Reyes. Era Murieta que se retiraba cual fiera que rompe el matorral en su huída.

* * *

Al día siguiente a la reunión, Zorrilla le llamó a Reyes para que le recetara algo a Doña María que se hallaba enferma. Después de la consulta don Ernesto le invitó con refresco que Reyes aceptó. Sentáronse, como otras veces, bajo los arcos de la galería, entre palmeras y jaulas de pájaros.

—Caramba, mi querido amigo —dijo Zorrilla— ya volvió a hacer de las suyas anoche. Como comadreja en el gallinero, alborotó a los buenos señores del pueblo. ¡Ah juventud! ¡Cuando maduraréis!

Le amenazaba con el dedo, pero en sus ojos brillaban la simpatía y la risa reprimida.

—De modo que ya se enteró del zipizape de anoche.

—Psh... Anoche mismo. Vinieron a echarme en cara la barbaridad de mi amigo el comunista.

—¡Con que ya me pusieron mote! Para ellos, decirles la verdad es comunismo puro. Y no se dan cuenta que esta miseria paraguaya es caldo de cultivo para el comunismo.

Zorrilla rió alegremente.

—¡Lo que hizo! ¡Citar la cuerda en la casa del ahorcado! Sólo la inexperiencia juvenil puede cometer esos pecados.

—¿No tenía razón?

—Desde luego mi querido amigo; tiene toda la razón, pero ¿qué ha ganado sino enemigos, al echarle en cara una verdad que, como toda verdad es desagradable? Los males que le preocupan quedarán iguales antes y después de anoche.

Reyes quedó pensativo, mientras Zorrilla le oservaba.

—No me arrepiento de ninguna manera —dijo después de un rato— Alguna vez se tenía que poner los puntos sobre la íes. Hicieron una canallada con la cosecha del año.

Una amplia sonrisa llenó de arrugas la cara de Zorrilla.

—¡Bravo! ¡Bravo! —dijo— Si fuera joven y estuviera en su piel, seguramente que hubiera procedido igual. Pero a mi edad la forma de mirar al mundo cambia. Me he vuelto cauteloso y pienso mucho antes de proceder.

Hizo una pausa, bebió su refresco como si lo probara, y siguió:

—¿Pero son los comerciantes los únicos culpables de ciertos estados de cosas? ¡No, mi joven amigo! Serán cómplices si quiere pero no los únicos culpables. Le diré quienes son: ¡los propios paraguayos!

—¡Sí, lo sé! ¡Somos nosotros los culpables del atraso campesino; pero no lo sabemos o, no lo queremos saber! ¡Ahí está la tragedia! ¡No hay ojos para ver, ni oído para oir! ¡El dolor campesino es tan callado! ¡Un dolor que se manifiesta por leves quejidos que salen de corazones tan viriles! Sus ecos no pasan los recios muros que aislan a la clase dirigente. Hay que derribar esos muros. Fuímos y estamos gobernados por hombres de leyes que sabrán mucho de leyes, pero que no tiene asesores técnicos que les muestren la ruta. Tampoco basta el frío tecnicismo, hacen falta también pensadores, filósofos, que canalicen el torrente desbordado de la necesidades nacionales.

—¿Hay posibilidad de hallar lo que usted pide?

—Sí. En una Universidad remozada, con numerosas faculta-

des que además de leyes estudien ciencias que comprendan al hombre paraguayo en la plenitud de sus ansias.

Zorrilla quedó un rato pensativo.

—Caramba, doctor —exclamó— Como usted dijo, sus ojos se abrieron.

—He visto por reflejo y por los ojos del dolor; ojos enormes de color verde esmeralda con arroyos de lágrimas que riegan los surcos paralelos del sufrimiento campesino.

—¿Qué va hacer ahora que vió?

—Volveré a la capital. Gritaré a los cuatro vientos esta verdad que me arde aquí dentro.

—¿Le comprenderán?

—No sé. Pero diré esta mi verdad con toda la fuerza de mi voz solitaria. Ampliaré el dolor paraguayo con el megáfono de mi vehemente protesta.

—Ruego a Dios —dijo Zorrilla después de un largo suspiro— que no se malogren sus buenas intenciones.

XXV

Dos días después de la reunión en la casa de Cillario, Reyes había acudido al tímido llamado de la puerta. La abrió y se encontró con un chico de diez años.

—El señor Anastasio Briole le pide que haga el favor de acudir a su casa, porque tiene un enfermo —le recitó.

—Está bien, iré —contestó Reyes sorprendido que el tal Briole le llamara para ver a un enfermo. Su sorpresa se explicaba, porque Briole era uno de los campeones de la curandería. Acudió con pocas ganas porque no le era simpático y decían de él que castigaba a su mujer y tiranizaba a sus hijos; también su carácter atrabiliario le enajenaba de la sociabilidad.

Golpeó la puerta de la casa con su clásica galería sobre la calle, solada con ladrillos desiguales y gastados, con pilastras y paredes enlepradas por el desconchado y manchas de toda laya. Cuando doña Miguela, la esposa de Briole, una mujer flaca, de mejillas chupadas, con arrugas prematuras, de dientes cariados, con una expresión constante de tristeza en la cara, le abrió la puerta de la sala, golpeó sus pituitarias un olor a pieza largamente cerrada y a orina. Las paredes y los pocos muebles eran mudos testigos del desorden, de la apatía y de la ignorancia que reinaba en aquel hogar. El revoque de las paredes se había desprendido en gran parte y ya no quedaban restos del primitivo enlucido. Las paredes habían rechazado los escupitazos que se secaron después de dejar un largo trazo. El piso desigual, de ladrillos, guardaba en sus resquicios la basura. Del techo colgaba la telaraña, desgarrada por el peso del polvo que se acumulara entre sus mallas.

Pasaron al interior compuesto de piezas sucesivas.

—Aquí es, doctor —dijo Miguela, señalando una pieza pequeña— la enferma es mi hija, la Conché.

Reyes tuvo que inclinar la cabeza para penetrar en el cuartucho, donde el desorden y la suciedad reinaba soberana absoluta. En un catre de loneta y sobre un colchón de paja que se escapaba por múltiples agujeros, reposaba la enferma. Concepción Briole, de quince años, era un milagro de la belleza humana: rubia, de grandes ojos azules, de fina y pequeña nariz, boca de dibujo perfecto, encerrados en un óvalo gracioso. La recordaban por su cuerpo escultural. Cuantos la veían por vez primera sugerían la palabra angelical. Gemía suavemente en su lecho, con las guedejas de su pelo rubio claro, derramadas sobre una almohada de funda rota. Cuando Reyes se acercó le amagó un vómito.

—Está así desde hace dos días —explicó la madre— le dí yateí caá, pero no mejora. Le duele el estómago y desde anoche vomitó varias veces.

Después de un corto interrogatorio le inspeccionó el abdomen. No había ninguna duda; se trataba de un caso de apendicitis aguda y de las graves.

Fueron a la sala de recibo.

—¿Qué es doctor? —preguntó ansiosa Miguela.

—Es una apendicitis aguda y de las peores —dijo Reyes— hay que operarla inmediatamente. No hay tiempo que perder.

Miguela lloriqueó un rato, se secó las lágrimas y dijo:

—Tengo que consultar con mi marido. Debe estar en lo de Barsabá Aquino. Lo haré llamar y el mismo irá a su casa. Gracias, doctor.

—Entonces le espero en casa —dijo Reyes— pero, por Dios, que no tarde demasiado.

Era una mañana de domingo, mas o menos las ocho horas. Una hora tardó en aparecer Briole cuyo pergeño denotaba una mezcla de indolencia y de brutalidad. Su estatura era elevada, la cabeza grande y la panza prominente. Lucía un ancho cinturón de cuero que sujetaba su bombachón; al cuello un pañuelo negro anudado con descuido. Las cortas mangas de su camisa mostraban brazos robustos, nervudos y velludos. Su cabeza, con ralos pelos alborotados, entrecanos, impresionaba por sus ojos saltones y de mirar trágico. Al andar, parecía que una ráfaga de locura le empujaba. Reyes, que le conocía, porque lo había visto varias veces, recordó los comentarios que le pintaban. Decían que poseía una estanzuela

que le mantenía, porque no trabajaba; que trataba con sevicia a sus hijos y a sus peones y, que a menudo se enredaba en tontos pleitos con sus vecinos.

Golpeó violentamente la puerta de la casa de Reyes. Este acudió y le hizo entrar en la sala de espera.

—Mi señora me dijo que deseaba hablarme —saludó con voz ronca y áspera.

—Así es —le contestó Reyes— su hija tiene una grave apendicitis y requiere una operación urgente.

—¿No será que usted solo quiere sacarme plata? —preguntó muy fresco.

Ante aquel bruto, Reyes pasó por alto la contumelía.

—Escuche bien —le contestó con energía— su hija padece una apendicitis muy grave que si no se opera en la mayor brevedad va a reventar y la va a matar. Si usted no me tiene confianza, le aconsejo que la lleve a Asunción inmediatamente. Un ómnibus sale dentro de una hora y con el buen tiempo y el camino bueno esta tarde le podrán operar. Le prevengo que se juega la vida de su hija. Ahora, si usted decide que la opere yo, estoy a su disposición, pero le ruego que no tarde en decidirse. No saldré del pueblo.

Briole salió sin decir nada.

En vano perdió Reyes la mañana esperando a Briole a pesar de que ardía de ganas de acudir a ver a Belén. Nervioso esperaba que llamaran. Ya las doce del día pensó que la habrían llevado a Asunción y suspiró aliviado porque no deseaba meterse con Briole.

Por la tarde fué a lo de Belén y, para explicar su ausencia de la mañana, contó a las curiosas mujeres, el caso de la hermosa hija de Briole.

—Esa gente es muy bruta —dijo la tía— la pobre Miguela ha pagado sus culpas sobre esta tierra al casarse con ese individuo.

—Cuanto menos se meta con Briole, mejor —dijo la abuela.

—¡Pobre Concepción! —suspiró la tía—. Esa pobre muchacha no ha tenido infancia, ni va a tener juventud. El padre la sacó del segundo grado y la encerró. Sus pobres hermanos no pasan mejor. El mayor, que cuidaba la estancia huyó después de una paliza que le dio el padre por una bicoca. Dios no debe dar hijos a ciertos individuos.

—Espero que habrán llegado ya —dijo Reyes que no cesaba de pensar en ella.

Belén estaba silenciosa y parecía triste.

—¿Qué te pasa? —le dijo Reyes acariciándole la cabeza.

—Desde tu discusión con los señores, no ando tranquila.

—¿Pero qué te pasa? ¿Se puede saber?

—Tengo miedo. Te odian. Ayer entré en la tienda de Barbadillo y me largó algunas ironías. Sus hijas, tan amigas, no me saludan.

—No pierdes nada —dijo Reyes.

—Y Falcón se ha quedado en el pueblo y curanderea de nuevo, como en sus buenos tiempos —dijo la tia que no perdía palabra.

—Tranquilízate, que pronto iremos definitivamente de aquí —le dijo Reyes a Belén. Habían proyectado casarse muy pronto; irían a la capital donde sus amigos aguardaban ansiosos. Solo esperaban el plazo que Reyes había fijado.

—Cuando se vaya, doctor —dijo la abuela— ¿Vendrá otro médico?

—Con toda seguridad y no tendrá los problemas que yo tengo. Ahora la Facultad de Medicina produce médicos en número cada vez mayor. No todos van a quedar en la Capital.

—¿Le habrán operado a la Conché? —preguntó la tía que no cesaba de pensar en la chica.

—Han sido muy estúpidos —djo la abuela— el doctor la hubiera operado y evitaban el viaje que habrá sido atroz. ¡Pobre muchacha!

—El mundo está lleno de gente loca —murmuró la tía.

La tierra seguía girando; cada día salía el sol y por la tarde se ponía para dar lugar a la noche. Las estrellas brillaban todas en el mismo lugar, obedeciendo órdenes prestablecidas. Alguna estrella, de tanto en tanto, parecía que se rebelaba y cambiaba bruscamente de lugar arrastrando una hermosa cola; pero también obedecía a una ley que organizaba y equilibraba el cosmos. Pero el hombre es anárquico, o inquieto, o estúpido, o sabio, o... cualquier cosa... El jueves por la tarde, es decir, cuatro días después de la primera visita a Briole, vino un enviado de éste, un chico desgreñado.

—Le hace decir mi mamá que se vaya un poco —recitó.

—¿Quién está enfermo? —preguntó Reyes.

—Mi hermana —contestó el chico.

Reyes pensó que sería una de las mas pequeñas que había visto durante su última visita.

—Bueno, voy enseguida— le dijo al chico que salió corriendo.

Al poco rato golpeaba la ya conocida puerta. Miguela la abrió perezosamente, mostrando una cara mas avejentada, mas arrugada, mas ojerosa y agobiada de penas.

Reyes entró en la pieza mientras preguntaba:

—¿Quién está enferma ahora?

Miguela se echó en una mecedora y llorando dijo:

—La Concheé,

—¡Cómo! —exclamó Reyes pasmado— ¡Pero no fueron entonces a Asunción ¡Por Dios, qué han hecho!

Y se precipitó hacia la pieza de la enferma. Allí estaba Concepción en su catre de rotos colchones. Reyes se acercó lleno de aprensiones. No era ya la hermosa Concepción, sino un guiñapo humano, tendido boca arriba, derrumbado, con los pelos en desorden. La nariz se había afilado, grandes ojeras rodeaban sus ojos hundidos y los labios resecos, agrietados. De las comisuras labiales corrían hilos de líquido verdoso, vomitados bajo el impulso de espasmódicos hipos.

Con pena cargada de ternura y compasión, Reyes se sentó sobre una silla y la observó largamente. Su respiración corta, su inmovilidad, sus vómitos, su rostro macilento como un manantial que se secara, hablaban a las claras. Apenas la tocó: vientre en tabla, dolor exquisito en toda su área, detención de gases, de heces y de orina, vómitos incoercibles... ¡Peritonitis generalizada! ¡La sombra de la muerte cubriéndola! Quedó agobiado, aplastado, ante aquella barbaridad, ante aquella trágica ignorancia, ante aquel crimen evitable. Miguela a su lado, ansiosa, con las manos en el pecho y los ojos como enloquecidos, miraba a Reyes como quien espera una sentencia. Y una sentencia iba a darle Reyes quien, se levantó y fue a la sala, seguida de Miguela, humilde y temerosa, como un perro recién castigado.

A Reyes le costaba pronunciar la palabra. Después de unos segundos, Miguela, sin poder contenerse, murmuró:

—¡Mi pobre hija... mi pobre hija tan hermosa!

—Está muy grave —dijo por fin Reyes— gravísima: peritonitis generalizada. No hay casi esperanzas.

Miguela se echó sobre una silla, con lágrimas que chorreaban de aquellos ojos que parecían secos.

—¡Sálvela, doctor! ¡Sálvela por amor de Dios! —rogó.

—¿Por qué no la llevaron a Asunción o no me pidieron para que la operara cuando había tiempo?

Entre sollozos, dijo Miguela:

—Mi marido llamó a Falcón y Añón. Los dos dijeron que no hacía falta operar. Mi marido me pegó porque le llamé... Le hicieron muchos remedios... Cada día se ponía peor... Le decía a mi marido: llamemos al doctor Reyes... que la opere. No quería porque Falcón le dijo que la iba a curar... y está muriendo esta mi hija tan buena y tan hermosa... Hoy le dije: o llamo al doctor o voy a la policía... Me dio permiso... ¡Sálvela, doctor, de rodillas le pido!

Y Miguela se arrojó al suelo. Regaba el suelo con sus lágrimas. Reyes crispado...

—Señora, no puedo hacer milagros. El caso es demasiado grave. Llame a su marido.

Hubiera querida decir: "que venga el canalla de su marido".

—¡Anastasio! —gritó Miguela, Briole debía estar al acecho, porque abrió una puerta contigua y entró a la sala. Sus ojos estaban apagados y parecía abrumado. No alzó la mirada hacia Reyes y avanzaba arrastrando los pies calzados con gastadas y sucias alpargatas.

—Mire Briole —le dijo Reyes que sentía repugnancia para decirle, señor Briole— el estado de su hija es desesperante. Está a un paso de la muerte. Si no se opera, se muere... y si se opera, también, porque es muy tarde. Pero mientras hay vida, hay esperanza.

—Opérela, quizá salve — murmuró Briole.

—Si, doctor, haga todo lo posible —exclamó Miguela— Si muere será porque Dios quiere.

Se decidió la operación para intentar salvarla. Febrilmente se prepararon. Los vecinos acudieron para ayudar a conducirla al hospital. Se formó una procesión que seguían a la camilla.

Reyes esperaba listo, con sus ayudantes. La metieron en una salita y comenzó el preoperatorio acelerado: tónicos cardíacos, suero fisiológico... Miguela se opuso a un sondeo vesical; pero Reyes insistió porque deseaba saber el estado renal. El cateterismo fue negativo, ni una gota de orina. Bloqueo renal. Las esperanzas de Reyes venieron abajo.

—Su hija no orina —le dijo a los padres— Esto empeora las cosas.

—Hace tres días que no orina — contestó Miguela.

Cuando llevaban a la paciente a la sala de operaciones, Sosa le llamó a Reyes y lo llevó a la Dirección.

—Doctor —le dijo— le aconsejo que le haga firmar un papel

a Briole, con testigos eximiéndole a usted de toda responsabilidad. Es un individuo peleador y de mala fé.

Reyes aceptó la sugerencia. Sosa fué a llamar a Briole y a dos vecinos, para testigos. Le dijo lo que deseaba.

—No hace falta doctor —contestó Briole—. Yo le autorizo plenamente y, que venga lo que venga.

—Si no me firma una autorización que me libre de responsabilidades no la voy a operar. El caso es demasiado grave. En su momento oportuno indiqué lo que se debía hacer. Usted no me hizo caso. Las cosas han cambiado fundamentalmente.

—¿Quiere decir que si no le firmo un papel no le va operar? —preguntó con violencia Briole.

—Así es —contestó Reyes, con los brazos cruzados. Dábase cuenta que aquel individuo iba a traer líos.

—Pero Briole —le dijo uno de los testigos— El doctor tiene razón y, no te cuesta formar un papel...

—Está bien —contestó el otro, de mal talante.

Sosa redactó rápidamente una nota que firmaron Briole y los testigos. Reyes invitó al padre a presenciar la operación, porque quería testigos. Briole se negó; pero entraron Miguela y un su hermano, mozo de aire inteligente. La intervención fue tremenda para todos. Bajo las bocanadas del anestésico, la vida se iba; pero un hilo invisible unía a la paciente a este mundo que le permitió a Reyes incindir y drenar una cantidad increible de fétido pus, cuyas vaharadas ahogaban a las gentes encerradas entre las cuatro paredes de la sala de operaciones. Pendiente su vida de un cabello, la condujeron a su lecho.

Acababan de acomodarla y Reyes daba órdenes e indicaciones, cuando entró de rondón, espectacularmente, Gerónima Olate de Falcón, grande dama del pueblo. Removiendo el aire que la envolvía, se echó en los brazos de Miguela, mientras exclamaba, para que todos la oyeran:

—Vengo a acompañarte en esta aciaga, mi pobre Miguela. No debiste hacerla operar. ¡Qué imprudencia! He traído mi rosario para rogar por su tierna alma.

Y mientras hablaba, le fulminaba a Reyes con la mirada. La gente agrupada a la puerta escuchaba. Reyes le tenía alergia, pero no quería violencia ante un lecho.

—Les ruego que despejen la sala —dijo ambiguamente— A la paciente la van a cuidar solamente la madre y la enfermera.

—He venido para acompañar a una amiga en su desgracia —dijo Gerónima— y aquí me quedo.

—Si su marido —dijo Reyes acremente— no se hubiera metido en lo que no entiende, esta desgracia, como dice, no hubiera ocurrido.

El terreno se volvía resbaladizo para Gerónima. Optó por una prudente retirada. Se metió entre el gentío que llenaba el patio interior. Allí largó su veneno, acusando al doctor de imprudencia criminal, que habíase metido cuando su marido estaba por salvar a la chica... y patatín patatún...

Cayó la noche del idus de marzo, lleno de presagios funestos. Las luces alumbraban caras serias. Se hablaba en voz baja y todos caminaban de puntillas. La enferma en su lecho de dolor se mantenía pendiente de un hilo que se afinaba cada vez más. A eso de las ocho de la noche volvió Reyes y halló que la tensión del pulso, caía... caía...

Llamó a Miguela y le dijo a la desgraciada madre:

—Pese a todo, no hay esperanzas. Si quiere, llame al padre Belmonte.

Miguela, lloriqueó:

—Dios no quiso que este ángel viviera en la tierra.

Después hizo llamar al padre Belmonte que acudió rápidamente. Cuando el sacerdote entraba, el gentío se apretujó ante la puerta. Reyes cerró las hojas y quedó fuera enfrentando a la muchedumbre. Lentos minutos pasaron. Nadie decía una palabra. Esperaban...

De pronto, como esa piedra que cae sobre las aguas tranquilas, agitándola en ondas, el alarido que sonó en la pieza rompió la quietud expectante de la muchedumbre que se agrupó ante la puerta, apretujándose a empujones. Reyes comprendió que ya no tenía nada que hacer; se fue a su casa.

XXVI

En las enfermedades y en la muerte los paraguayos son solidarios. Es una virtud quizá de la raza latina; una hermosa virtud, vestida de caridad y con expresión de consuelo, activa y desinteresada. Brota espontánea como los manantiales del campo. Está en la sangre de cada paraguayo humilde y pobre. Esá sujeta a una ley de amor no escrita.

Los Briole tenían pocos amigos, aunque mucha parentela que rehuía a Anastasio. Pero la muerte reunió a parientes y a vecinos aglutinados por la ley de solidaridad. Prepararon una capilla ardiente cargada de flores entre humeantes cirios que ardían en candelabros de bronce. Pusieron el cadáver en una blanca caja en medio de la sala que fue barrida con todo cuidado quien sabe después de cuanto tiempo. Numerosas sillas se alinearon contra las paredes, donde las mujeres sentadas muy circunspectas hablaban en voz baja. En el patio y en la calle, sobre duros bancos, los hombres charlaban mientras fumaban sus cigarros de hoja y escupían a diestra y siniestra. En los corrillos no faltaban los chistes o los comentarios sobre temas locales. Briole había desaparecido; lo supusieron en el café de Barsabá Aquino. El silencio reinaba en la casa; todo era recogimiento, andar de puntillas, de cuchicheos y de gentes que activaban y no hacían nada útil.

Miguela no abandonaba a su hija muerta, se aferraba tenazmente a su dura silla de madera y tenía empapado su pañuelo. A su lado Genónima no la dejaba. Se mostraba con la desgraciada madre de la muerta atenta, cariñosa; a cada rato le hacía cariñitos, arrumacos; le arreglaba los pliegues de la ropa; lanzaba a sus oídos suspiros, quejiditos afectados de dolor que no sentía. Y

de tanto en tanto, en los intervalos de los largos rezos le bisbiseaba su veneno, su odio a Reyes. Destilaba su maldad en un goteo permanente, capaz de perforar la buena fe de aquella simple madre dolorida.

Dos razones impelían a Gerónima en su maniobra; salvar el prestigio de su marido que había intervenido y destruir la fe de aquella familia en el doctor Reyes ¡y quién sabe...!

Pegada como ventosa a Miguela, le decía:

—¡Pobre Miguela! Tu hija tan buena y tan hermosa perdida en pocos días.

—Es la voluntad de Dios— contestaba la otra.

—Si, pero —arriesgó la otra— fuiste una imprudente.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No debiste hacerla operar. Te digo sinceramente, como fiel amiga, que esa operación fue todo un asesinato.

—¡No! ¡No...!

—Si, la han matado. Mi marido me explicó. Tu hija tenía mas probabilidades de salvar sin la operación. Ese doctorcillo para contrear a mi marido la operó sin necesidad.

Miguela lanzó un alarido. Algunas de sus parientas que se distraían mirando los cirios, le acompañaron y el llanto se contagió. Miguela lloraba, se sonaba y lloraba. Gerónima la consolaba con suaves fricciones en las espaldas o en los brazos, la estrujaba contra su voluminoso pecho y la llamaba "mi amorcito", "mi tesorito". A la tenue luz de la lámparas que ardían en los rincones que reforzaban a los cirios, en ese juego de luces tan dispersos que jugaban con sombras y penumbras de los embozos de los enlutados, Gerónima, vestida de gris, adquiría matices salamándricos. Sus ojos saltones mitigaban su brillo siniestro con parpadeos de sus gruesos y casi pelados párpados; bajo el promontorio de su naríz aguileña, sus labios gruesos, con el inferior semi-caído que mostraba los dientes de la arcada inferior, le daban la expresión de un perro en el acto de morder. A sus gestos temblaban sus lardosas mejillas y su papada, partidas por surcos que parecían hechos a cuchilladas. Pelos lacios, escapaban de su alto rodete y viboreaban por la espalda desde aquella cabeza gorgónica. Sus manos, de dedos gruesos y uñas largas, parecían garras que acariciaban cuando las pasaba por las espaldas de su víctima. Cuanto mas dulce se insinuaba, mas se acentuaba su aspecto de bruja. Nadie se sorprendería si de pronto saliera volando en una escoba rumbo a un aquelarre.

—No llores mi reina querida —baboseaba— Confía en la misericordia de Dios, en cuya santa gloria estará tu hija tan buena y tan hermosa.

Los sollozos agitaron de nuevo a Miguela.

—Dios castigará al criminal —seguía la bruja—. En esta tierra se pagan los pecados. Vamos a rezar por el alma de tu hija, para que llegue al cielo pura y limpia como la Virgen de los Socorros, nuestra santa patrona.

Gerónima se arrodilló ante la caja. Todas las mujeres comprendieron que era hora del rosario y automáticamente le acompañaron. Gerónima llevaba la voz cantante, pero de tanto interrumpía su rezo con sollozos hipócritas que arrancaban llanto a la madre y a la parentela. Era mas de media noche. Mucha gente se había retirado, pero la parentela y los que nada tenían que hacer, quedaron. Bruscamente apareció Briole. La gente supuso que Aquino habría cerrado su café y le había echado. Estaba calamocano, pero la solemnidad de la capilla ardiente, la tristeza que desprendían aquellas enlutadas, el chisporrotear de los cirios en el silencio de la noche, disiparon bruscamente su ebriedad. Se encogió y tomó asiento en un rincón y largo rato se mantuvo inmóvil con las manos colgantes entre sus rodillas. Los velantes seguían retirándose, entre ellos Murieta y señora. Murieta palmeó a Miguela y estrechó la mano de Briole a quien jamás se dignara en saludar en la calle. Le dijo en alta voz con su tono agradable:

—Mañana, a la hora del entierro, estaré de nuevo con vosotros. Usted sabe que no abandono a mis amigos en la desgracia.

Cuando se iba su mirada se cruzó con la de Gerónima; había en aquellas miradas complicidad y entendimiento. Dignamente tan grande señor dejó la casa enlutada.

Noche de luto, de penas y de cansancio. Miguela estaba aniquilada, pero se negó a ir a descansar, pese a los ruegos de su parentela, Gerónima intervino con su voz autoritaria:

—Déjenla que acompañe a su hija asesinada. Esta es la última noche. Y Miguela quedó para seguir escuchando las calumnias de la virago.

Briole se había encerrado en una pieza y ya no apareció.

Volvieron a rezar otro rosario. Al finalizar le amagó a Miguela un desmayo. Gerónima la tomó en sus brazos, la llenó de besos y caricias.

—Esta pobre está agotada —dijo a las mujeres que la acompañaban— que vaya alguien a llamar a mi marido para que le

ponga alguna inyección que le haga soportable esta prueba tremenda.

Al poco rato apareció Falcón con un estuche de jeringa. El contraste entre Falcón y su mujer era grande. El, era alto, de ancha frente, naríz recta y barba firme; boca bien dibujada y pobladas cejas sobre sus ojos grandes, orlado de largas pestañas. En las sienes el plateado de su pelo le daba un aire de aristocrático señor, que acentuaba su aplomo y su andar firme y su pergeño erecto. Le aplicó a Miguela una inyección de aceite alcanforado y Gerónima la llenó de mimos que todo el mundo se enterneció por la projimidad de aquella pareja que se mostraba tan solícita con la desgraciada madre.

Las horas pasaban lentas y pesadas. Los gallos anunciaron la mañana. Los velantes estaban fatigados, con los ojos hinchados por el llanto y el sueño. Briole apareció, despeinado, el gesto torcido y su mirada mas que nunca desorbitada. Gerónima al verle exclamó:

—¡Pobre Briole! Otra víctima. Dios en su justicia infinita castigará al culpable.

Briole la miraba como si no comprendiera.

—¿Por qué Dios me va a castigar? —preguntó estúpidamente.

—No me refiero a usted, pobre Briole. Se ve que está muy impresionado. Me refería al doctor Reyes que cometió este asesinato.

Miguela, al escucharla lanzó un grito y se echó en los brazos de su marido y largo rato sollozó sobre el pecho de Briole que no dió ninguna muestra de enternecimiento.

—¡Pobre Miguela! —siguió diciendo la bruja— ha recibido un golpe mortal. Pero este asesinato recibirá el castigo Dios.

—¡Por qué la dejaste operar? —gritó Miguela, agitándose como si le faltara aire— ¿Por qué permitiste Briole?

—¿Dónde se ha visto hacer perder la virginidad a una ñina, con el pretexto de operar? —gritó Gerónima.

—¿Por qué dice eso? —rugió Briole.

—¿No lo sabía? En la misma presencia de la madre le hizo un sondaje, desvirgando a una niña pura. Y para cubrir su delito la mató de ese tajo horrible en el vientre.

—¡Han asesinado a tu hija! —gritó Miguela golpeándole a Briole en el pecho repetidas veces con los puños cerrados— ¡Y la han violado antes!..

Briole de un empujón la echó a un lado y se puso a pasear como una fiera enjaulada. Sus hijos acoquinados se pegaron a las paredes y algunos huyeron hacia los fondos de la casa. Había amanecido totalmente, se sentía en la calle la actividad pueblerina. Briole miró amenazadoramente a uno de sus chicos y bruscamente se encerró en una pieza cerrando la puerta con tanta violencia que toda la casa tembló. Miguela le siguió.

—¡Abrí, abrí, cobarde! —le gritaba, golpeando, arañando la puerta cerrada— ¿por qué no vienes a acompañar a tu hija, a quien pronto la van a enterar?

—Venga don Anastasio a despedirse de su hija tan hermosa, perdida para siempre por culpa de un criminal —apoyó Genónima.

—¡Abrí, abrí!— sollozaba Miguela— ¡Hombre sin corazón! ¡Jamás te importó tu hija!

Briole abrió la puerta; su mujer le tomó impulsivamente de un brazo, arrastrándole hacia la capilla, donde alguna viejecita murmuraba su oración. Esa mañana temprano sólo estaban los familiares; los vecinos, los amigos y los curiosos se habían mandado a mudar. Los cirios habían empalidecido con la luz del día que penetraba por una ventana abierta. El ambiente era sofocante; el perfume de las flores irritaba las pituitarias y deprimía el ánimo. La muerta, embellecida por algunos toques de color, parecía dormir un sueño tranquilo. En el marco dorado de sus pelos había vuelto a recuperar su belleza, una belleza de estatua de mármol. Sus manos juntas sobre el pecho en actitud de orar, con un rosario de cuentas blancas, recordaba a esos ángeles orantes en los altares. Envuelta en el blanco hábito de la Virgen, parecía, mas que yacer, flotar entre las flores. Los cirios, comidos por la llama, lloraban, goteando sobre las flores y gemían chisporroteando cuando los pabilos se abrazaban en su agonía con la cera derretida. Las llamas titilaban, arrojando luces y sombras sobre la cara de la muerta, como pequeños relámpagos.

—¡Callada para siempre este angel! —dijo Gerónima solemnemente, con tono intencional.

Briole alzó sus puños cerrados, como si quisiera castigar a alguien. Al verlo así Gerónima, estalló en sollozos, tomó uno de sus puños y, acariciándolo, le dijo:

—Comprendo su estado, pobre Anastasio. Pero la venganza caerá sobre ese criminal.

Briole, brutalmente la rechazó y volvió a encerrarse en la pieza.

Gerónima parecía mas fresca a medida que el día avanzaba. Tomó la dirección de la casa y dió órdenes e indicaciones para el sepelio que se iba a realizar por la tarde. En medio del trajín dirigía el rosario que rezaba cada tanto y hallaba tiempo para llenar de caricias a Miguela y de atizar aquella mente histérica contra Reyes.

La mañana estaba muy avanzada, el día era primaveral y el viento norte jugaba con las frondas, agitándolas con un perpetuo vaivén. Las gentes entraban y miraban a la muerta, calladas e inmóviles; luego muchas se santiguaban y se iban, mientras otras se agregaban a las enlutadas en las sillas enfiladas contra las paredes.

Miguela, agitada, trajinaba en una inútil actividad. Entró en la pieza de su marido y lo halló rígido, inmóvil, sobre una baja silleta, con la cabeza casi entre las rodillas. Miguela se enterneció y le abrazó llorando. Gerónima que no se descuidaba, acudió prestamente.

—Pronto dejarán de ver a ese ángel que reposa en medio de las flores —dijo— ¡Quién iba imaginar que sería la víctima de la brutalidad de un médico! Si fuera la muerta mi hija, no sé qué haría.

—¿Qué haría, doña Gerónima, qué haría?

—No sé. Estaría loca o haría cualquier barbaridad. Vengaría la muerte de mi hija, sobre todo si es tan hermosa como la tuya.

Dios no le había dado hijo a aquella marimacho.

—¡Me vuelvo loca! —gritó Miguela golpeando con los puños las paredes—. ¡Briole! ¡Briole! ¿Dónde estás cobarde? Te has encerrado para no ver la cara de tu hija muerta, asesinada.

Y Miguela se arañaba la cara, se desgarraba las ropas. Gerónima seguía con sus ojos siniestros, a través de sus párpados entrecerrados la actitud de aquel matrimonio a quien manejaba como a peleles. Salió afuera y le dijo a un vecino:

—Haga el favor de ir a lo de Murieta y a decirle que yo, doña Gerónima, le pide el favor para que acuda inmediatamente.

No tardó en llegar Murieta. Pisaba con aplomo. Era de baja estatura, de largos brazos, cabeza erecta, con pelos que comenzaban a blanquear, cejudo, nariz recta, desafiante, labios finos que se perdían entre sus gruesas mejillas y la papada. A pesar de ser achaparardo, se movía con sorprendente agilidad y daba la impresión de ser un hombre más alto de lo que era.

—¿Qué ocurre? —inquirió con su voz agradable, melíflua.

—Le hice llamar para que le ayude al pobre Briole que está tan abatido que Miguela se preocupó —dijo Gerónima arrastrando a Miguela hacia otro lado.

Murieta entró en la pieza y ocupó una silla.

—Amigo Briole —le dijo— levante ese ánimo. No debe, como verdadero macho dejarse abatir por la desgracia.

—Han matado a mi hija —contestó Briole mordisqueando las uñas con furia.

—¿Qué eres, una mujer o un hombre? —dijo Murieta con tono que hería—. Estas situaciones se afrontan con espíritu varonil. Los llantos no sirven y quedan para las mujeres. Yo también soy padre; pero le aseguro que no estaré lloriqueando como una mujer.

Briole no lloriqueaba, pero para Murieta era lo mismo.

Briole escuchaba con la cabeza baja y la mirada fija en el suelo. El otro lo miraba como el gavilán a su víctima. Después de un rato se levantó y le dijo con voz insinuante, dulce que engañara a tantos agricultores, pero con una vibración especial que recordaba al acero de los floretes, cimbreante, irrompible y aguda, capaz de penetrar al pecho, de atravesar el corazón. De pie, bien afirmado sobre sus cortas piernas, dijo:

—Mi corazón de padre llora con el suyo; su pena es mi pena. Pero no perdería el ánimo en un tonto acobardamiento... Me voy amigo Briole, porque tengo mucho que hacer y volveré para acompañarle a la última morada de su hermosa hija, orgullo de Tacuary. Pero le recomiendo que afronte esta situación con el espíritu de un verdadero hombre... como un macho que no se amilana de nada. Hasta la vista y... ¡pórtese como un hombre, como un verdadero macho!

Le palmeó cariñosamente la espalda y luego la pieza se oscureció por un instante cuando traspuso la puerta. Pasó dignamente entre las personas que ocupaban la sala de la muerte, saludando con elegancia y discreción con inclinaciones de cabeza. Fugazmente su mirada volvió a cruzarse con la de Gerónima con destellos de comprensión.

Briole quedó solo, inmóvil; pero en su mente martillaban las palabras:

—¡Como un hombre! ¡Como un macho!...

Se oían llantos en la sala de la muerta, rezos que coreaban las mujeres, gritos de chicos en la calle, el rebuzno de un asno... otra vez lloros.

Nadie le vio salir. Habia ocultado el revólver bajo la camisa.

En el hospital Reyes concluyó con la larga lista de consultantes. Le dio a Adela algunas indicaciones y se despidió de ella cariñosamente. El mediodía se anunciaba por la sombra que se le iba ocultando bajo sus pies. Al doblar una esquina vio a Briole a pocos pasos. Este sacó el revólver y disparó rápidamente sobre Reyes que cayó suavemente al suelo boca abajo y quedó inmóvil. Briole huyó mientras varios hombres corrieron hacia Reyes. Uno de ellos le volvió boca arriba. Tenía la camisa manchada de sangre: la bala había entrado en el área cardíaca y quedó entre el pecho y la espalda... entre el pecho y la espalda.

Concepción, agosto de 1960.